THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

865G93
Oa1915

ROMANCE
DEPARTMENT

B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/laplazanovela00guar

"MUSEO"

¡¡ALAPLAZA!!

NOVELA

ANTONIO GUARDIOLA

¡¡A LA PLAZA!!

(El pueblo español.—
La vida del torero.)

ES PROPIEDAD

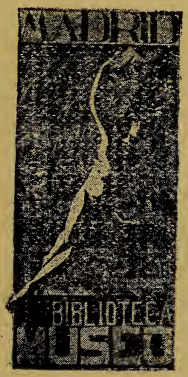
Derechos de traducción reservados en todos los países, incluso Suecia y Noruega.

Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.

ANTONIO GUARDIOLA

¡¡A la Plaza!!

NOVELA



BIBLIOTECA MUSEO
Sociedad Anónima Editorial
Lope de Vega, 55 al 61
MADRID

Obras de Antonio Guardiola.

LOS CAIDOS.—(Novela.—Prólogo de Luis Morote.—Editorial *Prometeo*.—Valencia.)

LA GUERRA.—(Novela.—*Biblioteca Museo*.—Madrid.)

¡¡A LA PLAZA!!—El pueblo español.—(Novela. *Museo*.)

EN PRENSA

LOS ESCLAVOS.—El mundo obrero.—(Novela. *Museo*.)

LA ARISTOCRACIA.—(Novela.—*Museo*.)

EL CONVENTO.—La inquisición moderna.—(Novela.—*Museo*.)

EL CURA.—La religión de hoy.—(Novela.—*Museo*.)

EN PREPARACIÓN

LOS POBRES.—(Novela.)

LAS MANCEBIAS.—El matrimonio y la prostitución.—(Novela.)

LA PROPIEDAD.—La farsa de las leyes.—(Novela.)

EL LUJO.—La mentira ambiente.—(Novela.)

EL PROGRESO.—La mentira de la civilización.—(Novela.)

EL CUARTEL.—El militarismo.—(Novela.)

LA VIDA DE HOY.—(Cuentos.)

Oa 1915
Lile

9 Oct 1916 M-M 57
Graduate Equipment Fitz Gerald Mo 15 Fe 70 20 11 16 Binding

A Manuel Bueno.

Mi admirado y querido amigo: Hay una razón poderosa para que yo coloque su ilustre nombre al frente de esta novela mía. Nadie como usted ha combatido y combate en sus trabajos de pensador sensato y culto cuanto constituye en nuestra noble é ignorantísima nación una cosa injusta, fea é inicua. Y, por tanto, nadie se ha lamentado tan humana y dolorosamente de que el pueblo español, mientras cubre de oro y popularidad y triunfo á Belmonte y al *Gallo*, castigue á la miseria, á la impopularidad y al olvido á los hombres de ciencia, á los filósofos, á los poetas y los pensadores, á todos aquellos que verdaderamente le aman y desean su regeneración y su bienestar.

He querido poner en parangón, en esta obra, un caso mil y mil veces repetido en España: la vida de un pensador, de un poeta, y la de un to-

342458

rero, la de un matador y martirizador de pobres bestias.

Bien es verdad que la Vida—(y es posible que algún crítico me arguya)—trató siempre á los buenos, á los altos, á los exquisitos y á los sabios con las armas de la ingratitud, de la brutalidad y del crimen, y que las multitudes crucifican á un Jesús, achicharran á un Servet y matan de hambre y de olvido á un Cervantes..., mientras endiosan á un Nerón, á un Bismarck ó un kaiser..., á alguien, en fin, que los esclaviza, los embrutece y los degrada... ¡Sí, es cierto, dolorosamente cierto que en la Vida, los triunfadores son siempre los asesinos á traición, los malvados, las cocotas, los imbéciles..., mientras viven una existencia melancólica y olvidada y llena de miserias los buenos, los virtuosos y los grandes...!

Pero si bien es verdad que esa comparanza entre la derrota del Bien y el escandaloso triunfo del Mal la encontramos en todas las épocas, en todos los países y en todas las razas, yo creo que no se encuentra en la Historia nada tan triste, ni tan lamentable, ni tan despreciable como este pueblo español que castiga al olvido y á la ingratitud á un Peral; desconoce la labor y el mérito de un Cajal; deja morir de hambre á los poetas y los pensadores; abandona por completo sus deberes y sus derechos de ciudadanía; oye, con una indiferencia que arranca lágrimas

que sus Gobiernos despilfarran su Tesoro, que no tiene industrias, que no tiene más agricultura que la de secano ni más porvenir que el que le prometen desde el púlpito unos hombres engañadores de una religión mentida, al amparo de la sombra de un poeta...; que su presupuesto corre como un maná inagotable hacia los palacios episcopales y las parroquias, mientras están famélicos sus maestros de escuela y exhaustas sus bibliotecas, que nadie visita ni por curiosidad...; que cada ocho días se colocan nuevas piedras para nuevos templos, y que los ensanches de sus grandes ciudades, y las cimas de sus montes, y sus contadas campiñas fértiles las invaden los jesuítas... Este pueblo que no anhela, que no piensa ni ansía nada sino es en procurarse, sea como sea, el dinero suficiente para comprar un tendido de sol...

¡Pobre España!...

Es de una tristeza infinita, que nos hace llorar á los hombres de buena voluntad, ver que este pueblo de la miseria, deja, anualmente, *más de trescientos cincuenta millones de pesetas* en los circos taurinos (últimas estadísticas de los libros taurinos); que paga seis mil quinientas pesetas por corrida á los matadores en boga; que mantiene una literatura taurina próspera cual ninguna otra de la nación, una prensa taurina abundantísima...; que no habla, ni se inquieta,

ni se preocupa más que por «las combinaciones de las empresas» y «los contratos de Belmonte y el *Gallo*»..., y que hace su fiesta y su espectáculo favorito del peligro de los hombres y del sufrimiento y el martirio de pobres é inocentes bestias...

Y como usted, sin prejuicios ni apasionamientos, ha puesto de relieve muchas veces este tristísimo y creciente entusiasmo de nuestra Patria entera por la fiesta nacional, yo le brindo este libro. A nadie mejor que á usted, que sabe llorar con la pluma tanta tristeza de nuestra amada España.

Su buen amigo y compañero,

ANTONIO GUARDIOLA.

Madrid, Junio, 1915.

¡¡A LA PLAZA!! (1)

NOVELA ORIGINAL

PRIMERA PARTE

(1) Los versos que figuran en la presente novela no son del autor de ésta. *(N. de los E.)*

I

Extendió la mano y comprobó que apenas llovía. Sobre el asfalto, á lo largo de las aceras también, el burbujeo de menudas gotas cesaba.

Cruzaban raros transeuntes; los simones, con su cochero envuelto en hule, pasaban de vez en vez.

Una de éstas, elegantísima como todas, preguntó.

—¡ Qué, mamá !, ¿ vamos ?...

—¡ No, hija ; mira, mirar, pasan completos los tranvías !... ¡ Si siquiera hubiera un coche !. .

Se rieron las muchachas. ¡ Nada, que no iban á poder salir ! Porque era expuesto, atrevidamente expuesto, lanzarse sobre aquel asfalto traidor y escurridizo con los altísimos tacones, con las suelas pulidas y brillantes de sus zapatos nuevos...

Dos, una á cada lado de la puerta, continuaron examinando la calle.

Desierta.

Velázquez, se perdía á la izquierda en inacabable perspectiva de palacios y jardines y edificios gigantescos... y á la derecha veíanse las

arboledas del Retiro, prendidas en la bruma...

El portero, de librea, rígido, les miraba sin hablar. Noroña, algo apartado al fondo, escondía su suciedad y la miseria de su traje en la penumbra de un rincón.

—Pero... ¡mira que es gracia!... ¿Quién iba á pensar, eh, prima... tú, Adela?...

—¡Claro!... Si yo no sé... ¡Con el sol que hacía!

—Este Madrid... es una veleta...

Hablaban alto, accionando, como gente rica. Juan, desde la sombra del rincón, las examinaba con envidia. «¡Guapas, guapas, recontra, vaya, las tres muchachas... é incluso la mamá... á pesar de su gordura!... Y ricas... puesto que ya la más alta, algo jamona, habíase lamentado antes, cuando se refugiaron aquí en el portal, y mientras se reía de las sombrillas de su hermana y de su prima y de su madre. «¡Anda, pues lo que es en la Embajada se van á volver calvos esperándonos!... ¡Y papá que perdió el Senado!... ¡Buen chasco!...»

Pero de pronto... «¡Chist, chist; eh, cochero, pare, pare!...» «¡Oh, sí; mira, mamá, un coche!... ¡Eh, pare, pare, venga...!», le distrajo. Se acercó el simón, arrastrado por un penco mísero, hasta el borde de la acera. Una de las señoritas se adelantó, riendo, y abrió la portezuela.

—¡Anda, tita, arriba; llegamos á tiempo aún...

—Anda, Mercedes, no, sube tú...

Entraron á empujones á mamá. Luego, de cualquier modo, se colocaron las tres muchachas; una de ellas, sacando la cabeza por una ventanilla, gritó al cochero.

—¡Dese prisa; á la Embajada inglesa!...— y subió el cristal, empañado y chorreando.

Hubo una pausa. Después, el portero, malhumorado por las manchas de barro, por las líneas de gotas que las sombrillas habían marcado en el mármol, gruñó, mirando á Juan.

—¡Si llegan!... ¡Me parece que el penco se les muere en el camino!...

Noroña sonrió. Y por decir algo.

—¡Sí... me parece!... ¡La mamá es tremenda!...

—¡De cuarenta y dos!, como se dice ahora— replicó el portero, sonriendo á su vez, y encendiendo un cigarrillo.

Entonces, en el silencio breve que siguió, Noroña acercóse hasta la puerta. Miró al cielo. Abril reaparecía. Los negros nubarrones que se agarraban á las arboledas del Retiro, rasgábanse á la izquierda de la calle, mostrando un cielo azul intenso. Se marchaba.

Volvióse hasta el portero, para no ser tan poco fino como las elegantísimas muchachas y su madre, que se habían marchado sin saludar, y dijo, al estilo de su país.

—¡Vaya, buenas... muchas gracias!...

—Adiós—tronó el portero, volviendo á reparar en sus botas sucias, en su endeble y arrugadísimo gabán de poeta pobre.

Ganó Alcalá para dirigirse á la Redacción. Un aire frío rizaba la superficie de los charcos... Por aquí, por la calle regia, anchísima, volaban los tranvías abarrotados, los automóviles... El Retiro, á través de la verja, estaba solo, quieto, cándido, con un verdor nuevo.

Desde la Independencia veía, como á vista de pájaro, la plaza de Castelar, la estatua de la Cibeles, el hormigueo brillante de la multitud, los trenes fastuosos... Arriba, en lo alto, destacándose soberbiamente sobre el cielo, el palacio del Fénix Español... Sobre las obras de la Gran Vía, un crepúsculo de tonos bermejos pintaba las nubes...

Subiéndose aún más su tenue gabancillo de bohemio, pensó, mirando la decoración fantástica de los edificios gigantescos, en el día de su triunfo en esta ciudad llena de grandeza, de belleza y de fausto. ¡Oh, el día en que aquel público indiferente y frío se fijase en él, leyera sus versos... sus versos del alma... ganaría el dinero á manos llenas, como Salvador Rueda, como Marquina, como Villaespesa, como tantos de aquellos «sacerdotes supremos de la Muerte y de la Vida»—que les llamaba Trigo—. En las Redacciones, donde ahora, con unas líneas rígidas, devolvíanle sus composiciones, sin leerlas, haríasele justicia, se le colmaría de dinero, de consideración y de gloria... Su nombre traspasaría las fronteras, los ma-

res sobre todo, y llenaría con una música divina todas las naciones hermanas del Nuevo Mundo.

¡El presente!... ¡Bah! ¿Qué era el presente!... Un momento, un solo momento, que caería en el olvido, incluso para él mismo, á poco que la Fortuna y la Gloria le cubrieran con sus alas... ¿Quién que fué grande no había sufrido mucho?... ¿Acaso el dolor no era la savia del alma, la espuela de la voluntad, el acicate de la ambición?... ¡Oh, no le importaban sus miserias, ni sus hambres, ni sus dolores, ni el olvido y la indiferencia de todos para con él, para con su pobre familia! ¡El llegaría, él triunfaría!... Sardou vivió en París—después de su tremendo fracaso—abandonado por todos, alimentándose de hierbas en el Jardín de Luxemburgo... Zola, el grande, el sublime autor de los *Rougon-Macquart*, se mantuvo asimismo durante largos años cazando pajarillos con lazo por los tejados de París... vendiendo sus ropas para comer pan un día, solo... El, que, unos años más tarde, había de ganar trescientos mil francos con su *Nana*, doscientos mil con su *Taberna*, un millón, dos, tres, con sus obras incomparables é inimitables...

—¡Chist, chist!; ¡eh, Juanito!—le llamaron cuando cruzaba la Cibeles.

Se volvió.

Venía hacia él, separándose de un grupo, un muchacho desgarbado, larguirucho, feo, llevando á la espalda un lío. Noroña reconoció á

su vecino y paisano Rafael Escolar, el ayudante de herrero y aspirante á *maleta*.

—¡Hola, Juanito!

—¡Hola, Rafael! ¿Adónde vas?...

—Mira. A Morata, á torear. Vamos contrataos yo y esos.

Les señaló. Era su *cuadrilla*; otros tres desarrapados de Lavapiés, que abandonaban el oficio de albañiles ó cerrajeros ó ebanistas para ir de pueblo en pueblo á las capeas...

—¡Atiza, á torear!—dijo Noroña—; ¿entonces sigues con tu manía hasta que te despanzurre un toro?...

—¡Ca, hombre, quita!... Yo he estudiao mucho... Yo sé mucho de esto...

—Bueno, ¿pero te pagan?...

—Pos ya ves; quince duros para todos y el viaje; el año pasao gusté allí, en Morata; maté dos vacas así...

Subió el brazo por encima de su tosca cabeza de obrero ignorante. Noroña entonces le preguntó si sabían algo sus padres. Seguramente el pobre zapatero, agobiado con sus siete hijos, ni se ocuparía de él.

—¡Pues oye, *Tacones*—dijo Juan nombrándole por el mote que su familia llevaba en el pueblo desde antiguo—; lo que es como tu padre se entere de estas cosas, te va á ahorcar! ¿lo sabe?...

—¿Sí, no creas, hace la vista gorda!

Se despidieron. Rafael le pedía que dijera

algo «en los papeles». Noroña lo prometió, si él le daba noticias y detalles de la corrida.

—Bueno, mira, Juanito, ya nos veremos en casa; hoy es... miércoles; mañana toreamos, y pasado aquí. Ya te contaré. Adiós.

Se unió á su cuadrilla, y se perdieron hacia el Retiro, Alcalá arriba. Juan siguió hacia la Puerta del Sol. No sabía si es que hubiese aumentado el frío, con el crepúsculo, ó que él lo sintiera más. Llevaba las manos insensibles, casi muertas. Le dolió no haberle pedido un duro ó dos á Rafael, que seguramente llevaría dinero encima...

No le miraban las gentes. Con su frío, con su hambre, subía la acera asfaltada entre el tumulto de la gran ciudad. Iban encendiéndose las luces, los grandes focos de las tiendas, los faros de los automóviles y tranvías... En la Equitativa vió que eran las seis. ¡Tres, cuatro horas aún, hasta que en su humilde buhardilla su hermana Amelia hubiéseles preparado algún guiso de patatas á él y á su hermano José, que salía á las ocho del trabajo...

La Redacción estaba en la calle de la Victoria.

Llegó.

Desde la escalera percibíase un alegre rumor de carcajadas, de voces satisfechas. Contestó apenas el ujier á su saludo.

—¡Buenas!...

El, cruzando un larguísimo corredor, se dirigió á la sala de trabajo.

Las estufas eléctricas repartían un dulce calor de hogar. Noroña se acercó á una, y calentábase las manos. No había nadie. Los redactores, los cuatro ó cinco redactores fijos y con sueldo que tenía el periódico, *La Voz de Madrid*, no asomaban sino los días de cobro. Sólo un repórter trabajaba con ahinco, por todos...

Juan, tediosamente, arrastró una silla hasta la estufa. Se sentó. Hojeando un *Heraldo*, sin fijarse en lo que leía, pensaba en la tristeza de su vida. ¡Ni sueldo aquí! Admitido como por limosna, mediante una recomendación de Manuel Bueno—á quien el poeta había ido á visitar al mes de estar en Madrid—el gerente, un perfectísimo imbécil, despreciaba la poesía y, en cambio, llenábase el periódico con horrendos relatos de crímenes en América, de revistas de toros... ¡El, tan altivo, tan orgulloso, tan digno—recientemente huérfano de aquel padre modelo, el notario de Saucedos... con la frente y el espíritu repletos de sueños y nobles ambiciones—no podía, no quería aceptar un modo de vivir mísero de empleado en una oficina de comercio... Esperaba, esperaba que aquí, en *La Voz*, le pusieran sueldo, en breve, en vez de admitirlo casi por piedad, como á un estorbo, para que se calentase en las estufas...

A través de los tabiques de madera llegaban las voces del gerente del periódico, del propietario, de su *peña* de amigos. Noroña sentía indignación oyéndolos hablar eternamente de traicio-

nes políticas, de toros... No se preocupaban de *La Voz* sino cuando había algún banquete á un periodista imbécil, ó cuando tenían interés en recoger entradas para la plaza y los teatros... Vacíos enteramente de cerebro, no les preocupaba ni el arte, ni la belleza, ni nada que se saliese de su marco vulgar de *niñas* y cenas en *Los Burgaleses*, de aparecer eternamente en las revistas ilustradas como asistentes á banquetes; de darse una vida regalada, siempre limpios, siempre hartos, á través de las calles elegantes de Madrid...

Uno dió dos puñetazos sobre una mesa, y las voces llegaron más fuertes, con grandes carcajadas, con toses de sofocación.

—¡Pues no, hombre; porque si eso lo hacía el muchacho hace dos años, al empezar su carrera, no lo hará ahora; torear toda la semana, hoy en Madrid, mañana en Barcelona, al otro en Valencia, al otro en Alicante, al otro en Granada, y en el infierno... por mucha resistencia que tenga Belmonte, no lo podrá hacer...

Luego, interrumpiendo, varias voces.

—¡No, y que no; Belmonte ya no se prodiga; yo le he oído decir el año pasado que no iba á torear más de cincuenta corridas por temporada!...

—¡Anda, á ver si es que va á ser Belmonte mejor que Joselito...

Entonces, Noroña, asqueado, se quitó el gabán y lo extendió sobre una silla; tardaría en marcharse lo que tardara en estar seco. ¡Le

daba asco esta *peña*, todas las *peñas* de amigos que se formaban ahora en los cafés, en los pasillos de los teatros, adonde alguna vez asistía con entradas del periódico. ¡Los toros! ¡Eternamente los toros el tema! Y era igual si, para no escuchar más los nombres de aquellos asesinos de pobres bestias que el pueblo endiosaba, se iba por las tabernas de los barrios bajos, por los merenderos de las afueras: en todas partes la gente hablaba de toros, del trascendentalísimo problema de la temporada que iba á empezar en estos días... Toda la Prensa de España traía columnas y más columnas relatando la terminación de los contratos con los toreros más famosos. Y cuando alguna capital de provincia alcanzaba el inestimable don de poder contar con Belmonte, con Joselito ó con Gaona para sus corridas de feria, la Prensa de aquella capital encabezaba sus primeras planas con grandes epígrafes, entre cinco ó seis signos de admiración:

«¡¡¡¡¡VALENCIANOS!!!!!

¡¡¡¡EN NUESTRA CORRIDA DEL ONCE DE JULIO VEREMOS A BELMONTE. EN LA DEL DOCE, A JOSELITO, BELMONTE Y EL GALLO. EN LA DEL TRECE, A PACO MADRID Y GAONA; Y EN LA DEL CATORCE, A LOS DOS GALLOS, VICENTE PASTOR Y BELMONTE!!!!...»

Luego, junto á noticias tan importantísimas

como la de que Belmonte ó Posada se encontraban cazando en alguna finca fastuosa de algún ex ministro, aparecían en quinta plana, en letra muy apretada y menuda, las de que en Marruecos, siguiendo nuestra intensa obra de penetración pacífica, nos habían degollado á quince oficiales, trescientos cincuenta soldados y dos mulos de inpedimenta...

Pero la gente, el público español, no daba importancia á aquello, como no la dió á la pérdida de las Colonias, ni aun después de haber sabido que fueron vendidas... como no la daba tampoco á la insignificancia de que media Europa y medio mundo estuviese arrasándose en una lucha que dejaba en ridículo miserable á los leones y á los tigres... ¡Lo importante, lo trascendental, lo definitivo era ir ultimando, en cada provincia, los contratos con Belmonte, con el *Gallo*, con Pastor!...Eso era lo que interesaba á los diez y ocho millones de habitantes de España, lo mismo si eran ex ministros, diputados ó mozos de cordel, labradores, condes ó marqueses... Porque lo lamentabilísimo estaba en que, aficionados á los toros, eran todos los españoles : los políticos, los aristócratas, el clero, la burguesía, la clase media, la población rural y el mundo obrero. Entre éstos los conocía él—los conocía todo el mundo—que se privaban del jornal de tres, de cinco días, para asistir á una corrida... Y había más aún : los intelectuales, los periodistas, eran—casi todos—partidarios de las corridas. Hasta Trigo, hasta Felipe Trigo, el

hombre grande que tanto le había emocionado á él con sus obras inmensas de belleza, de poesía, de verdad, confesaba recientemente en la mejor de sus novelas ser «dolorosamente aficionado» á la fiesta de sangre, de tripas y de mierda... ¡Pobre España!

Sólo de tarde en tarde, aquí y allá, podía encontrarse un hombre que aborreciera y detestara el espectáculo villano... un Noel... que, con sus propagandas, con sus libros contra los toros, había arrancado á otro hombre bueno la frase de que «en España sólo había una persona decente: Noel»...

Humeaba tanto la telilla gris de su gabán, que lo retiró de la estufa. Se lo puso. Se marchaba. Iría á esperar á su José, que salía del trabajo...

Una gloria las calles del centro en aquella hora. La Carrera, la Puerta del Sol resplandecían bajo un tumulto enorme de gentes, de carruajes... Fué al escaparate de San Martín, donde se reunía con su hermano. ¡Libros, libros, más libros nuevos cada día! Escondidos, como avergonzados, los escasos tomos de poesías, las buenas novelas, estaban colocados arriba, en sitio apenas visible del escaparate. En cambio, enfrente, resplandeciendo como en un trono lleno de majestad, veíanse dos libros *nuevos* taurinos: «BACHILLER TRIPITAS. LAS CUATRO MEJORES ESTOCADAS DE BELMONTE. TERCERA EDICION.» Y á

su lado : «DON APAPUCIO. ¿COMO SE MATAN LOS TOROS? DECIMA EDICION...»

—¡ Hola, querido !, ¿has esperado mucho?...

Se volvió.

Era su Pepe.

—¡ Hola, querido !... No, hace un momento...

Se alejaron hacia la calle Mayor. Era su costumbre. Iban á dar un paseo atravesando el Viaducto, por San Francisco, la Cebada y salir á la plaza del Progreso. Luego, desde allí, bajaron la calle de Lavapiés, buscando la de la Fe, en cuyo número 4 vivían desde hacía tres meses.

—¡ No hay nadie !—les dijo de mala gana la portera, gordísima, barbuda, cuando preguntaron por su hermana.

Entonces, aguardando á que Amelia regresase de casa de sus tíos, donde acostumbraba á pasar la tarde, ó la señora Higinia, la partera, permanecieron en el portal. Un mercado perpetuo la calle horrenda de la Fe. «¡ Aquí, señora ; aquí, señora, los peces vivos !—gritaban los animales, señanlando á merluzas ó besugos que tenían los ojos hundidísimos y exhalaban á pútrido á mil leguas. «¡ Qué quiere, qué quiere, qué quiere... señoraaaa... !»

Sobre el asfalto, chorreante de humedad, fermentaban hojas de col, zanahorias medio podridas, restos de piltrafas... Ellos guardaban un silencio de cansancio, de disgusto. ¡ A pesar de que hoy, al menos, como primero de mes, cena-

rían, ya que Pepe cobraba nueve duros en la oficina...

Llegó Amelia acompañada de la partera. Venían del Monte de Piedad, de renovar unas papeletas de la Higinia.

—De Peñaranda, hijos míos, de cazar!—decíales sonriendo la comadrona mientras subía delante de los tres hermanos la escalera—. ¡Pero andar, que os ha hecho Amelia un guisao que os va á dormir!... ¡Vaya con Dios, señá Clara!...

La escalera, estrechísima, obligaba á los inquilinos á pararse en los descansillos cuando se tenían que cruzar con alguien. Cada dos pisos de los ocho que tenía, una agonizante lámpara eléctrica, cubierta de polvo y protegida de una tela metálica, intentaba alumbrar la escalera. Por los largos corredores, á obscuras, que salían, volados, hacia un patio estrecho y fangoso, bandadas de chiquillos sucios, medio desnudos, corrían y gritaban persiguiéndose... Otros, berreando, se revolcaban en el fiemo de sus bolsas sucias... Y, continuamente, sobre los peldaños de madera, resonaban las fuertes pisadas de los obreros, de las cigarreras, de las verduleras que llenaban el caserón... Un vaho de tifus, de viviendas sin ventilación, de miseria, lo llenaba todo...

—¡Huele, hijos míos, á zurrón de pobre!—dijo, bajando la voz, Higinia, que, por sus cuarenta años, trataba á los hermanos con confian-

za maternal—. No veis que aquí no comemos más que una vez á la semana...

Rieron.

Juan, por decir algo, añadió.

—¡Palace-Hotel!...

Hubieron de echar un fósforo para poder abrir la puerta de su buhardilla común, que estaba enterrada al fondo del último corredor. La lumbre se había apagado. Hubo que esperar á que Higinia y Amelia, con teas y papeles, calentasen el guiso de patatas y pedazos de desecho de ternera...

Y, después, cuando sus dos hermanos se habían acostado y la Higinia se marchó á asistir a un parto, él, el pobre poeta, quedóse allí trabajando, á la luz agonizante del quinqué, en sus versos del alma... Ponía en las estrofas la tristeza de su vida, la miseria, y el dolor, y el abandono de su existencia... Pero eran aquellos los únicos momentos felices del pobre soñador. Leyendo sus poesías, una sonrisa de triunfo asomaba á sus labios blancos y consumidos. ¡Oh, no, no le importaban las miserias, ni los desengaños, ni las amarguras del presente: algún día, cada vez menos lejano, su nombre contaríase entre los de los «supremos sacerdotes de la Muerte y de la Vida»!... Y sus versos, sus versos, que eran su mismo espíritu, llenarían el mundo...

Yo sueño un beso casto de niña provinciana
que brote ingenuamente, como de la fontana

brota sonora el agua diciendo una canción;
un beso suave y lento dado con luz del día,
un beso en que las almas, como una eucaristía
se ofrezcan en los labios en dulce comunión.

Yo sueño un beso casto de novia ruborosa,
de púdica doncella, de enamorada esposa,
rimado en el silencio de estancia señorial,
ó en el rincón oculto de un parque solitario,
mientras la tarde avance y un mágico incensario
haga de cada rosa la brisa en el rosal.

Un beso todo aroma que me perfume el alma,
que brote de muy hondo, que no altere la calma
profunda y misteriosa del lento atardecer;
que haga vibrar los labios con notas de ocarina,
como élitros de oro, cual vibra cristalina
del surtidor la risa galante de mujer.

Yo sueño... mas mis labios, de palidez de cera,
no besan sino labios marchitos de ramera
sin obtener un beso de castidad por fin;
el que en mi triste vida más casto recibiera,
fué el que me dió una novia que tuve, la primera,
¡¡y me dejó los labios pintados de carmín!!...

II

La vara de la jardinera se estrelló contra el muro del patio de caballos, haciendo saltar un pedazo de ladrillo. De un brinco Rafael estuvo en tierra el primero. Luego bajaron sus dos banderilleros, el *Valentín* y el *Borrasca*, y, por último, el puntillero, *Mataíto*.

Pero tuvieron que correr éstos para alcanzar á Escolar, que, con la capa brillante terciada, se había apresurado á ganar la puerta de caballos por librarse de la nube de chiquillos y admiradores.

Juan y José los miraban desde arriba, asomados á una de las ventanas árabes de la plaza que caía sobre el patio de caballos. Una multitud ruidosa lo llenaba, apretándose por estrechar la mano de aquel muchacho valiente que traía revuelta á toda la afición de España.

—¡ Mira Rafael !

—Mira Rafael...

Se dijeron casi á un tiempo los dos hermanos.

—Vamos á saludarlo—dijo el poeta, dejándose arrastrar por el entusiasmo de la multitud—. ¡ Anda, Pepe, vamos !...

Por una estrecha escalera bajaron hasta el pa-

tio, atropellándose con otros más entusiastas que corrían y saltaban para admirar á Rafael de cerca. En el segundo piso la gente corría también, aglomerándose en las ventanas, desde donde se podía ver al ídolo. «¡Míralo, aquél es!» «¡Mira, mira, Escolar!...»—gritaban todos. Otros hacían comentarios sobre su arte insuperable, asegurando, con una sonrisa de creyentes, que Belmonte, el *Gallo* y Pastor, Gaona y Joselito, tendrían que cortarse la coleta cuando este muchacho tomara la alternativa...

—¡Ya veréis, hombres, ya veréis!... ¡Lo que no hace nadie; lo que no se conoce!...

Los Noroña llegaron al fin al patio de caballos. Por encima de los sombreros que se agitaban como un mar borrascoso, veíanse allá, bajo un emparrado, inmóviles, con una trágica seriedad, cinco picadores. Y los castoreños de otros dos circulaban aún de aquí para allí, como deseando retardar la hora de la salida al circo...

Con los codos los dos hermanos lograron abrirse un camino y llegar hasta donde Rafael, aquel mísero muchacho que hacía tres meses escasos habitaba con ellos la misma inmunda buhardilla de la Fe, se encontraba rodeado de creyentes. Todos estrechaban su mano, le pedían detalles sobre las corridas que tenía contratadas, sobre insignificantes cogidas que habían leído en la Prensa de toda España... El muchacho, muy pálido, con los labios blancos por la emoción y el miedo, sonreía distraído á todas partes. Se acercó Juan.

—¡Hola, Rafael!

El espada, mareado por la balumba de admiradores, tardó unos segundos en reconocerlo. Luego, fijándose en él, dijo.

—¡Hola, Juanito! ¿Cómo te va?... Muchas gracias...

Y le tendió la mano.

Pero en aquel momento, el ruido de unos cascabeles y el griterío de los golfos que esperaban al otro lado del muro la llegada de las cuadrillas, indicó que se acercaba la del otro novillero, *Palangana*... Y entre el tumulto del público, que se precipitó hasta la puerta, los Noroña y Rafael quedaron separados...

Entonces, tras del bullicio que había producido la llegada del otro matador, comenzó en el patio la preparación del despejo. El público se marchaba á ocupar sus puestos en gradas y tendidos. Juan vió cómo *Palangana* y Rafael se estrechaban la mano, y, seguidamente, un *monosabio*, acercándose á Escolar, le decía:

—¡Maestro, ya estamos!...

Los Noroña se marcharon también.

Se formaban las cuadrillas. Los dos picadores últimos subieron perezosamente á sus jacos, apoyándose en altas piedras y ayudados por los *monosabios*. Escolar se colocó al frente de la fila que formaba su cuadrilla, dejando en su izquierda á *Palangana* como matador más moderno que él. Avanzaron por el callejón, hasta colocarse cerca de la barrera, esperando la señal del presidente. El público, que llenaba completa-

mente el circo, rompió en una salva de aplausos al divisar á los matadores. Un griterío de colmena se elevaba hasta el azul intenso de un brillante cielo de Junio... Y los gritos de los vendedores pregonando naranjas, gaseosas y caramelos aturdía.

Los Noroña tomaron asiento en aquellas delanteras de andanada cedidas con extraña esplendidez al poeta por *La Voz de Madrid*. ¡Menos mal que eran de sombra! Porque, no obstante ser hoy 14 de Junio, el sol arreciaba ya con este clima tan brusco de la corte...

—¡Míralo, míralo...—le dijo Pepe señalando al callejón, por donde se veían los espadas—; allí está!...

No respondió el poeta. Le miraba allá abajo, sirviéndose de la mano izquierda (oculta la derecha bajo el capote de luces), oteando la multitud que le aclamaba ya y repetía sin cesar su nombre... Le veía con su traje cubierto de plata y oro, reluciendo con brillantísimos reflejos al más pequeño movimiento de su miseria enclenque... ¡¡elevado á la categoría de Dios, de Rey, de ser extraordinario por la imbecilidad y la barbarie de un pueblo hediondo é ignorante!!... ¡Allí estaba el ayudante de herrero, el mísero obrerillo que en el invierno que acababa de terminar se cruzaba con él por las madrugadas cuando Noroña regresaba del periódico... pálido, con su traje azul de mecánico lleno de rotos, de zurcidos y de manchas de aceite!... ¡!¡considerado y respetado, cubierto de oro cada tarde

por el inmenso mérito, por la insuperable obra de asesinar, después de haberlas martirizado cruelmente á tres hermosas bestias que en la dehesa y en el prado lamían con cariño la mano de los pastores!!!... Allí estaba lleno de gloria y de triunfo, borracho de popularidad, aclamado y agasajado por toda la nación, esponjado cada mañana, cuando al despertar en el lecho de un hotel fastuoso, su apoderado (un imbécil millonario marqués) le leía las alabanzas, los aplausos, los adjetivos de todos los periódicos, de los mejores críticos taurinos. Porque no había sido sólo en provincias donde la presencia de Escolar por los circos había entusiasmado á las multitudes: había sido también, y con mayor éxito y aparato, en la corte, en pleno Madrid, cuyos periódicos, aguijoneados por sus revisteros taurinos, colmaban de elogios á Rafael. *Don Apapucio*, aquel ignorantísimo en todas las cuestiones (¡menos en toros, eso no!), revistero de *La Voz de Madrid*, impresionado por las palabras de sus colegas de provincias, emprendió un viaje ex profeso á Granada y á Murcia para ver torear á Rafael... ¡Y sentía vergüenza el pobre poeta, el pobre soñador que no había conseguido aún que en la Redacción le admitieran ni uno solo de sus versos del alma, recordando el atardecer en que, al acudir él á *La Voz* encontróse toda la primera plana del periódico, impresa en enormísimos caracteres, relatando, entre signos de admiración, las impresiones de *Don Apapucio*, que había regresado el día antes de su viaje:

»¡¡¡¡LO INENARRABLE!!!! ¡¡LO INDESCRIPTIBLE!!

»¡POBRE BELMONTE! ¡¡POBRES MEMORIAS DE ESPARTERO, DE CUCHARES, DE BOMBITA, DE MACHACO!!

»Sí, lectores míos, he regresado, he regresado sano y salvo de mi excursión, á pesar de que creí no poder volver. ¿Que por qué? Pues porque he visto torear á Escolar, un, no ya fenómeno, sino *monstruo*, *deformidad* del arte taurino...

»Y tan grande es este hombre de que nos ocupamos, que yo creo que es superior á Miguel Angel, á Zola, á Víctor Hugo, á Napoleón, á todos los hombres grandes que ha tenido la Humanidad...»

Los periódicos ilustrados trajeron con profusión la estampa del héroe... cubriéronse los escaparates de Madrid con tarjetas postales en que, lindas muchachas que morían en los obradores de tisis y de hambre, habían bordado con seda el traje de luces de Escolar... Y el entusiasmo llegó á tal altura en toda España, que las empresas se disputaban á Rafael á peso de oro, seguras de ver llenos de bote en bote sus circos si aparecía el nombre mágico en los carteles de colores.

Así, hoy—la primera vez que toreaba en Madrid Rafael—se habían pagado las entradas, en vez de á seis pesetas, á veinte duros; en vez de á cuatro y cinco, á treinta, á ochenta. En la Redacción había oído Noroña (y lo comentaron

con amargura en su humilde buhardilla, mientras devoraban esta mañana el consabido guisado de patatas) que un señor, en el Casino de Madrid, había pagado mil pesetas por una delantera de tendido... Y así, hoy, con no ser fiesta, sino jueves... á pesar de que iba la temporada de matadores de cartel muy avanzada, Echevarría y los suyos firmaron con Escolar el contrato de esta tarde, que les llenó de bote en bote el circo...

Pero estallaron dos músicas tocando un paso doble torero, y Juan recayó á la realidad... Salían las cuadrillas, y el público, puesto en pie en gradas y tendidos, aplaudía frenéticamente... Avanzaban los toreros con paso majestuoso y gallardo hacia la presidencia, seguidos de picadores y monosabios, de triples enganches de mulas relucientes que iban adornadas con banderitas nacionales... Escolar, cuando ganaron la sombra con paso menudo, descubrióse para recibir la ovación de cariño y simpatía que le tributaba la multitud... Las gentes repetían su nombre, y todos los brazos estaban extendidos hacia él, mientras un formidable «¡Míralo, míralo!» «¡El de verde y oro!», subía hasta el azul del cielo.

Cuando llegaron bajo la presidencia, se pararon las cuadrillas. Los toreros, inclinándose, se descubrieron... y una vistosa desbandada rompió la formación. Galoparon los caballos de los picadores alrededor del circo, mientras los toreros cambiaban sus capotes de luces por los de

brega... Algunos aficionados, desde los tendidos, reclamaban el inmenso honor de guardar el capote de Rafael... Pero éste descubrió á *Don Apapucio* en una contrabarrera, y, con una sonrisa, le envió su brillante capa, que fué recogida con unción por mil manos en alto...

Habían cesado las músicas. El estrépito de los aplausos, que hacía retemblar todo el circo, obligó aún á Rafael á correr, dando pequeños saltos, de un lado á otro, saludando con la montera. Los más entusiastas arrojaban al redondel puros y cigarros, sus sombreros...

—¡ ¡ Eeehh, guarda, guardaaa !...

Había salido el toro, precedido de un cortísimo silencio, en el que todo el público había concentrado su atención sobre aquella puerta del toril abierta al pleno sol... Una salva de aplausos acogió la presencia de la fiera en la arena, que, con un bufido, acometió un sombrero que rodaba en aquel instante. De los tendidos, de las andanadas, salían voces.

—¡ Bravo, don Vicente ; así nos haremos parroquianos !...

—¡ Vamos á ver la verdááá !...

Era un toro jabonero, cornicorto, mogón del derecho, de preciosa lámina. Porque, á pesar de ser ésta una corrida de novillos, los herederos de D. Vicente Martínez, cuya era la ganadería que se lidiaba, habíanse esmerado por tratarse del público de Madrid, tan exigente, tan *inteligente*.

La bestia, después de una carrera por la are-

na, que tuvo la mágica virtud de limpiarla de toreros, quedó en el centro del circo, asombrada, como espantada de aquellos silbidos y voces que la dirigía el público... Pero *Valentín*, el peón de Escolar, el capote recogido, avanzaba á menudos pasos hacia el toro... Le citó desde algo lejos; partió aquél, y *Valentín*, extendiendo ante el morro mismo del animal su capote de brega, como una ola de trapo encarnado, corrió, corrió también, hasta esquivarse, con un gracioso quite que hizo al toro caer de rodillas.

Entonces, un silencio solemne, aterrador, se siguió en toda la plaza. ¡Rafael, el *divino Escolar*, como ya le llamaban muchos críticos, iba á lancear al toro. Si alguna voz irreverente permitíase la menor advertencia al espada, ya, de mil partes, poderosos y frenéticos «¡¡Chiisst!» restablecían el silencio.

Con el capote de brega recogido, la mirada en la arena, muy pálido, Rafael se acercaba, se acercaba... se llegó á acercar tanto al toro, que permanecía parado, que la multitud rompió en una salva de aplausos. Se restableció el silencio imponente, y entonces...

¡Oh!, entonces, el héroe, el ídolo, extendió su capote ante el morro mismo del animal, que partió hacia él como una flecha. Escolar, sin mover los pies, con sólo un pequeñísimo movimiento de su capa, engañó á la fiera, que bufaba con rabia. Un poderoso «¡Uuuo», y otra vez la bestia embistió al espada, que no hacía sino girar levemente sobre las puntas de los pies...

Dos, tres, hasta cinco veces más repitió las *verónicas*, ¡*monumentales*, *indescriptibles*!—según las llamaban los inteligentes. El público, el circo entero, habíase puesto en pie, aclamando, aplaudiendo, borracho de entusiasmo, á aquel muchacho tan valiente. Muchos gritaban viendo que, á cada verónica, los cuernos del toro rozaban la chaquetilla del espada. «¡Basta ya, muchacho; salao, eres un tío!» Pero en la sexta verónica «¡en la sexta verónica sin enmendarse!» (gritaban hasta enronquecer los más fanáticos), la fiera pisó al torero, que vaciló un poco... «¡Le ha pisao, le ha pisao...»—se oyó por todo el circo como un trueno de victoria—; es un hombre... es lo mejor que se ve en toreros...»

Sino que, hombre y fiera, en el suicida deseo de Escolar de «hacerse un gran cartel en Madrid», habían llegado á confundirse de tal modo, que la bestia, al intentar el espada dar la sexta verónica, no tuvo más que volver algo el testuz y enganchó al diestro por la ingle... lo tiró, lo corneó... lo pisoteaba... mientras la multitud, después de un «¡¡Aaaah!!» trágico, presentía la muerte de Escolar.

—¡¡Lo mata, lo mata!!...

—¡¡Eeeh!... ¡Toreros!...

Palangana, las dos cuadrillas habían acudido en auxilio de Rafael, extendiendo sus capotes ante el morro mismo del animal. *Valentín*, viendo inútiles todos los esfuerzos, coleó á la bestia, ayudado por el otro espada, que, al fin, logró

llevársela, en graciosos quites, al otro extremo de la plaza...

Recogido por los *monos*, por su cuadrilla, Rafael se quejaba, entre barreras, levemente, penosamente, mirando, á través de su angustia, las caras curiosas del público de los tendidos que se agolpaba en las contrabarreras...

—¡Lo ha matao, lo ha matao!... ¡ya no hay Escolar!—decían algunas voces de envidiosos y enemigos; otros, viendo defraudadas sus esperanzas de «una buena tarde», blasfemaban y enronquecían de protesta. «¡Nos ha chafao la tarde!... ¡Dejarse coger así!... Ya estaba güeno...» Mientras por otra parte, los pesimistas daban detalles de las cornadas que habían podido presenciar desde su sitio... «Una, en semejante parte (señalando á un muslo), con el cuerno mogón; por lo tanto, sin importancia. Otra, con el mismo cuerno, en cierto sitio... Pero la que seguramente le había quitao la vida, era la que el toro *le tiró* con el cuerno sano, que, penetrando por las costillas, tenía, por fuerza, que haber interesado el corazón, los pulmones y el arma...!»

La confusión y el griterío se siguió durante largo rato. El público, en pie, estaba indignado por la mala suerte de Escolar. «¡Ya s'había amolao la tarde! ¡Sin Rafael!, ¿qué iban á ver aquí?...» El toro corría de acá para allá, sin que ni *Palangana* ni sus peones acertaran á *echarlo* contra los de *aupa*...

En tendidos, en gradas se hacían claros in-

mensos de público que ansiaba saber á ciencia cierta lo ocurrido á Rafael. Iban á la enfermería... Pero los amigos del antiguo ayudante de herrero empezaron entonces una estrepitosa silba contra *Palangana* y los suyos, y el diestro, corriendo á pequeños saltitos, ordenó á los picadores variaran de lugar para buscar al toro...

—¡Se restablece la normalidaz!—gritaban algunas voces de alcohólicos viendo cómo el público, al fin resignado, iba sentándose por toda la plaza y acallando sus murmullos. ¡Iban á picar al toro! Ya *Palangana*, con graciosos quites que arrancaron algunos aplausos, había llevado á la bestia junto á uno de los picadores. El jaco, famélico, temblaba sobre sus piernas débiles y viejísimas, presintiendo el peligro. Y, alrededor de aquél, cuatro ó cinco *monosabios*, y *Palangana* y su cuadrilla, esperaban la acometida de la fiera para proteger al jinete...

—¡Acorta esa pica, ladrón!—gritaban algunas voces entre el silencio sepulcral—. Otros, con insistencia que hacía reir y volver la cabeza á sus vecinos de asiento, voceaban consejos, accionando terriblemente en medio de su borrachera. «En cuanto veas las tripas, huye, canalla, que así l'han hecho los mejores picaores!... ¡Y yo te pago unos chatos!...»

Pero la inmensa mayoría del público tenía puesta su atención en el tercio que iba á empezar. El toro, á cuatro ó cinco metros del caballo, rascaba en la arena y movía graciosamente su terrible testa. Los *monosabios* apaleaban al jaco,

que no quería avanzar... Y *Palangana*, rodeado de su cuadrilla, desesperábase tras del jamelgo, con el capote prevenido...

De pronto la fiera arrancó, y mientras el picador clavaba su *puya* en el toro, rasgando, al peso de su mole, la piel del animal, éste, con sus fuerzas gigantescas, había levantado al caballo después de introducir su cuerno sano en la panza del inofensivo y dócil bruto...

Cayó el picador á la arena, de cabeza, justamente sobre la parte trasera del toro, que lo pisoteó... Dos *monos*, tirando de él, lo arrastraron hasta la barrera... mientras el público, puesto en pie, y después de un «¡¡Aaah!» frenético, seguía con interés vivísimo lo emocionante del espectáculo...

El toro, en su furia, acabó por introducir en la panza del jaco su cuerno *mogón* también. Y en aquella trágica percha, el pobre animal se debatía, coceaba, agitaba tétricamente su cabeza en los espasmos de la muerte. Corría el toro alrededor del circo, sembrando de sangre y de tripas la arena, provocando por donde pasaba un loco griterío de entusiasmo. Las tripas del caballo colgaban del pescuezo gordísimo de la otra bestia, y su morro goteaba la sangre y el fiemo de su víctima...

El público creía fenecer de placer. «¡Qué hermosura! ¡Vaya un torito!» Y gritaban con todas sus fuerzas, aplaudían, celebrando con sus vecinos de asiento lo emocionante y sabroso del espectáculo.

—¡ No patalees, no patalees !—le gritaban con salvaje gozo al pobre caballo, que aún coceaba con los últimos restos de la vida—. ¡ Ahora te llevarán pa que no tires más del simón !...»

Al fin, *Palangana*, saliendo al encuentro del toro, le citó... consiguió que se arrancara para él con tanta furia, que, al envite, el penco rodó muerto y como deshecho á la arena del redondel...

—¡ Qué asco !—le comentó, indignado, Pepe á su hermano Juan—. ¡ Qué asco de espectáculo y de pueblo !... ¿Eh, Juan?...

—Repugnante, hediondo—contestó el poeta—. ¡ Ya ves tú qué se puede esperar de un pueblo así, que hace su fiesta predilecta, su espectáculo favorito del martirio de pobres bestias, del peligro de los hombres... ¡ Y mira cómo está la plaza !...

Le interrumpió una salva estrepitosa de aplausos y de gritos. Al mirar á la arena vió á *Palangana* arrodillado ante el toro, con el pecho saliente, como despreciando el inmenso poder de la fiera... Esta, chorreando repugnantemente sangre y fiemo del caballo, tintos los cuernos que le humeaban, entreabierta la boca por la fatiga de los quites, respiraba con dificultad, mirando fijamente á aquel osado muñeco de oro tendido á sus pies...

Pero un imponente «¡ Oooaahh !», «¡ ¡ Viva ! !» «¡ ¡ Ya está aquí Escolar ! !», que salió de la multitud, hizo volver la cabeza á los Noroña. Todos los espectadores se ponían en pie, aplaudiendo

frenéticamente á Escolar, que acababa de aparecer por la puerta de caballos. Con la montera en la diestra, andando lentamente, recibía el homenaje del público de gradas y tendidos, de palcos y andanadas. La atención quedó, desde luego, prendida á aquel muchacho tan endeble, tan pálido, que salía al fin á torear aun después de una peligrosa cogida para no amargarles la tarde.

—¡Eres un tío mu tío!—gritaban algunas voces, llenas de agradecimiento hacia el ídolo. «Ya nos íbamos á marchar tóos», decían otros para molestar á *Palangana*.

Rafael llegó á la sombra, arreglándose la chaquetilla, tomando de manos de *Valentín* su capa de brega, contestando á los entusiastas de las contrabarreras que no había tenido importancia el percance sufrido... Todo se debía á que la pierna izquierda teníala resentida de un varetazo anteayer en Ciudad Real...

Entonces, mientras Escolar dirigíase hacia los picadores para encargarse de la dirección de la lidia, haciendo entrar en batalla á su picador *Aguarrás*, los entusiastas comentaban unos con otros lo lógico de aquella cogida. «¡Señores, hay c'hacerse cargo! ¡Siete corridas seguidas!» «¡Sí, sí, desde el jueves pasao toreando! El domingo, en Castellón; el lunes, en Valencia; el martes, en Ciudad Real; ayer, en Alcalá, y hoy aquí...»

Sino que ya estaba el toro nuevamente ante el caballo de otro picador, *Aguarrás*, y la atención

del público se volvía al circo. Montaba aquél un caballo negro, todavía en relativo *buen estado*, que coceaba y se encabritaba con su jinete ante los bufidos del toro... Pero Rafael, adelantándose, lo corrió con tal habilidad, que, en un recorte, el bruto quedó junto al mismo penco... Engañada por el trapo, la fiera arremetió contra el caballo... Otra vez el choque espantoso... pero ésta, con tal violencia, que el jinete no tuvo tiempo de picar, y, perdido el equilibrio, cayó pesadamente á la arena, de pie... y ganó la barrera entre la rechifla general del público, que se burlaba de su lentitud á causa de la pesada *mona*...

El toro, en el envite, había rasgado por dos puntos el vientre del caballo, que salió galopando, loco de dolor, alrededor del circo. Las tripas se volcaban por los dos enormes boternos de su panza, que se agrandaban en la carrera. Buscaba la puerta por la que había salido á aquel lugar de su suplicio, y hacia la que le guiaba el instinto... Pero poco antes de encontrarla, el paquete intestinal empezó á rozar el suelo, y las tripas, enredadas en sus patas, fueron despedidas por sus coces en trozos sanguinolentos y hediondos... Se le volcó la silla; al pisarse una brida, dió un tirón tan fortísimo del bocado, que estuvo á punto de caer al suelo... Se recobró, sin embargo, y, al fin, encontrando la puerta de caballos, intentó saltar la barrera... Pero un espantoso estacazo que le propinó un *mono* en plena cabeza, le hizo retroceder, temblequeante,

chorreando sangre negruzca á lo largo de sus patas débiles... encaramarse... y caer, hacia atrás, con un trágico ruido de enorme osamenta que se descoyuntase... Un *monosabio* se acercó entonces hasta él y terminó su agonía introduciendo la puntilla por la nuca del animal...

El público enronquecía de gritar. Y como en uno de los tendidos se pusiese de pronto en pie un hombre rústico, al que muchos aplaudían, la plaza entera rompió en una ovación estruendosa, que el gañán recibió sombrero en mano. «¡ Es el pastor !»—comentaba la gente—. «¡ Es el ganadero, el representante de los ganaderos !...» Y le dirigían toda clase de alabanzas, haciendo seña desde lejos indicando que de buena gana le abrazarían.

¡ Así se mandan, D. Vicente !... ¡ Esto es un toro !... ¡ Entoavía no v'haber cabayos pa él !...

Aún mató otros dos caballos aquel toro. Al fin los clarines anunciaron el cambio de suerte, y desfilaron los picadores entre los insultos y los gritos del público...

Valentín, provisto ya de unas banderillas tan largas que originaban en los tendidos fuertes protestas y voces de «¡ ¡ No ! !» «¡ Nooo, marrano !», citaba al toro desde lejos. La fiera, herida en los rubios, berreaba de dolor, volviendo su morro para lamer su sangre, que goteaba por las patas cortas... Estaba casi en medio de la plaza, volviéndose aquí ó allá cuando alguien del público le silbaba desde los tendidos... Pero, de pronto, un grito más fuerte de *Valentín* llamó

su atención. El banderillero, muy junto á la barrera, se empinaba sobre las puntas de sus zapatitos escotados y ligeros, levantando los brazos cuanto podía... Luego corrió hacia la izquierda con las dos banderillas en la diestra, sin mirar al toro, que, sorprendido, giraba en rededor sin dejar de mirar á *Valentín*... Se paró el torero. Dió unos cuantos saltitos en la arena, é inmediatamente, mientras un enérgico «¡¡Uuuá toro!!» salía de su garganta, partió rapidísimo hacia aquél, con los brazos en alto... La bestia, bufando de rabia, cuando *Valentín* se precipitó sobre ella, arremetió con sus fuerzas hercúleas, encrespando su graciosa cola... Pero ya el torero, con una media vuelta astuta, había dejado clavados en el mismo morrillo del animal los dos palos de colores...

Saltó el toro, berreando con más furia, lanzando mugidos de dolor..., mientras el banderillero, á grandes saltos, se acercaba á la barrera, sonriente, recibiendo los aplausos y tomando de manos del mozo de estoques de su maestro un nuevo par de banderillas...

Borrasca y *Valentín* se pusieron entonces rápidamente de acuerdo para clavar cada uno un par «á la media vuelta»... y mientras, Rafael, junto á la barrera, con la muleta ya en la mano, enderezaba el estoque contra el suelo... Los entusiastas aprovechaban la proximidad del ídolo para hacerle algunas advertencias, que él escuchaba sonriendo.

«¡Nada d'azararse! ¡Mucha serenidá! ¿Que

el público gritaba? ¡Que gritase! «¡Mira, Rafaé, hay mucha canaya en la plaza!...» Otros, los que no tenían la suerte de estar en contrabarrera, se ponían en pie, saludando con su gorra ó su pañuelo á Escolar, hasta que conseguían que á sus reiterados «¡Hola, maestro!» «¡Hola, Rafael!», se dignase el espada contestar con un frío «¡Mucha graxiax!», que el ídolo pronunciaba exagerando en andaluz su acento murciano...

Al fin, cuando los banderilleros hubieron clavado cuatro *pares*, que hacían retorcerse á la pobre bestia de dolor y mugir, anunciaron los clarines que era llegada la hora de matar. Se produjo un movimiento de expectación inmenso; los murmullos, los rumores del público formaron como un quejido del viento en los pinares de una sierra cuando se anuncia la tempestad... Un silencio solemne, aterrador, siguióse en toda la plaza.

Entonces, Escolar, con el estoque oculto en la muleta grana, arreglándose la chaquetilla, con la lentitud y la parsimonia de un sacerdote divino, se dirigió bajo el palco de la presidencia. ¡Iba á brindar el toro! Desde los tendidos el público intentaba bajar hasta las contrabarreras, al paso que toda la plaza tendía el oído para escuchar las palabras del héroe.

Rafael llegó bajo el palco presidencial. Y tras de una pequeña reverencia que le dobló el tronco, despojóse de la montera y empezó su brindis: «Brindo á usía este toro, y le pido benevo-

lencia si mis facultades no responden á mi gran deseo de agradar á este querido público de Madrid...» Sino que los aplausos nutridísimos que iniciaron los que estaban cerca de él, y lo oían, impidió que se escuchara el resto del brindis, al terminar el cual, Rafael, dando una rápida vuelta sobre sus talones, arrojó la montera al tendido, haciendo estallar á la plaza en una ovación imponente...

Sobrevino otra vez el silencio absoluto, mientras el héroe se dirigía hacia el toro. Aquí ó allá, comentarios que se escuchaban en toda la plaza, salían de bocas de los entusiastas. «Ten cuidao, Rafaé, que te juegas el cartelazo!» «¡A ver lo que dejas á Bermonte!...»

El diestro se acercó al toro. El animal, presintiendo otra traición, retrocedía ante aquel osado muñeco de oro que, la muleta desplegada, el estoque oculto por su cuerpo, iba «ganándole terreno». Hombre y fiera llegaron á unos seis ó siete metros de las tablas. Entonces el toro se paró. Por un momento, Escolar, parado también, miraba fijamente al morro del bruto, tinto en sangre. Pero como transcurrieran unos segundos y la fiera, cansada, continuase en su inmovilidad, Rafael, para asombrar al público con un gesto de audacia, adelantóse y, con una serenidad que puso á todo el mundo de pie, agarró el cuerno sano del toro y le dió el primer pase...

Entonces el entusiasmo de aquella multitud canalla no tuvo límites. Ni aplausos, ni voces, ni flores y sombreros, y hasta botas y chaquetas

y puros, bastaban á la gente para demostrar su admiración al héroe. Muchos desaparecían por las escotillas para saltar al redondel y abrazar á Escolar. Otros se agitaban en sus asientos, como locos, elevando los puños al aire, desafiando á invisibles admiradores del arte de Belmonte ó Joselito... Y, al fin, el estrépito y la tormenta de todo el público se tradujo en un solo grito, imponente, aterrador. «¡ Músicaaa... !, ¡ músicaaa... !»

Pero Escolar, sonriendo, borracho de triunfo, había comenzado á dar pases al toro, y se restableció algo el silencio, dejando oirse las notas de un alegre pasodoble. «¡ Molinetes !, ¡ ¡ cuatro seguidos ! !», decían los adoradores del torero. «El de la muerte ! ¡ Ole ! El del cuerno. ¡ Viva tu madre ! ¡ Dos de pecho ! ¡ Imponente ! ¡ Inenarrable ! ¡ Indescriptible !...»

Por último, el público no pudo contenerse más. De las contrabarreras, de los tendidos, de los mismos palcos, la gente huía, corriendo por las escaleras, atropellando á los guardias, saliendo al callejón y saltando por fin al redondel, que se llenó prontamente de público.

Entonces sucedió lo que ningún revistero taurino recordaba : la multitud, enloquecida, frenética, con fiebre de entusiasmo, rodeó al toro y al torero, que sonreía... Unos cogieron á la fiera, asegurando que no era digna de que la matara Escolar. Otros, arrebatando al héroe la espada y la muleta, le elevaron en alto, le comenzaron á pasear por todo el circo, bamboleándole lo

mismo que las olas de un mar enfurecido á la barquilla diminuta y frágil... Seguía, seguía la música tocando el pasodoble aquél, ahogado por los rugidos de la multitud. La plaza entera simulaba una colmena formidable, trágicamente irritada. Se hacían claros en los tendidos, quedaban las andanadas solas, los palcos... Y una lamentable fiebre de delirio enloquecía á aquel público...

Mientras tanto el pobre toro, aprisionado y derribado por centenares de sus enemigos, se debatía vanamente en el suelo, mugiendo de angustia y de dolor... Entre los gritos, entre las blasfemias, se pudieron escuchar, de pronto, las voces de los más entusiastas, que recomendaban á los demás. «¡ Vamos con él ! ¡ Venga una navaja !...»

Casi todos los espectadores que rodeaban á la pobre bestia, sacaron entonces á relucir armas blancas, desde la horripilante *faca* del carnicero, hasta el diminuto cortaplumas, casi inofensivo... Todos se afanaban, riendo brutalmente, por pinchar y acuchillar al animal, caído y sujetado fuertemente por los más audaces... Uno de éstos, levantando en el aire una tremebunda navaja de Albacete, la hundió dos veces en el vientre del toro...

—¡ Duro, duro, dale !...

—¡ ¡ Vamos con él ! !... ¡ Que no lo mate el divino Escolar !...

Sino que, de pronto, al tiempo que un seco toque de corneta dominaba el estrépito de la

multitud enfurecida, un escuadrón de guardias, sable en ristre, había entrado al circo repartiendo tajos y mandobles. La gente huía, prontamente apercibida de lo que se trataba... La orden del teniente que mandaba la fuerza fué, de acuerdo con la presidencia de la plaza, la de «cargar de firme» para castigar á la multitud enfurecida y loca de entusiasmo y barbarie.

Se despejaba, se despejaba el circo con una inverosímil rapidez producida por el pánico entre aquella gente cobarde... Los que rodeaban al toro, martirizándolo, huyeron también ante la proximidad de los guardias, saltando, llenos de terror, la barrera por mil partes, atropellándose entre sí. La bestia, libertada al fin de su suplicio, se levantó, y, sin cuidarse de sus verdugos, que tropezaban con ella al escapar, huía... huía, con sus ojos dilatados por el espanto y el miedo, mugiendo de dolor á causa de las dos heridas de su vientre, que chorreaban una sangre negruzca.

Otro toque de corneta... ¡y he aquí un escuadrón de la Guardia civil de á caballo que invadía también el circo, ocasionando nuevas carreras y gritos y blasfemias. Muchos del público eran heridos, á sablazos. Otros quedaban pisoteados y como deshechos entre las patas de los caballos de la fuerza. Al fin, limpio el redondel de canalla, quedaron sólo los policías, el toro y la Guardia civil corriendo de acá para allá y realizando detenciones.

El público había huído de palcos y tendidos. Sin embargo, muchos volvían por las escotillas

deseosos de ver «en qué paraba la cosa»... Escolar, libertado de las manos de sus admiradores, estaba en la presidencia, llamado por Mazzantini (que presidía), así como *Palangana*. Los demás toreros circulaban por el patio de caballos, por los callejones, corriendo de acá para allá, pálidos por el entusiasmo provocado por Rafael, mientras los picadores, con calma y parsimonia, comentaban «el suceso» apeados de sus cabalgaduras.

—¡ En mi joía vía he visto na semejante !...

—¡ Esto v'a ser er disloque !

Transcurrieron aún quince minutos, durante los cuales siguió el barullo de la multitud. Corrían los *monos* y los acomodadores desde la presidencia llevando órdenes á toda la plaza. La Policía se llevaba presos á algunos de los atormentadores del toro cogidos *in fraganti*, mientras, fuera del circo, la noticia del suceso había congregado á medio Madrid, que se veía contenido por triples filas de civiles de á caballo llamados por teléfono...

Sin embargo, volvía la gente á sus localidades, sin ánimo de dar por terminada la corrida ; se sentaban muchos, viendo cómo el redondel iba quedando solitario... sin más que el toro, que, junto á la barrera, mugía dolorosamente. Viendo también cómo se despejaba de guardias el callejón, y á los picadores de *Palangana* asomados por el patio de caballos, jinetes en sus pencos... Y, por último, muchos acabaron por romper en aplausos al divisar á Escolar

y á los demás toreros que salían de nuevo al circo.

Aún pasaron algunos segundos de indecisión entre los lidiadores. Se les veía comentar entre ellos, provistos ya de sus capas de brega, la dolorosa situación del toro, que huía aún alrededor de la barrera, y sin cesar de mugir.

Sino que corrió Rafael, de pronto, hacia donde se encontraba su mozo de estoques... cogió su muleta... la espada... y, seguido de *Palangana* y *Valentín*, se dirigió hacia el bruto, lo que hizo estallar en una ovación imponente á la plaza entera.

Por las escotillas asomaban los más timoratos, acabando de llenar los escasos huecos de público que aún había en tendidos y gradas... Finalmente el silencio se restableció ante los obstinados «¡Chist!» de los más entusiastas.

Escolar, á tres metros del toro, rodeado ahora de toda su cuadrilla y *Palangana*, comentaba con los compañeros el lamentable estado del bruto:

—¡Un desastre, un animal así!

Pero *Mataito*, su puntillero, le aconsejó, con su grave autoridad de lidiador antiguo y sevillano:

—¡Bueno, maestro, na de feligrana ni na! A paso de banderilla y s'acabó...

Entonces Rafael, desplegando su trapo encarnado, se acercó hasta el toro, que galopó con espanto en sentido opuesto. Un terror loco, el instinto de vivir, hacíale escapar de sus persegui-

dores. Así corrieron dos veces el circo, entre la rechilla general del público, que reía brutalmente.

—¡ No, no corras—gritaban con placer salvaje los más entusiastas á la pobre bastia— ; no corras, que ya no te pues marchar ! ¡ Ahora te llevarán cuando eches las patas por el aire !

Al fin, el espada, saliendo al encuentro del toro, hundió el estoque, hasta la empuñadura, en el cuerpo del animal. La bestia, al sentirse herida, tuvo un movimiento de retroceso que le dobló sus patas posteriores... Se nublaron sus ojos al tiempo que la plaza entera rompía en una ovación delirante. «¡ Una estocada magnífica, una estocada *de verdad* !», gritaban los admiradores del ídolo. Rafael, con la muleta ya plegada, levantando su brazo izquierdo para dar las gracias al público, asistía á la agonía de su víctima... Puros, chaquetas, sombreros, hasta botas... rodaban por la arena... De los tendidos, de las gradas huyeron algunos intentando saltar nuevamente la barrera, y haciendo á los guardias desenvainar nuevamente los sables, con los que rechazaron á los admiradores del ayudante de herrero...

Pero era ahora cuando el público saboreaba más intensamente *el color* de la fiesta, y un silencio absoluto hízose en toda la plaza. ¡ El público se henchía de gozo contemplando la angustia de la fiera ! El pobre animal, con las desgarraduras de las picas y las banderillas en la piel, chorreando sangre por su morro y por

su boca, tintos los cuernos, donde se habían enredado las piltrafas y el fiemo de los caballos... con el estoque hundido hasta el puño en los rubios, presentaba lastimoso aspecto. Retrocedía aún ante Escolar, que, en un alarde de majeza, sacando grotescamente la barriga, se le acercaba como ofreciéndose á su furia y á su fuerza. Rodeado de toreros, que le mareaban con sus mantazos, llegó hasta tocar con su parte trasera las tablas. Mugía, mugía de dolor... comenzó luego á dar tétricas vueltas, en las que sus patas débiles se abrían, inseguras ya, con los espasmos de la muerte... El pobre animal no quería caer, pugnaba por mantenerse firme, y llegó hasta á apoyar su cabeza en la barrera y mugir de angustia por no poder abandonar aquel lugar de su suplicio...

Pero esto desbordó el entusiasmo entre el público. «¡Qué hermosura! ¡Qué modo de gozar! ¡Esto era una fiesta, y sólo aquí se podía levantar el ánimo y olvidar las miserias del vivir!...»

Salían voces de los tendidos, de las andanadas, en burla al pobre toro.

—¡No, no te escapas, ladrón; vas á morir por cobarde!...

Y otros.

—¡Anda, ahora se baila la machicha!...

Al fin, Rafael, acercándose al bruto, le empujó, haciéndole caer á la arena con un batacazo formidable...

... ...

—Anda, vamos, vamos, Pepe—le incitó, apremiante, el poeta á su hermano menor, saliendo delante de él.

Ganaron las escaleras; corrieron aún por el pasillo del piso principal de la plaza... Salieron al fin de ésta, y, por entre las nubes de coches y automóviles y lujosos trenes, ganaron un terraplén...

Todavía les persiguió largo trecho el rumor inmenso, imponente de la plaza.

Y aligeraron el paso.

Llevaban una irritación sorda, que les tenía callados. Los dos pugnaban por aplastar quemantes lágrimas. Al fin Juan no se pudo contener.

—¡Oh, qué indigno!; ¿tú has visto? ¡Porque no, no es lo lamentable el sufrimiento de las pobres bestias (con ser más dignas que el público ese); lo lamentable, lo irritante es el entusiasmo del público, el calor, la admiración hacia Rafael... hacia los toreros todos!... ¡Dios mío! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué brutalidad! ¡Qué asco! ¡Cómo goza ese público en ver las tripas de los caballos... pobres animales, que así recogen el pago de una larga vida de trabajos y penalidades impuesta por el hombre!... ¡Cómo gozan de ver la agonía del toro, de ver que no cae, que no muere, que se nieblan sus ojos, que se tambalea! ¡Dios, qué gentuza!...

—¡Qué verdad, Juan, lo que decía el padre! ¿Cómo va á ser ese hombre igual á mí?

—¡Claro! Entre esos hombres que gozan y

hacen del sufrimiento de pobres bestias su espectáculo favorito y yo, incapaz de ver el sufrimiento de una hormiga ó marchitarse una rosa sin conmoverme, hay más, mucha más diferencia que entre un hombre y un animal. ¡Inmensamente más!...

Los dos sonrieron tristemente. Almas de poetas, educados por su padre en un ambiente de estudio y de belleza, les era dolorosísimamente trágico aceptar la brutalidad de la vida, ahora que iban empezando á ser hombres. Arrojados de Saucedos por la ruina que siguió á la muerte de su padre, habían huído con su madre santa y sus hermanas hasta Montemor, la bella aldea manchega, donde doña Serafina conservaba algunos bienes. Año y medio allí, como perdidos en una dulcísima comunión con la Naturaleza... Juan los pasó haciendo delicados versos, mientras Pepe se preparaba para ingresar en Correos... No hacía aún medio año José vino á la corte á hacer oposiciones, acompañado de su hermana Amelia. ¡Exámenes brillantísimos—sabiendo el menor de los Noroña, reflexivo y con férrea voluntad, que se jugaba el porvenir de los suyos y el propio—... Pero las plazas... ¡vendidas!... Tuvo que emprender un doloroso calvario en busca de cualquier colocación por las casas de comercio... La encontró, al fin. ¡Una ganga! Nueve duros al mes y ocho horas diarias de trabajo... Juan, un día, aburrido en la aldea, se vino también

á la corte, con un fajo de versos por todo equipaje y llena la frente de ilusiones...

—¡¿Eh, arza! ¡A ver qué hombre grande, qué artista, qué hombre de ciencia arranca una ovación así en España!—comentó el poeta á su hermano á tiempo que llegaba hasta ellos un estrépito de tempestad—. ¡Qué asco!

—¡Ea, hijo!, que habrá embestido el toro y despedazado al caballo, dejándole las tripas por toda la plaza...

Pasaron Ronda, buscando, como siempre, con una inconsciencia que luego les hacía reir, los parajes apartados, las praderas de detrás del Retiro. Les gustaba la soledad, el campo, donde no poníase en evidencia la miseria de sus trajes sucios ni se cruzaban con lujosos trenes... Hablaban de versos, de novelas que Juan leía é invitaba luego á leer á su hermano, de la aldea... de una vida plácida futura en que ellos, por el esfuerzo de su ingenio, poseyeran muchas fincas en Montemor y una casa muy blanca en lo alto de algún pinar... Pepe, de naturaleza soñadora asimismo, escribía ya lindos cuentos y artículos...

Se echaron sobre el césped. A lo largo del arroyo Abroñigal crecían raquíticos árboles, que les recordaron los fuertes y airosos y altísimos chopos y pinos de la aldeúca...

—¡Qué asco me va dando Madrid, Pepe! ¡Aquí, donde nadie te quiere, donde le eres indiferente á todo el mundo, donde ni una puerta se abre para albergarte, ni un hogar te ca-

lienta, ni una frase de piedad sale de unos labios para incitarte á seguir en la lucha!... Yo no sé, Pepe, lo estoy pensando si volverme al pueblo... ¡Seguiré trabajando allí, en aquella paz, y escribiré en los periódicos de Albacete, de Murcia... como antes!... ¡Este Madrid es un asco, nadie te hace caso, nadie te ayuda!... «¡Veremos á ver... ahora no se puede... más adelante!» ¿Te acuerdas cuando estábamos en el pueblo, que nada nos importaba ni nos desvelaba?... ¡Qué bien dice Eça de Queiroz, que la ciudad emponzoña el alma y mata la inteligencia!... ¡Aquí!, ¿qué va uno á escribir en un buhardillón, oliendo á chinches, escuchando á los chiquillos y las comadres que gritan por la escalera... y siempre, ¡hala!, á 22, el casero en ristre... que el tendero, que el panadero?... ¡Qué asco!...

Rieron. Pepe se puso á evocar entonces las mañanas dulcísimas de Mayo ó de Junio en que, todos reunidos, marchaban desde la humilde casita de Montemor, bien temprano, hacia uno de los pinares de su madre... Doña Serafina ya había preparado la merienda, de pisto y tortilla ó jamón de su mismo cerdo... Iban al pinar, junto al Júcar, que corría mansamente entre dos filas de altos chopos... Un aire fino y dulce esparcíase por la campiña toda. De trecho en trecho, entre las verduras de la huerta, blanqueaba un cortijo. Antiquísimos árboles frutales, de gigantesca corpulencia, ofrecíanse por los ribazos tendiendo sus manos ge-

nerosas al hombre. El sol lo doraba todo con su luz, arrancando metálicos reflejos á los baldes de vidrio de las norias... Alguna yunta de bueyes se movía con paso lentísimo por entre los bancales. Tintineaban los cencerros de ocultos rebaños... Y desde los caminos solitarios, de entre los campos de trigo, casi sazonado, que un vientecillo muy tenue animaba cariñosamente, la voz melancólica de algún zagal se arrastraba á lo largo de la vega...

El poeta se entusiasmaba con aquellos recuerdos de paz idílica. Nunca, oculto entre las jaramas ó los romeros de algún monte, saboreando un buen libro, un cuidado ó una preocupación, venía á pincharnos como la sutil hoja de un puñal. El viento silbaba y gemía en las ramas de los pinos... De vez en vez, un pájaro, saltando de rama en rama, nos alegraba el alma con su gorjeo... Una dulzura inmensa, una tranquilidad como divina se aposentaba en nuestro corazón... Y dijéramos que habíamos conseguido allí, ocultos entre matas ó á la sombra de un árbol, el verdadero fin de nuestra vida...

—¡Oh, sí!; ¿Te acuerdas, Pepe?, qué dulzura y qué hermosura aquellos anocheceres en el campo, cuando comenzaban á aparecer las estrellas, á volar los buhos y las lechuzas por encima del río!... ¡Te digo que son los días de mi vida que recuerdo con más gusto!... Con un cansancio dulce que á todos nos producía el campo y el aire de las sierras, volvíamos lentí-

simamente á casa, á la luz de la luna, cantando, con alguna cesta llena de fruta... Luego, la aldea, á obscuras, silenciosa, con la diminuta torre de su iglesia, te daba también una sensación de paz, de felicidad... Y, ¡claro!, allí podía uno escribir, aislarse... Yo, siempre, para trabajar en mi alcoba, abría la ventana que daba á la huerta de Casilda, la vecina... Y, nada, Pepe, desengáñate, allí escribí yo todos mis versos, tú, tus mejores cuentos y artículos, y sólo allí se puede trabajar... sin este asqueroso «¡Cuááá, cuááá, cuááá» de los automóviles ó el «¡¡Eeehp!!» de los cocheros...

—Es verdad, Juan...

—¡Pues claro! ¡Anda, vámonos!...

Se levantaron. Iba declinando el sol y extendiéndose una nube de polvo y humo por encima de Madrid. Hasta ellos llegaba el rumor de la gran ciudad como el de una inmensa colmena...

Hablando de la aldea, de su madre y sus hermanas, ganaron Ronda. Allí, el estrépito de la plaza, les volvió á llenar de indignación.

—¡No, mira, de veras, Juan, no vuelvo más á los toros!... ¡Es un asco! Nosotros sufrimos. Eso es para la canalla esa...

Sonrió el poeta. Muy de tarde en tarde, antes, asistían á una corrida, en las ferias de Murcia ó Albacete. En la corte sólo habían estado en una novillada y en el primer toro de esta tarde—más bien por ver á Escolar...—.

Pero, como siempre, salían de la plaza prometiéndose no volver nunca...

—¡Oh, sí, claro, llevas razón: es un asco!—concedió el poeta—. ¡No creas, es que también, no vamos á un teatro, no vemos nada, no hablamos con nadie!... ¡Es la miseria, José...

Llevaban aún los dos, delgadísimos gabanes con que cubrir sus codos rotos y el brillo de sus trajes sucios... Una amargura inmensa, infinita, envolvía á los soñadores cuando entraban en los arrabales de la urbe, haciéndoles estallar entre sí en maldiciones y protestas... asegurándose uno al otro su propósito firmísimo de huir á la aldea en cuanto hubieran publicado dos ó tres libros que les empezaran á dar á conocer...

Salieron á Alcalá.

En «la Alegría», cuatro ó cinco coches fúnebres estaban parados entre una nube de *simones* y *jardineras*. Duelos. Pasaban los tranvías de las Ventas, abarrotados, hacia la Puerta del Sol... En las calles nuevas, apenas trazadas aún, se veían gigantescas edificaciones, blancas, llenas de cúpulas, que relucían al sol de la tarde...

En Hermosilla aumentó considerablemente el tráfico. Automóviles, *cangrejos*, landós, una nube de viandantes por cada acera...

Pero divisaron la plaza, oculta hasta ahora por otros muros enormes de más casas de alquiler, y se pararon. Miles de coches, de automóviles, de tranvías la circundaban. Una multitud imponente se movía por entre las patas

de los caballos ó saltando los enganches de las jardineras... Las piedras enormes de una casa en construcción estaban materialmente cubiertas de público, que esperaba, ansioso, la salida de Escolar. Y los balcones de las casas estaban de par en par abiertos (cosa rarísima en Madrid), llenos de gente, de chiquillos con banderas y mujeres bonitas ataviadas con la clásica mantilla...

—¡Ea, que va á salir el gladiador!—comentó con asco Juan—. ¡Fíjate si hay canalla!...

Pero Pepe, reanudando la marcha, dijo:

—¡Anda, vamos; es un fastidio, esto... para ver á un torero!...

Siguieron Alcalá abajo. Por aquí, por Goya, una doble é interminable fila de tranvías cortaba la circulación. Los *simones* se alineaban por Alcalá, en una perspectiva sin fin... Y por las bocacalles se veían, parados, imponentes, lujosísimos *autos* de condes y de duques...

Sino que, de pronto, una extraña tempestad, como de piedras ó ladrillos que chocaran, de gritos, de quejidos también, anunció la terminación de la fiesta... Comenzaron á removerse los vehículos alrededor de la plaza... Las puertas se abrieron, arrojando un imponente chorro de público acalorado y borracho de sangre y de tripas... Los balcones de la calle de Alcalá se atestaron, haciendo sonreir á los Noroña. Y, minutos después pasaba hacia la Puerta del Sol el primer tranvía de la plaza, lleno de guardias, de chulos y manolas...

—¡ Oye, espérate, Pepe, mira, vamos á verlo—indicó el poeta á su hermano, viendo cómo por la avenida de la plaza salían en tropel miles de coches y automóviles—. ¡ Después de todo, tengo que escribir un artículo, para Albacete, *pegando un palo* á este público !...

Se pararon entonces. Delante de ellos había una séxtuple fila de gentío, lo mismo que en la otra acera, para presenciar el desfile.

Landós abiertos, arrastrados por fogosos brutos, charrets, faetones, berlinas... *autos*, limousines, torpedos... más landós y más berlinas y más automóviles, con coronas ducales ó condales en sus portezuelas relucientes... Toda la aristocracia en la plaza aquella tarde... Luego, ¡ atiza !, un coche oficial, otro, otro después... y entre la gente que comenzaba á comentarse en voz alta : «¡ Anda, Sánchez Guerra.» «¿Habís visto? Dato»... Luego pasó la infanta Isabel, en un landó descubierto... el alcalde y el gobernador... y más coches oficiales, y miles y miles de landós, de berlinas... entre la inmensa fila de tranvías ó los furgones abarrotados hasta la *vaca*...

—¡ ¡ Eeeehaaau ! !...

—¡ ¡ Uuuaaaa ! !...

Y se empinaban las gentes para ver lo que ocurría.

—¿Qué es?...

—¿Qué es eso?...

Un rumor imponente, espantoso, salía de la plaza. Los dos ríos de espectadores, que ya ba-

jaban Alcalá, se volvieron y se pararon sorprendidos...

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?...

Por la puerta principal de la plaza, una multitud enloquecida, delirante de júbilo, salía con los brazos en alto. La formación se rompió por dos ó tres sitios de la acera, interrumpiendo el paso de los carruajes. Pronto una voz circuló entre las gentes.

—¡¡Aaah, es que le traen!!... ¡¡¡Escolar, Escolar!!!...

—¡Oooh, que le sacan en hombros! ¡Viva Escolar!...

Como un líquido negro, la avalancha de público salía de la plaza, extendiéndose, extendiéndose... dilatándose... anegándolo todo... Pronto la avenida fué insuficiente para contener tanto público, que desbordó y llenó en un instante gran trecho de Alcalá, de Torrijos, de Goya, de Pardiñas... Se promovían escándalos, palos, golpes... entre los cocheros y las gentes... Los guardias de á caballo, diseminados, perdidos en aquel océano de barbarie, apenas podían hacer avanzar á la bestia unos pasos...

Entre tanto, la plaga, la nube aquella, avanzaba, avanzaba, arrollando todos los obstáculos... Ganó Alcalá... Primero, delante, miles de chiquillos, de mozuelos también, endomingados, saltaban, daban vivas... «Viva Escolar!...» «¡Vivaaa!...» ¡Un delirio!... Luego venían hombres, hombres ya maduros, gentes bien

vestidas, señoritos, tenderos, estudiantes... con los brazos en alto, todos febriles, todos ebrios de santo entusiasmo, todos descubiertos y sonriendo, aclamando al ídolo, gritando..., atropellando á las gentes, que huían despavoridas á refugiarse á las bocacalles ó las porterías...

Los Noroña, arrastrados por la ola de entusiasmo, tuvieron que refugiarse con un pelotón de espectadores pacíficos en un portal de Alcalá... Desde allí vieron pasar la plaga... ¡ miles, muchos miles de almas!... «¡ Viva Escolaaar!» «¡ Vivaaaa!»... «¡ Viva el *divino* Escolaaar...!» «¡¡ Vivaaaa...!!» No acababa la ola, la nube... imponente, atronadora...

Al fin, los dos hermanos, levantándose de puntillas, pudieron descubrir á Rafael, un segundo, reluciente, saludando á los balcones, sin montera, vacilando sobre los miles de brazos que le sostenían... ebrio de gloria y de triunfo... recubierto de oro... Y, después, todavía la ola de miles y miles de almas, roncas de gritar, exhaustas de elevar los brazos al cielo, febriles de entusiasmo, sugestionadas por la sangre y las tripas y el sufrimiento de los caballos y los toros...

Cuando fué posible la circulación por las aceras de Alcalá..., cuando los coches y tranvías pudieron reanudar la marcha, los Noroña, callados, con inmenso disgusto, salieron de la portería... El cómodo éxodo de la patria entera se alejaba hacia la Puerta del Sol. De los balcones, una salva de aplausos caía hasta la calle... Mi-

les y miles de pañuelos, de banderas, de manos ensortijadas, saludaban al semidiós, al héroe... Y desde no pocos de ellos arrojaban flores al paso de la imponente comitiva...

Era el tributo de admiración, el homenaje de todo un pueblo, la gloria ofrecida por toda una raza á un ignorante y despreciable asesino de pobres bestias... Juan, con pena é indignación, se lo fué haciendo notar á su hermano... ¡Aquí no se hacía caso de los hombres de ciencia, de los grandes artistas, de los hombres de buena voluntad, de los que trabajaban y se afanaban, de los poetas!... ¡Sólo el torero, sólo el inútil é ignorante matador de toros, veíase endiosado, lleno de gloria y de triunfo, cubierto de oro, borracho de popularidad y admiración! Los hombres de ciencia vivían ocultos, ignorados, solos, pobres... Los grandes artistas ó los grandes pensadores, los poetas, se iban muriendo poco á poco de hambre... ó tenían que emigrar al extranjero, donde rápidamente las multitudes les convertían en sus ídolos y les colmaban de riquezas y de gloria... Allá, por otros países, la multitud aclamaba á un gran músico, á un gran dramaturgo, á un gran novelista, á un gran poeta, á un gran pintor ó escultor... á un hombre que, con su ciencia, inventa maravillosas máquinas para provecho y bienestar de sus semejantes... ¡Aquí no; aquí, nunca! Todos nuestros grandes prestigios, lo que hacía que el nombre de nuestra Patria se pronunciase con admiración y respeto por el mundo,—Cajal, To-

res Quevedo, Sorolla, Blay, Blasco Ibáñez, la Pardo Bazán, Luis Morote, todos, todos nos los habían *descubierto* fuera de España... en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Rusia, en América... Y los hombres grandes que no tuvieron una larga vida ó no se afanaron porque su nombre y su obra traspusiese las fronteras—como Bécquer, como Peral...—, aquí se iban muriendo poco á poco de hambre y desilusiones... ¡mientras el pueblo elevaba y endiosaba y cubría de oro á Belmonte y al *Gallo*!...

III

Errante, andando sin rumbo, desde las tres en que se levantó, se encontraba ahora por Pardiñas. Calles nuevas, silenciosas, solitarias... Palacios, jardines... enormes edificios blancos, muy blancos siempre... Las luces claras del gas—nuevas también—brillaban intensamente en la nublada tarde de Febrero...

Sentía frío... Hambre, mucha hambre... ¡Una hambre feroz, de hombre joven y sano, que hacíale mirar con sorda envidia los escaparates de las tiendas!... A momentos, de vez en vez, dejábase caer sobre algún banco... rendido! Enfrente de él, detrás de él, palacios y jardines y gigantescas edificaciones... Cada veinte pasos, sobre el asfalto húmedo del bulevar, se vertían las luces claras y alegres de algún portal fastuoso...

Un transeunte...

Al rato, otro...

Eran gentes bien vestidas, inquilinos de estas casas de ensueño... todos bien abrigados, seguramente bien comidos... que reían...

El odio, el asco, la pena infinita, incitaban

á Juan á seguir... Y andaba, andaba... Andaba errante, sin rumbo, conteniendo las lágrimas, con un nudo amargo en la garganta... solo, frío...

Lo que más le atormentaba de su espantosa miseria, de la horrible situación en que estaban él y sus hermanos, no era el hecho en sí de no comer, de no poder ir bien vestido, de no habitar en un hogar humilde, pero alegre... ¡ sino la deducción de que sus semejantes, hombres como él, consentían que otros hombres, en estas ciudades de fausto y de grandeza, muriesen sobre el arroyo... ¡ de hambre !...

No podía llorar... Grandes vahidos hacíanle dar traspiés de borracho... Sin objeto, sin motivo, andaba y andaba á través de esta parte de la urbe llena de lujo y de soberbia... Ahora—Goya abajo—miraba con envidia y enojo los rótulos de las tiendas : COMESTIBLES FINOS... BARBERIA... PLOMERO... VINOS Y CERVEZAS... TEJIDOS... EQUIPOS Y CANASTILLAS...—rezaban. Y eran, para el pobre y desamparado poeta como insultos á su miseria y á su soledad. «¡ Todo el mundo tenía un medio de vivir, una manera de ganarse el pan en medio de esta sociedad canalla... todos, menos él...»

Llegó á Serrano. Torció. Más luces y más focos, y tranvías, y mucha más animación aquí...

Andando, se asombraba de lo que resiste un hombre sin comer. Hoy miércoles... y desde el

domingo, en que se acabaron definitivamente en su pobre hogar los chorizos y morcillas y el jamón de los dos remitidos por su madre, desde el pueblo, que apenas habían comido pan y un poco queso cada día... Ayer no pudieron comer sino un panecillo entre los tres... ya anochecido... Y hoy... ¡nada!, ¡ni pan!...

Y, sin embargo, salvo aquellos mareos que le obscurecían de vez en vez los ojos, se encontraba bien... casi bien... con un hambre horrible, que teníale despejadísimo el pensamiento...

Sólo, sí... ¡oh, eso era producido por su situación mísera!, una tristeza infinita se extendía ante sus ojos... Las gentes que cruzaban á su alrededor, riendo, felices, le parecían idiotas... Miraba las cosas con un odio y como rencor sordos, ocultos, profundísimos...

Su hambre, cuando cruzaba por delante de un escaparate de ultramarinos, le hacía pararse con aire distraído. Entre un brillar de luces majestuosas, sostenidas por brazos dorados, se extendían en el escaparate los garbanzos, las cajas de pasas, de galletas, de foagrás, de ciruelas conservadas... De pequeños soportes, aun dentro del escaparate, pendían salchichones, ristras de embutidos, jamoncitos de York, envueltos en delicadas gasas blancas... Al fondo de la tienda, llenando los estantes interminables, se alineaban las baterías de conservas—pimientos, tomates, pescados de mil clases—, los frascos de las mermeladas, las botellas de los vinos generosos, aromáticos y espumean-

tes... Sobre el mostrador se extendían, entre balanza y balanza, pequeñas vitrinas, conteniendo paquetitos encarnados y amarillos que envolvían los polvos de purés exquisitos... Y aun, además de los pequeños estantes en escalera que había por los rincones de la tienda, donde, en sacos en miniatura, se mostraban las infinitas clases de legumbres y de semillas, de granos y harinas, se veían desde la calle, en la trastienda, enormes tinajas metálicas del aceite, del vino común, del petróleo...

Se marchaba el poeta. Constituía para él, tan altivo y tan señor, una especie de insulto aquella abundancia, que se repetía, sin cesar, cada quince ó veinte pasos... Pensaba ahora que era indigna y villana la sociedad que los hombres habían constituído. Viendo aquellos montones de productos, aquellas mostañas de víveres exquisitos—sólo al alcance del rico—, confirmaba su nuevo concepto de la vida, su verdadero concepto de la vida. Sí; oro, sólo oro el fin de todo; sólo oro el precio de todo... Ni el amor, ni la sabiduría, ni la ciencia, ni el arte, ni la poesía, ni nada, en fin, de aquello que debiera constituir entre los hombres una garantía de excelsitud, de superioridad, servía para nada. Nunca, en el mundo este, grosero, sanchopancesco y ruin se preguntaba: «¿Eres bueno?», «¿Eres sabio?», «¿Eres noble de alma?», sino: «¿Eres rico?»... Nunca se nos medía por nuestro corazón, por nuestra inteligencia, por la mayor ó menor altura de nues-

tros sentimientos y nuestras ansias, sino siempre, siempre, por nuestra bolsa...

Andaba, andaba...

Andaba procurando entrar en calor su aterido cuerpo, envuelto en su gabán de poeta pobre. Iba pensando que era verdad lo que él pensó muchas veces de la sociedad humana, en sus horas de desamparo y de escasez. La sociedad era un conjunto de canallas y de putas, donde no podía haber un hombre bueno ni una mujer honrada. Si alguien, llevado de la grandeza de su corazón, intentaba ejercer el bien, predicar á los hombres el amor, la igualdad, la justicia, el arte ó la ciencia, ya no se le crucificaba, como á Jesús, pero se le encarcelaba, llamándole *perturbador*, y se le señalaba con el dedo. A los que decían que la propiedad era un robo inicuo, que no debía haber fuerza armada, que la Iglesia católica era un conjunto de granujas que vivían al amparo del más puro y bueno de los hombres; que las leyes partían de principios injustos y estaban elaboradas por los fuertes; que no debiera haber amo y siervo, ni chico ni grande, ni alto ni bajo; que no debiera existir la burguesía, y que el hombre ó la mujer que no contribuyera con el esfuerzo de sus brazos—siendo útiles y sanos—al bienestar común, se les debía de matar, por constituir un estorbo para la equidad y la justicia que debiera dominar sobre la tierra, se les consideraba como seres peligrosos, se les tapaba la boca y se les encarcelaba después, para que nunca ya las masas

incultas é imbéciles oyeran su voz redentora... señalándoles luego como *Quijotes*, como *idealistas*, como *hombres chiflados*...

«Todo quieto, todo estable! ¡Nadie se mueva!», decían sin cesar los bien instalados en la vida. «¡El que sufra hambre, el que sufra frío, el que no tenga una cuadra ó una buhardilla donde dormir y resguardarse de la lluvia, que muera sobre el arroyo, solo, abandonado!... Y aquel que se rebele, se encontrará inmediatamente detenido y encarcelado por la Policía, esto es, por hombres á nuestro servicio, que hemos armado nosotros para que vosotros—los hambrientos, los desposeídos—no podáis gritar ni reclamar lo que la tierra produce para todos...»

Su angustia le hacía aligerar el paso. Lo que más le amargaba de sus reflexiones era considerar que era ahora cuando él conocía el fondo de la vida, «la verdad de la vida»... al descubrirla tan miserable, tan despreciable... Lo mismo aquí, en esta gran ciudad, que en Montemor, su dulce aldea, que en Saucedos... que en Londres, que en París... el rico, el bien instalado, el que rapiñó bienes al amparo de leyes injustas, vivía, comía... ¡El que no, no!... Y si bien era cierto que en la aldea, echado bajo un pino ó en la soledad de un encinar figurábase uno habitar el mejor de los mundos, no era menos cierto que también allí «había pobres que pedían limosna»... ¡¡hombres, por ende,

que carecían de pan, de hogar, de bienestar alguno... como él, como ellos ahora!!...

Para su delicada alma de poeta-mariposa la consideración de estas injusticias sociales colmábale el corazón de tristeza... ¡Bien dura, bien amarga, la vida!... ¡Pero era inútil pugnar por no aceptarla!...

Se perdían, interminables, las luces del gas, allá lejos, al final de Serrano, donde una falsa ilusión óptica, mentía que se juntaban...

El pobre poeta, cada vez más frío, cada vez más atormentado por el hambre, seguía, errante, como idiota, sin deseos de volver á su hogar y encontrarlo apagado y tétrico, como otras veces en ocasiones semejantes... Por su mente desfilaban los nombres de sus escasos amigos, á quienes había ido á implorar en esta tarde el favor de una peseta... Pero los amigos, *sableados* de continuo por él, cansados, asimismo, de verlo siempre con palidez de cera, roto, sucio, mal oliente á causa de aquella inmunda buhardilla en que vivía, no lo atendieron. «¡Hombre, Juan, mira; ¿pero tú qué haces que no te colocas?», habíale llegado á decir uno de sus antiguos compañeros del grado, riquísimo, que estudiaba leyes; «porque va á ser cosa de emigrar».—Juan, cuyo genio era proverbial entre sus amistades, le zarandeó y le escupió..., tirándole, luego, á la cara, el duro que el cobarde dejó sobre la mesa...

Hermosilla. Por aquí, de vez en vez, un *cangrejo*, pasando velocísimo, le daba la sensación

de una vida de bienestar y de regalo... ¡Las gentes que iban dentro eran los afortunados que podían permitirse el lujo de gastar una moneda de diez céntimos en un viaje por la ciudad!... Causáronle envidia...

Cruzaba constantemente por delante de casas nuevas, fastuosas, que se elevaban en la obscuridad mortecina de la calle estrecha como fantasmas de pesadilla... A la puerta de ellas esperaban automóviles severos, relucientes, con su aire de cosas de grandeza, de ensueño en la tierra... El los miraba, al pasar, y veía su interior tapizado de terciopelo, la rica alfombrita de pelús que cubría su piso, el reloj que asomaba, inclinado, por una abertura circular del forro interior del coche; los espejitos, los esencieros metidos en fundas, los floreros, en fin, en los ángulos, que dejaban asomar unas pocas flores, y que llenarían el pequeño espacio de embriagador perfume...

A menudo se paraba ante una lujosa portería á contemplar las bellas figuras modernistas del yeso, las lámparas regias, los macetones, que contenían pequeños arbustos de hojas muy verdes, la alfombrita que subía, sostenida por barras doradas, los pocos peldaños de las escaleras... el ascensor, en fin, al fondo, iluminado como un sagrario bendito...

En su eterno andar, á veces se encontraba en bulevares, en calles amplísimas, sin fin, que tardaba en reconocer. Velázquez, Príncipe de Vergara, Goya otra vez, le parecían bos-

ques de luces... En Príncipe de Vergara, donde había bancos nuevos, se sentó. Tenía enfrente otra casa nueva, recién construída, blanquísima, y miraba con pena y con envidia sus filas largas de balcones iluminados, como un palacio en noche de fiesta. —¡Hogares, hogares!—pensaba—. ¡Hogares felices, llenos de abundancia, de alegría, de paz, de amor y de calor! ¡Hogares donde no se conoce el bochorno de la escasez, la tristeza infinita de los largos días sin pan, la humillación del trabajo, la amargura de ver á los seres queridos mal vestidos, melancólicos, sucios y rotos!... ¡Hogares donde no falta la luz ni el fuego, donde no se puede penetrar más que descubierto, donde todo está rodeado de prestigio y de respeto!... ¡Donde no se sabe lo amargo que es ver llegar la hora santa del mediodía y que no haya una mesa limpia y clara que reuna en regocijo á los amados seres; donde se desconocen las vergüenzas que un mendrugo cuesta á los que nada poseen!... ¡donde no hay que ir vendiendo muebles y ropas para que arda el hogar un día de nieve!... ¡Hogares donde la vida es una perpetua fiesta de abundancia, donde todo está colmado y satisfecho, donde los seres queridos se muestran siempre limpios y sonrientes, hartos y felices!... ¿qué méritos hay que hacer, qué obstáculos que vencer, qué heroísmos que afrontar para habitaros?... ¿Qué era lo que había que hacer en la vida para ser dueño de uno de aquellos hogares blancos y alegres, donde la vida se

mostraba como una cosa fácil y bella, llena de atractivos y de encantos, y no como una cosa dura y triste?... ¡Oh, que él, si lo supiera, afrontaría todos los peligros, vencería todos los obstáculos!...

Se agrandaba su pena, inmensamente, recordando los desengaños sucesivos que habían ido sufriendo, en sólo un año de Madrid, todas sus grandes ilusiones.

Sólo un año, en efecto, en Madrid ahora él (ya que antes de morir su padre, estudió en la corte dos años de Derecho... (rectificaba), («en otro Madrid de fiesta y abundancia bien distinto»), y habíale sobrado tiempo para comprender el error del camino que seguía... ¡Que seguían! ¡El y su pobre hermano, llena también la frente de ilusiones!... ¡Escribir, escribir mucho; lanzar al papel versos y artículos y crónicas y novelas buenos... durante un año ó dos!... ¡¡y huir, luego, á la aldea, con una pequeña fama que les permitiría ayudar á las pequeñísimas rentas de su madre... ir comprando fincas, arreglar la humilde vivienda de sus abuelos... triunfar, en fin, y verse, á la vuelta de ocho, de diez años, llenos de fama, de prestigio, y con un capitalito que colmaría sus ambiciones...

Y... ¡¡no, oh, no!!... Sus versos del alma, sus versos que él comparaba con los de los mejores trovadores—(¡y resistían el parangón, imparcialmente!)—, sus versos, que tornaban verdes y pálidas, de envidia, las caras de sus

compañeros del periódico cuando él los leía alguna vez... lo mismo que sus crónicas y artículos, ó de su hermano Pepe... no los publicaban nunca... ¡¡ni gratis en LA VOZ!! En cambio, en LA VOZ escribía á diario un tal Maceda, tonto, llegado de Cuenca no hacía dos meses, y que había deslumbrado al Director y á la Redacción en pleno con su *auto*, con sus lujos y su derroche de riquísimo. «¡Maceda, Maceda!»—comentaban con respeto los redactores, los íntimos del propietario y director cuando llegaba el millonario. En un mes, ¡atiza!, Secretario de LA VOZ... Y, luego, Redactor Jefe, al mismo tiempo, y, por añadidura, cronista, poeta y crítico... ¡El colmo, crítico! ¡Juzgaba las novelas de Trigo, de doña Emilia, de Valle-Inclán... los trabajos de Manuel Bueno y los versos de Carrere y Villaespesa!... ¡En mes y medio, repartiendo tajos y mandobles sin sentido común, había dicho en sus crónicas que en España no había nadie que escribiese bien más que un tal Rechazo, también de Cuenca, tambien tonto, y á quien había subido Maceda por las nubes con motivo de un libro que publicó aquél, titulado: «LO QUE PENSAMOS EN CUENCA», que eran trabajos sueltos recopilados y publicados ya en Villarrobledo...

Se asombraba, se asombraba Juan, ahora, con pena—momentáneamente olvidado de su hambre y sus desventuras—, del *triunfo* de aquel hombre... «Maceda», «Maceda»—se leía en todas las primeras páginas de los grandes

diarios de Madrid. En las revistas ilustradas traían su retrato con los adjetivos «el originalísimo», «el ilustre», «el insigne», «nuestro queridísimo compañero...» Cada ocho días, ¡pum!, suelto en todos los periódicos de Madrid, anunciando que «el genial Maceda preparaba un nuevo libro, titulado DE CUENCA A SORIA»... ó que «el ilustre escritor Maceda iba á hacer un viaje á Lugo ó Barcelona para que los lectores saborearan la delicia de sus crónicas, incomparables...» —¡Caramba, y qué pronto se conquistaba Madrid con unas cuantas cenas y un buen *auto*...

A Maceda le habían puesto en LA VOZ ¡setenta duros mensuales! En los demás diarios y revistas de la corte pagaban asimismo muy bien sus trabajos incongruentes y necios... El nombre del imbécil circulaba... circulaba... y tenía ya una gran racha de imbéciles como él y que comentaban y admiraban sus artículos...

¡En cambio á él... á ellos!... Ya hacía un año que estaba en la Redacción... y ni pagarle el verso que, como de limosna, le habían publicado en el periódico. ¡Uno! ¡Sólo uno!... Pero, á su recuerdo, el poeta volvía á sentir su inmensa, su enorme fe en el triunfo... ¡Un solo verso publicado en LA VOZ... y una verdadera revolución entre los redactores, entre los amigos de Juan, que se lo comentaron luego de memoria en las tertulias del café!...

El mismo imbécil de Maceda, que despreciaba á poetas y escritores por todo el mundo ad-

mirados, lo alabó. Y mucho. «Noroña, ha hecho usted un gran verso! ¡Una cosa grande, hermosa!»—le estuvieron diciendo los compañeros, los amigos, durante un mes... Muchos de los redactores le afirmaron que guardaban el periódico... Y hasta el gerente, otro imbécil, se lo dijo: «¡Noreña, mire, el número del 11 del pasado! ¡Con su verso! ¡Cosa hermosa!...»

Se puso en pie, y, paseando, con febrilidad de iluminado, comenzó á recitar, casi en voz alta.

La ciudad se yergue sobre la planicie
toda blanca y nueva,
con sus puntiagudas torres, que taladran
el azul del cielo, y en cuyas veletas
su intangible gasa las errantes nubes
á jirones dejan;
con sus edificios de atrevida altura,
con sus chimeneas,
con sus amplias calles y espaciosas plazas
y alegres glorietas.
Todo en ella es blanco,
todo es nuevo en ella;
sobre la planicie
gris, árida y seca,
parece una novia con tocas nupciales,
parece el sudario de una virgen muerta:
es como una rosa blanca que flotase
sobre el agua turbia de una charca infecta.

Sigue peregrino
la escondida senda,
no aceptes el falso reposo que brinda
la ciudad; desdeña
sus vanos placeres,
su lujo y sus fiestas,

que esa ciudad blanca que ante tus absortos
ojos aparece cual si de princesas
fuese regio alcázar con calados muros
de cristal, no alberga
sino mercaderes, hombres sin ideales
que al becerro de oro bíblico veneran.
¡Ay de quien incauto pisa su recinto,
de quien de sus galas seducir se deja!
Nadie supondría
viéndola tan bella
que los serios rostros de sus moradores
como las fachadas son de sus viviendas,
dulces y tranquilos, cual de quien atiende
sólo á la apariencia,
mientras que las almas y los corazones
son cual esos mismos palacios: de piedra.

Sigue peregrino tu jornada, sigue;
no te ofusque el verla
sobre la planicie
toda blanca y nueva.

«LA CIUDAD DE MARMOL», su título, respondía á la barbarie y la indiferencia de estas grandes urbes, donde los hombres estaban más solos que si vivieran, aislados, en los bosques ó lo alto de las montañas... Se lo había inspirado á él, como el verso, la soledad y la frialdad de este Madrid cruel... por cuyas avenidas, llenas de fausto y de grandeza, paseó tantas horas con el estómago vacío, la desilusión en el alma y un asco infinito en el corazón...

Era, debía ser tarde, porque empezaban á correr las cortinas metálicas de las tiendas... á

cerrar algunas porterías... Aquí, allá, un tren lujoso recogía á una pareja, para el teatro... Los faroles de algunos serenos comenzaban á temblequear por las esquinas...

Y, sin embargo...

¡Oh, y sin embargo—(¡¡con qué inmensa amargura se lo confesaba á sí mismo el poeta!!)—era para él indiferente en absoluto que fueran las diez... las once... éstas que acababan de sonar en alguna escondida torre de convento!... No tenía dónde ir... no tenía qué hacer... en medio de esta tétrica y fría... «¡ciudad de mármol!»... No pensaba siquiera ir á su humildísima buhardilla, por no encontrar, como siempre, desde mediados de mes, á sus dos hermanos tendidos en sendos jergones, durmiendo en una especie de letargo de hambre... sin luz...

No los había visto hoy, tampoco, como la mayor parte de los días... Pepe se levantaba al amanecer para ir al matadero á beber sangre... ¡á tomar de cualquier forma un desayuno!... Luego vagaba por Madrid, por el Retiro, por Rosales, hasta la hora de marcharse á la oficina... Amelia, á las diez, á las once... y se marchaba también á casa de lejanos parientes, de amigas, procurando comer en cualquier parte donde la convidaban... El á las tres, á las cuatro de la tarde, á veces á las seis y á las siete, y se marchaba á la Redacción buscando algún convite de café, de boquerones, por algún compañero *fastuoso*...

Sonrió con tanta amargura, que una congoja hondísima de llanto le obligó á pararse en medio del arroyo. Apretaba los dientes al recuerdo de tanta y tanta desilusión y pena... Gemía, gemía con un dolor inmenso de impotencia, de vencimiento... Lo que más le amargaba en su congoja era verse un hombre apto para cualquier trabajo, para cualquier ocupación... tan superior á aquella serie de inútiles compañeros del periódico, que cobraban crecidos sueldos por ser hijos de diputados, de caciques... como aquel idiota de Pajares, que por ser su padre riquísimo en Galicia—(de donde era el Director)—, cobraba en LA VOZ cuarenta duros, y tenía además una plaza magnífica en Gobernación...

«¡Todos, todos... todo el mundo encuentra algo, tiene algo, se coloca en algo... menos yo, menos nosotros!...» La risible colocación de su Pepe, que le iba poco á poco tornando más pálido y verdoso, constituía un nuevo sarcasmo... «Hasta Bañón, hasta Sánchez, hasta Andreu, se colocan en Madrid»..., repetía el poeta evocando paisanos tenidos en el pueblo por inútiles y que, á los ocho días de estar en la corte se habían ido colocando en comercios, en secretarías, en despachos... «¿Por qué?»...

¡Oh... sí... pero, ¡hasta ese! recordó... hasta Escolar, Rafael Escolar, el ignorante y medio imbécil aprendiz de herrero, convertido ahora en virrey de la nación!... ¡Hasta Escolar!... Hizo memoria y recordó que vivía por

una de estas calles... ¡Todo el mundo triunfaba, todo el mundo encontraba un medio de vivir, una manera de ganarse el pan, de tener un hogar tranquilo, de defenderse y defender á los suyos á coces y mordiscos... menos él, menos ellos!... Establecía un doloroso parangón entre su vida y la de aquel bruto Escolar endiosado ahora por España... ¡El poeta, el artista sublime, el cantor de los sentimientos nobles y grandes del hombre, el que alentaba los ideales buenos y cantaba la verdad... ¡con las botas rotas, olvidado de todos, frío y hambriento!... En cambio, el *matador* de bestias, el torero, el bruto sin pensamientos ni ideales, el hombre inculto y bárbaro... ¡cubierto de gloria y de oro, endiosado por un pueblo brutal, aclamado, agasajado, borracho de popularidad y de triunfo... descansando en algún fastuoso lecho de alguna de estas casas fastuosísimas!...

Iba arreciando el frío, y se volvió. Ganaría Serrano... Recoletos... Alcalá...

Iría á la Redacción... Quizá comiera... En la Redacción, al menos, no haría frío...

... ...

Había tanta que la gente desbordaba ya por el «hall» inmenso, por los pasillos, por los salones, por las escaleras... Todo Madrid. O, mejor dicho, toda España..., ya que para el banquete tan traído y llevado por la Prensa de toda la nación, habían venido trenes especiales, y muchísimos, de La Coruña, de Barcelona, de las Vascas, de Sevilla, de Málaga, de Valen-

cia... ¡Un triunfo inmenso! ¡Un éxito como no se recordaba cosa igual en los anales del entusiasmo por los toros! Ya lo dijo *Don Apapucio* en su comentadísima crónica de LA VOZ: «Nosotros, los españoles, no estamos en guerra, por fortuna. ¿Es que la afición va á privarse de testimoniar á su más grande y adorado ídolo la admiración y el cariño que le inspira, porque nuestros vecinos se estén rompiendo el alma?... ¡No! La fiesta nacional tiene derecho á seguir viviendo, ya que España entera depende de ella y vive por ella y para ella.

¡Sí, queridos aficionados; el banquete á Escolar se celebrará el próximo domingo 18 de Abril, en el Palace Hotel! ¡Es un acto de justicia, con el que toda España rendirá tributo de admiración al más grande, al más inmenso de los hombres que actualmente constituyen esta humanidad deleznable y superficial! Y en verdad—(y me causa una satisfacción inmensísima declararlo en estas columnas)—, el éxito ha sobrepujado á nuestras esperanzas, con ser éstas grandísimas, tratándose del *Divino Escolar*: de Valencia, de Coruña, de Barcelona, de Granada; no hay que decir que de Sevilla y Córdoba —(hasta veinticuatro)—, de la frontera, han venido y están viniendo aún infinidad de trenes abarrotados de entusiastas...»

Ya no cabían los coches, los autos en Medinaceli, en Cervantes, en Lope de Vega, en Jesús..., y desbordaban, é iban á situarse, formando triples filas, por el Prado y el Museo...

Era un grito. Era un quejido, doloroso de tan entusiastas, de toda la nación, este banquete á Escolar... La aristocracia, la burguesía, hasta infinidad de obreros iban á asistir á él, y llenaban ya, con sus trajes endomingados, medio Palace-Hotel... El pueblo entero de Madrid, deseoso asimismo de tributar un homenaje de admiración al héroe, había invadido, desde la noche anterior, los alrededores del hotel. Y se comentaba ahora entre los grupos, aquí dentro, por el *hall* y el comedor, que ricos aficionados de Sevilla y Córdoba que se habían quedado sin asiento en el banquete, pagaron doce y veinte duros á los golfillos de los primeros puestos..., sólo para ocupar un sitio desde donde presenciaran al grande hombre...

Sonreía, sonreía *Don Apapucio*, de grupo en grupo ahora anunciando la pronta presencia de Rafael en el comedor.—«¡Lo están vistiendo!»—contestaba á las preguntas de los entusiastas...— «¡Ahora va á bajá!...»

Pero llegaron, ¡atiza!, dos ministros, y salió *Don Apapucio* á su encuentro, como presidente de la Comisión organizadora... Un corro de Directores generales, de canónigos, de oficiales del Ejército, de curas... «¡arza!», el obispo..., rodearon pronto al popular revistero... Sonreía éste. Sonreía contestando, ébrio de gloria, á las preguntas de los graves personajes... «¡Solucionado el asunto de Córdoba...» «Resuelto el de Sevilla...» «Y en vías de resolverse los de Granada y Valencia... y Madrid.»

Referíase á las estatuas de Escolar, y se promovió un gran barullo por los grupos. Todos se felicitaban de que, ¡ al fin !, ¡ tras enormes sacrificios y dolores de *la afición*, se hubieran colocado las estatuas! Una, en Sevilla; otra en Córdoba. Y la de Granada (que no la hacía Benlliure, sino Blay, pagado como aquél á peso de oro con una suscripción pública que reunió en veintidós días cien mil duros), á punto de terminarse. Algunos tronaban contra los escritores y periodistas que se habían permitido censurar este entusiasmo de toda España por la fiesta incomparable, por el *divino* Rafael. «Es gente iznorante», comentaron los toreros. Y, á su vez, los escritores taurinos salieron en defensa de la fiesta. Hubo polémicas. Hubo duelos. Los enemigos de la fiesta de toros—(unos seis en toda España)— se lamentaban de aquel entusiasmo. Manuel Bueno, el hombre cultísimo, el pensador sensato y justo, *se atrevió* á publicar un artículo en tal sentido. Le combatieron, le refutaron los escritores taurinos, á quienes no hizo caso. Pero una tarde, Belmonte, en el Palace, ante una peña de amigos, uno de los cuales le leyó el trabajo del insigne pensador, comentó en sonrisa: «¡ Hombre, nostá mal! Pero es que no saben destas cosa. ¿Qué sabe don Manuer Güeno de toros, si no distingue seguramente una lagartijera de una joía gaonera?...» Y el éxito de la frase fué tan brutal, que dos horas después la comentaba Madrid todo, y fué lanzada, en telegramas «urgentes»

á la Prensa de provincias... ¡Pobre D. Manuel! «¡Lo había *chafao* Bermonte!...»

—¡Porque sí, señores—comentaba ahora *Don Apapucio* á los directores generales, á los ministros, al obispo... en el corro aristocrático—; por ahí andan las estatuas de gente que la gente no sabe quién son... ¡poetas, sabios, santos, escritores ó archipámpanos!..., lo que sea, pero que er pueblo no los conoce. Y, ¿por qué no se le habían de levantar estatuas á Escolar, si lo quería España entera?... ¿Sabéis ustedes lo que decía el revistero *Concho* el jueves pasao en LOS TORILES?... ¿No? Pos decía, y con muchísima razón, que en Alemania le levantan estatuas á un tal Bismar, y á toos los grandes generales; en Francia y Inglaterra, á Víctor-Hugo, Gardós y toos los escritores. ¿Y por qué aquí no le habíamos de levantar estatuas á Escolar, á Bermonte y *Lagartijo*?...

Se le tributó una ovación cariñosa al gran *Don Apapucio*. Un tal Alburquerque, director general de Agricultura, que no se separaba de Rafael más que á las horas de dormir el ídolo, estuvo batiendo palmas, solo, durante diez minutos. Los demás reían.

Pero de pronto una salva de aplausos que atronaba los corredores..., que se transmitía como el eco de una tempestad por los saloncillos... por el comedor después... anunció la llegada del ídolo. Bajaba triunfalmente las escaleras principales del Palace, seguido de una nube de admiradores, de señores gravísimos, entre cu-

yos fracs y levitas y chisteras resaltaba su traje sevillano y su sombrero de ala ancha... Una orquesta oculta entre plantas y macetones y columnas, rompió á tocar un pasodoble. Y dentro del Hotel, los millares de admiradores que iban á asistir al banquete batían palmas y daban vivas al semidiós...

—¡ Viva Escolarr... !

—¡ Vivaaaa !...

La multitud de comensales que se apretaba á los lados del *hall* inmenso para poder contemplar de cerca á Rafael, se descubría, se sofocaba, se atropellaba... «¡ Adiós, Rafael !»... «¡ Adiós, Escolar»...—decían todos agitando los sombreros.

Y el espada, borracho de triunfo, sonriendo, iba hacia el comedor rodeado de diputados, de senadores, de aristócratas, de grandes caciques, de toda la España que valía y tenía fuerza rendida en homenaje á sus pies...

En la mesa del ídolo, matérialmente cubierta de flores, se sentaron con él su apoderado, Alburquerque, *Don Apapucio* y un ministro.

Llegó la hora de los brindis, y los inauguró el director general, Alburquerque.

—¡ Señores ! Tengo el gran honor de ofrecer, en nombre de la Comisión organizadora y en el de toda la afición de España, á Escolar este banquete que pudiéramos llamar monstruoso por el número y calidad de los aficionados que se han congregado aquí...

Yo siento una gran satisfacción viendo cómo

el amor y el entusiasmo por nuestra hermosa fiesta, lejos de decaer, aumenta cada día. Antes, en tiempos de Espartero ó Cúchares, nuestra Patria no idolatraba tanto á los toreros; ahora, una indisposición de Belmonte ó una torcedura de pie de Joselito ó Escolar, conmueve á España entera. La Prensa gasta miles de duros en copiosas informaciones sobre los toros. Y hasta últimamente, para gloria de la afición, hemos conseguido que en Sevilla y Córdoba se levanten dos estatuas á Escolar... (Aplausos.) Pero hoy más, señores: estamos en vías de arreglar lo de la estatua de Granada, que aquella hermosa y antigua ciudad pide con toda su alma; lo de la de Valencia, y se está tramitando—(y yo tengo en ello empeño firmísimo)—la estatua que á nuestro admirado gran amigo queremos erigir en Madrid...

Cortó la palabra del imbécil una estrepitosa salva de aplausos. Todo el mundo, puesto en pie, batía palmas frenéticamente. Otros, subidos á las sillas, daban vivas á Escolar... Al fin, restablecido el silencio, Alburquerque terminó.

—¡Sí, señores. Es hora ya de que España entera, que adora á los toreros, que los aplaude, y á los que debe sus más hermosas horas de deleite y esparcimiento, les vaya haciendo justicia. Esas estatuas levantadas al arte más incomparable que jamás hubo; este homenaje que hay le tributa Madrid á nuestro héroe, espero que se repetirán en provincias, para estímulo de los cultivadores del arte de Cúchares... Y...

—(le interrumpieron los aplausos)—, por último, yo quiero rogar al señor Ministro de la Gobernación, aquí presente, nos prometa en público su valiosísimo concurso para resolver lo de las estatuas á Escolar en Valencia, en Granada y en Madrid... Y, además... ¡ he dicho !...

Se sentó sonriendo, entre una tempestad de palmas.

Prometió el ministro, accediendo bondadosamente con la testa, y Rafael, pálido como si fuera á matar un toro, se levantó á brindar.

Todos callaron.

Por un momento, entre los poderosos «¡ chiisst !», se escucharon las notas de la orquesta oculta... Al fin, un silencio sepulcral hízose en el comedor...

Llegaban de los contiguos saloncitos, de los corredores, miles de entusiastas deseosos de escuchar al héroe..., de criados también, y turistas, que abrían la boca, pasmados, empinándose sobre las puntas de los pies...

Mientras tanto, Escolar (¡ siguiendo las instrucciones de su apoderado, de *Don Apapucio* !), se estiraba los puños... bebió agua... y comenzó entre una expectación formidable.

—¡ Señores aficionados...

No pudo seguir. Gritos, aplausos, vivas... pañuelos y sombreros que ondeaban por el aire, acogieron las *geniales* palabras de Rafael... Muchos proponían no dejarle hablar, sino sacarlo en hombros ya del comedor, del hotel mismo, y pasearlo en triunfo por las principales calles

de la corte... Al fin, tras gran trabajo de algunos individuos de la Comisión, restablecióse el silencio...

—¡Señores aficionados... y queridos amigos... No creo merecerme este gran homenaje que lo más escogido de la afición española me ofrece... (conato de ovación)... me ofrece hoy... Si acepto este banquete, es porque... es porque...

Vaciló, y con angustia miró á su apoderado, como en los trances difíciles del redondel miraba á su peón de brega *Valentín*. Y hubo una pausa.

—¡Coño!, claro—dijo rapidísimo el marqués, sin mirar al héroe, sacudiéndole la ceniza al puro—, ¡porque tú representas el toreo! ¿No te lo dije?...

Se iniciaron algunas risas, ahogadas.

—... si lo acepto, es porque yo represento la fiesta taurina... el toreo, vamos... y... ¡he dicho!...

Se sentó con la faz bermeja, entre un verdadero ciclón de entusiasmo. La concurrencia (casi toda la cual no había oído el brindis del espada) le aplaudía frenéticamente, descontando, desde luego, que habría sido genial... «¡Viva Rafael»... «¡Viva el gran orador»... ¡Un éxito! El ministro fué el primero en felicitar al ídolo, tendiéndole cariñosamente su mano peluda de orangután por detrás de su apoderado...

Entonces llegó lo más simpático de la fiesta. Los comensales, henchidos de santo entusias-

mo, querían abrazar á Rafael... De la calle, un griterío imponente llegaba de tarde en tarde, como de una multitud frenética... Y varios diplomáticos criados de calzón corto informaron al marqués apoderado de Escolar, á *Don Apapucio* y al ministro, que había casi alborotos en la Carrera, en el Prado, en Cervantes, por intentar la gente asaltar las puertas del hotel...

El ministro, diplomático, exclamó en tono festivo.

—¡Hombre, sí, muy bien, un besamanos! ¿Por qué no?... Mira, Rafael, sales ahí, á la galería, te rodeas de *tu corte*... y que entre el público y te salude... ¡Un besamanos!...

Acogida la idea con calor, pronto *Don Apapucio*, el marqués de Cistero y Alburquerque se afanaron en su realización. El ídolo atravesó el comedor entre otra ovación delirante... y fué hasta la galería... Se marchó el ministro, «que iba á otro banquete», el obispo y muchos diputados y senadores, sonriendo... Corrían los aficionados hasta la calle, á avisar al público de que se le iba á permitir la entrada en el hotel... Entró un nutrido piquete de la Guardia civil y formó dos filas hasta la puerta de la calle de Cervantes... Se escuchaban gritos, voces, silbidos, aplausos... que producía la multitud impaciente...

Y al fin...

¡Oh, al fin!... Rodeado de graves señores de chistera y de levita... en la plazoleta central de la galería... de pie ante lujosas mecedoras y

«chaisses-longues» de mimbre... ¡¡el hombre superior, el héroe, el ídolo, el «divino» Escolar, comenzó á recibir el homenaje de todo un pueblo!!... Pasaron, primeramente, desarrapados golfillos de la calle, que por un instinto de respeto se descubrían... Llegaban sonriendo, mostrando sus caras sucias y famélicas, sus cabezas sin pelar de largos meses, sus vestidos rotos y sucios del barro de las calles...

—Mu güenas, maestro...—dijo el primero que llegó hasta el ídolo, estrechando con efusión la mano de Rafael—. Hastáo mu güeno...

—Arza, aire, márchate...—tuvo que arrojarlo Alburquerque, en guardia junto al matador— ; anda, que vengan otros...

Entonces, la fila que aguardaba impaciente comenzó á desfilar en homenaje ante el hombre *divino*. Después de pasar unos cuantos centenares de golfillos, que hicieron reir á la concurrencia, empezó la fila á constituirse por gentes bien vestidas. Estudiantes. Comerciantes, que abandonaron la tienda en gracia á lo trascendental del caso. Y hasta, ¡atiza, modistas! ¡Una Comisión! Entraron riendo, en fila (ya que obligaba á ello la Guardia civil y la Policía de á caballo), y una de ellas guapísima, como la mayoría, porteaba un ramo de flores...

—¡Bueno, mire, Rafael, Escolar, vea, del obrador de la Casa Gómez!

Lo cogió el espada, murmurando un mecánico «¡muchas graxias!», y haciendo estallar á

la concurrencia en una salva de aplausos tributada á las simpáticas modistas...

De vez en vez, un extranjero empleado del hotel, grave, serio, se acercaba á la comitiva de Escolar para rogarle :

—Ténjame el favor de non subirse á las mejedoras...

—¿Eh? ¿Cómo?... Sí, bueno, esté tranquilo—contestaba el aficionado, apeándose de la butacona de mimbre, que había llenado de barro— ; esté seguro... no me volveré á subir...

Y al marcharse el empleado, el entusiasta, subiéndose de nuevo á la mecedora ó meridiana : «¡ No s'ha chafao, el franchute !...

Pero pasaba... pasaba, continuaba pasando aquella interminable fila de gentío ansiosa de saludar á Escolar... interminable... ¡ Medio Madrid ! ¡ Hasta señoras, que dedicaban al héroe, con increíble audacia é impudicia, sonrisas significativas !... ¡ Empleados, estudiantes, ¡ ¡ más estudiantes ! !, más modistas, más señoras —(¡ ¡ guapas, recontra, guapas ! !, comentábanle, malignos, á Escolar, Alburquerque, el revistero y el marqués)—..., hasta señores de levita... ¡ el colmo, curas !, y luego, no pocos oficiales del Ejército !... ¡ Un éxito ! ¡ Un triunfo inconcebible !... *Don Apapucio* miraba á todas partes, brillantes los ojos, desafiando á aquellos «escritores decadentistas», que alardeaban de su desprecio á la fiesta nacional... «¡ Sí ! ¡ Que vinieran ! ¡ Que llegaran... y vieran esto... y se murieran... y se les cayera la *jeró* de envidia... y

rompieran la joía pluma pa siempre!...» «¡Sí, que viniera aquí aquel *iznorante* D. Manuer Güeno... y no volvería á escribir contra los toros!... ¿Más gente?... ¿Dónde?...»

Ya llevaban dos horas pasando entusiastas, admiradores de Escolar, y aún se percibía el rumor, los gritos y el barullo de una inmensa multitud, que aguardaba puesto en la fila para entrar á saludar al héroe... «¿Dónde más gente?»—pensaba *Don Apapucio*, radiante de triunfo—. «¡Si había más, mucha más que la que se reunía en la calle de Cervantes los viernes de Cuaresma, pa besarle los pies al Cristo!... ¡Vamos!...»

Pero dieron las cuatro... las cinco, las seis, y los admiradores iban empezando á fatigarse. Escolar, sentado desde hacía una hora, le había indicado ya dos veces á *Don Apapucio* su deseo de retirarse á sus habitaciones... Al fin, á las siete, el ídolo anunció, por medio de algunos de sus íntimos, que «no estaría allí más que hasta las ocho»...

Sólo que la noticia, rápidamente propalada á la inmensa multitud que fuera llenaba la Carrera de San Jerónimo y las calles del Marqués de Cubas, de Medinaceli, de Cervantes, de Jesús, de Lope de Vega..., y desbordaba por Jovellanos, por Floridablanca, por San Agustín, por el Prado..., causó un efecto deplorable. Hubo palos. Hubo cargas y carreras, y sustos... y hasta no pocos contusos, y un herido, atropellado por el caballo de un guardia... Los más

entusiastas intentaron asaltar el Palace Hotel, obligando á la Policía montada á dispersar á los más tumultuosos...

A las ocho, previo anuncio de Escolar de que recibiría al día siguiente á todo el mundo, desde las dos de la tarde, subió el gran hombre á sus habitaciones del hotel. Regias. Daban sus innúmeros balcones á la plaza de Cánovas... y dominaban el Prado, el Ritz, los Museos, la Academia... las arboledas del Botánico y el Retiro... Recoletos... ¡lo más bello de Madrid!... Tres, cuatro, hasta seis salones fastuosísimos precedían á la alcoba del espada...

—Me paece, señores, que no vamos á coger toos—dijo Rafael, subiendo las escaleras, á los dos ó tres centenares de *íntimos* que se obstinaban en acompañarle...

Pero... se llenaron los salones..., desbordó la pequeña multitud por los saloncillos de fumar, por la sala de billar del héroe... y éste, fatigado, recogióse á su alcoba con *Don Apapucio*, Alburquerque y el marqués. Allí, otra sorpresa. Llena materialmente la cama de flores. Llenas las butacas y las sillas de paquetes, de cajas, de líos... ¡Los regalos! El ídolo, sonriendo, dispúsose á trasladar los que llenaban una mecedora, para sentarse.

—¡Vamos, hombre, Rafael, quita!...

—¡Hombre, no estaría mal!...

—Pero, ¿vas á molestarte tú?...—habían saltado, llenos de santa indignación, sus tres ami-

gos, apresurándose á quitarle los paquetes de las manos...

Se sentó.

Entonces el revistero, el director general y el marqués acercáronle dos ó tres mesitas turcas llenas de cartas, de flores y de telegramas en montón. Aquello, ¡como siempre, felicitaciones!... Riendo, comenzaron los cuatro («¡no faltaba más, abran ustedes también, semos íntimos!») á rasgar sobres y papelillos azules... Leían bajo, maquinalmente, buscando lo primero la firma. ¡Cartas de empresarios, de aficionados de toda España, de admiradores!... Otras, que les hacían sonreir y estallar en brutales comentarios, de... ¡señoras!, *muy señoras*, que se ofrecían á Rafael «en tal noche de ausencia ó viaje del marido...», ¡de marquesas y duquesas, y hasta *embajadoras*!... Las más venían solas; pero las había también acompañadas de regalos fastuosos, de flores... y más de una mandaba á Rafael... ¡¡el anillo nupcial, en prueba de adoración!!...

—¡Anda, ladrón, mira, no dirás!...—decíale al héroe, de vez en vez, alguno de sus tres amigos, enseñándole en triunfo algún retrato de mujer que las *admiradoras* del espada le enviaban «para que se decidiese...»

Pero el espada... el ídolo, el *divino* Escolar, al cuarto de hora comenzó á dar muestras de cansancio. No miraba ya los telegramas. Rasgaba los sobres con una pereza que fué bien pronto notada por *Don Apapucio*.

—¿Te cansas, Rafaé? Pues nada, déjalo, déjalo. No trabajes más. Nosotros abriremos esto... Por supuesto, ¡querrás cenar! ¿Quieres cenar? ¿Sí? Dilo, y ya sabes que aquí mismo te suben lo que quieras...

—¡No, no!... Un caldo sólo... No tengo apetito...

Entonces los tres amigos se lanzaron á los timbres. Una nube de criados, de aquellas camareritas también que miraban con ojos tiernos al espada á su paso por los corredores, acudió á los salones fastuosos del héroe. *Don Apapucio* les salió al encuentro.

—¡Bueno, na, señores!—dijo primero para los aficionados que se apiñaban en tropel á la puerta de la alcoba—. ¡Er maestro no está pa na. Dispénsenle ustés. Está cansao, está fastidiao. Dice que les diga á ustés que les saluda... Ahora va á tomar un cardo... ¡No tiene apetito!... ¡Yo no sé qué va á ser esto...!—y les tendía á todos la mano para despedirlos...

Pero muchos no se iban. En piñas, en corros, discutían acaloradamente... El revistero entonces ordenó á los criados le subieran un sopicaldo al *divino* Rafael.

—¡Bueno, mirar, aquí está *Don Apapucio*! Haga el favor, mire, señor Navarro (le nombraban algunos aficionados por su nombre), estos señores sostienen que los toros que se lidiaron en la plaza de la Coruña el 6 de Agosto del 87, eran de...

Mientras tanto, en su alcoba, Rafael iba quedándose dormido... Veía por las vidrieras de dos balcones Madrid iluminado á sus pies... Largas filas de luces blancas se perdían entre el verdor nuevo de las arboledas... Los focos blancos iluminaban los macizos de flores de los jardines... Sobre el asfalto, sobre el adoquinado húmedo por la constante lluvia de Abril, deslizábanse los automóviles—dos luces blancas—de un modo rapidísimo...

Seguían, seguían hablando su apoderado y Alburquerque en voz baja, que más le adormecía...

—¡La primera vez que te vi torear, chiquiyo, lo pensé too esto!... ¡Este, me dije, se carga á España entera!...

Pero Rafael, mareado por el triunfo, por las huecas palabras de lisonja, iba cerrando mansamente los ojos... Miraba Madrid extendido á sus pies, cuando, de tarde en tarde, abría los ojos, y se quedaba contemplando aquel Madrid nuevo, brillante, que él no soñó ni en sus horas de mayor ambición... El Ritz, enfrente, parecía un transatlántico iluminado, fastuoso... Los autos, los ómnibus que cruzaban sobre el barro y la miseria de Madrid..., los lejanos edificios gigantescos..., los tranvías, la belleza de aquellos jardines y la brillantez de aquellos focos, causábanle al antiguo ayudante de herrero una sensación hondísima, amplia, de infinito bienestar. Pensaba, sonriendo con una sonrisa de

animal satisfecho, que Madrid estaba postrado á sus pies... que España entera le aclamaba y aplaudía y repetía su nombre con veneración y respeto... «¡Allí está, allí está!»—comentarían, mirando al Palace Hotel los escasos transeuntes que pasaban por la majestuosa plaza de Cánovas, hablando de él—. «¡Allí está Escolar»—dirían los senadores y los generales que pasaran en sus autos hacia el Real... ¡las marquesas, las duquesas... que se le ofrecían, que le enviaban sus retratos!... Pensaba en sus pobres padres, en el asombro bestial de aquel humildísimo zapatero (*el Tacones*), y de su madre (*la señá Nora*), y sus hermanos, cuando un día les giró diez mil pesetas... cuando presentóse en su auto en la aldea... y les cubrió de billetes una inmensa bandeja... y les dejó construído un hotel lleno de fausto y alegría.. ¡convirtiéndolos en lo más alto y respetable del ignorado pueblecillo!...

Abría los ojos... y miraba el parpadeo de las luces blancas... los puntos luminosos rapidísimos que bajaban por el Prado á la estación... ¡todo suyo!... Luego pensaba que hacía un año escasamente que él, con otros desarrapados obrerillos, con Valentín también (su peón), juntábase, después de la cena miserable en su buhardilla, en Moyano, «á torear los automóviles...»—«Mira, ¿véis?, afarolá»... «¡Arza, un recorte, mirar, como Gaona».—Tenían una cabeza de toro, con ruedas, y aprendían... soplán-

dose los dedos de frío y de hambre... Los sábados, algunos convidaban á recuelo en la taberna de Peláez, frente á Atocha... Y cuando él volvía á su inmunda buhardilla de la calle de la Fe, «oliendo á chinches, á fiemo de las cloacas, á tifus y miseria»..., se acostaba en un camastrón que una vieja prostituta, peinadora, arreglábale dos veces por semana...

¡Y ahora!...

¡Oh, ahora!... ¡¡¡Dios, Rey!!!—«¿Quién es la primera persona de España? El Rey. ¿Y la segunda? ¡¡Yo!!»—se había dicho muchas veces á sí mismo, contemplando la idolatría que sentía por él el pueblo. Y era verdad: entraba en un café, y se llenaba; cogía un periódico de los principales de Madrid, y hablaba de él; hojeaba una revista, y *venía* retratado de mil modos... Salía á la calle, y ¡¡pum, pum!!, mil fotógrafos que le asaetaban... La gente le seguía por las calles, á tal punto, que no le era posible andar, y tenía que tomar un coche ó un automóvil... Sus frases, sus chistes, sus comentarios, sus acciones por nimias que fueran, las aprendía á las dos horas toda España, las comentaba la Prensa, las alababan las turbas...

Mansamente, levemente, de modo dulcísimo, se iba quedando dormido. Ahora pensaba en aquella cuenta corriente («¿qué sería eso?») de cerca de un millón de pesetas que le abrió el pasado mes su apoderado en el Banco de España... Luego, en sus padres, cubiertos de oro y

de gloria por su esfuerzo... Después... en aquel Madrid que se golpeaba y hería por estrechar su mano... ¡en aquella España que le cubría de regalos y de flores!..., ¡en aquellas mujeres que se le ofrecían, que le rogaban, «¡por Dios!, una sola noche nada más!...»

SEGUNDA PARTE

I

—¡Por allí, mujer, no, por allí!—le torció á su hermana Amelia, que intentaba bajar á la estación por la otra rampa—. ¡Por ahí salen!...

Rodearon la verja del jardín, todo estallado de rosas y de brotes nuevos. Los golfillos, los mozos de cuerda, temblando de hambre y de frío á pesar del hermoso día de Mayo, les abordaban.

—¡Señorito!, ¿quieren algo?... ¡Mire, déjeme el bulto! ¡Va mu cansao!...

Bajaban *simones*, algún *auto* y un pequeño coche del Correo, arrastrado lentamente por dos viejos caballos... Por las aceras, á causa del lentísimo mixto que iba á partir ahora, muy pocos viajeros con alforjas, con sacos, con paquetes...

—¡Vaya un día hermoso que llevas, Juan!—le repitió al poeta, lo menos por quinta vez, su hermano Pepe, que jadeaba con el atamantas y dos paquetes de libros—; si lo encargas no es mejor...

—¡Hermosísimo!—respondió Juan, mirando al cielo azul, sin una nube, al sol espléndido, que iba lanzando gentes á las calles—. Voy á nacer un viaje encantador.

—Es lo malo que hasta las cinco, lo menos, no llegas á La Roda—comentó Amelia.

—Sí, pero me alegro; así apreciaré más el viaje. ¿Os acordáis?, yo, de chiquillo, cuando me preguntaban qué iba á ser, respondía: «¡Trenero!»...

—¡Qué, señores!, ¿van al mixto de Cartagena?—les abordó un mozo de la estación—; pues, ¡hala, tomen billete, porque se cierra la taquilla!...

—¡Eso es!... ¡Bueno, anda, sí, dale la maleta al mozo, Amelia... y tú, Pepe, el atamantas!... Esperaros...

Corrió y se puso en la fila «de tres» que había ante la abierta taquilla. Una mujer, llena de refajos, un aldeano con alforjas y un cura joven... El aldeano (ó la paleta) echaban un insoportable hedor á cebolla... Miraba, enfrente, ocupando todo un muro de la sala inmensa, un mapa colosal de la Península, donde estaban señalados, con líneas bermejas, los principales caminos de hierro... Miró: «Madrid». Luego, siguiendo la línea de Cartagena, los nombres de las principales estaciones: Aranjuez... luego, Alcázar... Chinchilla... Sus dos hermanos, en corro alrededor de su equipaje, le miraban desde algo lejos, sonriendo, «hablando de él seguramente».

Pero fué, ahora, él el que tuvo que reir de buena gana, y el curita aquél... que le miró... y hasta el aldeano de las alforjas enormes... porque la pobre campesina regateaba en el bi-

llete. «¡Mire, señor!, ¿no podría dejármelo en cinco pesetas?...» La tuvieron que explicar que allí era imposible rebajar un céntimo... Y pagó, al fin, con dos ó tres montones de calderilla...

Rápidamente despachados, entonces, los otros dos que iban ante él, pidió Juan, febril, al taquillero:

—Un tercera, para La Roda de Albacete...

—Doce setenta.

Sacó tres duros, pagó... y huyó con sus hermanos.

—Bueno, ¡hala, nenes; vamos, al andén!...

Entró primero el mozo, porteando el equipaje; después Juan... pero detuvo el portero á sus hermanos. «Necesitaban billete».

—¡No, mire—dijo rápida Amelia, que lo había discutido con su Pepe mientras esperaban al poeta—; nosotros vamos á Intervención... á ver un asunto...

—¡Oh, bueno, pasen—dijo entonces el empleado, indulgente.

Les abrumó de grandeza la gigantesca techumbre de hierro y de cristales. Al final de las vías, un cartelito rezaba: «LINEA DE ARAGON.—CORREO. EXPRES».—«LINEA DE SEVILLA»... «LINEA DE ZARAGOZA»...

Les guió el mozo. «¡Sí, ese, el largo!»... «LINEA DE ALICANTE Y CARTAGENA», leyó el poeta.

Pasaban carretillas de equipajes, de almohadas; otra era una repostería y confitería ambulante, llena de botellas y cestitas...

—¡ Ten cuidao, querido, no te ocurra algo !— recomendaban sus hermanos al poeta—. Ya sabes que este tren para una eternidad en las estaciones. Pero, si te bajas, cuida no quedarte en tierra... ¿Cuánto dinero te ha sobrado ... —Mirar, dos duros... y una, dos, y dos cuatro pesetas : catorce y céntimos... ¡ Ese tío de la taquilla, que se volvía loco contando...

Anduvieron tras del mozo hasta casi fuera de la marquesina enorme. Al fin, aquél, abriendo una portezuela, preguntó :

—Miren, ¿aquí? ¡ Van á ir anchos ! Fíjense, los coches vacíos...

Luego, al tiempo que colocaba el equipaje en las rejillas, les informó que «el mixto aquel llevaba en lastre á Cartagena, treinta ó cuarenta vagones»...

Recibió la propina, y se marchó.

Los Noroña subieron entonces al departamento vacío. Estaba limpio, fresco, con un fuerte y agradable olor á brea.

—¡ Chicos, qué bien voy á ir !... ¡ Reservado ! ¡ Vaya un viaje hermoso !...

Amelia se ocupaba en instalarle bien la cesta, la maleta, el atamantas.—«¡ Hijo, á ver si te quitan algo»... —«Cuando tengas apetito, almuerzas ; ya sabes : llevas jamón, tortilla, cuatro huevos y la poca merluza de la cena... Si te sobra algo, lo guardas para la mamá y las nenas... ¡ Pobres ! ¡ Qué hermosa estará la Cecilia, y la Nievecicas... y la madre... ¡ Vas á verlas !...»

Ante la evocación de la paz aldeana, los tres hermanos, silenciosos, permanecieron asomados á las ventanillas. Un dulce placer de descanso causábales á los náufragos de la vida el viaje del poeta. Pensaba Juan (mirando ahora la estación casi solitaria), que él no era para esta vida sin entrañas de la gran urbe... para esta «ciudad de mármol», donde tanto había padecido su corazón, y de la que se alejaba con gozo inefable. —«¡ Sí, en la aldea, como antes, trabajaré, escribiré más, mucho más que en este Madrid hediondo... Con aquella dulzura, con aquel ambiente de tranquilidad, de reposo... al lado del inmenso cariño de mi madre y mis hermanas»...

Parangonaba la labor que había realizado en la aldeílla, en menos de dos años (más de doscientos versos bellísimos, y sus mejores trabajos en prosa, y dos ó tres conatos de novelas), y la que realizó, en un año, en Madrid : veinte ó veinticinco poesías no más... ¡ Pero (rectificó), «las más hermosas que he hecho : mi CIUDAD DE MARMOL, mi PRINCESA AZUL, mi YO SUEÑO... mi ALTO, mi DIPTICO GALANTE...»

La estación, silenciosa, parecía dormida. Algún mozo, algún factor, con la mano llena de papeles... Fuera de la techumbre inmensa, bajo un sol dorado, primaveral, que había hecho estallar los lirios y las rosas de los terraplenes del Pacífico—una máquina antigua silbaba melancólicamente... Los guarda-agujas

sonaban de vez en vez sus trompetas... Lejos, por encima de los vagones larguísimos de exprés que llenaban las vías, las praderas verdeaban...

Pasó un empleado cerrando portezuelas. Otro, con una enorme campana que llevaba cogida del badajo, gritó mansamente : —«¡ Señores viajeros para Cartagena !, ¡ al tren !...»

Pepe y Amelia descendieron del vagón, besuqueando de un modo rápido á su hermano.

—¡ Vaya, adiós, querido ; buen viaje ; lleva cuidado !...

—¡ Dale muchos besos y abrazos á la madre y á las nenas !... ¡ Adiós, adiós, Juanico !...

—¡ Adiós !... ¡ no dejes de escribirnos !...

Unos sonoros campanillazos, que se agrandaron enormemente bajo la inmensa marquesina... un pitido melancólico de la locomotora lejana... y el tren que emprendía una marcha lentísima entre vías y vías llenas de vagones, entre muelles, entre garitas de los guardaagujas...

Flameaba Juan su pañuelo contestando á los dos que se movían en el andén... De pronto, en una curva de la vía, se perdió de vista la estación... Vagones... más vagones que formaban trenes interminables. Algunas máquinas estaban paradas junto á las tomas de agua, respirando trabajosamente... Muelles... un foso donde había naves de edificios gigantescos, y donde movíanse locomotoras... Después, terraplenes plantados de lirios que separaban estas vías

principales de otras muertas... Luego, enormes edificios con grandes cartelones en tablas pintadas de verde, pregonando una fábrica de mosaicos ó jabón... Más muelles abarrotados de banastas, de sacos, de cajas, trenes enteros por descargar colmados de pipas de vino, de tablas, de leña, llenos otros de carneros, de vacas, de caballos... Alguna máquina antigua, solitaria, silenciosa, se deslizaba con placidez sobre una vía vieja y cubierta de moho...

En la pendiente del terraplén, el convoy aligeró algo la marcha... Pasaban ahora frente á racimos de casucas míseras que se contemplaban desde el tren como á vista de pájaro... Calles inmundas, tortuosas; más lejos, edificios inmensos que se elevaban hacia el azul límpido del cielo, y al fin, el poeta descubría gigantescas chimeneas que vomitaban un humo espeso y negro... cúpulas, veletas, cables... más veletas y más cúpulas, entre tal cual mancha de verdura que dominaba los tejados... Era Madrid.

Madrid... El Madrid inmenso, despiadado, cruel, que le había hecho conocer todos los dolores y las miserias de la vida... El Madrid donde él pasó largos días sin pan, noches inclementes sin hogar donde cobijarse, largos meses solo, abandonado por los hombres... ¡Madrid, Madrid!... ¡Lugar maldito donde él se rozó de continuo con una grandeza insultante que pasaba junto á su miseria sin mirar... Ciudad infame donde los hombres caían muertos en el arroyo sin que sus semejantes les auxiliaran ni

aun compadecieran... Sitio de maldición, de perversión, de vicio, donde sólo triunfaba la mala fe y la astucia, donde no se encontraba un sentimiento puro y alto, donde todo estaba encenagado y pervertido, donde no había más Dios ni más fin (como decía Eca de Queiroz de las ciudades), que el dinero y el placer...

Lo dejaba con un gusto inmenso, con una satisfacción sin límites... La ciudad causábale un asco infinito, casi un deseo de morir... Miraba con avidez el sol, el horizonte... los sembrados que se mecían melancólicamente á la caricia de un vientecillo suave... las huertas, el río... Se había quitado la gorra y se asomaba alternativamente por ambos lados del vagón. «¡La Mancha!», pensaba contemplando la llanura. Cruzaron sobre el río, despacio, siempre despacio, con una lentitud que era un encanto más para el tan asqueado de la fiebre y la prisa de la urbe... Recordó el Júcar, los altos chopos, los pinos de los pinares de su madre. Por las praderas, por los montecillos que empezaron á cruzar después, habían reventado margaritas y flores silvestres... El aire, fresco y limpio, acariciaba la frente del poeta. Por los caminos, lentísimamente, marchaban algunos carros, algunos aldeanos con el azadón al hombro... Y junto á las casitas de los guarda-vías, en cuyos tejados blanqueaban algunas palomas, un gallo soberbio contemplaba, entre su serrallo numeroso, el paso lentísimo del tren...

«Otro mundo, éste, de paz, de dulzura, de

quietud»—, iba pensando el pobre poeta viendo á las mujerucas en las puertas de sus casas, sacando agua del pozo ó dando de comer al averío... Viendo los mastines echados al sol sobre la hierba..., á los niños colorados y rollizos por el aire fuerte de los campos... La paz se le metía en el alma, haciéndole pensar en la dulzura de la vida campesina, cuando él y su hermano hubieran podido comprar algunas buenas fincas en la dulce aldea de la Mancha... ¡Ocultos entre jarales ó entre trigos, eternamente bajo el sol, rodeados de los suyos... serían sus vidas mansas, buenas... siempre contemplando el madurar de las cosechas, entre trillas y siembras, junto al hogar en los días grises del invierno, ó bajo los cerezos sangrientos de fruto, en el estío...

Pitaba el tren.

Una curva atrevidísima, en la que pudo contemplar el poeta el convoy interminable... los vagones abarrotados de banastas y de cajas..., los émbolos de la locomotora moviéndose pausadamente...

Villaverde.

En la humildísima estación, ni bajó ni subió nadie. Sólo, por la cola, una máquina antigua, cuyos muelles chirriaban al andar, quitó dos vagones de guano y puso otro de ladrillo... Los escasos viajeros, descubiertos y asomados á las ventanillas, miraban la lentísima maniobra...

Un cuarto de hora más tarde, reanudaron la marcha.

Juan, siempre en la ventanilla, iba viendo desfilar los campos... Praderas, más praderas... raquíticos cultivos de secano donde crecía trabajosamente la cebada, con grandes trechos como de calvicie... No había árboles, sino eran los contados olivos que se retorcían en algún montecillo, con sus ramas secas... y los chopos y sauces de tronco hueco y podrido por las inmundicias de Madrid que crecían junto al Manzanares... Pero todo, ¡tan dulce!... Los caminos que ondulaban por la llanura, perdiéndose tras los montículos, yendo á morir á la era ó la plazoleta de una casa de campo; las alondras que revoloteaban sobre los campos de trigo, las yuntas cansinas que arrastraban alguna carreta con quejido melancólico, el canto de algún zagal que pastoreaba su ganado y se escuchaba un momento al paso del tren... ¡¡todo, todo cuando dormía y descansaba bajo el sol espléndido y magnífico, hacía sonreir de un modo inefable al herido por la barbarie de la urbe!!... Recordaba las mañanas dulcísimas transcurridas en los pinares de Montemor, ó á la orilla del río majestuoso, ó bajo las ramas de algún árbol frutal antiquísimo, cuya historia conocía la aldea entera... Recordaba las tardes de verano, tendido á la sombra de una hacina inmensa, viendo la trilla de las cosechas..., las tardes y los amaneceres en que, todos provistos de grandes cestos de esparto, iban á la huerta de su madre, junto al Júcar, y pasaban las horas cantando, mientras arrancaban los productos de

los árboles... los días de invierno con sus largas cacerías por la sierra; las dulces veladas del hogar, en que la cocina de su antigua casa llenábase de aldeanos que contaban tradiciones ó platicaban dulcemente sobre muy dulces sucesos...

Se mareaba, y se entró.

El departamento, acariciado por los rayos de oro, iba teniendo un manso calor de hogar. El sol entraba, franco y alegre, por las tres ventanillas de la derecha del convoy. Se sentó el poeta, de cara á la marcha, gozándose en contemplar ahora el rápido cruzar de los palos del telégrafo, la línea de los alambres, que ondulaba, subiendo y bajando á los dos lados del camino..., los pequeños trozos de huerta que crecía alrededor de las casitas de campo, lejanas y como de juguete...

Una hora después, harto de ver pasar estaciones silenciosas y humildes, dormidas bajo el sol que iba ascendiendo en el azul del cielo, Juan se dispuso á comer.

Bajó la cesta.

Extendió sobre uno de los bancos las viandas, y dedicóse á pensar en sus hermanos, en su madre, en su porvenir incierto y tenebroso... ¡Qué? El trabajaría, se haría un nombre y una fama, fincaría en Montemor hasta poder rodear á su santa madre y sus hermanos de abundancia y de respetos... Para reconfortar su espíritu, se acordaba de los grandes luchadores en las Letras: de Balzac y sus célebres deudas; de

Zola, «que vivió en París durante largos años comiendo pan con aceite, sin poder salir á la calle porque tenía la ropa *en peñaranda*...» ¡Oh, sí, él triunfaría, él llegaría!... En la aldea, bajo la paz y la dulzura patriarcal escribiría muchos versos, muchos, semejantes á los que en Madrid había escrito en los raros días de abundancia y de descanso...

Acabó de comer, volvió á subir la cesta á la rejilla, y se echó sobre el asiento, con la manta por cabecera. El traqueteo del tren aumentaba. Corría, á causa de la recta interminable, por la llanura. En las estaciones paraba una eternidad. Se acordó de EN LA CARRERA, de Trigo. «El rápido..., el... (¡bueno!)...» La comida abundante, habíale producido, como siempre, una gran excitación erótica é intelectual. Sabía que eran aquellos momentos los en que escribía sus mejores versos. Llevaba cuartillas. Las sacó y un lápiz. Hacer un verso, al que transmitiera esta paz y este encanto de su espíritu en reposo...

Pensaba... pensaba...

«¡Quietud!»—, ¿el título!...

Sino que, mirando al papel siempre,—blanco, puro, que esperaba la delicada confidencia, tuvo una idea. ¡Ya! ¡Un verso! Pero, al papel. ¡Sí! Y «AL PAPEL», su título. Estuvo emborronando cuartillas durante cinco ó seis estaciones, echándose, poniéndose en pie, paseando por el pequeño espacio... Al fin, ¡terminado! Se puso á leerlo, casi en voz alta.

Tú eres mi compañero y fiel amigo,
á quien no sé ocultar mi sentimiento:
si tengo una alegría te la digo,
si tengo una tristeza te la cuento.
Tú eres el eco fiel de mis dolores,
el cáliz donde vierto mis pesares;
en ti grabé mis odios, mis amores,
escritos en endechas y cantares.
¿A quién mejor que á ti decir mis cuitas,
quién de ellas si no tú tendrá memoria?
Eternamente en ti estarán escritas,
y sólo tú sabrás mi triste historia.
Por eso aunque mi padre reprendía
mi pasión por hacer en ti borrones,
contestaba si un «¿Qué haces?», me decía:
«—¡Estoy trazando aquí mis ilusiones!»
¡Papel, único amigo en mi pobreza,
confidente leal, fiel compañero,
puesto que ya conoces mi flaqueza,
confiésala por mí cuánto la quiero!

¡Sí, sí, oh, sí... ¡á *ella*! Miró al azul del cielo, y, por encima de los molinos de viento y de los miserables caseríos y los sembrados de azafrán que iban cruzando ahora, un suspiro del poeta llegó hasta Sandofín... ¡donde *ella* vivía! ¡Isabel! ¡Su musa! ¡Su ninfa!—Prima hermana suya, habíanse conocido á los diez años (ya hacía nueve), y se amaban desde entonces. ¡Oh, sí, se amaban! Se querían con la idealidad del amor primero, sin habérselo dicho nunca, reduciendo su afecto purísimo á buscarla él, en casa de su abuelo, en la misma casa de ella, cuando Juan salía de las clases del primer curso del grado...

¡Oh, ELLA!...

Por mejor evocarla, por revivir más intensamente los recuerdos, Noroña se tendió nuevamente sobre un asiento, y entornó los ojos. El vaivén manso del convoy, le adormecía. «Muy niño, con el candor del pájaro que vuela por primera vez, su padre le sacaba de Saucedos (donde aquél era notario), y llevábale hasta Sandofín..., á casa de sus abuelos. Hiciéronle un alborozado recibimiento. «¡Mira, Juanico, ¿no te acuerdas? ¡La abuela! Mira, ¿no te acuerdas ya?, ¡Ya no se acuerda, tus primas!» Unas muchachas de tez blanquísima, de sueltos y lanosos cabellos muy negros. Una era algo más alta que él, guapa como las demás, fina, de ojos profundos y acariciadores... «¡Bueno, hijo mío, ahora á estudiar, para que en Junio, cuando vayas á Murcia, te hagas un hombre y te examines...» Fué á las clases que otro pariente suyo de Sandofín, sacerdote (en Sandofín, según recordaba el poeta sonriendo, todos eran parientes de su padre, como en Montemor todos lo eran de su madre), tenía para preparar del grado á los chiquillos. Estudió. Tuvo amigos... Pero, á la tarde, al salir del aula, iba siempre con sus primos «á casa de la tía Consolación»... Isabel, la mayor de las primas, les daba siempre de merendar grandes trozos de chorizo ó pan y queso... El poeta miraba cada tarde con un mayor arrobamiento las trenzas largas de Isabel, y sus ojos negros, de tanta y tan inefable dulzura...

El verano de aquel año lo pasó en Saucedos.

Con la alegría de los dos sobresalientes, el recuerdo de la prima cayó en el olvido...

Pero al siguiente año..., al otro, al otro, después... tras el asombro mudo de los dos de encontrarse tan crecidos, tan «hombres», tan guapos... Juan soñaba con la prima, y la prima soñaba con Juan, seguramente... El coloquio de las tardes, en que hablaban de cosas nimias, delante de una verdadera nube de primos y de hermanos, se prolongaba, se prolongaba... El poeta é Isabel iban cambiando alma, poco á poco, en largas y lánguidas miradas... Y un día, ¡un día de una dulzura inmensa para Juan, para el niño-poeta delicado, sorprendió á Isabel llorando sobre un retrato que él, pocos meses antes, había dedicado á la tía Consolación... Al caer la tarde de aquel día, el poeta-niño, llorando también de una emoción extraña, hizo su primer verso: LOS OJOS.

«Me miraste y te miré;
¿por qué tus ojos bajaste
y yo los míos cerré?
Algo quisieron decir,
algo quisieron hablar
que no supe traducir,
que no pude descifrar.
Mas si los labios callaron
y cobardes se abstuvieron,
las miradas se expresaron
y los ojos se dijeron
el llanto que derramaron
las horas que no se vieron.
Pues Dios el hombre al hacer
obró con tanta razón,

que más aún que para ver
nos quiso los ojos dar
para no poder callar
lo que siente el corazón.»

Se iban borrando las ideas dulcemente... El tren, siempre manso, siempre quedo, dejaba atrás las estaciones, llenas de sol y paz... Las aspas de algunos molinos giraban con lentitud... Se durmió el poeta.....

... ...

Y, al despertar, á un brusco movimiento del convoy, se lanzó á la ventanilla. El sol, á ras de tierra, acariciaba ahora el asiento del vagón en que él había dormido. Campos, llanuras, algunas huertas. Lejos, en el horizonte, una sierra inmensísima, parecía marchar paralelamente al tren...

Temió. ¿Habría pasado ya La Roda?...

Se volvió. ¡Iba gente! Un paleto gruesísimo, con una mujer vieja, llena de refajos, y dos mozas, hijas, al parecer, del matrimonio.

—¡Qué!, ¿quié usté saber andestamos?—le preguntó, riendo, el palurdo ante su gesto de inquietud—. ¿A que no laciertusté!..., y se quedó en actitud de desafío.

—¡No sé..., no puedo precisar!...—dijo Noroña.

—¿Viusté de Madrí!... Pos entoces seguramente ha perdío el tino... ¿Se durmió... ¡¡Ja, ja, ja...—y, regocijado, cortaba con una inmensa navaja, pedazos inmensos de un pan negro con el que devoraba una tortilla...

—¡Sí..., sí, de Madrid vengo...—añadió al fin Juan, disimulando una sonrisa que bailoteaba en sus labios blancos—. ¡Y me alegraría saber dónde estamos, porque temo haberme pasado de La Roda...

—¿De La Roda?... ¿No lo dije!!... ¡Ja, ja, ja—comentó el animal, medio ahogándose con la tortilla—. ¡Pero sinhemos pasao entoavía Villarrobleo... ¡Quitusté!... Aún farta una güena longaniza... Una hora larga...

—¡Ah, bien, bien... ¡Gracias...

Hubo una pausa. Juan miraba, con amor, desfilar dos altas hileras de chopos altísimos, que bordeaban algún oculto riachuelo... Las gentes que se descubrían desde el convoy, eran campesinos con aspecto de pastores..., mujerucas de cara sucia y cuerpo deforme, cubiertas con mil refajos..., ¡toda la miseria de España!... De pronto, el animal, habló á gritos.

—¡De móo que viusté de Madrid?... ¡Aquello estará güeno?...

—¡¡Pichs...—respondió Juan, no encontrando otra respuesta.

—¡Pos nosotros vamos á Tobarra, que venimos d'Alcázar de que vean á ésta que tié un tumor, y es mhija! ¿Usté nhastao en Tobarra? La tierra del esparto, que le icen. ¡Mucha riqueza! Y casas majas, y lujo y echusté. El arcarde ha hecho agora una por en cá el tío Quico, superior. Ar salir der pueblo... Pos allí cogemos la mar de esparto. Luego se vende á los

ingleses, que lo pagan como si fuera oro. ¿Es gente notable los ingleses, ¿eh!!...

Soltó una carcajada espantosa, que atronó el departamento. Juan, molesto por la charla irresistible, asintió ligeramente, y se puso á la ventanilla. Un caserío, blanco y solitario, dormía junto á la cinta de una carretera. Por lo alto de las lomas veíanse rebaños que tornaban lentamente á los apriscos. En algunos bancales, encorvados campesinos segaban la avena...

Media hora después estaba el convoy en Minaya. Juan, durante la parada, arregló su equipaje en un momento. El palurdo aquel seguía obstinado en entablar conversación.

—¡Ya que no se le paecerá esto lo mesmo que Madrí, ¿eh? Pos yostuve allá de joven. ¡Ustésestudiante! Yo juí sordao. ¡Un pueblo hermoso! Na más que maburría, la verdad, con tanto jolgorio. ¡Buenas mujeres, ¿eh!...—y guiñaba un ojo maliciosamente, algo extrañado por el silencio de Noroña.

Otros treinta minutos, y la locomotora, jadeante, silbaba, pidiendo vía... Juan cogió su cesta, su maleta... Colocó los paquetes de libros en el suelo del vagón, junto á la portezuela. Sentía en el alma un bienestar inmenso. ¡Qué paz! Se asomó, al tiempo que cruzaban el foco de señales. El sol, amarillo y como mortecino, dibujaba la sombra del tren, inmensa, sobre las pardas tierras y los sembrados... Lejos, junto á la montaña aquella paralela á la vía, elevábase una tenue niebla de crepúsculo...

Se vieron los andenes, al cruzar la locomotora sobre un cruce, para enfilar otra vía. Apenas gente. Era amarillento el edificio de la estación, como todos los que pasaron en el viaje, hecho de piedra. En las ventanas habían reventado macetas con claveles y geranios y jacintos... Otro tren, á la inversa, lleno de viajeros, que esperaba el cruce... y el suyo que se detenía entre bufidos de la máquina...

Abrió... «¡Juan, Juan, Juanico!»...

Uno de los dos grupos del andén corrió hacia su portezuela. El palurdo aquel se despedía.

—¡Vaya, pos salú y recuerdos á la familia, cahí está á lo que paece! ¡Si va por Tobarra, ya sabe que tié un amigo: Ambrosio Porquera. Toos me conocen. El de l'Astacá...

—¡Vaya, buen viaje... ¡Adiós!—, y cayó en los brazos dulces de su madre... que lloraba, de su hermana Cecilia, «¡una mujer!», de... de... ¡medio pueblo!, que le llamaba cariñosamente «primo», «primo», «Juanico»...

—¡Pero, Juan, nene, querido, qué delgado!—comentaban á coro, con su madre y su Cecilia, dos ó tres muchachas más y dos mujeres, y tres jóvenes con trajes de labradores—. ¿Es que has estado malo?

—¡No..., sí, vamos, aquel clima que es otra cosa, que no me prueba... Pepe y Amelia también están muy delgados...

Sonrió, volviendo á abrazar á su madre, que le miraba con embeleso. Unos pasos más allá, otra familia numerosa, «de gente rica de La

Roda», recibía en fiesta á un estudiante... La pareja de civiles contemplaba la escena sonriendo, junto á la puerta del jefe de estación.

—¡ Bueno, contra na más de llorar, rediez !— dijo uno de los jóvenes del grupo, con zamarras de pastor, abrazando al poeta—. ¿Nostaquí ya, Serafina?... Pos á qué na más de lloriqueos.. ¡ Hala, al carro !...

Atravesaron la sala de espera, donde un aldeano dormitaba sobre un montón de sacos y banastas. Juan iba entre su madre y su Cecilia y rodeado por el grupo de comadres, de muchachas jóvenes también, que le nombraban cariñosamente. Su madre acosábale á preguntas. «¿Y los nenes?», «¿Cómo hizo el viaje?», «¿Se quedaría aquí siempre con ellas?»...

Al otro lado de la estación, esperaban tres carros. El muchacho aquel de las zamarras,— («¡ recordó, Cleto, el de la Brígida !»)—, apremiaba á las mujerucas y las jóvenes.

—¡ Hala, hombre, recontra, vamos, Anastasia, y tú, Paulina, al carro ! ¡ Güeno, hermana, no llore más ; ya tenemos con nosotros á Juanito...

Comenzaron á llenarse los carros. En uno, más pequeño, subió el poeta, con su madre y con su hermana y con el Cleto aquel que parecía el capitan de los aldeanos. Además subieron allí también, «la Paca», «tía lejana suya», y «la Celia», una muchacha de diez y siete años, de cara redonda y sonrosada como un melocotón maduro.

—¡¿Eh!, Juanito, ves tú aquí—oyó que le comentaba, apenas arrancaron los tres carros, Cleto—. ¡Naide como yo pa barajar á las mujeres, ¿eh?...

Le sonreía, desde el asiento de enfrente, acariciando las ancas de la mula poderosa. A gritos hacía advertencias á los otros muchachos que guiaban los carros que marchaban ante ellos.

—Date prisa, Colás, hombre, que volcamos en la Cuesta de la Virgen... ¡Arre, Mariposaaa...

Un corto y melancólico paseo lleno de acacias florecidas... Después algunas calles sin aceras, donde paseaban, lentamente y cogidas del brazo, las escasas señoritas del pueblo... Había grupos á las puertas de las barberías..., del Casino... El ruido de los cascabeles echaba gentes á balcones y ventanas...

—¡Adiós, Nemesio!...

—¡Adiós, Pablo... ¡Buenas tardes...—, saludaban siempre su madre, Cleto y las demás mujeres.

—¡Vayan con Dios, y güen vieje...

Luego, una calle llena de piedras y en cuesta, conducía á la salida del pueblo. Al subir los carros, apareció la llanura, en una semisombra dulcísima, donde los pinos se movían pausadamente á la caricia de un vientecillo suave...

La cinta blanca de la vereda se arrastraba entre pinares, entre sembrados de trigo y de azafrán... Cruzábanse con rebaños, cuyos pastores,

que todos conocían, les gritaban desde lejos: «¡ Quieren leche?... ¡ Vayan con Dios...»

Juan iba contestando á las preguntas de su madre, de su hermana, de las otras mujeres... «¡ En Madrid, bien..., se estaba bien..., pero, vamos, no era esta vida de la aldea... No, él no venía para siempre, sino para descansar... En Octubre..., en Enero del otro año..., volvería á Madrid... ¡ Allí había de publicar sus libros, de luchar...» «¿ Y la Nievecicas?...»

Le informaron su madre y Cecilia. «La nena, tan hermosa que no la iba á conocer, se quedó en casa, con la Emilia, que preparaba la cena. «Era muy chica para estos traqueteos...»

Se dolía su madre, con una mano del poeta entre las suyas, de aquella palidez de Juan..., de aquella delgadez, de doña Serafina adivinaba el hambre y las escaseces de Madrid... «¡ Oh, si ella pudiera tener en Montemor á sus cinco hijos!... ¡ Si sus pobres *fincas* produjeran á más del pan del año que tenía, un poco de vino, un poco de aceite... ¡ Aun así, iba combinando planes, para que volvieran á la aldeúca su Amelia y su José..., que se obstinaban en vivir en Madrid, á pretexto de que la sacrificarían de otro modo...»

—¡ Eso es de comer poco, hijo mío!—oyeron que comentaba «la Paca» con la mayor naturalidad. «Ya verás cómo te pone aquí tu madre...»

—¡ No, no..., como aquí...—contestó tímidamente Juan—; lo mismo que aquí...

Todos á un tiempo, su madre y su hermana también, rompieron en alabanzas y protestas sobre las comidas campesinas.

«¡Ah, hijo mío; en Madrid no se mataba un cerdo ó dos en cada casa, como en el pueblo, ni se podía coger fruta en cualquier árbol sin permiso del dueño, ni se cosechaba vino y aceite... ni costaba un perro gordo un huevo ó un cuartillo de la leche más pura y blanca... ¡Madrí sólo era bueno pa la gente de *tomóvil*, *deputaos* y demás personas de cuello alto... El que quisiera vivir bien y tranquilo, que viviera en Montemor, en un pueblo cualquiera, donde las gentes son cristianas y toos se quieren y se consuelan en sus penas...» —La Paca, al fin, terminó.

—¡Y eso, Juanito, que, ¡claro, pa vosotros, los jóvenes, es aquello lo mejor, lo más divertío. Yo estuvallá también, de joven. ¡Y no me gustó mucho! ¡Mucha gente, muchos carruajes... un barullo que te güerves loca!... Y too er mundo tan... no sé qué, destirao y de seco... ¡Quitallá: ya verás cómo estás mucho mejor aquí, Juanito!...

Iba obscureciendo. Sobre los campos, sobre los pinares, se extendía una densa niebla gris, que daba á los árboles el aspecto de grandes fantasmas. Aquí y allá, tenues lucecitas temblequeaban mortecinamente, señalando los hatos de los pastores ó las ventanas de los hogares aldeanos... En los dos carros que les precedían, mozas y mozos habían roto á cantar... Y al es-

trépito de las campanillas que estremecía los campos dormidos, un buho, un murciélago, cruzaba en silencio sobre la cinta del camino...

Iba Juan pensando en aquella quietud, en aquella dulzura, que los hombres estos, de aquí, serían, quizá, tan feroces y crueles como los de la urbe... ¡pero que aquí su ferocidad estaba como amansada y disimulada por el susurro de los árboses, por la majestad de la llanura, por la bondad de las flores y las plantas... Entre aquel Cleto que momentos antes le aseguraba á gritos que «toas las muchachas de Montemor estaban *pirrás* por él»... ; que hacía proyectos de meriendas y de jiras por el río robando fruta «de la huerta de la Paca»... ¡entre sonrisas de la Paca misma... (¡«tóo lo que queráis!...»), —y aquellos *pollos* de Recoletos, *ultra-elegantes* que jugaban y bebían..., con queridas y jaranas y escándalos de prostitutas...— se quedaba con Cleto... Entre aquellas señoras de la corte, escotadas hasta la cintura—muy blancas, muy bellas, aladas como ninfas—, pero que detestaban á sus hijos («¡hala, niños, al Retiro, con la *bonne*!»), y le ponían al esposo, diputado, la cabeza como un bosque, con el secretario ó el amigo...—, y éstas otras mujeres de la aldea, buenas, tiernas como madres, sucias y feas tal vez de cuerpo, pero limpias de conciencia y de espíritu..., se quedaba también con estas últimas... ¡Y no dijérase de la diferencia enorme entre aquellas pollitas de Madrid, hablando desde los ocho años, con sus criadas y sus amigas,

de «las pantorrillas de la Carmen Andrés» ó de «las caderas de la Chelito»..., perversas y depravadas como sus faldas *entravèes* y sus blusas..., sólo atentas á la ropa blanca y sutil «de Marín», sin otra aspiración que «cazar» al hijo de Rodríguez ó de Pérez, porque eran más ó menos ricos y herederos de este título ó aquel... ¡y estas muchachas de la aldea, sencillas, humildes, puras, que ya en la estación le habían besado mansamente con sus ojos negros y profundos, sin malicia, sin engaños ó artificios!...

—¡Güeno, arza, que me voy á bajar—dijo de pronto Cleto, saltando, por delante, á uno de los varales del tartano—. ¡Agora comienza lo gordo!...

«Lo gordo», según Cleto, eran unas cuestas y revueltas del camino horrorosamente endiabladas y difíciles, para salvar las cuales ya andaban gritando y blasfemando los carreros que les precedían. «¡Arre, *Marquesa*, aahuuúú!!...» «¡Guarda, Cleto, que está aquí la Peñica... ¿Quiés que t'ayude?!...»

—¡Ca, hombre, quita; á ver sies que no me voy yo á saber el camino de La Roda...

Comenzaba la mula á escurrirse, á arrancar chispas con las herraduras, de los peñascos del camino. Cleto, tirando de un varal, animaba á la bestia con gritos y palabras que hacían sonreir á doña Serafina, á Cecilia, á la Paca, al mismo Juan, que encontraba aquel trozo de viaje encantador.

—¡¡Ahúú, aahúú... ¡tira, mujer, no seas

cansina, que ya vamos llegando! ¿Lo ves! ¡Ya salistes der mal paso. ¡Si esto nosná...

—¡Cudiao!—gritó de pronto el Cleto desde fuera, al tiempo que una de las ruedas del tartano caía en un hoyo inmenso. Del trastazo, Juan, su hermana Cecilia y la Paca, quedaron casi patas arriba, mientras que su madre y Celia pugnaban por agarrarse á los trozos de estera vieja de que iba forrado el carro para no caer sobre ellos... Gritaron las mujeres. Juan, sonriendo interiormente, había alargado los brazos para sostener á su madre. Cleto, fuera, les gritaba.

—¡Rediez, no menearos, questo nosná! ¡Ahú, Mariposaaaaáááá...

—¡El Dulcísimo nombre de Jesús...

—¡La Virgen Santísima de los Remedios nos valga!

—¡Alabado sea Dios...—invocaban las mujeres conteniendo el aliento—. Al fin Cleto les sacó del apuro, sin volcar como habían temido todos.

—¡Güeno, hombre, ¿lo veis!, yastá! ¡No tengáis miedo, ques peor. Si gritáis los vuerco en la Cuesta é la Virgen. ¿Thás asustao, Juanito! Estos no son los tomóviles de Madrí!

Sonreía, subiéndose al varal derecho del carruaje y acariciando las ancas de la mula. Después, soltando las riendas, comenzó á informar al poeta de que «este peazo de camino, en media horica, era mu güeno...»

—¡Ya vendrá otra vez lo gordo, en la Cuesta

é la Virgen! Allí, sí, nos vamos á divertí de veras. ¡Ya verás, Juanito, un volquetazo de primera!..., y riendo, alargaba una mano en la obscuridad hasta indicar á Noroña, con un leve pellizco en un brazo, que les metía miedo á las mujeres...

Hubo un silencio. Las risas y cánticos de los otros dos carros se perdían poéticamente entre la quietud de los pinares. Cleto mismo, á media voz, comenzó á canturrear una *manchega* lánguida...

De vez en vez, interrumpiendo la cantata, saludaba á alguien que iba por el camino.

—¡Vaya con Dios y en paz, señó Gregorio!...

—¡Mu güenas noches, vayan con Dios...

Después, levemente vuelta hacia dentro la cabeza puntiaguda y deforme, informaba á las mujeres.

—¡Ahí está Gregorio, el guarda del Junquillo...

—¡Por ahí van Manolico y su mujer y el crío, que m'habían dicho que iba n'Albacete...

Cesaron, de pronto, las voces de zagalas y zagales. El eco de una voz, desde algo lejos, llamaba á Cleto.

Era la Cuesta de la Virgen, y, tras deliberación de los tres carreteros, optaron por «arrodear». Meterían los tartanos por los pinares de «la Braulia», alargando el viaje en media hora; pero sin exponerse á los riesgos de un volquetazo...

Entonces, desviándose del camino, se inter-

naron por entre pinares gigantescos, de donde huían, silenciosos y atemorizados, los buhos y los mochuelos... Al fin, unas manchas blancas y redondas que se esparcían alrededor de una ermita, hicieron recordar al poeta que estaban á la entrada del pueblo.

—¡ Las eras !—dijeron las mujeres una á una.

—Sí, las eras... ¡ Ya hemos llegao !

El camino, en cuesta otra vez, comenzaba á bajar á una hondonada. Pasaban bardas de corrales. Pasaban por sobre montones de estiércol, extendidos en las puertas de hogares tan humildísimos, que era raro el que arrojaba al arroyo el resplandor mortecino de un candil...

Se oyeron voces, besos... y el carro del poeta se detenía entre un corro compacto de sombras que se agitaban lentamente.

Juan no veía. Los demás, conforme iban descendiendo del tartano, saludaban á gritos á las gentes del corro. «¡ Hola, Africa...» «Hola, Tecla...» ; le volvieron á chocar los nombres á Noroña, en esta aldea donde todos llevaban nombres raros.

—¡ Cudiao, cudiao—dijo Cleto, apercibido ya para ayudar á Juan á descender del carromato—. ¡ Mira, primo, pisa aquí, qu'hay estiércol. Lostamos sacando agora...

Extendió un pie... luego el otro... y hundióse en una pasta pegajosa y mal oliente. Cleto le sacó de allí, arrastrando.

Entonces toda la aldeílla rodeó á Noroña con cariño. Le abrazaban. Le besaban muchos.

—¡Hola, Juanito... Hola, querido...

—¡Qué tal ese viaje...

—¡Cómo te estás?...

El, sin reconocer á nadie, iba contestando á las preguntas. Algunos jóvenes recordaban al poeta jiras y fiestas y bailes de la aldea ya olvidadas en su lucha de la urbe.

—¡Muchacho, Juanito, ¿t'acuerdas del baile en ca Cosme!... ¡Lo que bailaste, Juanito!...

Se rodearon á su cuello unos delgados brazos de niña. «¡Nievecicas!» El poeta besó su frente con pasión, al recuerdo de los días negros de Madrid, en que él, llorando por su desventura, se amargaba más al pensar que «sus pobres y desamparadas hermanitas pequeñas, no tenían sobre la tierra otro amparo ni otro porvenir que el de él... tan miserable...»

Pero gritaban y reían, reclamando al poeta, no pocas mujeres, desde el interior de la casa de su madre, y doña Serafina y Cecilia y Nievecicas, entraron, llevando á Juan. ¡Blanco, muy blanco el pequeño recibimiento de la casa humilde, le chocó ya al tan bárbaramente apaleado por Madrid! Un quinqué lucía sobre el comedor-cocina, alumbrando también la entrada. Olía bien. A claveles y rosas del patio.

Las mujerucas recibieron á Juan con grandes aspavientos de cariño. Muchas lloraban. «¡Hijo mío, Juanico, y esto, tan delgao!...» «¡Válgame Dios, sobrino, y qué ganas teníamos tóos de tenerte con nosotros...»

Había una mesa pequeñita, puesta con blan-

ca toca, muy cerca de un fuego inmenso, donde se freían, en sartenes colosales, tajadas de jamón y de tocino..., chorizos... Dos ollas también enormes, temblequeaban, cociendo...

Una algazara, una fiesta aquella cocina repleta de aldeanos y de jóvenes sonrosadas. Cada cual, sin reparar en la fatiga de Noroña, le hacía mil preguntas sobre aquel Madrid novelesco donde nunca habían estado. De vez en vez, una nueva familia de campesinos hacía irrupción en la casa, abrazando al poeta, entre lloriqueos y palabras cariñosas...

—¡Hala, hijo mío, á cenar... Anda, Serafina, y tú, Cecilia y Nievecicas...

Nadie se movió de su asiento en las escaleras de la cámara, en bancos, en taburetes.

—¡Anda, madrecica, que me lave...—pidió Juan.

Y salieron hacia el patio.

Ya allí, doña Serafina y Cecilia, preparando un inmenso barreño junto al pozo, se reían cariñosamente de los aldeanos.

—¡No, no, hijo, no se marchan, aunque vayamos á cenar... ¡Estas buenas gentes juzgan de la importancia de una visita por su duración; de modo que no se irán hasta la madrugada...

—¡Qué horror... ¡Oye, ¿y este olor tan bueno?..

—Mira, cuatro rosales—indicó complacida Cecilia levantando en alto el candil—. Y claveles y geranios, en macetas... Ya verás mañana...

Después, su madre, en voz baja, le fué informando de los sacrificios que habían tenido que hacer para adquirir un cerdo. «Don Lesmes». Le llamaban «Don Lesmes». Y lo iba á ver, así como las gallinas, y catorce conejos que tenían...

Los echo de los corrales el hedor de las bestias.

Volvieron.

—¡Qué, ¿ustedes gustan?—preguntó el poeta, al sentarse con los suyos á la mesa.

—¡Gracias, hombre, Juanito, quitallá! ¡Pero no los digas dusté, porque reñimos...

Una hora, luego, de tertulia, en que Noroña endulzaba su dolor y sus recuerdos... Las mujeres, al nombrarle, le llamaban siempre «hijo mío!» A su madre, entre ellas, decíanle siempre «hermana». Y resultaba pariente de todos: del alguacil del Juzgado (vestido de labrador), del maestro (labrador también), del juez («sí, hombre, Juanito, yo soy el juez», le comentó ante su asombro uno de los aldeanos...); del alcalde («¡Gregorio, el cacique de la aldea»), de todos...

Pero á la hora, fatigado el poeta, se levantó.

—¡Vaya, madre, señores, estoy muy cansado. Con su permiso, me voy á acostar... Ustedes sigan aquí...

—¡Toma, anda, pos claro, acóstate. No fartaba más! ¡Nosotros aquí seguimos, con tu madre y tus nenas, hasta las once ú las doce...

Se fueron muy pocos.

Noroña, acompañado por la dulce doña Serafina, se dirigió á su alcoba. Pasaron, primero, una habitación llena de baúles y de armarios; luego, subiendo tres escalones, á la alcoba, que caía sobre los corrales y la vega.

—¡Oh, madre, qué blanco todo, qué limpio, qué hermoso...

La viuda abría el embozo de la cama limpísima, con tres colchones, alta y bella como un altar. El poeta, conteniendo sus lágrimas por no aumentar las de su madre, pensaba, en silencio, en aquellas inmundas buhardillas de Madrid, por donde arrastraban sus hermanos una vida miserable y llena de escaseces y privaciones.

—¡Hijo mío, no te puedo decir lo que sufro desde que estáis en Madrid... Tu Amelia y tu Pepe, se van á venir también, en seguida, pues se lo voy á mandar en una carta. Ya nos apañaremos aquí como sea! Lo importante es estar todos juntos, y que lo que sea de uno sea de todos. ¿Sigue Joseíco colocado?...

Sintió Noroña un bienestar inmenso al caer en aquellos colchones blandos como de pluma, en aquellas sábanas limpias... Su madre, sonriendo y besándolo, le aseguraba á media voz que «lo iba á poner nuevo» á fuerza de cuido.

—¿Quieres que te apague el candil, hijo mío?

—No; no puedo dormirme sin leer un poco. Es una costumbre... ya te acordarás.

Doña Serafina le alargó entonces LA RELIQUIA, de Eça de Queiroz, y se fué.

Quedó el poeta solo, fijos sus ojos en el libro, pero sin leer. De vez en cuando levantaba la vista, y miraba las paredes, tan blancas, su mesita de hule verde, donde tanto había trabajado él, la mesa de noche, el armario... ¡todo en orden, tan limpio, tan bello!... Desde fuera llegaba el rumor de la conversación que sostenían los aldeanos... risas leves de las muchachas... Oía el ruido de la polea del pozo, chirriante, el canto de alguien que andaba por los bancales de la huerta... De vez en vez, también, un ruiseñor iba desgranando, desde los altísimos álamos que rodeaban la noria de su madre, quizá, el chorro alegre de su gorjeo amoroso...

Entonces, en la imaginación sensible del poeta renació el deseo de contemplar por un momento aquel campo tan amado, aquella quietud que tanto evocaran él y su pobre Joseíco en los días lóbregos de la corte. Se echó del lecho y abrió de par en par una de las ventanas inmensas que caían sobre la huerta. Apareció todo negro, todo manso, todo quieto... Algunas estrellas parpadeaban entre la negrura, como chispas de una hoguera que disimulase un telón roto... Pero, poco á poco, los ojos de Juan fueron descubriendo detalles. Primero, las siluetas de los altos álamos; después, la desigualdad de los bancales, separados por grandes ribazos... Al fin, dos levísimas constelaciones blancas que se arrastraban por entre la negrura de la huerta, y que le hicieron reconocer los dos caminos que iban hacia el río...

Fué percibiendo asimismo rumores sueltos de la campiña. Lejanos gorjeos de pájaros escondidos entre la arboleda, graznidos de aves nocturnas que volaban silenciosamente entre los cercanos pinares..., el rumor suave y dulcísimo de un hilo de agua que corría por las acequias...

El poeta elevó sus ojos hacia la bóveda celeste tachonada de estrellas, de una belleza incomparable. Aspiraba con fruición las emanaciones de las plantas, de los árboles y de las flores. La paz se le metía alma adentro, borrando los recuerdos de su vida dolorosa...

Entonces, con las manos cruzadas, absorto ante la belleza y la dulzura del ambiente campesino, pensó que los hombres, algún día—hartos de buscar su felicidad y su dicha en las avenidas colosales de las grandes urbes; entre máquinas de acero y polvo y humo de carbón... entre edificios gigantescos abarrotados de inventos de la ciencia, y convencionalismos que les esclavizaban...—, volverían sus ojos á los campos... volverían á edificar sus viviendas en lo alto de los montes ó en el fondo de las florestas ó junto á los ríos, ó frente al mar... y, siempre rodeados de sus seres queridos, junto á una mujer amada y entre unos chiquitines que sonrieran... transcurrirían su vida bajo los árboles, eternamente alumbrados por la luz del sol, nutriéndose de los productos que la Naturaleza generosa les ofrecía con nada más que alargaran sus brazos... Entonces, el hombre enclenque y antinatural de las grandes urbes, de la moderna civilización,

se convertiría en Apolo alegre y feliz, sin prejuicios, sin otros anhelos que vivir una vida larga y tranquila entre una prole numerosa... Y entonces, y sólo entonces podría el hombre disfrutar de aquellos grandes bienes que constituyen, dentro del humano corazón, el verdadero ideal de su existencia: la libertad, el amor y el disfrute pleno de todos los productos de la tierra...

¡Oh, sí, en el corazón del poeta saltaba, como una luz que alumbraría á generaciones venideras, más felices que las que hasta aquí han poblado el mundo, esta gran verdad! ¡Mientras los hombres se obstinaran en vivir en ciudades colosales, atravesadas de bóvedas y pasadizos subterráneos; con su aire enrarecido por el humo y las emanaciones de mil industrias nocivas..., con mil prejuicios que mataban su libertad...—, ¡no tendrían, no podrían tener el espíritu tranquilo, ni esta dulzura que él experimentaba ahora, ni esta calma, ni este don plácido del cielo...

II

—¡¡Marranos, cochinosss, ganduleees!!...

—¡Eeeh, ladrones, canallas, cochinoooss!!...

Se insultaban. Media plaza contra la otra media. Y, fuera, lo mismo Madrid, que Sevilla, que Barcelona... que toda España, dividida en dos bandos.

—¡Ladrones, marranos...

Se oían silbidos. Aún faltaba media hora para el principio de la fiesta, y ya la Policía había tenido que intervenir en dos ó tres conatos de riñas de entusiastas. España entera «ardía hoy»—según la frase de *Don Apapucio* y otros revisteros taurinos. «La *afición*», dividida en dos bandos feroces, intransigentes, organizó la fiesta de hoy con cuatro meses de adelanto. Al principio de esta temporada, y como se enconaran de un modo alarmante los odios entre *belmontistas* y *escolaristas*, *Don Apapucio*, el marqués de Cistero, Alburquerque (el director general), y algunos otros aficionados, entusiastas de Rafael, lanzaron la idea. «Que quién mejor! ¡Pos á verlo! ¡A la plaza con ellos! Puesto que iban á empezar las corridas serias, orga-

nizar una, extraordinaria, con Miuras, para Belmonte y Escolar, en Madrid por supuesto...» Y ya no hubo asunto, ni suceso que interesara á la nación en pleno, más que éste de la pelea entre los dos ídolos, desde que *Don Apapucio*, en letras como carros, anunció esta corrida, á primeros de Mayo. Un mes entero toda la Prensa de España estuvo trayendo detalles del importantísimo acontecimiento. «Los toros, de Miura, han sido cuidadosamente apartados entre lo mejor que tiene D. Eduardo, y costará cada uno siete mil del ala...» Se formaron numerosas Comisiones de aficionados, de ganaderos, de empresarios y de revisteros taurinos «para hacer simpatías por *er niño* preferido». Media Prensa se hizo *belmontista* y la otra media *escolarista*, y, desde las columnas de los principales periódicos se sostuvieron disputas interminables sobre «el modo de entrar de Belmonte, y el modo de entrar de Escolar...» Y, hasta, últimamente, *Don Apapucio*, para corresponder al clamoreo de España y encauzar á la opinión hacia el antiguo ayudante de herrero, había publicado un opúsculo, con el título de «LO QUE PASARA EN ESPAÑA EL DIA DE LA COMPETENCIA», que, en mes y medio, había llegado á la edición cuarenta y dos...

—¡¡Marranooosss, granujasss...

La Empresa de Madrid, para evitar en lo posible los desórdenes, había publicado unas advertencias en los carteles de la corrida de hoy—de Benlliure—, á todo lujo, comunicando á los

aficionados que «serían belmontistas los tendidos de tal al tal, y escolaristas los restantes». La plaza, pues, se hallaba dividida según las simpatías de cada aficionado...

—¡ Ladrones, marranoos...

Un sol pegajoso de Agosto caía sobre parte del circo. Las gentes se defendían del calor con grandes abanicos de colores, con pañuelos, con las mismas chaquetas... De fuera llegaba el clamoreo de una inmensa multitud estacionada en los alrededores de la plaza. Las autoridades, en previsión de motines, habían reconcentrado mucha Guardia civil de á pie y de á caballo en el final de Goya, en Torrijos, en O'Donnell...

Sino que un griterío espantoso de las gentes que rodeaban al circo, indicó á los espectadores que se acercaban los ídolos. «¡ ¡ Ya están aquí ! ¡ Ya están aquí...» Luego se corrió la voz de que había llegado solamente Rafael.

Entonces, la mitad de la plaza que le era adicta, empezó á aplaudir y á dar vivas frenéticamente, mientras los belmontistas contestaban con una espantosa silba. Las gentes, puestas de pie en gradas y tendidos, elevaban los brazos al cielo accionando como energúmenos, hinchadas las venas del cuello, vomitando insultos y blasfemias contra los enemigos de la otra banda... Muchos, menos fanáticos, sonreían al percibir claramente los denuestos de algún beodo.

—¡ Canayaass... ¡ Hijos de puta...

Otro clamoreo inmenso que llegó por encima

de las paredes del redondel... y los belmontistas que aclamaban «al fenómeno»... Por un instante, los que estaban bajo la Presidencia, vieron, allá en el patio de caballos, «á Juan y Rafael estrecharse amigablemente la mano»...

Pero llegaban muchos corriendo por las escotillas... se llenaban por completo los asientos, y calmábanse algo los ánimos ante la proximidad de la fiesta. «¡ Ahora se iba á ver lo bueno»! Rompieron á tocar tres músicas, ocultas en alguna escondida andanada, y se iniciaron aplausos generales en toda la plaza. La presidencia («Mazzantini, ¿quién mejor»—se oía comentar á la gente)—, apareció en su palco, provocando un nuevo clamoreo.

Allá, en el callejón que conducía al patio de caballos, tembleaban los trajes de luces de los toreros. Juan y Rafael aparecieron, al fin, junto á la barrera, con sus capas de paseo terciadas, la mano junto á la montera, saludando al público, que rompió en aplausos atronadores, á los que los diestros respondían con pequeños movimientos del tronco...

Un clarín... Y, á los acordes de un *pasodoble* torero, avanzaban las cuadrillas por el redondel, en línea recta, hacia el palco presidencial. Escolar y Belmonte, descubiertos, sonriendo, elevaban el brazo que les dejaba libre el capote de luces, para agradecer los aplausos del público. Mientras duró el despejo, hasta el momento de romperse la formación de las cuadrillas, el griterío fué ensordecedor en toda la pla-

za. Algunos adoradores de los ídolos habían venido provistos de enormes cencerros, que tocaban con los brazos en alto, sin dejar de gritar insultos é improperios para el matador enemigo: —«Aquí está ya el tío del badajo, pa darle la lata al marrano de Escolarrrr!»...

Pero cuando los lidiadores substituyeron sus capas de paseo por las de brega..., y cesó la música, y quedó solitario el anillo de arena de la plaza, las gentes enmudecieron. ¡Había llegado el gran momento! ¡Se iba á decidir el destino de la patria y de la raza! Algunos abonados antiguos comentaban á media voz: —«¡Y pensar que dentro de tres horas puede estar por tierra uno de estos muchachos...»—, mientras otros aseguraban «que nunca habían esperao na de la vida ni der mundo con tanta emoción...»

A una señal del presidente sonaron un clarín y unos timbales... Enmudeció el circo, á tal punto, que se oyó en toda la plaza el ruido de un bastón rodando de las manos de alguien... Todos los ojos estaban fijos en la puerta del toril... Enfrente, Belmonte y Escolar, con sus capas de pelea plegadas, contestaban nerviosamente á los consejos de entusiastas de las contrabarreras...

Tardaba, tardaba el toro, impacientando á algunos entusiastas. —«¿Es que está durmiendo la siesta?...»—«¡¡A ver si va á poder ser!!»...

De pronto, el buñolero y algunos chulos servidores de la plaza que permanecían junto á la

puerta del toril, detrás de la barrera, se escondieron. «Venía el toro.» Asomaron unos cuernos enormes y puntiagudos... y, seguidamente, un toro de preciosa lámina, negro, gordito, de larga y graciosa cola que ondulaba al menor movimiento del bruto posándose sobre su lomo... Apareció despacio, tranquilo, extrañado de los aplausos con que el público acogió su presencia. Cuando le silbaban, se volvía con rapidez mirando absorto hacia el tendido...

Voces sueltas, de consejos, de insultos, de groseros chistes, caían hasta el redondel... Por la sombra, lentamente, consultándose unos á otros, movíanse los toreros. *Carrasclás*, el peón de Belmonte, pálido y con el capote plegado, esperaba el momento oportuno para correr al toro...

—¡Mira, *Carrasclás*, que no tiene güena jeta—le gritaban desde los tendidos antiguos abonados, que se sabían de memoria los nombres de los toros—. ¡Se llama *Escribano*, pereste parece un escribano d'actuacionesss...

Al fin, el torero, aprovechando un descuido del bruto, llegó hasta él, extendiendo su capote de batalla... Corrió el miura. Pero, al instante, convencido de que le engañaban, se paró. El público, en carcajadas brutales, coreó el miedo de *Carrasclás*, que se arrojó al callejón de cabeza...

—¡Eeeeehh... ¡Cudiao con él, ques de clugío...

—¡Guarda, Bermonte, que éste te fatura...

El animal, inquieto y nervioso, presentaba todas las malas condiciones de la familia. Los aficionados, aun sin conocerse, comentaban en tendidos y gradas, con desoladores movimientos de cabeza.

—¡ Le da un disgusto ! ¡ Vaya !

—¡ Vaya que si se lo da !

—¡ Es de peligro... ¡ Cuidao con el animal... —mientras otros celebraban á voces el temible aspecto de las defensas del toro—. «Y qué cuernecitos, señores, qué cuernecitos pa un colgante...»

Sino que se vió á Belmonte avanzar hacia el centro del redondel, con paso majestuoso, sonriendo, mirando al suelo...—y toda la plaza, tras de un silencio solemne, rompió en aplausos atronadores. «¡ Vamos á ver la verdááá, Bermonte...» Hasta sus enemigos, los partidarios de Escolar, aplaudieron la valentía y el aplomo del sevillano...

El toro, extrañado, miraba fijamente á Belmonte, moviendo su gallarda cabeza con coraje... De pronto, cuando el trianero no lo esperaba, se arrancó el bruto... Sonó un quejido de la plaza entera... Pero ya Juan, sonriendo, había desplegado su capa, recibido al animal y burlado su furia con una verónica que desbordó el entusiasmo entre los espectadores.

—¡ Bravo, bravoooo, muy bien... ¡ Viva Belmonteee !

—¡ ¡ Olé y olé...—, toda la plaza subyugada por el valor y «el arte y la vista der mucha-

cho»—. Juan, conociendo las condiciones de aquellas reses desinquietas y mal intencionadas, lanceó al toro «¡¡por verónicas!!», tres, cuatro, seis, hasta ocho veces... entre un crescendo de delirio del público... Llevó al toro bajo la presidencia, después, con hábiles «faroles» y «largas» vistosas, y, al fin, saltó la barrera mientras con su capote tapaba el lomo del toro, al que dió, sin dejar de sonreir, dos golpecitos cariñosos en el testuz...

La ovación fué tan colosal, que en ella se mezclaron fraternalmente los dos bandos. *Don Apapucio*, Alburquerque, Cistero y los incondicionales de Escolar se desgañitaban, en pie en sus contrabarreras, para decir á los belmontistas que «aquello estaba mu bien hecho, y que ellos aplaudían á Belmonte cuando *estaba güeno* y hacía una cosa que lo merecía...»

Mientras tanto movíanse de acá para allá los pencos de los picadores. Belmonte, saltando al anillo por el sol, corrió hacia el *Betunes*, «que iba á picar ahora».

Poco á poco el clamoreo del público se fué calmando. —«¡Güeno, güeno, yastá bien..., dejarlo ya»— gritaban algunos anunciando que iba á comenzar el primer tercio—. ¡Ahora, á mirar al ruedo y á callar!

Un peón había corrido al toro junto al débil caballo del *Betunes*. El miura miraba fijamente al penco, rascando en la arena antes de acometer. Y en torno al picador, las dos cuadri-

llas y una nube de *monosabios*, permanecían formando un abanico.

Lanzó el picador su castoreño hacia la fiera, y ésta arrancó, baja la cabeza, con espantosos bufidos é ímpetu bestial. Los dos cuernos del toro desaparecieron en la panza del caballo, haciendo á éste estallar en coces y boqueadas de dolor... El jinete no tuvo tiempo sino de rasgar ligeramente la piel del miura, porque *Escribano*, al sentirse herido, huyó, arrojándose sobre los toreros... El *Betunes*, caído de cabeza á la arena, fué retirado por los *monos*, arrastrando, hasta la barrera..., mientras el toro, ciego é irritado por el dolor, galopaba por el circo... embestía—«¡ ¡arza, de revés!», á otro picador, cuyo jaco escapaba con su paquete intestinal al aire..., tropezaba con el tercero, y arremetía contra el pobre caballo, derribando del ímpetu al jinete, á quien pisoteó y revolcó por la arena...

El circo entero se había puesto de pie en gradas y tendidos y palcos, elevando los brazos al cielo, blasfemando, riendo brutalmente... «¡Esto es un miura, señores...» Belmonte y Escolar, seguidos de sus cuadrillas, intentaron en vano llamar la atención de la fiera, saliéndola el encuentro dos ó tres veces... Un pánico brutal se había apoderado de los toreros, de los *monosabios*, de los chulos y los picadores... Dos caballos, recorrían el circo pisoteándose las bridas y las tripas, sembrando de sangre la arena, haciendo reir bestialmente al público... El tercero, mal herido y en tierra, se arrastraba dolo-

rosamente, pugnando por levantarse... Ya dos veces habíase puesto en pie y dos veces dió un pesado batacazo en la arena...

—¡ Anda, mira aquél, paece el Nazareno !— comentaban algunos con goce infinito, fijos en la agonía dolorosa del noble bruto...

Sino que el toro, en su constante carrera por el circo, se tropezó nuevamente con él, y se paró. Acudieron Belmonte y Escolar, extendiendo sus capotes ante el miura entre gritos y protestas de la gente... Pero el toro, «con la querencia de los caballos», embistió hacia el caído despreciando la capa de Rafael..., levantó al pobre penco con sus astas poderosas..., lo dejó caer..., lo golpeó y corneó de nuevo..., hasta que el animal, con un relincho doloroso, quedó muerto...

La plaza entera, ante lo asombroso del espectáculo, había roto en un inmenso aplauso. «¡ Bien por el torito. Estos miuras valían todo el dinero de España...»

Otros comentaban con sus vecinos de asiento, riendo y sin dejar de comer cacahuets ó de beber vino, la «chocante postura» del caballo aquel : rotas y como dislocadas las manos, caída la cabeza debajo del cuerpo en espantosa doblez..., casi al aire la parte trasera, que le daba un aspecto grotesco...—«¡ Anda, paece que le van á poner una lavativa !», comentaba el público...

Mientras tanto, los otros dos caballos heridos, habían sido sacados por los *monos* hacia

el corral. Entraron otros dos picadores. El toro, algo obediente al fin, embestía á los diestros que no intentaban hacer filigranas...

Se picó al toro, que mató otros cuatro caballos entre berreos de delirio del público..., y, tras las banderillas, salió á matar Belmonte. Un silencio imponente se hizo en toda la plaza. El sevillano, con aplomo y gallardía, hizo «una faena vistosísima», dando pases de todos estilos, provocando ovaciones delirantes, sin cesar. Los escolaristas, sin poder negar el mérito del *arte* de Belmonte, aplaudieron también con simpatía... Por último, «el fenómeno» dió «una estocada de verdá», que hizo rodar al toro sin puntilla.

Se le concedió la oreja, á petición de la plaza en pleno. Los escolaristas se explicaban unos á otros: «¡No, no, señores; nosotros no le quitamos á Bermonte méritos. ¡Los tiene! ¡Sabe! ¡Nosotros aplaudimos «lo que sea verdá», lo haga quien lo haga...»

Pero en el segundo toro—negro también, de preciosa lámina asimismo y con defensas aterradoras y «muy bien puestas»— ocurrió un lance que regocijó bárbaramente al público. El caballo negro de un picador, á quien el miura no había sino rozado con un cuerno ligeramente la panza, emprendió una carrera vertiginosa á lo largo del circo, dando en tierra con su jinete, y mordiendo á dos *monos* que intentaron sujetarlo. Ultimamente se encontró de nuevo con el toro, á quien, después de mirar de cerca, des-

cargó un formidable par de coces en el morro, que tintóse de sangre de sus dientes rotos...

Entonces, la fiera, exasperada, embistió de nuevo contra el penco, persiguiéndolo, acorralándolo, al fin y rasgando su panza con los dos cuernos...

Ya en tierra, á pesar de la obstinación de los toreros y los *monos*, fué una lamentable lucha entre las dos bestias; el caballo se defendía á coces y á mordiscos, haciendo huir momentáneamente al toro; pero éste volvía á la pelea, martirizado por el dolor, con más furia..., hasta que en una de sus acometidas, introdujo un cuerno por la boca de su enemigo y le atravesó la cabeza...

Entonces se presenció un espectáculo inmundo, que hizo, no obstante, aplaudir y gozar frenéticamente á los espectadores. El toro, con su víctima colgada de un cuerno, anduvo de acá para allá, arrastrando al pobre jamelgo, ya sin vida, con el cráneo destrozado, vertiendo sangre y fiemo por los enormes boternos de su panza rota, con un vaivén trágico de sus piernas desvencijadas...

Entre los lidiadores habíase producido ese pánico especial que sienten las gentes supersticiosas. Escolar y Belmonte, tratando de sonreir, tenían la palidez de «las malas tardes». Los peones y los *monos*, y los picadores, maldecían de los miuras y blasfemaban entre sí...

Y el pánico llegó á su colmo cuando, al banderillear á aquel toro, *Valentín*, el peón de Es-

colar, fué alcanzado, derribado por el bruto..., lanzado al aire y recogido de nuevo tres veces, entre ayes dolorosos que repercutió toda la plaza...

Los dos matadores, desapercibidos, junto á la barrera, tardaron unos instantes en poder prestar su auxilio... Los otros banderilleros citaban en vano al bicho..., hasta que uno, le coleó, con tan mala fortuna, que fué también atropellado y herido por la fiera... Sólo Belmonte, con hábiles engaños de su capa, libró de una catástrofe á los toreros...

Por entre barreras, en brazos de *monosabios* y compañeros y picadores, pasaron á la enfermería *Valentín* y *Fullero*, que era el otro cogido. Las gentes, agolpándose á las contrabarreras, miraban con enorme curiosidad la cara pálida y desencajada de los toreros heridos, sus bocas entreabiertas, sus ojos medio cerrados y vidriosos... Después, los comentarios pesimistas atronaron el circo.

—¡ Son éstos unos bichos de cudiao, recontra... Yo en cuanto vi que no arrancaba el toro, pensé : me lo coge. .

—¡ ¡ Son traicioneros estos miuras...

El toro, solo, permanecía en medio del anillo, contento de su hazaña, mirando con altivez á los toreros que se movían muy junto á la barrera... Quedó un ambiente de tragedia pesando sobre todos como un murciélago de mal agüero...

Al fin, Escolar, tras del brindis, se dirigió hacia el toro. La mitad de la plaza que le era

adicta rompió en atronadores aplausos. Pero los belmontistas guardaron un silencio hostil. Algunos, puestos de pie en sus asientos, hacían grandes signos con el brazo derecho extendido, al tiempo que gritaban. «¡¡No..., nooo, que vas á quedar mu mal después de Bermonte... que este toro te lía...»

El trianero, sin embargo, para corresponder á la nobleza de Escolar que se había mantenido capote al brazo, á unos pasos de él, durante la muerte del primer toro, se fué detrás de Rafael con el capote prevenido. «¡Aquellos bichos eran lo que eran, y no estaba un *espá* mu seguro de no tener un percance grave...» Detrás de Belmonte, algo lejos y también capote al brazo, estaban los restos de las dos cuadrillas...

Comenzó Rafael dando algunas vueltas alrededor del toro, que miraba fijamente el trapo encarnado del espada. Se paró al fin, frente á la fiera, y dando un golpe seco en la arena con un pie, la dió el primer pase. «¡Mu bien! ¡Olé por los niños!», aprovecharon sus partidarios para gritar á los belmontistas. Juan hacía de peón, substituyendo al pobre Valentín...

Otro pase, «¡Olé, de pecho!» Otro después..., y otro... Sino que, al intentar un molinete, «se le coló er toro», lo trompicó y lo lanzó á cuatro metros, sin espada y sin muleta... Belmonte, «actuando de Divina Providencia» (comentaron los enemigos de Escolar), libró á Rafael de una seria cogida...

Entonces, los enemigos del antiguo ayudante

de herrero, quisieron aprovechar el percance para derrotar á su enemigo. Los palcos, las andanadas y los tendidos y gradas ocupados por los belmontistas, se convirtieron en una inmensa colmena, que rugía con furor. Le gritaban á Rafael los peores insultos, nombrándole la madre, el padre y toda la familia. Su vida obscura y silenciosa y miserable, que se sabía toda España mejor que el catecismo, salió á relucir. «¡ Anda, márchate, vete á limar hierro viejo en La Ronda, ques pa l'único c'aprovechas...», mientras otros, más entusiastas, intentaban bajar al ruedo... El espada, pálido y desencajado, apretaba frenéticamente un estoque nuevo traído por su puntillero *Mataito* desde la barrera..., y quería dirigirse al toro «á pecho descubierto», sin escuchar los consejos de los otros lidiadores. «¡ Maestro, maestro, déjusté á la canaya que grite...» «¡ Náá de azararse..., que ya sabemo tóó lo que son esto bichos...»

Escolar se dirigió de nuevo al toro, que permanecía parado, mirando con recelo á los lidiadores, volviéndose, al menor movimiento de las capas de brega... Se acercaba... Se acercó tanto, que la fiera arrancó hacia él, con un rugido. El matador, tomando la muleta con las dos manos, oculta en ella su espada, pasó al toro, «de cabeza á rabo»... Sus partidarios empezaron á vociferar contra los belmontistas. «¡ Y de eso, ¿qué nos decís ! !...»

Pero en los tendidos que lindaban con los belmontistas los partidarios de Escolar habían

promovido reyertas. «No era *dizno*, ni decente que los bermontistas silbaran á Rafaé por un pequeño percance de valiente, cuando ellos aplaudieron y pidieron la oreja para la faena que hizo Bermonte con el primer toro...» Esto les indignaba. Y la indignación rebasó los límites de «lo aguantable» cuando, al intentar el mismo molinete de antes, Escolar fué atropellado por el miura, revolcado y pisoteado..., teniendo Belmonte que colear al bruto...

Entonces, los partidarios del sevillano se arrojaron de sus asientos. «¡No se podía consentir aquello! ¡Belmonte no debió pisar nunca los sagrados ruedos taurinos en compañía de aquel *indizno* maleta! Esto s'había acabao!...» Y, atropellando á las parejas de Policía, las gentes, desde los tendidos y las gradas bajaban hacia la barrera. Dos tenderos enemigos movieron una pelea formidable, descargando uno de ellos sobre la cabeza del rival tan formidable estacazo, que á poco le parte el cráneo... Casi al mismo tiempo, enfrente, sonó un tiro..., ayes, quejidos...

Y la plaza entera, presa del pánico de las multitudes, corrió..., huyó..., unos hacia el ruedo, otros por las escotillas, por los corredores y las galerías del circo...

Mazzantini suspendió provisionalmente la fiesta, mientras Escolar discutía y se peleaba con los demás toreros, intentando matar á la fiera... Pero el redondel se llenó de público que vociferaba, de belmontistas armados de garro-

tes, dispuestos á que Rafael no matara al toro... de Policía, después..., y los dos matadores tuvieron que retirarse entre barreras, esperando la decisión del presidente...

En el ruedo, en los tendidos y las gradas, el escándalo y el pánico, lejos de disminuir, aumentaba. Había peleas; sonaban estacazos de vez en vez, que obligaban á los guardias á correr de acá para allá, sable en ristre... Y el motín tomó un cariz tan malo, que Mazzantini suspendió definitivamente la corrida...

Entonces, Escolar, seguido de su cuadrilla, se abrió paso hacia la enfermería de la plaza. Por entre el público, lleno de curiosidad y de miedo, unos le daban cariñosas palmadas en la espalda, mientras otros, desde algo lejos, y agachando la cabeza, le gritaban con odio. «¡ Fuera, fuera Escolar, malo, infame...», provocando nuevas riñas y peleas con sus entusiastas...

Cuando logró llegar hasta el patio de caballos, iba solo. Los otros toreros luchaban aún con la multitud por salir del callejón. A la puerta de la enfermería, un doble cordón de guardias civiles estaban con las armas apoyadas en tierra, sin que la multitud, á pesar de los vaivenes que le hacía dar las estrechuras, osase empujar á los guardias, con ese respeto miedoso que inspiran al pueblo español los tricornios... Rafael pudo presenciar, en un instante, cómo un civil, encima del que se habían venido un gañán y un señorito, descargó, con la culata, dos golpes formidables sobre aquéllos... que ni rechistaron...

Pasó á la enfermería, llena de picadores, y donde ya encontró á Belmonte.

—¡Hola, maestro...

—¡Hola, Rafael... ¡Nosná! No shabíamos alarmao en varde, porque *Valentín* no tié na. ¡Un pezuñaso!... ¡*Fullero*, por fortuna, y'hastá levantao...

El espada pasó entonces hasta la sala de operaciones, una habitación blanca y fría, de paredes desnudas. En una camilla, su peón de brega, permanecía semiechado, desprovisto de su traje de luces y mostrando una ropa interior limpísima. El otro lidiador herido le sonrió entre un grupo de *monos* y chulos, de pie en un ángulo de la sala, donde un *monosabio* le cosía, con la delicadeza de una bordadora, un pequeño roto que en su pantalón de luces, por el sitio más crítico, había hecho un cuerno del toro...

—¡Qués que t'ha pasao, Rodorfo—dijo Escolar acercándose hasta la cama de su peón de brega—. ¡Ya me dijeron que no tenías na. ¡Dónde t'ha pisao?...

—¡Aquí, maestro—contestó *Valentín*, descubriendo un muslo, que apareció amoratado...

Varios doctores informaban á los concurrentes que aquello carecía de importancia. ¡Un cardenal! Podría levantarse mañana ó pasado...

Desde fuera llegaba el rumor de la multitud enfurecida. Algunos *monosabios*, asomándose por las ventanas de sucios cristales que daban al patio de caballos, venían á informar al concurso de «los detenidos qu'había ya...», de

«qu'había salido de la plaza el revistero de LOS TENDIDOS...»

De pronto hizo irrupción en la enfermería una nube de periodistas y fotógrafos. Todos rodearon á Belmonte y Escolar, acosándolos á preguntas. Aunque eran intelectuales, no podían evitarse, delante de aquellos dos hombres, un respeto y una admiración inmensos, pensando que «ganaban en una sola tarde más de mil duros...» Los fotógrafos comenzaron á hacer instantáneas...

Minutos después entraba en la enfermería *Don Apapucio*, congestionado, sin sombrero, que había perdido en la refriega con los belmontistas, y seguido del apoderado de Rafael, de Alburquerque y de mil señoritos más... Al ver á Belmonte, el crítico de LA VOZ DE MADRID, hizo un inevitable movimiento de disgusto... Luego, le tendió la mano, procurando sonreir.

—¡ Hola, Juan ! ¡ Te felicito ! ¡ Has estao mu güeno ! ¡ Pero me indizna ese público ! ¡ Qué se creen que es un trompicazo?... ¿No los tuvo Bombita?, ¿no los tuvo er Guerra y Lagartijo?... ¡ Es una canaya...

En su indignación, que él juzgaba santa, ocultaba el enojo que le había producido la faena de Belmonte. Se dirigía siempre, al hablar, á Rafael, procurando convencerlo que «los bichos aquellos de Miura eran «inlidiables». —«Sí, señores : *inlidiables*. Saben griego. Cuando yo estaba en mi pueblo, en Sevilla, vi una

tarde ar Bomba, ar gran Bombita, tirar, entre barreras, la muleta, mardiciendo porque un morlaco de D. Eduardo l'había desarmao dos veces... Y no crean ustés...

Belmonte, obedeciendo á ocultas señales de algunos de sus partidarios íntimos, se levantó del taburete donde descansaba, y se despedía.

—¡Vaya, pos señores, salú, y recuerdos á la familia. Ya sabes, *Fullero*, nos vamo... Estaremo en mi casa tóos...

Fullero, entonces, cogiendo su capa de luces, siguió á su maestro. Toda la cuadrilla de Belmonte abandonó la enfermería. Tras ellos se marcharon también una nube de críticos taurinos, de fotógrafos, de entusiastas del sevillano... Ya en el corral, comenzaron no pocos á gritar desaforadamente.

—¡Viva Bermonteeee...

—Viva er gran Bermonteee...

Don Apapucio, con una sonrisa de mueca, miraba por los vidrios sucios, escuchando las aclamaciones de la multitud. Por unos momentos—al salir Juan del patio de caballos para montar en el *auto* de algún amigo—llegó hasta la enfermería un espantoso clamoreo de los entusiastas, de medio Madrid que aguardaba la salida del ídolo...

—¡Este niño é un tamborilero!—comentó, lleno de indignación, *Don Apapucio*—; ¡no le gusta más que le toquen las parma... ¡Mañana, mañana lo verá en las colurna der periódico... ¡Joío público...

Escolar, Cistero y toda la cuadrilla de Rafael sonreía escuchando al crítico. Les gustaba que ridiculizaran á Belmonte, aunque delante de él fingían estimarlo, por compañerismo en el ruedo... Otro tanto les ocurría con los *Gallos*, sobre todo con Joselito, con Pastor, con Gaona...

—¡ Güeno, señores, vámonos—cortó, fatigado, Rafael, echándose sobre los hombros su capa de luces—. ¿Tienes ahí tu *auto*, Arburquerque...

—¡ Sí, ahí fuerastá—contestó el riquísimo ex director general—. ¡ Nos vamos cuando quieras...

Entonces, Escolar, acercándose de nuevo al lecho de *Valentín*, que había permanecido sonriendo mientras hablaba *Don Apapucio*, se despidió de su peón.

—¡ Güeno, ya sabes. ¿Quieres que te lleven á la fonda?...

—¡ No... más tarde...

—Güeno. Pos hasta luego. Yo me marcharé mañana. Pero nos veremos antes, que tenemos qu'hablar...

Seguido de *Borrasca* y *Mataíto*, los otros dos toreros de su cuadrilla, de *Don Apapucio*, de Cistero y de un grupo enorme de incondicionales que aumentó en el patio de caballos, salió de la plaza. La multitud, al darse cuenta de la presencia de Rafael, inició otra ovación estruendosa. Sus partidarios, humillados por el triunfo de Belmonte. que repercutiría en toda España, esperaban en los alrededores del circo para ha-

cer una manifestación de desagravio á Escolar. El *auto* de Alburquerque vióse precisado á marchar con absoluta lentitud gran trecho de Goya...

Pero, al cruzar Alcalá, y á ruegos de Rafael, viraron por Torrijos, emprendiendo una carrera vertiginosa, aun á trueque de atropellar á los viandantes..., que les condujo en cuatro minutos al domicilio de Rafael, calle de Velázquez.

Subieron al elegante piso del ídolo, en una casa fastuosísima, *Don Apapucio*, Cistero y el director general. Arriba fueron recibidos por dos criados prosopopéyicos y respetuosos que hacían reir el espada con sus etiquetas, que no comprendía.

—¡Vaya, que venimos reventaos—comentó el diestro al entrar en su casa—. Me paece que m'acuesto...—y se dirigía hacia su dormitorio...

Pero en un gran salón había una peña de amigos, que, al enterarse del regreso de Rafael, le tributó una ovación cariñosísima. Todos, saliendo al alfombrado corredor, le estrechaban la mano, llamándole de tú, poniendo el grito en el cielo ante «la injusticia del público de la plaza».

—¡Tú, Rafael, tú, te lo metes en er bolsillo—comentaban á voces sus incondicionales, refiriéndose á Juan Belmonte.

—¡Ese niño es un pinturero...

Otros le echaban un brazo por el hombro, hablándole de proposiciones de empresarios, de líos, de mil asuntos, á media voz, que Escolar

no comprendía. —«¡Bien, bien, mucha grasiax!»—iba contestando el diestro á todos y cada uno, con esa sonrisa de cansancio y distracción que caracteriza á los héroes populares—. «¡Venimo reventaos! Con su permiso, voy á desnudarme... Aquí queda el marqué y *Don Apapucio*...»—, é intentaba abrirse paso hacia su dormitorio.

Un criado había abierto la puerta que conducía á su salón particular, cuando el espada vióse cogido fuertemente por un hombro. Se volvió. *Don Apapucio* y su apoderado y Alburquerque intentaban desasirse de entre los grupos de pegajosos entusiastas, allá, al fondo del pasillo.

—¡Güeno, ¿qué hay, amigo?—preguntó Rafael disimulando su contrariedad.

El que le abordara, alto, seco, vestido exageradamente de andaluz, le contestó.

—¡Qué quieres c'haiga, niño mío! ¡La Gloria, que t'espera esta mesma noche! ¡Toa pa ti, niño! ¡Cuasi nueva, pos que ya tú ves que no s'hacostao más que con dos ú tres marqueses. ¡Mu cerca, niño, aquí mesmo en Hermosilla... Na más que diez duros, por ser pa ti...

—¡Sí, sí, bien, güeno—cortó Escolar lleno de hastío, sin fijarse en las últimas palabras del otro.

—¡Güeno, ¿le digo que vas! ¡A las nueve! Hermosilla, 30. Una casa mu maja, mu nueva... ¡Entonces que me dé los diez duros t'apoderao... ¿Estamo?...

—¡Güeno, recuerdos á la familia, mucha grasiax...—y cerró tras de sí la puerta con furia, despidiendo también al criado.

—¡Arza, aire, márchate tú también, recontra..., á ver si pueo estar ya solo alguna ve! Que no pas'aquí ni el Santísimo. Coge un fusir joío y ponte en esa puerta. ¡Na más que er marqué y Navarro y Arburquerque... ¡Me cisco en tóo y cuanto perma...

Marchóse el criado, tras una inclinación, y Escolar despojábase de su capa de luces. El salón, inmenso, tenía cuatro balcones á la calle de Velázquez. Cistero y *Don Apapucio* y Alburquerque lo habían mandado decorar, como toda la casa del ídolo, con muebles lujosos, con pesados portier en puertas y balcones, con bellísimas vitrinas, que llenaron de chucherías y bibelots, y ante las cuales, muchas veces, aburrido y bostezando, permanecía Rafael largas horas, boquiabierto... Cuatro preciosas columnas, de un color acaramelado, separaban este fastuoso salón de la fastuosa alcoba del héroe, toda llena de cestitas, de retratos de bellezas, de mil regalos... y con el lecho tan recargado de dorados y colorines, que parecía la alcoba de una cupletista.

—¡Mardita sea, *Cien Pies*, que no l'han de dejá uno descansá—le arrojó desde lejos, con un humor pésimo á su mozo de estoques, que le esperaba detrás de una butaca—. ¡Ya me carga tanto jorgorio!

Su mozo de estoques, seco, alto, de cara alar-

gada, y que tuteaba á Rafael por su antigua familiaridad, fingió indignarse.

—¡Y güerves asín de la plaza, donde has movío tar terremoto c'habío muertos y heríos... ¡Pero si mira aquí *Er Enano*, con el resumen de la corría..., ó mejor dicho, de la media corría, que te tira patrás!... ¡Eres una patata si nostás contento esta tarde...

Alargaba á su maestro el periódico taurino, y éste lo cogió con la curiosidad vivísima de lo que hubiera sucedido en el circo. Por lo general le pasaba eso. Nunca, al abandonar el ruedo, llevaba la sensación de «cómo había estado». Ante los toros no era el valor lo que le impulsaba á «estar bien», sino el miedo al público, el qué dirán de los enemigos. Cuando lanceaba á las fieras, de aquel modo que había hecho asegurar á muchos de los mejores críticos taurinos «que era superior á Belmonte», no se daba cuenta de lo que hacía. El toro pasaba, bufando, por debajo de su capa..., junto á los mismos alamares de chaquetilla..., como una tromba, como una tempestad..., como algo trágico que obscurece el pensamiento y la razón... Luego, los aplausos ó las ovaciones del público, los silbidos, á veces, le indicaban «si había estao ó no güeno...»

El papel, húmedo, con la tinta impresa, estaba encabezado con grandes caracteres.

«¡LAMENTABLE. INCOMPRENSIBLE!»

Luego, contra lo que esperó de su faena de esta tarde, le ponían por las nubes á él. Trinaban contra el público, que hubiese querido ver á Escolar despanzurrado.

«Lo que le ha pasado á Escolar esta tarde lo hemos visto nosotros en las plazas de toros á Mazzantini, al *Guerra*, á *Bombita*, á *Machaco* y á los mejores toreros que ha habido. Otro tanto les sucedió á *Lagartijo*, á *Frascuelo*, á *Cúchares*, al *Tato* y á nuestros más ilustres antepasados. ¡Sí, señores: un trompicón de un toro no es una derrota. Los grandes toreros han tenido grandes cogidas...»

Entonces, Rafael, como si se quitara un gran peso de encima, arrojó *El Enano* sobre una silla, y dijo á su mozo.

—¡Anda, *Cien Pies*, ya pues desnudarme. Mañana veremos los *grandes* papeles.

Cien Pies, comenzando á desnudar á su maestro, iba entusiasmándose recordando lo que había sucedido en la plaza. «¡Tú te lo metes en er bolsillo. La segunda verónica que l'has dao ar marrajo aquel va dar qu'ablar. Aemás. ¿Cuántas estatuas tiene Bermonte? ¡Una, y por compromiso! ¡Y tú? ¡Cuatro hasta agora, y más de veinte en proyerto! ¡Quién tié más amiradores? ¡¡Tú, que si quisieras movías una revolusión...

Pero el diestro, fatigado y sudoroso, iba empezando á sentir aquella alegría y bienestar físico que invadíanle al abandonar los circos taurinos. Era la alegría del peligro pasado, de la

lucha que se alejaba, de la ruda pelea con el público y las temibles fieras que le concedían unas horas de descanso... Ahora no pensaba sino en comer, pues, como todos los días de corrida, estaba con una taza de caldo y un trocito de carne, ingeridos á las diez de la mañana... No pudo dominar su impaciencia, y le gritó á su mozo de estoques.

—¡Date prisa *Cien Pies*, muchacho. Me muero de hambre...

El mozo, entonces, haciendo levantarse á su maestro, procedió á la delicada operación de despojarle de la faja. Daba vueltas Escolar sobre sí mismo, y *Cien Pies* se alejaba salón adelante, hasta que se sepultó en la alcoba del ídolo... A todo esto no cesaba de hablar.

—¡Ya sabrás qu'han matao á uno en la plaza! ¡Yo no visto más entusiasmo en la vida! ¿T'acuerdas cuando estábamos d'ofisiales en La Ronda, que fimos á Vistalegre por ver ar *Bomba* que no toreaba en Madrid y hubo palos?... Pos na comparao con lo que yo visto en la plasa...

Seguía, seguía en un crescendo de entusiasmo, abandonando de vez en vez la labor de desnudar á su maestro, colocándose ante Rafael para acompañar su narración con desordenadas actitudes. El espada, interesado á veces, se olvidaba también de su cansancio y su hambre para escuchar á su mozo. Le consentía que le tuteara en gracia á que fué el único que, desde la infancia, había esperado, con la fe de un

apóstol, el triunfo de Escolar. Eran paisanos. Los dos vinieron á la corte juntos, seis ó siete años atrás, en busca de trabajo en las cerrajerías de la corte, aunque en realidad para *estudiar el toreo* y ver de cerca la aureola de triunfo de los grandes lidiadores... Juntos habían vivido en inmundas pocilgas de los barrios bajos; *Cien Pies* no era aficionado á torear, sino á «que el otro llegara pronto y mu arriba». El fué quien le proporcionó los primeros contratos de capeas, quien le puso en relación con revisteros que vendían su pluma, quien alabó y ensalzó su arte en el café Inglés, fingiéndose un admirador imparcial del futuro ídolo. Era un pillo de siete suelas, que ansiaba el triunfo de su amigo por el bienestar y los goces que á su costa se prometía. Pero poniendo en ello tal fe, tal calor y tal heroísmo, que en muchas ocasiones logró salvar á su maestro con sus audacias de golfo del arroyo.

Escolar pagaba la antigua y ciega fe de su mozo de estoques con largueza. A cada paso le alargaba billetes, con el desprendimiento de los toreros. Y cuando, en fuerza de venir *dueñas* y gentes de vida equívoca á ofrecerle á Rafael «una señora mu señora, que se le vendía á él en doce duros»..., y el espada, lleno de hastío por sus juergas y sus cupletistas, despedíales con tonos destemplados, *Cien Pies* se aprovechaba. —«¡Maestro, y por qué no me das er dinero que vaya yo con ella!...»

Sino que oyóse en aquel momento un fuerte

griterío..., voces, palmadas..., y *Cien Pies*, lleno de curiosidad, se dirigió á un balcón. En tromba, entraron *Don Apapucio*, Cistero, y muchos más aficionados, anunciando á Rafael «que venía una manifestación».

—¡ Arza, pa que digan los bermontistas... Ya t'estás vistiendo, que tiés qu'asomarte á los barcones...—, y *Don Apapucio*, loco de júbilo, se paró ante el espada, comiéndoselo con los ojos...

Escolar, sonriendo, llamaba á su mozo de estoques, oculto detrás de los visillos, y haciendo ademanes de mono—. «¡ Tú, *Cien Pies*, arza, hombre, yastá güeno ! ¡ A ver si me desnudas...»

Era, en efecto, una manifestación imponente la que se acercaba. Los partidarios de Escolar, al enterarse que su ídolo había marchado á su casa, acudían á desagraviarlo. Alguien abrió los cristales de un balcón..., y se vió la calle amplísima, invadida por enorme multitud. Llegaban enarbolando los bastones, los sombreros, ebrios de entusiasmo, con los rostros congestionados y sudorosos. —«¡ Viva Escolarrr !...», «¡ ¡ Viva el Divino Escolar !»—atronaban el espacio como las nubes precursoras del estío en las montañas... Muchos incondicionales de Rafael se habían asomado á los balcones orgullosos de poder mostrarse ante la multitud en la misma casa del espada... Otros rodeaban al héroe sin dejar de sonreir, dándole cariñosas palmadas en la espalda, y preguntándole «si estaba ar fin contento»...

—¡ Güeno, hombre, arza, date prisa—le apre-

mió *Don Apapucio*, contemplando á Rafael todavía con el calzón de luces— ; ¡mira que te tiés c'asomar... ¡Sería una vergüenza...

Entre tanto, la cabeza de la multitud había llegado bajo sus balcones. De las casas de enfrente, por excepción rarísima, abríanse las vidrieras para contemplar la manifestación. Muy cerca, por la calle aristocrática de Lista, llegaban también grupos sueltos de entusiastas palmoteando y dando vivas al ídolo...

—¡¡Viva Rafaelll!!...

—¡¡Vivaaaa!...

—Que s'asome er Divino Rafaer...

Entonces, *Don Apapucio* y Cistero empujaron al espada hacia un balcón. Escolar se resistía, mientras su faz se abermejaba. —«¡No, no... ¡Iba á tener que decir argo, y ér no sabía hablá...»—Pero otros admiradores entusiastas le llevaban cariñosamente hacia el balcón. —«¿Quién? ¿El? ¿Que no sabía hablar él? ¡Mejor que Castelar! ¡Ya recordaría la ovación que le tributaron en el Palace-Hotel el día de su homenaje...»

—¡Arza, arza, á asomarte... que vean los bermontistas que er público sano está contigo...

—Güeno—accedía al fin, sonriendo Rafael— ; pero denmostés una americana... ¡No pueo salir asín...

Señalaba su brillante camisa de lidia, llena de bordados, de plieguecillos maravillosos. Algunos, entonces, se despojaron de sus chaquetas para ofrecérselas á Rafael. *Cien Pies* acercóse á

su maestro con una americana nueva, de talle de avispa, que, con una muda nueva y el traje completo, esperaba en una butaca del salón.

Entonces, Escolar, se dirigió lentamente á uno de los balcones, con una sonrisa nerviosa. Los entusiastas le abrieron paso para que el héroe se mostrara á la multitud.

Estalló una ovación estruendosísima, transmitiéndose hasta las calles lejanas... Escolar, levantando los brazos en alto é inclinando el tronco, agradecía las manifestaciones de cariño del público. Pero éste, harto de aplaudir y dar vivas, pidió que le dirigiese la palabra el espada. Rafael, con genuflexiones más enérgicas, hizo que no entendía á los más cercanos, y se retiró al interior.

Sólo que el coro de sus íntimos, reventando orgullo, le instaba á que accediera. —«¡ Habla, Rafaé !» Muchos gritaban á los entusiastas, desde los balcones, que el diestro hablaría... Al fin, el marqués y *Don Apapucio*, le empujaron hacia el mirador.

El espada entonces, ante la inutilidad de evadir el compromiso, abalanzó el tronco fuera de la barandilla del balcón, como un sacerdote desde el púlpito. Una expectación formidable impuso con enérgicos «¡ ¡ Chisst» el silencio hasta las últimas filas.

—¡ ¡ Señores : Os agradezco este... este...

Sonreía, con el rostro encarnado á punto de brotar la sangre, mirando á su apoderado y á *Don Apapucio*. —«¡ Este entusiasmo, hom-

bre»—le deslizó al oído, con disimulo, el crítico taurino.

—...este entusiasmo por la fiesta nacional, y las simpatías que yo cuento entre vosotros... Y..., ¡he dicho!

Se retiró entre aplausos atronadores, que duraron más de media hora...

Ya dentro, el espada se dirigió á su dormitorio, donde rápidamente le desnudó su mozo de estoques. Rafael se puso el traje aquel nuevo, de talle de avispa, después de mudarse de toda su ropa interior, sudada de la lidia. Se lavó y peinó, delante de Cistero y Alburquerque, que miraban con cariño todos los movimientos del ídolo, y hablaban sin cesar del triunfo indiscutible de Rafael.

De fuera, de los salones de la casa fastuosa del espada, llegaban voces, carcajadas soeces, gritos y blasfemias de los intransigentes... La calle de Velázquez, tan quieta y desierta por aquella parte de Lista, iba llenándose de coches, de automóviles lujosos que paraban en la casa de Escolar. A cada momento entraban caballeros elegantes, tenderos enriquecidos, aficionados de provincias, que preguntaban por Rafael á la servidumbre con absoluta confianza, que tuteaban luego al espada, y á los que él raramente conocía...

En el gran salón donde Escolar se hallaba ahora descansando en inmensa butaca, las discusiones eran interminables. Se hablaba de los miuras, del arte de los grandes toreros, compa-

deciéndolos al compararlos con Rafael... Le tuteaban todos, dirigiéndose siempre al espada al hablar, interesándose á veces por saber la opinión del ídolo en ciertas cuestiones. —«¿Qué opinas tú, Rafael?...» —«¡Hombre, que..., güeno... que no me paece mal der tóo...» Le adulaban, celebrando sus frases, que él decía con azaramiento, sabiéndolas sin sentido... Por los rincones, levantando de vez en vez la voz para consultar con Rafael, grupos de entusiastas discutían acaloradamente...

—¡Güeno, di, niño, ¿tú cenas conmigo, no?—le preguntó al héroe un aristócrata elegantísimo, á quien Rafael no recordaba—. ¡Iremos después á ver á unas señoras...

Don Apapucio y Cistero afirmaron al aristócrata que era imposible. —«¡Ya ve, barón, está convidao pa hoy, pa er día de la competencia, desde Mayo, por unos entusiastas...»

El espada movía indiferentemente los hombros, consultando con los ojos á su apoderado y al crítico taurino. El no se ocupaba nunca de sus comidas. Eran los aduladores, los incondicionales, los que le llevaban de acá para allá, haciéndole tan pronto cenar en el Palace-Hotel como en una quinta aristocrática ó en un merendero de la Bombilla, con *cocottes*, que se emborrachaban y le pedían siempre billetes en la alcoba, á cambio de caricias perversas...

Un criado llamó á *Don Apapucio*, entregándole una carta. Al momento, el revistero tauri-

no, desde la puerta grande del salón, llamó al espada.

—¡Ha er favor, Rafaé, un momento...

Se hundieron en un gabinete solitario, donde había elegantísimos muebles de despacho, que usaba sólo el marqués. *Don Apapucio*, cuando iba á cerrar la puerta, tuvo que dar paso á Alburquerque.

—¿Qué hay?

—¡¡Noticias—dijo bajando la voz el crítico taurino, y mostrando un gran retrato de señora en una mano—. Dile á Cistero que venga.

Cuando llegó el apoderado de Escolar los cuatro hombres se encerraron. *Don Apapucio*, en el centro del corro que le hicieron los demás, leyó en voz baja, con el misterio que se desprendía de aquel plieguecillo rosa, de azulada corona de conde, y que exhalaba un penetrante perfume de violeta.

«Apreciable Rafael: No sé si hago bien en escribirte. Desde luego no te hagas grandes ilusiones. Pero no quiero que digas que correspondo mal á tus galanterías. Esta noche estoy sola; quiero decir, sin mi marido, ya que mis cinco hijos se acuestan muy temprano. Puedes venir de once á doce y hablaremos.

Tu afma.,

Lucía Robledo.
CONDESA DE TANEDOS.»

Los tres adoradores felicitaban á Rafael. ¡Era la cita! «¡No dirás, ladrón que no tiés

suerte!» *Don Apapucio* mostraba un inmenso retrato que la condesa le había enviado á Rafael, accediendo á la petición en que el espada se lo formuló hacía dos meses.

Entonces, Escolar, nervioso, rogó á sus amigos abandonaran la casa para librarse de los pegajosos. Sin despedirse de nadie se marcharon, huyendo en dos automóviles hacia un saloncito reservado del Hotel Ritz.

Mientras volaban los coches—Goya abajo—iba pensando Rafael, lleno de orgullo, en el poder majestuoso de su nombre y de su dinero. —«¡Una lagartona... ¡tal vez!, la tal condesa, ¡pero tan hermosa, que bien valía los sacrificios (¡bah) que se estaba imponiendo por ella...» Ante la memoria de Rafael desfiló la historia breve de aquel ardiente amor suyo... Una tarde—en Mayo último—paseando por el Retiro con su apoderado y el revistero en una lujosa jardinera que arrastraban dos caballos negros hermosísimos, cruzóse con ellos, en un *auto* que marchaba con lentitud, la condesa, sola. Gran boato, una amazona terrible en el sombrero, medias caladas... —«¡¿Quieres fumártela?!—le preguntó en aquella ocasión *Don Apapucio* al espada viendo el interés con que Escolar seguía con la vista fija en aquel *auto*—. ¡Si quieres, es cosa hecha! ¡Esa seguramente es una *chais* de mil del ala.»

La siguieron. Y... ¡no! Al indagar, averiguaron que era una señora decente, condesa, casada y con cinco hijos...

Esto no obstante, á la tarde siguiente, de nuevo en el Retiro, la volvieron á seguir. Lucía, prontamente percatada del asedio, sonrió al espada al descender de su carruaje en su casa de la calle de Villanueva...

Entonces, *Don Apapucio* y su apoderado, indagaron más aún : la tal... dama, vivía con no pocas estrecheces en su hogar de ricos arruinados. Su marido, jugador y juerguista, se pasaba la vida en la Peña y el Casino... Rafael escribió á la condesa pidiéndola una cita, carta que no obtuvo respuesta. Esto no obstante, unos días después, la envió, de regalo, unos pendientes «de Ansorena», que valían ocho mil duros..., y obtuvo el retrato. Desde entonces Rafael consideró la plaza tomada... Pero como no accediese la condesa á concederle una cita, Escolar envióla, de regalo, un preciosísimo tronco de jacas andaluzas...

Llegaron.

Cenaron.

Dos horas después un automóvil conducía á Escolar y á Alburquerque á la calle de Villanueva.

Descendió el espada, provocando el asombro de los porteros, de algunos vecinos que estaban á la puerta, sentados en sillitas bajas. «¡Pero... ¿Escolar?... ¿Eres tú... es usted Escolar!!!» Los porteros, tres ó cuatro horteras también, se abalanzaron al ascensor. «¡A qué piso?...» Tras de él quedó un pequeño grupo, que iba aumentando con los escasos transeuntes. «¿Qué es?...»

«¡ Escolar ! ¡ Que está aquí Escolar ! !... ¡ Que ese es su automóvil...

Subió y llamó.

Una doncella pulcrísima le condujo, llena de sonrisas, hasta un gabinete vaporoso. Ardieron en el techo cincuenta luces, disimuladas entre encajes y puntillas... Los muebles eran de una fragilidad tan inverosímil, que el torero no osaba sentarse completamente por temor á quebrar el mueble raro... Las sedas, las gasas, lo inundaban todo, descendiendo del techo semejantes á nubes de un humo blanco y rosado... Desde los rincones salían verdaderos ejércitos de cestitas, macetas, atriles con retratos y bordados primorosos, todo el lujo superfluo y recargado de la vida moderna, que hacía difícil y peligroso el menor movimiento en el gabinete coquetón...

Pero... Rafael se puso en pie instintivamente, porque entre las gasas... un ruido leve, le anunció que llegaba la condesa... Moviéronse las sedas que debían tapar alguna puertecilla, y, como en el fondo de una nube, apareció la hermosa mujer... ¡ que no era, sin embargo, más que otra nube de gasas y de ensueño, coronada por artística cabeza, con un escote blanquísimo que descubría el arranque de los senos y llegaba á la cintura por detrás...

—¡ Oh... Rafael...

Le tendía una mano larga, blanquísima, llena de sortijas, que surgía de entre más puntillas y más sedas... Toda ella era como un líquido tenue, muy cernido. En sus orejas diminutas que

ocultaba á medias su peinado griego, temblequeaban dos perlas lechosas. Y de todo su cuerpo adorable, el menor movimiento, despedía reflejos cegadores...

—¡Mu güenas, señora condesa... ¡Qué tal la salú! ¿Y la familia!...—se había apresurado á saludarla Rafael, velada la voz por la emoción y la sorpresa ante aquella hembra preciosísima...

La Robledo, abriendo sus ojos pintados para dar mayor encanto á su rostro, se excusaba del atrevimiento de recibirle. —«¡No debía, no debía haberle recibido nunca, Rafael... ¡Es un atrevimiento horrible...»

Le invitó á sentarse en un sofá amplio y de profundos muelles. Ella tomó la conversación, ante el espada atónito, que miraba con una curiosidad enorme el dulce tembleteo de los enormes senos de Lucía, recogidos por una cinta morada..., la blancura de su escote, la belleza de sus manos de ninfa... Hablaba, hablaba sin cesar en un torrente de inacabable elocuencia. Rafael, aturdido, movíase nerviosamente en el asiento, sin pensar siquiera que él osase hacer una proposición de... una proposición de... lo que le había conducido allí...

—...¡Oh, porque, sí, Rafael... usted..., ¡bueno, tú, de tú será mejor que nos llamemos!, tendrás por ahí tu novia, tus amores... tus... ¡vamos, tus líos, con mil mujeres, más guapas que yo, ó por mejor decir, menos feas que yo... Y, vamos, no comprendo por qué te obstinas en amarme á mí... ¡una mujer casada... que no

puede... que no podría concederte su cariño ni sus..., no sé cómo decirlo! ni... nada! sin faltar á los deberes de una madre...

No comprendía el tosco héroe de las multitudes ni una palabra de la condesa. Sólo cuando la oyó decir que él tendría novia, «líos y mujeres más hermosas que ella», pudo protestar.

—¡Oh, no, doña Lucía... más hermosas qusté no puen ser... ¡porque yo novisto en mi vida una mujer con ma ángel ni más aquel pa tóos los hombres...

Rió la de Robledo con una carcajada suave al tiempo que envolvía al ídolo en una mirada de provocación.

—¡Pero... ¡oh, Rafael!, pero es verdad que te parezco tan guapa... ¿De veras...

—¡Tanto, doña Lucía, que es usté la única mujer der mundo que quiero de verdá...

Entonces, la astuta condesa, acercándose más al diestro y bajando la voz en confidencia dulce, empezó á ponerle reparos á su *cariño*. «¡Que la quería! ¿Y qué? Su *cariño* por ella sería eternamente desgraciado, y hasta...» «¡sí, Rafael, á ti se te puede hablar como á los buenos amigos», y hasta ridículo. ¡Ella, por desgracia, no era rica... Habían venido muy á menos desde que su esposo «Ricardo, el pobre», se dió al juego y á aquella vida de perdición, que lo mataba poco á poco...

—¡Oh, y no creas, Rafael, es bueno, bueno mi marido... ¡Pero todo lo gasta... Y tú, ¿qué conseguirás con tener por... ¡bueno, por aman-

te!, por ejemplo, á mí?!... Yo no podría corresponder á tu boato y á tu lujo... Tú, ¡claro es!, eres riquísimo... y, lo que te conviene, es una amante rica como tú, poderosa, para que toda España pueda decir, cuando ella pase, en un tren soberbio: «¡Ahí va la querida de Escolar...»

Le apretó una mano cariñosamente al espada, que hacía esfuerzos dolorosos por entender á la condesa.

—¡Qué, ¿no entiendes? ¡Quiero decir que yo soy casi una pobre para ser tu amante... ¡Mira, hasta hay meses en que me veo apurada para pagar el abono del *auto*...

Pero en el cerebro de Rafael penetró una chispa de luz. —«¡Ah, ya; lo que quería decir era que necesitaba dinero...»

—¡Oh, no, doña Lucía, por eso no hay que hablar—respondió el espada sonriendo de un modo casi provocativo—. Tóo lo que yo tengo es pa usté... si usté... ¡vamos, si usté...

Sólo que la Robledo le cortó no dejándole acabar la frase. «¡Ella era una desgraciada... Su matrimonio, realizado por conveniencia de las dos familias, la había hecho infeliz para siempre... No se amaban ella y su esposo..., y él no quería tampoco á sus hijos... ¡Era una desgraciada, una infeliz maltratada por el Destino...»

Diciendo esto, acercábase más á Escolar..., le apretaba frenéticamente las manos entre las suyas, se las acercaba á su rostro, mojándoselas de lágrimas... El torero, emocionado y asombradísimo, no sabía á qué atribuir aquel llanto repen-

tiño. Y pugnaba por consolar á la condesa á medias frases, con palabras toscas y promesas que hacían á la aristócrata vibrar interiormente de contento.

—¡ Misté, señora condesa... ¡ na de lloriqueos... ¡ Si es usté desgraciá, aquí estoy yo pa lo que sarga, aunque sea un miura... ¡ Tóo lo que yo tenga será pa usté, con tal de que me quiera un poco...

Le estrechaba, le atraía la otra lentamente..., entre nuevos asombros del matador... Una vez le puso una mano en un hombro, y la retuvo allí, en dulce y confiado abandono... Otra, tomó una mano entre las suyas, y la condujo á aquel campo de leche y rosas de sus senos, que trepidaban con sus sollozos... Y, al fin, dejó caer su cabeza rubia contra un hombro de Escolar, que abría los ojos semi-espantado...

—¡ Güeno, pero... ¡ doña Lucía de mi arma... ¡ Pero señora condesa... ¡ por Dios !, ¿á qué viene esto !... de tanto llorar ! ! ?... ¡ Yo la juro que la quiero, y que daré mi sangre por usté...

Ella seguía apoyada en su hombro, semi-abrazada á él... sollozando. Después, lentamente, atrayéndole hacia sí, fué juntando su rostro al de Rafael. Le hablaba entonces, entre suspiros y sollozos, de su gran ansia de un amor puro, altísimo, inmenso, que alegrara su triste existencia... Sobre el rostro de Escolar caía el aliento abrasador de la condesa... El espada comprendía al fin... Un cosquilleo de su sangre joven le impulsaba sobre la hembra... Poco á poco, el

mismo fué estrechando el abrazo... apretando á la Robledo... venciéndola..., hasta que la dió un beso feroz en plena frente..., en las mejillas... en la boca al fin... que los hizo rodar confundidos á las profundidades del abismo de la gloria... entre berreos de lujuria, envueltos en la nube de gasas de blondas y tules que cubrían ligeramente el triunfo de la carne blanca y suave de ella...

III

Una luz cegadora de sol del mediodía despertó á Rafael.

Al abrir los ojos, echado sobre el lado izquierdo como estaba, permaneció largo rato inmóvil, viendo el dulce y casi imperceptible balanceo de las cortinas verde musgo... Fuera, el mirador estaba por completo abierto. Algunas persianas corridas, hacían dibujos con el sol en la esterilla tenue... La luz, en la alcoba confortable, era toda verde. Y los muebles ligeros, los espejos, los retratos de bellezas, el gran cartel de la tarde en que Escolar tomó la alternativa, colgado de un muro, reflejaban lánguidamente, con tonos opacos, el resplandor de aquella luz...

Tocó un timbre—en un bolo de la cama fastuosa.

Esperó.

A través de los muros habíale parecido escuchar antes, de un modo leve y en murmullo, voces de alguien que hablase con el marqués, con *Don Apapucio*, tal vez con Alburquerque...

Se oyó el ruido de la puerta del salón, abierta con violencia. Pasos precipitados. ¡Debía venir mucha gente! Desde fuera, abriendo más los

balcònes, gritaban: —«¡Rafaelillo, Rafaelillo, t'has despertao ya?...» —«¡Te levantas, niño Divino?...»

En tropel hicieron irrupción en la alcoba Cistero, *Don Apapucio* y Alburquerque... Y. después con una curiosidad enorme, retratada en el rostro, que sonreía, dos, cuatro, hasta quince ó veinte señores con trazas de paletos endomingados, grandes casi todos, gordos, fuertes... «¡Pasen, pasen ustedes!»—iban diciendo el marqués y *Don Apapucio* con grandes aspavientos, á punto de estallar de orgullo—. «¡Aquí tienen al propio Escolar, al *Divino Escolar*, al único hombre verdaderamente grande de nuestros tiempos...»—y le daban cariñosas palmadas en el dorso, mostrándolo á los provincianos como una alhaja de incalculable valor...

—¡Mu güenas... pasen... ¡Bien, ¿y la familia?...—había contestado el espada á las preguntas de los recién llegados...— ¡*Cien Pies*, trae sillas...

Había uno entre ellos—más grande que los demás, más gordo, más colorado—que parecía presidirlos, y que se acercó hasta la cama del diestro, con aire de confianza. Le extendió la mano, y retuvo la de Rafael entre las suyas, mirándolo fijamente, como si dudase de la realidad de sus ojos. Durante un rato, en que el concurso guardó absoluto silencio, el extraño personaje seguía apretando, con las dos suyas, la mano derecha del lidiador. Al fin dijo.

—¡Rafael, Rafael... ¡¿Perosverdá que no me

conoces?... ¿Tan pronto t'olvidas de los amigos!...—y sonreía con aire bonachón, fijos sus ojos en los del espada, que hacía un esfuerzo doloroso por recordar aquella fisonomía de pueblerino enorme.

—¡Usté—respondió lentamente Escolar tras largo silencio—; usté... es... de Murcia?...

El otro no pareció descorazonado. ¡Veía tanta gente aquel muchacho! ¡Andaba tanto por España entera... ¿Cómo recordar un rostro entrevisto en una tarde de triunfo, entre una multitud que le aclamaba delirante de entusiasmo y subyugada por su valentía?...

Don Apapucio y el marqués, al otro lado del lecho, sacáronle del apuro. «¡No, mire, señor Anselmo, no recuerda! ¡Er niño, que á veces rueda por toa España en ocho días...»—Y añadieron en tono afectuoso, dirigiéndose al matador.

—¡Este señor, Rafaé, es el empresario de la plaza d'Alicante... D. José Anselmo, qu'havenío con tóos estos señores ex profeso á hablá contigo... ¡Acaban de llegá...

¡Sí, acabamos de allegar...—repitió el empresario dolorosamente, como un eco—; ayer fé imposible! ¡No había un tren que n'ostuviera yeno dende por la mañana! ¿Sabes dónde tuvimos que embarcarnos? ¡En Chinchilla, Rafael, en Chinchilla, gracias á que yo tengo tomóvil y algunos de estos jacas y cabayos... Pero, agüeno, vístete que tenemos qu'hablar largo y s'hace tarde...

Dió un nuevo apretón de manos al espada, que permanecía sentado en el lecho y salióse de la alcoba arrastrando á los demás.

—¡Vaya, Rafael, salú y hasta luego!

—¡Hasta luego...—procuraban todos retardar el momento de salir de la alcoba del ídolo. ¡¿Quién creería en Alicante, luego, cuando lo contaran, que Escolar les había recibido en el lecho, había hablado con ellos, se había interesado por su viaje?!... Los envidiosos les volverían la espalda, creyendo su narración «cuentos de la China». —«¡Oye, mira tú que Escolar..., recibir á éstos acostao..., y en su propia casa, en Madrid, ¡¡en Madrid!!... ¡Vamos, hombre...»

Se quedaron solo con Rafael, su apoderado, *Don Apapucio* y Alburquerque. —«¡Cuenta, hombre, hombre, ladrón, ¿qué tal anoche?... ¡¿Te la fumastes, Rafael?!... ¡Pero, bueno, hombre, anda, tú, Alburquerque, á acompañar á esos señores...»

Echaron al ex director general, quieras que no quieras. Y el espada, mientras se vestía, fué contando su entrevista con la condesa de Tanedos, su impresión al verla llorar, las palabras de ella, la promesa de él de ayudarla..., el abandono, al fin, en aquel sofá de la gloria...

—¡Una *gachí*, señores, de primera! ¡No estao enjamás con una mujer tan caliente! ¡Nueve veces, nueve veces, señores! ¡Oh, pero qué rica, qué mujer más hermosa... ¡Yo creí que no salía vivo de aquella bitasión...

Los otros reían escuchando el relato del espada. —«¿Buena mujer, ¿eh?...»

Rafael se iba vistiendo ante los grandes juegos de espejos de su tocador. Los demás, sin dejar de moverse por la alcoba, hablaban interminablemente, saltando de unos asuntos á otros, riendo á carcajadas cualquier palabra del ídolo, interesándose por la narración que hacía el torero de la noche anterior...

—¡Na, una gloria propiamente! ¡M'hubiera pedío la vida, y se la dejo ayí!... ¡Y güena, y simpática, y con un ange que me gorvía loco... ¡Er delirio!... ¡Ya no nos marchamos en tres ó cuatro días, Cistero...

El marqués se paró en medio de la estancia, con cara de asombro.

—¡Como que no nos marchamos!... ¿que nos quedamos en Madrí quieres decir!...

El espada, sin volverse, dejando que *Cien Pies* le hiciera el nudo de la corbata, nueva como el traje flamante, repitió á media voz.

—¡Sí..., no, que no nos marchamo... que tenemo que estar aquí en Madrí unos cuantos días aún... ¡Ah..., y otra cosa que se m'orvidaba: hoy mismo, esta mañana mismo hay que enviar á Lucía cuantro ú cinco billetes de á mil plumas.

Se quedó mirando al marqués, que, con las manos en los bolsillos y los ojos extraordinariamente abiertos, seguía en el centro de la habitación, inmóvil. *Don Apapucio*, junto al mirador, miraba asimismo con asombro á Escolar. Cistero, al fin, no pudo contenerse.

—¡¿De á mil plumas!—exclamó lentamente, como si mascase las sílabas—; ¡que hay que enviarle cuatro ó cinco billetes de á mil plumas?!... ¿Y por qué?...

—¡Porque lo he prometío yo, marqués. ¡No hay má remedio!—y quedóse mirando fijamente á su apoderado, para darle á entender que era preciso cumplir su orden.

—¡Bien, hijo, mu bien, está güeno... se le mandarán..., y er sol si quieres, y la luna, y er copón grande—estalló, midiendo la alcoba á grandes zancadas el marqués—; pero no será de tu dinero, que es sagrao, sino der mío. ¡Es un crimen que tú mandes á una zorra el producto de una corría... ¿No t'acuerdas de las tardes en que los bermontistas te *zurren* er cencerro..., y la canaya te insulta y t'arroja cabeceras desde los tendíos? ¡Es un crimen, un crimen, y no lo consentiré! Si tú lo dices, se le mandarán cinco mir pesetas! Pero de mi dinero, de mi borsillo particular, no de tu cuenta corriente...

Rafael, *Don Apapucio* y el mozo de estoques reían de la cólera del apoderado. Casi siempre ocurría así. Cuando el matador le daba orden de entregar alguna suma importante, Cistero la satisfacía de su bolsillo particular. «¡Era un crimen que Rafael tirara lo que tanto le había costado! ¡Era una niñería que se gastara en marquesas pendones, de que estaba infestao Madrid, lo que iba ganando por los circos junto á los cuernos de las fieras...»

—¡Porque mira—siguió aún más colérico, al

ver que Rafael sonreía— ; yo t'asministro tu dinero ó me voy á mi casa de Seviya otra ve ! ¡ ¿No te compré yo la finca de tu ardea, y el hotel de Seviya, y hasta pagué con tu dinero la plasa que hemos hecho en er campo?...

Cien Pies, en las pausas, comentaba á media voz.

—¡ Este joío, que es er primer primo...

Sino que llegó Alburquerque, alarmado por la larga espera, y se llevó al diestro hacia el salón. Muchos provincianos se habían ido. El empresario, echándole al torero una mano por la espalda, lo arrastró hasta el despacho, con Cistero, Alburquerque, *Don Apapucio* y otros dos señores.

—¡ Bueno, vamos, anda, siéntense tóos—dijo el gordísimo personaje en tono de mando—. ¡ Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo...

El reservóse una silla junto á la mesa donde había sentado á la fuerza al marqués.

—¡ Bueno, hombre, mira, Rafael, claro qu'hemos venío á Madrí por verte y saludarte..., y que yo y tóos mis paisanos hamos tenío una gran pena en no poder llegar á la corría d'ayer... ¡ Pero..., en fin, ar grano ! Estos señores son el alcarde, éste y estotro el presidente der Casino. ¡ Socios míos ! Allá, en Alicante, con la guerra y que los barcos ingleses no toman mucha carga ó no tocan tanto como antes en el puerto, tóo está perdío. ¡ Hay hambre ! ¡ El comercio está arruinao. ¡ En fin, que te diré : una miseria ! ¡ Pos güeno ; aquí, estos señores y yo, y mu-

chos d'esos qu'han venío con nosotros, semos comerciantes, *trajinantes*, que decimos por allá. Hemos hablao, hemos discutío; ca uno ha puesto un remedio: que si Comisiones á Madrí á pedir carreteras; que si créditos extraordinarios del Gobierno, que si pitos, que si flautas... ¡la mar! Y yo dije: «¡Na, hombres, qué Gobierno ni qué carreteras nos dé Dios, que seguiríamos con la mesma hambre y los mesmos brazaros paraos: cuatro corrías. ¡Vienen forasteros, trenes especiales, vapores de Barcelona y Valencia y Málaga y Cádiz, y hasta de Coruña y Santander... ¡Hay movimiento vida, tráfago, dinero, en fin, ¿comprendes Rafael, comprendes!... ¡bueno, pos eso, que venimos á que firmes!

Se dió una espantosa palmada en el muslo gordísimo, que se tambaleó durante dos minutos. El espada, sacudiéndole la ceniza á su puro aromático, sonreía nerviosamente, sin dejar de mirar al marqués...

—¡Mu bien... güeno..., lo q'ustés quieran...

Cistero habló entonces por el héroe.

—¡Sí, mira, Rafael, no tenío tiempo de decírtelo—güero, ya comprenderán ústés, con tanto trajín—; estos señores quieren que les toreemos tres corrías; en Septiembre, ¿no? Pos bien, s'hará la combinación y ya veremos...

Entonces, entre todos los concurrentes, comenzaron á examinar las fechas libres del espada. ¡Pocas! ¡Poquísimas! Los circos taurinos se llenaban hasta el tejado, al solo pronunciamiento de su nombre mágico en los carteles

de colores... ¡y las Empresas se lo disputaban con la avaricia del lucro!

—¡Miren ustés... hoy, 18 de Agosto... Ayer, en Madrí... ¡güeno, la competencia! Dentro de tres días, el 21, en Castellón... el 23, en Barcelona... el...

Se convinieron, al fin, las fechas 11, 13 y 14 de Septiembre para las corridas en Alicante. El 12 la habría también, pero con los *Gallos* y Belmonte. La del 11, ó sea la primera, sería extraordinaria, sólo para Belmonte y Escolar...

—Güeno, entonces, esta tarde, viene er notario y firmamos—terminó el marqués levantándose—. A cosa de las cuatro es mejó.

Se fueron. Alburquerque, también.

Rafael, *Don Apapucio* y su apoderado, salieron también de casa. Iban á almorzar en el hotel Inglés. Pero antes el espada apuntó el deseo de dar una vuelta por el centro.

—¡Qué, ¿qué quieres, que vayamos por er centro?—le preguntó *Don Apapucio*—; pos ahora verás. ¡Chufér, llévanos á las cuatro calles...

Partió, veloz, el automóvil, Goya abajo. Los transeuntes, á pesar de la fugaz impresión, se miraban unos á otros. «¡Es Escolar»?...» «¿Es-Escolar el que va en ese *auto*...» A nadie le pasaba desapercibida su presencia. En la Cibeles, como el tren lujoso que lo conducía tuviese que ponerse á una velocidad muy moderada, las damas elegantísimsa, las muchachas, los caballeros, los mismos trabajadores que operaban en

la obra que obstruía el paso, le miraron con ojos de asombro. «¡¡Escolar!...» «Escolar, Escolar»... «¡¡Mirar Escolar en el automóvil...»—Le saludaban, aprovechando la proximidad del ídolo, que movía apenas la cabeza. Unos golfillos vendedores de periódicos tocaron ligeramente en los cristales.

—¡¡Adiós, Rafael!

—¡¡Adiós, Escolar! ¿Has visto? ¡¡Escolar, sí, hombre, que iba en ese *auto*...

Descendieron en la Carrera de San Jerónimo, cerca de la Puerta del Sol. *Don Apapucio* y Cistero bajaron delante, rebosando orgullo, contentísimos de aquellos raros caprichos del espada de mostrarse en público.

—¡Cuida no te lastimes!

—¡Dónde quiés que vayamos...

Se formó un pequeño corro de señoritos elegantes, que comentaban pasmados la presencia del héroe. Rafael echó á andar entre sus dos acompañantes, contestando de un modo distraído á las preguntas que le dirigían, fingiendo no mirar á las gentes que le dejaban paso en la acera. «¡Adiós, Rafael!» «¡Adiós, Rafael!...»—, «¡Hombre, Rafael, dónde por aquí! ¡Tanto bueno!...»—le detenían de vez en cuando señores á los que no recordaba, que le tuteaban y hablaban con tono paternal... El mismo crítico taurino y el marqués no conocían á veces á los que se acercaban.

—¡Hombre, Rafael, milagroso, casualísimo, acabo de llegar!—les cerró el paso un imponen-

te señor, de levita y de chistera, que abrazó ruidosamente al diestro—. ¡¡Tanto bueno!! ¡Cómo vas á pie!

Era un ganadero, marqués, conde y sabe Dios cuántos títulos más. El ídolo le recordaba. Había lidiado muchas veces sus toros, de una mansedumbre característica, á pesar de lo cual, y gracias á las prestigiosas é influyentes relaciones del ganadero, se lidiaban en todas las plazas de España.

—¡Pos na, qu'hemos salío á dar una güerta... Viene ahí el *auto*...

Interrumpían su conversación las gentes que cruzaban, las cocotas, que hacían gestos significativos al héroe. El marqués les arrastró hacia un grupo.

—¡Pero, hombre, bárbaro, no has visto esto... Ven para acá...

Les condujo hacia un grupo que se agolpaba ante un escaparate. Era una inmensa caricatura de Escolar. El dueño de la tienda, en quiebra inminente hacía un mes, había tenido una idea salvadora: vender caricaturas del ídolo. Y sólo en quince días ganó muchos miles de duros, salvándose de una catástrofe segura.

—¡¿Eh, qué tal... Por supuesto—dijo cuando el espada hubo contemplado sonriendo las postales del escaparate, entre palmadas de afecto y saludos cariñosos del público—; ¡almozaremos juntos, ¿no es así?...

Don Apapucio y Cistero le dispensaron. Los

dos aristócratas, que se conocían, lamentaron no poder almorzar juntos.

—¡ Sabes, Alvaro—dijo Cistero ; hoy no puede ser, está comprometido. ¡ Ves mañana por casa !...

Entraron en la calle del Príncipe, inundada á aquella hora de gente elegante. En algunos escaparates, para llamar la atención del público, había postales de Belmonte y Escolar... de los *Gallos*... Las mujeres, aun las más hermosas, miraban á Rafael con ojos de brasa... Y Rafael, sonriendo, sonriendo siempre, recogía el homenaje de todo Madrid.

... ...

—¡ Ya está aquí !... ¡ Ya ha llegao...

En el fondo del callejón notóse gran movimiento. ¡ Al fin había llegado Rafael ! Bajó del automóvil en la misma «puerta de caballos», acompañado del marqués y el señor Anselmo, el empresario de Alicante. Toda Murcia, en la plaza. Por los tendidos del circo enorme, por las gradas también, se veían muchos *zaragüelles* de huertanos...

Le sacudían el polvo, cariñosamente, el señor Anselmo y el marqués, los *monosabios* de la plaza, que llamábanle «maestro» á cada instante... ¡ A tiempo, por fortuna !, *Joselito*, que se le acercó por entre el grupo de entusiastas, y el *Gallo*, inmediatamente, le tranquilizaron.

—¡ Es tiempo, Rafaé !

—¡ ¡ Llegas á güena hora...

Le saludaban los toreros de las cuadrillas de los *Gallos*, que toreaban con él aquella tarde.

—¡ Güeno, aire, muchachos, ar callejón—les empujaba el marqués á los diestros... Se formaron las cuadrillas. La de Escolar, que llegó en otro automóvil, mostraba también sus trajes de luces empañados por el polvo del camino. Maldecían. —«¡ Me caso con el arsobispo de Costantinopla... ¡ Qué ofisio más perro...»—. Habían toreado casi todos los días de la semana que iba á terminar hoy domingo. Y, ayer, en Bilbao. El empresario de Alicante, hombre riquísimo que tenía soluciones para todo, arregló la cosa de manera que Escolar toreó también en Alicante antes de ayer : dispuso cuatro automóviles rapidísimos para trasladar al espada y su cuadrilla, en setenta y dos horas, de punta á punta de la Península, dos veces. Así, ayer, al salir de la plaza de Bilbao, embarcaron Escolar y su cuadrilla en el correo de Barcelona. A las primeras luces del alba, estaban en la ciudad Condal ; transbordaron á un lento correo-mixto que dirigíase hacia Valencia, donde llegaron bien dadas las doce. Y, ya, desde allí, el señor Anselmo les esperaba con dos automóviles. Fué entonces una carrera loca, á través de polvorosas carreteras, llenas de carros y de curvas difíciles, que poníanles á cada paso en trance de volcar... Cerca de Alcoy, el *auto* que conducía al espada, á su apoderado y al señor Anselmo, medio volcó á consecuencia de una «panne»..., y se tuvieron que trasladar sus ocupantes al otro

donde iba la cuadrilla... «¿Qué tal esa salú?»—le preguntaban, á cada momento, el marqués y el empresario al espada. —«¡Mu bien... Grasiax... ¡Ya descansaremo... ¡Tengo interés en quedar güeno en Murcia, por ser la capital de mi provincia...» En Villena esperaban otros dos automóviles, á los que se trasladaron los viajeros... Otra carrera loca, como en fuga, mirando á cada instante las manecillas del reloj, envueltos los lidiadores en sus capas de brega para librarse de las nubes de polvo que ensuciaban sus brillantes trajes de luces... Eran las tres, y no habían pasado Orihuela. El diestro se impacientaba tanto, que los dos *chauffeurs* lanzaron los coches en una insensata carrera del infierno... Huhían, saliéndose del camino, borricos y mulas de los arrieros, recuas cansinas de los carros, cargados de trigo ó de frutas... Desfilaban, en vertiginosa huída, las ventas de la carretera, las barracas con su techo de paja rojiza, las filas largas de cañaverales que acompañaban á las acequias, los rumorosos huertos de limoneros y de naranjos... Cerca de Orihuela descubrieron ya la torre de la Catedral de Murcia... El río cruzaba y recruzaba sin cesar por debajo de puentes altísimos...

Entre aplausos y silbidos hízose el despejo de la plaza. Escolar, montera en mano, recibía el homenaje de toda Murcia. Constábale á él que se esperaba esta corrida de feria como un verdadero acontecimiento, por tratarse del lidiador endiosado por toda España, y «paisano de

ellos»... Aun, después de dada la señal para que saliera el primer toro, el público seguía en pie en toda la plaza, ovacionando al «*Divino Escolar*...»

Salió al fin el *bicho*, recibido por el circo entero con un estrépito ensordecedor. Sabía Rafael que el público murciano era de los más ruidosos, de los más salvajes y exigentes de España... El *Gallo* se estiraba la chaquetilla junto á la barrera, observando al animal, que permanecía parado en el sol... Cuando lo hubo corrido el peón del *Gallo*, éste avanzó hacia el toro, lanceándolo brillantemente por *verónicas* y *navarras* que entusiasmaron á los espectadores...

En seguida el público dispúsose á saborear su espectáculo favorito : la pica. Eran célebres las corridas de Murcia por el gran número de caballos que quedaban sin vida sobre la arena. Los espectadores, tras presenciar la agonía de cinco ó seis caballos en cada toro, armaban formidables escándalos si el presidente «cambiaba el tercio...» «¡ ¡ Caballoooos, caballooossss»—rugía el circo entero, puesto en pie, increpando al presidente de la corrida... Y Escolar se acordaba aún de una tarde, en la temporada pasada—antes de tomar él la alternativa—, en que la Guardia civil vióse precisada á desalojar el circo á culatazos y á sablazos porque el público intentó quemar el circo por falta de caballos...

—¡ Vamos á ver lo güeno ! —gritaban voces aisladas entre el silencio general.

—¡ Ahora vienen los batacazos...

Embistió el toro á un pobre jamelgo blanco, tan delgado y viejo que á penas se sostenía sobre sus patas... Un golpe feroz..., y el caballo que caía ruidosamente á la arena, encima de su jinete... El *Gallo* llevóse al toro, en graciosos quites...

Otro caballo después..., luego otro, al que los cuernos desgararron el vientre y su arrastró por la arena entre berreos de placer de los espectadores... No sonaba el clarín..., y el público inició una ovación al presidente de la corrida, que les permitía gozar con su espectáculo favorito...

Pero los *monos*, mientras picaban al toro en el otro extremo del redondel, habían levantado al jamelgo blanco viejísimo que todo el mundo dió por muerto en «la primera vara» —«¡Agua, mirar aquél, entoavía vivo!»—El animal permanecía inmóvil junto á la barrera, insensible á los estacazos de los *monosabios*, haciendo reir á los que ocupaban las barreras y tendidos próximos.—«El caballo de palo...», «El caballo de cartón»—decían algunos... Hasta que se acercó un picador y montó en él trabajosamente...

De nuevo picaron aquel toro con el pobre jamelgo blanco... Otro choque espantoso contra la poderosa testuz del bruto..., y otra caída brutal del caballo á la arena... Sin embargo, esta vez á lo largo de su tórax, por donde asomaban los huesos, corría un hilillo de sangre...

Sonó un clarín y se pasó á otro tercio...

Mientras los banderilleros del *Gallo* hacían en el otro extremo de la plaza figuritas de bailari-

na, los *monos*, cogiendo al jamelgo blanco, unos del rabo, otros del morro, le pusieron nuevamente en pie. Se sostuvo. Aquello divertía al público, que se desatendió de los banderilleros. El caballo, inmóvil nuevamente, parecía, en efecto, de cartón. En su pobre piel trabajada, y en sus huesos rotos por los palos, no hacían mella alguna las varas de los servidores del circo. Esto no obstante, lograron llevárselo al fin, con lentitud y muy junto á la barrera, al patio de caballos...

En el segundo toro, uno de los tres picadores que aparecieron en el circo, montaba el caballo blanco, *remendado* y medio curado por los veterinarios de la plaza... Fué el primero que recibió el envite de la segunda bestia... Pero esta vez, entre las carcajadas del público, algunos comentaron. —«¡ Vaya, hombre, y'has terminao. ¡ ¡ Ya t'han echao las tripas fuera...»

Había quedado, en efecto, sobre la arena una enorme mancha roja de la sangre del pobre animal. Su mondongo asomaba por la rotura de su panza. Ni el más pequeño movimiento indicaba que la vida persistía en él...

Pero el goce del público fué inmenso cuando, al tocar á banderillas, después que hubo siete caballos muertos en el circo, los *monos* levantaron al jamelgo blanco nuevamente. Vivía. Entre una carcajada brutal de los doce mil espectadores, fué llevado al patio de caballos.

Y allí, fácilmente derribado al suelo, sujeto con cuerdas y primitivos aparatos de tormento

por los *monos*, los veterinarios procedieron á «la cura». Empujaban con precipitación al paquete intestinal del pobre caballo hacia el interior de su vientre, que rellenaron luego con pelotones de estopa. Seguidamente procedieron á coser la piel desgarrada. Sólo que, en su precipitación por volver al circo, los veterinarios hundían la aguja por cualquier parte. La víctima, traspasada de dolor, abría la boca mostrando unos dientes verdosos y podridos..., manchaba el pavimento con un fiemo líquido que se escapaba de sus entrañas viejísimas, incapaces ya de digerir... Por último, cuando estuvo *arreglado*, se le puso en pie y se le apartó junto á la manada de víctimas, que tenían un temblor instintivo...

En el tercer toro salió de nuevo el jamelgo blanco. Su piel habíase tornado de un color rosa mustio. Picaron con él. Rasgó el cuerno su pecho, pero tenuemente. Otra vez fué al patio de caballos...

Pero en el cuarto, un caballo revoltoso, coceaba á su enemigo, poniendo en grave peligro al picador. Fué retirado al corral, cuando ya «el caballo de cartón» yacía en la arena, medio despanzurrado de nuevo por los cuernos... Y, en el patio, los veterinarios, después que el penco revoltoso estuvo bien sujeto contra el suelo, levantándole el trapo que cubría su ojo derecho, procedieron á la operación que hacíase siempre con aquellos animales, cuando se defendían de los toros : con un largo punzón, un veterinario

rompió las pupilas del noble bruto... Por tres veces, entre relinchos de un dolor supremo de la víctima, que pugnaba por huir, levantando á los diez hombres que la abrumaban con su peso—el salvaje médico de animales hundió su punzón en las pupilas del caballo...

Quedó ciego éste, horriblemente martirizado por el dolor, que le hacía cocear con furia... Pero el quinto toro, por fortuna, acabó su tormento, matándolo...

El pobre penco blanco, no murió en aquella corrida. En el sexto toro, le retiraron nuevamente al corral, tinta en sangre su piel sucia y llena de *mataduras*, rasgada por mil partes por los cuernos de sus enemigos..., como una sombra, como un trofeo de la barbarie y la brutalidad humanas...

... ...

Al matar el cuarto toro el *Gallo* se había marchado de la plaza. Tenía que tomar el tren de Sevilla, donde toreaba al día siguiente. *Joselito* y Escolar salieron de la plaza juntos, dirigiéndose á la estación...

Rafael tenía dos días de descanso. Dos días que esperaba como un maná dulce del cielo, ahora, al final de la temporada, en que se celebraban casi todas las ferias de la Península y tenía que matar toros todas las tardes, pasando las noches en el tren, á veces sin desnudarse su traje de luces, amodorrado en incómodos departamen-

tos de segunda cuando no podía coger los expresos ó los rápidos...

En la estación, *Joselito* y su cuadrilla tomaron el tren andaluz. Iban á Málaga. Rafael ocupó un coche-cama del rápido de Madrid. Con él marchóse *Cien Pies*, encargado del equipaje del diestro. Su cuadrilla permanecía en Murcia hasta el día siguiente, pues los hombres hallábanse rendidos de los largos días de batalla.

No se podía dar un paso por los andenes. La Guardia civil había tenido que proteger á *Joselito* y su cuadrilla para que pudiesen embarcar. Ahora, rodeando á Rafael, se elevaban brazos y gorras y sombreros, con gritos y exclamaciones de cariñosa despedida. —«¡Adiós, Rafael!»—gritaban los entusiastas con acento desgarrador...

—¡Joía gente!—iba murmurando, á media voz, el mozo de estoques del espada.

—¡Vaya, padre, salú, y tú, Pepe, dame un abrazo—dijo el diestro despidiéndose de su padre y de su hermano mayor, que se volvían al pueblo. El tosco zapatero mostrábase radiante de orgullo, entre un grupo de paisanos que vinieron con él á la corrida. Escolar les saludó fríamente, con la sonrisa fingida de los grandes héroes populares. Pero los amigos antiguos del «Tacones» no se desilusionaron por ello: acompañaban al padre de Rafael á todos sitios, y, en el pueblo, acudían á hacerle la tertulia en el flamante hotel construído por Escolar, infectado de criadas y criados de Madrid... Los más ínti-

mos luego murmuraban, acusando al «Tacones» de engreído... ¡ Bah ! ¡ Como si ellos no recordaran que, no hacía aún dos años y medio, cuando el viejo y pobrísimo zapatero les remendaba las suelas de las botas... Mas después, ¡ el Tacones !, había venido en los papeles de Madrid, retratado en su hotel fastuoso de Saucedos, rodeado de toda su numerosísima familia, acompañado de Rafael, de marqueses, de condes y de gentes conocidas y «mu nombrás», que admiraba toda España...

—¡ Vaya, padre, esto se larga ! ¡ Drento de quince ó veinte días tengo la última, en Castellón, y me voy con ustedes dos meses...

Se abrazaron. El espada y el marqués subieron al *slipin*. Aun á pesar de que el rápido iba á partir de un momento á otro, gentes ricas y prestigiosas de Murcia subían al departamento del espada para darle el último abrazo acompañado de mil consejos y advertencias : «Mira, Rafael ; el 30 toreas en Madrí. Iré á verte, no faltaba más. Antes tienes las de Granada, las dos de Logroño, la de Valencia, el 28, la de Coruña y la de Cádiz : por Dios, que telegrafíes. ¡ Que nostoy tranquilo, que yo no pueo esperar á los partes de la Prensa, ¿entiendes?...»

El diestro, disimulando su cansancio, respondía con tenues sonrisas... Cuando marchó el tren, aún quedaron los andenes repletos de entusiastas, que comentaban las faenas y las corridas de Escolar...

Su padre y su hermano, rodeados de viejos

amigos, recibían el incienso de aquel triunfo. «¡Es mi hijo, es mi hijo!»—decíase para sus adentros el *Tacones*, á punto de estallar de satisfacción. Y se veía en su cuchitril de tablas, en una esquina de la calle más lóbrega del lugarejo, aterido de hambre y de frío, espiando el paso de alguna criada para afearle el vicio de llevar «distraídos» los tacones... á fin de tener trabajo...

Por el estío, en las siestas, formábase tertulia en su «cajón». El, y sus dos hijos Pepe y Julio iban trabajando la suela. Se discutía de toros, de los diestros en boga, de *Machaco*, de *Bombita*, de Belmonte... Y las paredes interiores de «la tienda» iban cubriéndose de estampas de LA LIDIA, de grabados de las revistas ilustradas que reproducían el trabajo de algún torero famoso...

Mientras tanto, Escolar, solo en su departamento con su apoderado y *Cien Pies*, dejaba que su mozo de estoques le fuera desnudando. ¡Nada de comer! ¡No quería comer! Rehusaba los ofrecimientos del aristócrata, que iba y venía al comedor sin cesar de dar órdenes...

—¡No quieo na, marqué, no quieo na, más que dormir... ¡Mañana veremos...

Cayó pesadamente en el blando lecho de plumas, y se durmió...

... ...

Asistía en gracia á que se trataba de un recomendado del marqués. Cistero tuvo en ello absoluto empeño. Un chico, hijo de un colono del

aristócrata, venido á Madrid para entrar en el comercio de granos, que entendía muy bien, ansiaba ser torero. Ya en Sevilla había toreado varias veces por las plazas particulares de los cortijos de la vega. Y, recomendado por su señor á la Empresa de Tetuán de las Victorias, iba á torear esta tarde.

—¡Mire, maestro, hágase cargo; yendusté tenemos la plaza yena!—habíale dicho el maleta á Escolar hacía unas tardes... Y como, por fortuna habíase terminado la temporada de corridas serias, accedió á asistir á la plaza...

«¡Para esta corrida tiene reservado el palco número cinco el gran diestro, prodigio de la tauromaquia, RAFAEL ESCOLAR, el DIVINO», rezaban en letras enormes los carteles de la corrida.

Gran animación. El público de Madrid que á regañadientes se conformaba con no ver toros durante los días desapacibles del invierno, acudía ahora—ya bien mediado Octubre—á Vista-Alegre, á Tetuán..., á no pocas plazas de provincias donde torearan «muchachos de porvenir...» Seguían en la Prensa las discusiones taurinas interminables. Cada diario y cada revistero descubrían un «fenómeno» semanal... Cada dos ó tres días aumentábase la Prensa taurina con dos ó tres Revistas, que obtenían un éxito ruidoso...

En un «torpedo» rapidísimo marcharon á la plaza de Tetuán, Rafael, *Don Apapucio*, Cistero y Alburquerque. También les acompañaban

el empresario de Tetuán y el marqués de Rialas, ganadero de la ganadería más mansa de la Península.

Camino de Chamartín—para evitar la aglomeración enorme de carruajes y viandantes de Fuencarral y Bravo-Murillo y Santa Engracia. . Llegaron, minutos antes de empezar la fiesta. El nuevo diestro—Ricardo Martínez, CANTIMPLORA—subió á saludar á Rafael y á sus acompañantes, pálido y nervioso por la proximidad del peligro.

Se hizo el despejo, en el que fueron aclamados los dos novilleros debutantes, otro también, el *Argonauta*. Comenzó la fiesta...

Cantimplora lanceó muy bien al primer toro, de cuernos tremebundos y tuerto del ojo izquierdo. Rafael le aplaudió, haciendo aplaudir á toda la plaza, que se volvía á cada instante hacia su palco. —«Escolar!»—, «¡Sí, hombre, Escolar, que está en aquel palco...»—le saludaban, le nombraban, y tributáronle una gran ovación de simpatía...

Se picó al toro..., se le banderilleó después, y llegó «el momento supremo».

Cantimplora, lentamente, se dirigió bajo el palco que ocupaban Rafael y sus acompañantes, y brindó el toro al ídolo, diciendo, entre movimientos de majeza, que «si no lo mataba bien, que lo matara á él er toro...», «que le rogaba ar público fuera suave como un guante con sus fartas...»—, y algunas cosas más... Finalmente, rodeado del *Argonauta* y de su propia cuadrilla,

dirigióse hacia el toro, con un grito áspero de «¡¡Fuera gente»...

Un pase. «¡Olé! ¡Cosa güena!...» Otro... Otro...

El público aplaudía. El muchacho, confiado y conociendo «su obligación», arreglaba con una parsimonia que entusiasmaba al público, y junto al mismo morrillo de la fiera, su trapo encarnado... Por último, tras una *faena* valiente y entendida, cuadró al toro.

Se perfiló, entre un silencio sepulcral... y...

—¡¡Aaahee...—, rugió como un solo hombre el circo entero. La fiera, con aquel defecto de su ojo izquierdo inútil, tenía tendencia á «embestir por derecho». El joven espada no tuvo aquello en cuenta... y..

La plaza entera habíase puesto en pie, elevando instintivamente los brazos al cielo, lanzando gritos y exclamaciones de terror. «¡Ehh, toreros... que lo mata». Fiera y hombre, formando una sola masa, rodaban por la arena, entre horrible confusión de lidiadores y servidores del circo... Un cuerno del bruto—el derecho—afilado y terrorífico como la hoja de un puñal enorme, habíale pasado bajo el brazo al torero, que fué así pendiente de aquella percha trágica durante medio minuto... Rodó el toro, á efectos de la estocada «hasta el puño»... Pero arrastró consigo al hombre, inmóvil ya... Luego, entre *monosabios* y lidiadores, rodearon al *Cantimplora* y á su víctima, ocultándolo al público...

Por entre barreras, en medio de una expectación inmensa, fué trasladado á la enfermería. Se enfriaban sus manos. Sus ojos abiertos miraban hacia el azul del cielo en la tarde serena, sin expresión ya, como los ojos vidriosos de un pelele...

—¡ Lo ha matao, lo ha matao !—gritaba el circo á coro. Pero otros, deseando tranquilizar á la multitud, añadían levantando los hombros : «¡ Qué nosná, ques que l'ha dao un porrazo y l'ha queao sin sentío...»

En la enfermería, donde prohibióse el paso al público, los dos médicos de guardia, ayudados por los cuatro estudiantes de Medicina que acudían á todas las corridas, reconocieron al diestro... Uno le pulsó, en medio de un silencio general del empresario, de Rafael y Cistero y *Don Apapucio* y algunos más personajes que volaron á la enfermería. Otro aplicó su oído al corazón del espada.

—¡ Chiisstt ! Callen. ¡ A ver...

Transcurrieron unos segundos de mortal ansiedad. Los dos doctores fruncieron el ceño, mirándose, consultándose con los ojos... Al fin, uno de ellos exclamó.

—¡ Sí señores... ¡ Por desgracia ! ¡ Está muerto !

Allí quedó el cuerpo del espada, rodeado de *monos* y de gentes curiosas... Y, volando, por encima de los tejados del circo, llegaba el rumor

de la multitud y los acordes de la música... Seguía la fiesta...

... ...

Al día siguiente, después de la autopsia en el Depósito judicial, se verificó el entierro del desgraciado Ricardo. Medio Madrid, en él, y tantos coches, que durante dos horas estuvieron desfilando por el Prado en dirección al cementerio de la Almudena. Lo presidieron Rafael, su apoderado, *Don Apapucio*, el marqués de Rialas, un canónigo de Sevilla, íntimo de la familia del muerto, el padre, dos ex ministros y varias Comisiones de empresarios, de ganaderos, de toreros... venidas de provincias... Luego seguía una imponente multitud, á los lados de los coches que porteaban las ciento cuatro coronas fastuosísimas... Muchos talleres, cerraron, para asistir al entierro. Y la suscripción abierta para socorrer á la familia de la víctima, encabezada por el ministro de Fomento con mil pesetas, alcanzó en veinticuatro horas cien mil duros...

IV

Con las primeras lluvias de Noviembre llegó á Saucedos una noticia formidable. El quieto y dulce pueblecillo conmovióse en sus cimientos. Muchos sonreían despreciativamente á los «ilusos» que dábanles la noticia. —«¡ Vamos, hombre ! ¡ Rafael ir á pasar dos meses á Saucedos... ¿Pero se creían ellos que Rafael era aquel muchacho sucio que iba á la cerrajería del «Perro» con los pantalones rotos y sin almorzar... ¡ Vamos, hombre...»

En el Casino, en la puerta del convento, en todos los lugares donde formábanse tertulias, se comentaban y discutían las afirmaciones de los que decíanse bien informados. D. Roque, el médico, íntimo del señor Mateo (padre de Rafael), *Patas Blandas*, el cartero, D. Pío, el cura párroco y algunos más, juraban haberle escuchado al antiguo zapaterillo que su hijo Rafael iba á pasar dos ó tres meses con ellos en Saucedos.

Y... ¡ ¡ asombro formidable ! !, ocho días después confirmábase la noticia. Lo decían, en letras colosales, los periódicos de Madrid y repercutía el eco en toda España. El mismo Rafael, con un *gesto* que desbordó el entusiasmo en su

pueblo natal, confirmaba la noticia. —«¡ Llego esa traspasado mañana, jueves. Saludo cordial pueblo entero. *Rafael*»—, rezaba el telegrama que recibió el alcalde de Saucedos y conocía, á los diez minutos todo el poético pueblecillo. El honrado jefe de Telégrafos sacó una copia del telegrama, que mostró, triunfante, á todo el mundo.

—¡ Pero... ¿que viene Rafael !...

—¡ Pero que viene Escolar?...

¡ Nada ! Había que creerlo, con los telegramas del ídolo á la vista. Y se formaron varias Comisiones : de autoridades (el alcalde, el juez, dos notarios, el registrador y los tres párrocos), de aficionados, de labradores... ¡ Había que hacer al *Divino* un recibimiento como correspondía á sus méritos ! El Concejo ocupóse del asunto aquella misma tarde, y se acordó, entre otras cosas : Primero : levantar un arco de sabina y de laurel en la Ermita del Tonto, en la carretera. Segundo : invitar á los pueblos de alrededor á que viniesen á recibir al héroe. Y, tercero : organizar un banquete en Murcia y... «güeno (dijo el alcalde), una corría aquí mesmo, en la posá, que toré tu hijo, Mateo, ¿no sus paece?...»

Hasta el alcalde olvidó las obras aquellas emprendidas en dos casas nuevas, con el dinero robado al Municipio, para atender al recibimiento de Rafael. «EL DEFENSOR DE SAUCEDOS», el único periódico del lugarejo—quincenal—publicó un extraordinario. En él aparecía Escolar con el primer traje de luces que vis-

tió..., y, luego, en otras planas, recibiendo ovaciones, lanceando á toros tremebundos, sacado en hombros de las plazas... En largas columnas venían el número de corridas que toreó, el de fieras que había matado, el de leves cogidas que había sufrido...

El día antes de su llegada era fiesta en el pueblecillo. Los forasteros venidos á recibir á Escolar eran tantos, que en todas las casucas míseras de la aldea bendecían las mujerucas al torero por haberles traído tantos huéspedes... Quedó instalado el arco de sabina y de laurel, de hojas de limonero y de naranjo..., adornado con cintas y plumas por las muchachas... Y aquella noche no durmió apenas nadie en el lugar... El Casino, la Carrera, todas las tortuosas calles morunas viéronse infectadas de entusiastas, que ya daban vivas y batían palmas, repitiendo el nombre del héroe. Rondallas de guitarras y bandurrias parábanse bajo las rejas floridas de las novias...

Muy temprano, *el Barreno* (polvorista), comenzó á tirar cohetes en la plaza. Se adornaban los balcones. Por las calles andaban ya los mismos campesinos que venían al pueblo, á los mercados, las mismas aldeanas que llenaban Saucedos en la feria, en los días de Semana Santa. Una charanga infernal daba vueltas al pueblo, tocando durante horas y horas el mismo *pasodoble* taurino...

A cosa de las diez, medio pueblo, con la Comisión de autoridades al frente, bajó á la Er-

mita del Tonto á recibir al ídolo. El otro medio esperaba en las esquinas, en los balcones.

—¡ Viva Escolar...—lanzaban los chiquillos, los aficionados entusiastas. Se formaron grupos enormes de gentes que escalaban los no bajos cerros entre los que huía la carretera, para avisar cuándo llegaba Rafael.

Al fin... ¡ ooh, qué emoción ! !, todo el mundo trepando á los cerros. Desde allí, los que estaban, iban señalando á la gris cinta del camino, llena de charcos y de barro por las lluvias de Noviembre...

—¡ Veis ? !... ¿Lo veis por el Charche...

—¡ Sí, sí, miralo allí, cómo corre, como un demóngano... Y otro, dimpués... y otro...

—Pos llo veo cuatro...

—¡ El d'alante debe ser el de Rafael...

—¡ Son tomóviles...

Menos el alcalde, menos D. Bartolo y Sebastián, el de la Ribera—gordísimos los tres á causa de su honrada gestión en el Ayuntamiento—, todos treparon á la cima de los montes. Por allá, muy lejos aún, entre montañas por donde la carretera se deslizaba como una enorme culebra, corrían los automóviles. Ocultábanse de vez en vez á causa de los desfiladeros del camino... Y, cuando reaparecían, la multitud estallaba en comentarios. —«¡ Miralos otra vez...» «Vién disparaos...»

Se acercaban, al fin..., se acercaron tanto, que las gentes veían ya detalles de los coches, oían el sordo y jadeante rumor de los motores.

—¡Viva Escolar...

—¡Viva Rafael, er *Divinoooo*...

Habíanse arrojado las gentes, poco menos que de cabeza, hasta la carretera, y allí obstruían el paso. El automóvil de Rafael tuvo que parar entre un tumulto formidable de gritos, de aclamaciones, de cohetes y de pimporrazos de la música.

—¡Viva Escolar...

—¡Viva Rafael...

Quieras que no lo cogieron en hombros..., lo arrebataron de los brazos de su padre..., y emprendieron así el camino del pueblo. Las campanas de las tres parroquias, las campanitas de los once conventos del pueblecillo atronaban el aire, lanzadas *al vuelo*, como el *día del Señor*... El entusiasmo era tan grande, como no se recordaba en la aldeílla, salvo cuando vino el obispo á confirmar...

Entraron en el pueblo, y, desde los balcones, caían sobre el espada flores y palomas mensajeras... Encima iban los cohetes estallando... Y así, entre un frenético delirio de entusiasmo, fué llevado Escolar hasta el inmenso jardín del hotel fastuoso que había hecho para sus padres...

... ...

Al siguiente día toda la Prensa de España insertaba, en las primeras planas, junto al artículo de fondo :

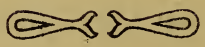
«EL VIAJE DE ESCOLAR

LLEGADA A SAUCEDOS

Saucedos-12-m.

Llegó Escolar sin novedad. Le acompañaban su apoderado, Excmo. Sr. Marqués de Cistero, el ex Director general D. Felipe Alburquerque, el empresario de Alicante, señor Anselmo, y varios admiradores más. Llegaron en cinco automóviles. Recibimiento enloquecedor. Multitud media provincia, frenético entusiasmo, delirio jamás conocido. Buenos y antiguos aficionados, lloraban abrazando Rafael. Pueblo conmovido hondamente.

El Corresponsal.»



V

De vez en vez, levantando los ojos del libro, miraba hacia la blanca cinta del camino. Nadie. Una soledad, una dulzura como si realmente estuviesen lejos, muy lejos los hombres.

Ni un ruido.

Ni un ruido, sino era el armonioso trinar de algún pájaro oculto por las ramas de los pinos ó los chopos ó los álamos. Ya hacía media hora, el esquilón de un ganado había pasado el puente, y con el pastor dijérase que se alejaron asimismo las muestras de la vida humana... Desde el profundo azul del cielo, el sol caía sobre los campos, sobre los pinares, sobre el río...

Nunca, en las horas de su existencia incierta, habíase sentido Juan más hondamente feliz. Bendecía la decisión de haberse marchado de la corte, ahora hacía un año. Nada más. Y en aquel tiempo, su espíritu y su como esencia de su vida, habíase impregnado de dulzura, de quietud, de una infinita paz...

Se olvidaba del libro. Se olvidaba, para tender su vista por el cielo, por los campos florecidos, por las riberas del río donde habían reventado mil flores silvestres..., y donde mostrábanse, más lozanos que nunca, los mastranzos, los

hinojos... Un cortijo, lejos («el del Gabriel»), le recordó las cacerías de liebres y conejos del transcurrido invierno... «¡Eh, eh, Juanito, hombre, cucha, mira, que tiés al lao un conejo», le solían gritar, mientras él leía oculto entre jarales, los otros cazadores. Y una tarde en que al fin se decidió á disparar medio al aire para no herir al pobre animalillo, por poco mata al cura—gran cazador y que les acompañaba siempre—del disparo...

Oculto entre las frondas de chopos y álamos de la orilla, un zagal cantaba melancólicamente, de tarde en tarde... El agua pugnaba por arrastrar la pequeña barca, atada con una cadena al tronco de un árbol.

Volvía á mirar al camino, y volvía á encontrar la misma dulce soledad. Su madre y sus hermanas estarían terminando la merienda, la comida. Acabó por tenderse sobre la mata de jarales y las hojillas caídas de los pinos. Por encima, reluciendo al sol, que comunicaba á sus plumajes brillantes colores, volaban los pájaros cantando...

El aire puro de los campos, la soledad inocente de la campiña donde escribía cada mañana sus mejores versos; la quietud y la humildad de la vida de la aldea, habíanle teñido de rosas las mejillas y el espíritu. Al día siguiente de regresar á Montemor, había comprendido que él era un cerril, un sencillo, hecho para convivir con los aldeanos nobles, sin dobleces, é incapaz de amoldarse jamás á la vida seca y sin entrañas de

las ciudades... Ya los besos y las palabras cariñosas con que en La Roda le recibieron las mujeres de la aldea, los muchachos, diéronle un sabor de tranquilidad y calma que hizo florecer por sus labios blancos una leal sonrisa... Luego, en la humilde casa de su madre, de sus abuelos, todo tenía una rústica y sencilla limpieza: las mesas, blancas, de pino, fregadas cada sábado con arena y estropajo; las blancas paredes encaladas, las ropas de los lechos... Cuando al día siguiente de llegar se despertó en su alcobita que se asomaba á la vega, lo primero que echó de menos fué no oir los campanillazos de los tranvías, los gritos de los vendedores, de las verduleras... «¡Aquí, señora, aquí, señora, los peces vivosss...» ¿Dónde estaba?... ¿Y la calle de la Fe... y la de Valencia, y las Rondas... y todo aquel mundo ruidoso que desde el amanecer atronaba las calles de la urbe, como una manifestación de la vida inquieta de todos los espíritus?... ¡Lejos, muy lejos, por fortuna! Aquí, en cambio, escuchaba piar dulce de pajarillos, el rumor de una noria y los cantos de los gallos, que se contestaban de corral en corral... Su madre, sus hermanas, muchas vecinas y vecinos también hicieron irrupción, cariñosamente, en su alcoba. —«Anda, hombre, Juanito, hace un día superior... Levántate, que ties preparao el almuerzo...» Huevos y jamón, ya que (según le explicó su madre), tenían once gallinas, seis de las cuales ponían á diario, y el jamón de la matanza... Aquella tarde fueron á Jarrapellejos,

junto al río, por mucho más arriba de aquí... A la mañana siguiente, al pinar de la Ermita, de su madre... ¡ Su vida se posaba, se iba volviendo tranquila !... En la aldea, aunque sin grandes abundancias, poníase la mesa á diario, tres ó cuatro veces... La vega desbordaba los productos, baratísimos. Un kilo de tomates costaba cinco céntimos, y otro tanto el de pimientos. Las frutas, aún más baratas, dado el enorme número de frutales que separaban los bancales de la huerta... A veces, una cesta enorme de cerezas, de manzanas, costaba cinco ó diez céntimos...

Pasaban, pasaban por su mente, todos los dulces recuerdos de su «curación de la ciudad»... Los aldeanos se colmaban de regalos mutuamente. A su madre, querida y respetada por todos á causa de su bondad y la aureola de ser viuda de un hombre de carrera, teníanla constantemente las dos pequeñas cámaras abuhardilladas, repletas de melones, de uvas, de calabazas..., los corrales de leña y el pequeño sótano de vino... Regalos todos, claro está, de productos de la tierra, aquí donde no se mataban reses nada más que una ó dos veces al año. En cambio, en todos los corrales había conejos y gallinas. Y, en los amaneceres, Juan reía, con su madre y su hermana Cecilia, el espantoso guirigay que armaban los gallos...

De pronto, ¡ ah, sí !, se puso en pie. Al incorporarse, había visto que descendían por la vereda su madre y sus hermanas, su primo Bru-

no y... y (la reconoció) Remigia, la guapa hija única del estanquero... Un borriquillo les precedía, llevando en sus aguaderas, seguramente, el pisto y la tortilla...

Les salió al encuentro y se abrazaron... y se perdieron por la poética quietud de los pinares...

... ...

Aquí, en la puerta de la iglesia, alrededor de las escalerillas de la cruz, reuníanse todas las mañanas. No faltaba nadie. El alcalde, Gregorio, cuya gordura y pesadez hacíanle parecer un elefante; Pablo, el alguacil del Juzgado, Bartolo el juez, Ambrosio el maestro, Gil, labrador rico y estanquero... Con ellos se reunían, además, todos los campesinos desocupados en el día, y los jóvenes que se agrupaban en torno de Noroña—Cleto, Bruno, Nicolás, Ramón, Cecilio, Juan Pablo...

—¡Güeno, arza, Cleto, ves y llama á Juanito que nos lea el periódico, y si no s'ha levantao, lo sacas arrastrando d'una pata, en carzoncillos...

Partió Cleto. La aldea, cuyas tres calles se divisaban desde aquí, dormía bajo el beso del sol. Terminaba Mayo. En las eras trillábanse ya las cebadas y los trigos tempranos... Nadie... Nadie, si no eran las contadas mujerucas que hacían calceta á las puertas de sus casas. Los hombres trabajaban en el campo; los niños estaban en la escuela; las muchachas, cogiendo flores para los altares de la virgen...

—¡Y güeno, y tú, Ambrosio, coña, ¿cómo van á aprender los zagales, si estás siempre con

nusotros—reprendióle al maestro, sucio é ignorante, Gregorio, el alcalde, haciendo sonreir á los demás.

—¡ Ricontra, Gregorio, pos si pa la farta que nus hace á nusotros saber ler y escribir...

Rieron todos. Era verdad. En Montemor, fuera del cura y Juanito, nadie sabía leer de corrido dos renglones. El único periódico que venía á la aldea, *El Liberal*, lo pagaban, á escote entre el alcalde, el alguacil, el maestro y el cura, ayudados todavía por Gil, y Ricardo el sacristán y barbero y sastre del villorrio... Y para leerlo fué una grata novedad, ahora hacía un año, la llegada de Noroña, que lo hacía de corrido, comentando y explicando las noticias al concurso, armando discusiones que entretenían á los aldeanos. Antes de venir Noroña les leía el viejo cura, D. Atilio, que, entre limpiar las gafas y dar la mano á besar á los muchachos, se llevaba toda la mañana. Además, no leía bien más que el latín (según afirmaba rotundamente á los aldeanos).

—¡ Yastáquí Juanito !

Llegó, en efecto, acompañado de su primo Cleto, puesto como todos en la aldea de alpargatas y gorrilla. Le hicieron corro y guardaron silencio, tras saludarle cariñosamente.

Primero, de la guerra que ensangrentaba los campos de toda Europa iba á hacer dos años. Juan había logrado interesar grandemente al concurso, cura inclusive, hablándoles largamente de la horrenda carnicería. El poeta, enar-

deciéndose, pintaba á los aldeanos los horrores de las batallas gigantescas en que luchaban millones de hombres, en campos que cogían provincias enteras... Les describía las máquinas infernales de los Ejércitos modernos, todo el esfuerzo de la Ciencia y del ingenio humanos, puesto al servicio de la barbarie y de la brutalidad... Les hablaba de los campos arrasados, de las ciudades incendiadas, de las mujeres y los niños carbonizados, de las doncellas violadas. Alemania estaba dando muestras en esta guerra de que seguía siendo la antigua Germania, cuyos habitantes rivalizaron en brutalidad con los gorilas y los primeros hombres de las cavernas... Noroña había leído la Historia de la Guerra, por Blasco Ibáñez, y se indignaba al describir á sus oyentes la brutalidad, el cinismo y la mala fe de los germanos.

—¡Nadie quería esta guerra, nadie ansiaba esta guerra, más que Alemania y su aliada Austria! Las dos la buscaron, aprovechando la ocasión de un atentado criminal, que realizaron dos servios locos. Está ya demostrado plenamente que Alemania quería esta guerra, esta hecatombe mundial, y la tenía preparada desde muy antiguo. Ese pueblo necio, hinchado por una vanidad estúpida, que proclama á los cuatro vientos por boca de sus doctores á sueldo, y de sus sabios á sueldo, y de sus periodistas á sueldo, que Alemania tenía que dominar el mundo, ha sido la causa de la guerra. Tanto es así, señores, que yo he visto en la *Historia* de Blasco Ibáñez

cómo Francia é Inglaterra y Rusia hicieron lo imposible por evitarla. En Francia casi se declaró la huelga general ; los socialistas y antimilitaristas («¡ oye, Juanito qué es eso», interrumpió el maestro á Noroña, que siguió su discurso) hicieron manifestaciones contra la guerra en París... Fué preciso que el pueblo francés comprendiera que Alemania les agredía para que toda la nación, como un solo hombre, se levantara ofreciendo su vida y su sangre para aplastar al imperialismo germano. Inglaterra, la Roma moderna se vió precisada á intervenir, cuando el Gobierno alemán, procediendo como un gitano que trata en bestias, dirigió un *ultimátum* á Bélgica, incitándola á que dejara pasar sus tropas por su territorio para caer sobre los franceses por la espalda...

Se hizo un silencio penoso. El concurso, como siempre, entendía apenas las palabras de Juan. Pero iba asintiendo, seguro de que lo que él decía era lo justo y verdadero. Noroña había ido sabiendo por los jóvenes que, cuando él se marchaba de la Cruz, todos le llamaban *sabio*, *hombre celomenal*, asegurando que llegaría á ser «mu nombrao» por su talento...

Continuó aún, por dos horas, la lectura y comentarios de la carnicería miserable... Luego, tras una pequeña pausa silenciosa, Juan comenzó á ojear ligeramente el resto del diario.

«DIA POLITICO»... «DESDE CORUÑA»... «LA EMIGRACION»... Al fin, ¡ cómo no !, «TOROS EN JEREZ», «LAS CORRI-

DAS DE AYER»... Sonrió el concurso cuando el poeta, con un gesto de indignación y una palabra gruesa, comenzó á maldecir, como siempre, del vicio español por excelencia.

—¡Sí, señores, hediondo! ¡Miren ustedes! Una, dos, tres, cuatro, cinco y seis columnas y media, dedicadas á «las corridas de ayer»... Y, ¡arza!, sí, una de estas *revistas* de *DON MODESTO*, sobre la corrida de Madrid: Oigan ustedes.

Muchos, bajando la cabeza, se guiñaban un ojo, respetando aquella aversión del hombre sabio por lo que era para ellos la fiesta y el espectáculo predilectos. Ninguno, aunque en un mes, luego, se dejara de comer en sus casas, dejaba de asistir á las famosas corridas de Albacete, en la feria de Septiembre. Era el único «arte» que entendían, lo único que les apasionaba, y el solo tema capaz de tenerlos hablando, entre sí, toda una tarde, toda una noche. El *Gallo*, Belmonte y Escolar, eran para ellos los hombres más grandes de la tierra, aunque disimularan su culto desde que Noroña les pintó lo degradante del espectáculo y lo perverso de la fiesta.

—¡No, no, escuchen, verán ustedes—insistió aún Juan, para llamar la atención de todos. Y comenzó á leer.

«DESDE LA BARRERA

Ocho de Murube.

Pastor-*Gallo*-Joselito-Belmonte.

BELMONTE, A HORCAJADAS SOBRE LA LUNA, ABRE CATEDRA DE TOREAR

AQUELLO fué el 2 de Mayo de 1914. ¿Lo recuerdan ustedes?

Belmonte, el fenómeno de Triana, ídolo de sus paisanos, salió á estoquear el último toro de la tarde, minutos después de haber realizado estupendas faenas con el quinto bicho esa tontería de torero que se llama Joselito.

Lo que entonces hizo Belmonte se grabó en mi memoria con caracteres de fuego. Yo, en estas mismas columnas daba idea de AQUELLO en la siguiente forma :

Un pase ayudado por alto, formidable ; uno natural, girando sobre los talones, estupendo ; un molinete, otro, luego dos ó tres pases de rodillas, siempre pasándole el toro entero por delante del pecho y siempre con los pies clavados en la arena, como si tuviera tornillos. La multitud, congestionada, se había puesto en pie, ya ronca de gritar, y el trianero, impávido, frío, como si nada fuese con él, seguía muleteando entre los pitones, arrodillado antes de citar y levantándose ya con el pase rematado. En dos molinetes crujieron los huesos del toro como si hubieran sido de cristal. Luego, agarrado á un pi-

tón, tiró de él con la derecha, para meter la cabeza del bicho en el engaño.

Se irguió arrogante y dió un pase natural que hizo que se me saltaran las lágrimas. No vi nada más hermoso, más artístico ni más valiente.» (1).

Noroña arrojó el periódico en el centro del corro que le escuchaba con suma atención, estallando en maldiciones. «¡Qué pueblo más hediondo! Nunca, aquí, en esta pobre patria de hambre, de ignorancia é incultura, se interesaban las masas por algo noble y bueno y espiritual. Los obreros dedicaban el jornal de algunos días, en vez de asociarse y defenderse, á ir á los toros. En las grandes ciudades, como en las aldeas ó los campos, no interesaba nada, ni se comentaba nada, sino eran *las faenas* de algún espada endiosado por el vulgo imbécil...»

Juan casi lloraba de rabia al ver al pueblo español tan estúpidamente obstinado en suicidarse. Hacía cinco ó seis años que teníamos en Marruecos una guerra que sangraba á la nación, que se llevaba millones y millones de nuestro presupuesto y lo mejor de nuestra juventud..., y el pueblo se iba á los toros, «costase lo que costase»... El poeta recordaba que, días atrás, le había leído al concurso de paletos, en el mismo *Liberal*, de Madrid, que un zapatero, para ir á los toros había intentado vender los colchones

(1) De una revista de toros en *El Liberal*, de Madrid, por «Don Modesto».

del lecho conyugal, dando de puñaladas á su esposa, que se opuso á aquella infamia...

Guardó silencio Juan, fijos ahora sus ojos en las dos filas de acacias florecidas por donde revoloteaban los gorriones, persiguiéndose. Algunos aldeanos, con tenue sonrisa, comentaban.

—¡ Este *Don Modesto* que es de lo más xagerao...

Noroña se medio echó sobre la fina hierba que crecía al pie de la Cruz. Ricardo, el sacristán y barbero, había recogido el periódico, y lo deletreaba con trabajo, enterando á todos del resultado de la corrida...

Mientras tanto, el poeta, viendo la atención con que el concurso seguía la lentísima lectura, miraba al cielo con un gesto de hastío. Las golondrinas surcaban el azul limpísimo, trazando círculos, piando, refugiándose de vez en vez en los nidos de la torre y de las ruinas del antiguo convento...

Leía..., leía con lentitud el barbero, escuchado por los demás con silencio religioso, casi místico. El poeta sonreía de un modo imperceptible para la brutalidad de los aldeanos. Pensaba en la miseria y la ignorancia de España, «que vendía los colchones del lecho conyugal, para ir á los toros»... Aquí, en Montemor, como en casi todos los pueblos de España, no había más libros que los que él tenía ; fuera inútil preguntar por Benavente, por Bécquer, por Campoamor, por Cajal, por Morote... El único literato que esta gente conocía y admiraba era *DON MO-*

DESTO, cuyas críticas taurinas guardaba el barbero con cuidadosa exactitud y perfectamente ordenadas... Si algún día *El Liberal* daba cuenta en sus columnas de un nuevo combate en Africa, lo pasaban por alto, llevándose toda la mañana en el comentario de algún viaje ó alguna «faena» de los «fenómenos» taurinos...

Y no era aquí sólo, ¡ca! ¡Lo lamentable estaba en que ocurría otro tanto, y en mayor y más espantosa proporción en las grandes ciudades, en España entera. En Madrid no se ocupaba nadie más que de toros, ni se oía otra conversación por cafés, círculos, Redacciones ó tabernas... El anuncio de un diestro famoso en los carteles de colores ponía en movimiento á todos los habitantes de la corte... ¡Nunca olvidaría él el endiosamiento que presenció de Escolar, con su hermano, en la tarde memorable del debut de Rafael en Madrid! La multitud, enloquecida, frenética, corría detrás del matador de toros, golpeándose por soportar sobre sus hombros serviles el cuerpo enclenque del ayudante de herrero... En Barcelona se acababa de construir la tercera plaza, capaz para veinticuatro mil espectadores... El *abono* de Madrid, de trece mil localidades numeradas, se elevó el pasado año nada menos que á *diez mil* localidades, lo que produjo una suma de noventa mil duros... Y no se dijera de Sevilla, de Córdoba ó de Málaga y Murcia, donde las multitudes, ebrias de entusiasmo taurino, arrojaban á los circos todas las prendas de vestir, después de pagar por las loca-

lidades el oro y el moro... Juan, con gran pena, recordó la noticia que había leído hacía unos días dando cuenta de que, al terminar una corrida de feria en Sevilla, la plebe, loca de entusiasmo, subió sobre sus hombros á Belmonte, lo paseó por el redondel y la ciudad entera, lo condujo á su casa, al fin, y le arrancó á jirones las medias sudadas, las zapatillas y la faja, guardando los pedazos como si fuesen reliquias...

¡Pobre España!... No había escuelas, y en las escasísimas que había no se enseñaba á los niños otra cosa que el Catecismo y el temor á un Dios colérico y vengativo, siempre con la espada de fuego en una mano para castigar á los enemigos de la Iglesia..., y en cambio tenían plazas de toros hasta aldeorros de dos mil habitantes... El comercio de las poblaciones, para salvarse de la ruina, tenía que organizar corridas con los toreros más famosos, lo que llevaba á las ciudades el oro á montones... No había en España, en esta España tan bellísima y repleta de maravillas artísticas, NI UN SOLO VIAJERO POR PLACER español, ni un turista español, y en cambio no bastaban veinte y treinta y cuarenta trenes especiales, y hasta vapores especiales para llevar los aficionados á una corrida donde torearan Escolar, Belmonte ó los *Gallos*...

El poeta no escuchaba ya al barbero, que seguía leyendo. Se había echado sobre la hierba, y miraba al azul con melancolía. ¡España! ¡España que pudieras ser aún grande y verte

llena de prosperidad y no lo querías por no tomarte la molestia de alargar la mano y abrir un libro..., por no tener el heroísmo y la virtud de gastar el dinero en viajes de instrucción y placer en vez de llevarlo á las plazas de toros, por no tener la fuerza de obligar á tus gobernantes y tus directores á que te gobiernen con justicia y á que satisfagan tus nobles anhelos de igualdad... ¡No había dinero en los presupuestos para escuelas, para granjas agrícolas ni laboratorios, y, en cambio, cada día se colocaba la primera piedra para un nuevo templo ó un nuevo convento de jesuítas... En Madrid, no había calle donde no existieran dos ó tres conventos y otras tantas iglesias, todos subvencionados largamente por el Estado... Bastó que Romanones quisiera suprimir la enseñanza del inútil Catecismo en las escuelas para que toda España, la España indiferente, la España aplastada bajo una capa de desidia, se levantara como un solo hombre para protestar, hasta obligar al Gobierno á retirar su sano proyecto... El desorden, la injusticia y el privilegio estaban escritos hasta en nuestra Constitución, que excluía del servicio sagrado de defender la Patria con las armas á los profesos y novicios de las Ordenes religiosas... ¡Qué más se diría?!... No podíase exponer el pensamiento, so pena de caer en las garras de la ley; el Ejército tenía una ley especial para juzgar los delitos cometidos por personas civiles; el trabajo no estaba reglamentado, la industria y el comercio—aplastados bajo el peso de cente-

nares de tributos—no podían vivir, porque sus productos los elaboraban también los frailes en sus conventos, que eran fábricas que no pagaban impuestos... Cada convento de monjas de Madrid era un taller de confección de ropa blanca, de lavado, de planchado, y los de los frailes, una fábrica de licor, de jarabes, de perfumes y de medicamentos... ¡ Para colmo de injusticia y de desorden, las grandes casas comerciales de Madrid—como la en que estaba empleado su Pepe, de alemanes—, mandaban su numerosísima correspondencia diaria valiéndose de la franquicia del Senado y del Congreso, gracias á determinados padres de la Patria que debían favores á su vez á los comerciales...

—¡ Vaya, señores, me marcho...—se levantó— ; ustedes hínchense de discutir á Joselito ó á Belmonte...

Echó á andar hacia las eras, seguido de Bruno, que siempre le acompañaba.

—¡ Güeno, Juanito, mira, n'hagas caso ; son gentes asín !... Pero, ¿sabes c'hoy trilla la Paca?...

—¡ Sí, me lo dijo anoche Remigia !... Estuve con ella hasta las tres...

Sonrió el Bruno, lleno de asombro. «¿Ya?»... Le alegraba aquello. A él debía Juan parte de la victoria, pacientemente preparada por Bruno. Una conquista. Una de las muchísimas conquistas de Juanito, entre estas muchachas facilísimas de la aldea. Desde que llegó, se había asombrado del modo cómo le miraban las mu-

chachas..., de insinuantes..., de pegajosas y gachonas... ¡Un encanto!... En ocho ó diez días, ¡paf!, la Andrea, una mocetona de veinticuatro años, que se casó dos meses después... Algo *desgarbá*, pero, ¡rediez con la zagala!... Luego, el poeta, visto la facilidad y el éxito en la empresa, en la que apenas puso un leve empeño, lo intentó con otra, la Celedonia, hermana de Ricardo el barbero, ya algo pasada, puesto que se acercaba á los treinta, pero guapa y «en buen uso». Y ¡otro éxito!, más fácil que el de la Andrea, puesto que sólo le costó dos días... Desde entonces, Juan, con Bruno y Cleto, sus dos lejanos primos, empezó á cortejar á las *pollitas*, á los verdaderos «bocados de cardenal» que había en la aldea: la Paca, una rubia de cara pecosa y *pechuga* blanquísima, de diez y ocho años, que se le entregó después de tres meses de noviaje... La Celia, aquella muchacha de cara redonda y sonrosada como un melocotón maduro, que había salido á recibirle hasta La Roda, y con la que no pudo... conseguirlo. Y ahora, últimamente, al fin, después de casi ocho meses de noviaje, la Remigia, la única hija del estanquero, Gil.

Juan le daba detalles al curioso Bruno. ¡Nada! ¡Anoche! Ella, que era bastante *aprovechá*, le hacía saltar, desde el pasado invierno, y á pretexto de que en la calle se mojaba, la tapia de sus corrales. Se sentaban en un cajón que había sido palomar... Y, ¡nada!, lo que ocurre...

un beso, sin querer; luego otro, sin querer también... la confianza... ¡en fin, al fin, anoche, ¡¡todo!!

—¡La gran mujer, ¿eh, Juanito?...

—¡Sí, y me parece que me caso con ella... porque ésta parece que me quiere de verdad!... ¡Yo á ella, también!...

Llegaban. Tres yuntas de borricas trillaban la parva extendida. Sobre los trillos, de pie, en equilibrio difícil y milagroso, se sostenían dos aldeanos, y Remigia en el tercero. Le sonrió á Juan... y vino inmediatamente hasta la sombra de la hacina, donde estaba su madre, «la Paca», su tía Carmen, y no pocas amigas y primas convidadas á comer con ellos en la era.

—¡Hola, Juanito, cuánto güeno! Sentaros. ¡Hola, Bruno, pillo. Anda, Colás, trae la bota, que echen un trago...

No podían rehusarlo, según la antigua costumbre manchega, y bebieron. Luego, la Paca preguntó:

—Güeno, Juanito, ¿vendrá tu madre y las muchachas?...

En aquel instante, saliendo de la cercana calle inmensa que salía al camino de La Roda, perdido entre pinares, aparecieron doña Serafina y sus dos hijas. Se unieron á los convidados...

Era mediodía. El sol lo llenaba todo con su luz... Por el azul del cielo, sobre la dulce paz

de la aldea, seguían trazando círculos las golondrinas...

... ...

Escribía.

Desde aquí, desde la ventana de su alcoba tan limpia, miraba los altos álamos, los cinco ó seis cerezos abrumados de fruto, los pájaros, las palomas de su madre que surcaban de vez en vez el azul del cielo. Unas nubes blancas ponían una nota de belleza junto al sol...

Su madre, sus hermanas, movíanse por el inmenso corral que se asomaba á la vega. Entraba perfume de claveles. Entraba olor de trigos sazonados, de cañas, de ocultas flores silvestres crecidas por los ribazos... Por encima de las tapias de adobes de su corral—bajísimas, según costumbre en el pueblo—se veían los bancales recién segados, las paratas plantadas de hortalizas, las acequias, las norias... Un poco más lejos comenzaba el pinar...

Nunca, como ahora, había saboreado el poeta la delicia de vivir. ¡Cómo bendecía su decisión de haber huído de la corte! Un vago remordimiento le pinchaba á veces la conciencia, considerando «que él huyó de la gran ciudad casi derrotado...» Pero esta impresión era en absoluto pasajera. La dulzura del ambiente campesino y la tranquilidad de su espíritu fortalecido entre los pinares, llenaban su frente de esperanzas. «El no hallábase allí derrotado, sino, al contrario, preparando la victoria. Algún día, cuando

saliesen á luz sus versos del alma, sus novelas, los hombres se fijarían en él y le harían justicia...»

Iba vertiendo al papel todas sus emociones, todos sus sentimientos. Acordábase de la bella frase de Felipe Trigo, en una de sus novelas: «La vida se encuentra en todas partes.» También aquí..., pero una mansa, dulce, llena de quietud y de encanto para los espíritus nobles y buenos y sencillos, á los que cada florecilla comunicaba un sentimiento, y á los que era dable hablar con los árboles, con los pájaros y con los rumores del río y del pinar... Así él tenía aquí, entre los campos y las flores, el verdadero culto de su vida, su verdadera religión. El placer inefable y la tranquilidad infinita de su espíritu oculto entre jarales, habíanle hecho comprender que para gustar estos bienes escogidos, preciso era tener el alma lacerada y el corazón sangrando, como él... como ellos...

Por fortuna, aquella vida sin ilusiones, sin energías y llena de disgustos, de la ciudad, se le trocó en la aldea en algo bien amable. No sólo por el dulce ambiente campesino y el cariño de su madre y sus hermanas, sino por los sucesos que en aquel año habían ocurrido en su familia. Amelia, la hermana mayor, se había casado. Novia de un noblote muchacho andaluz desde tres años antes, que estudiaba Medicina, se doctoró él en Septiembre, é hizo venir aquí, á Montemor, á sus padres y sus tres hermanos. Había

venido también, de Madrid, acompañando á Amelia, su hermano Pepe... La boda tuvo un encanto familiar y humilde... Los nuevos esposos, enamoradísimos y en plena luna de miel, salieron de la aldea, hacia otra aldea donde iba á ejercer el nuevo médico, cuando se marchaban las golondrinas...

Pepe, al mes de estar con su madre y sus hermanos, se volvió á Madrid. Fué inútil todo intento de resistencia de los suyos para evitarlo. «Aquella vida agitada y brutal de la urbe le probaba bien. Estaba escribiendo novelas, inspiradas precisamente por aquella experiencia ruda de la ciudad. A más de ello, él, solo ahora en Madrid, se defendería mejor de la miseria...»

Le dejaron marchar..., y ya aquella seguridad de que los dos ausentes no pasarían necesidades, fué un gran consuelo para la pobre familia. El poeta, con el optimismo de la pequeña mudanza, del pequeño paso hacia una futura redención que significaba el ver á dos de sus hermanos colocados, escribió bellísimos versos... Pasó los días enteros en el campo, á la orilla del río, mirando pensativamente las primeras nubes del otoño, comulgando con la naturaleza que, cada día y en cada lugar, comunicábale nuevos pensamientos y le despertaba ideas nuevas... Fué poniendo en rimas las costumbres patriarcales de los aldeanos, el rumor del río y de las selvas, la paz infinita de los crepúsculos, la majestad grandiosa de los paisajes del campo y de

los montes á la luz de la luna... Sus versos, delicados y sencillos, recordaban los de Gabriel y Galán... Su alma tiernísima de poeta volaba hacia el azul, envuelta en una gasa de Belleza y de Amor hacia todo...

Escribía..., escribía hoy, procurando acabar los sonetos. Antes de ayer había fallecido uno de aquellos campesinos que vivían en las míseras casas de adobes del aldeorro, constituyendo la pena de la familia, una pena común, un llanto de hermanos en todo el poblacho... Su madre y sus hermanas, él mismo, tuvieron que pasar la noche en el velatorio... Los hombres, envueltos en sus capas de estameña... Las mujeres, sin cesar en sus lloros... A pesar de ser ahora mediados de Julio, á la madrugada un vientecillo frío que bajaba de la sierra obligó á las mujerucas á encender el fuego en el hogar... El poeta, al fin, después de trabajar toda la mañana (pues era exageradamente pulcro y recto en sus poesías), decidióse á firmar.

VELATORIO ALDEANO

En la vieja cocina lugareña
se agrupan afligidos los aldeanos,
envueltos en sus capas de estameña,
compartiendo su pena como hermanos.

Llora una mujeruca plañidera,
otra junto al hogar reza y dormita,
sopla medrosamente el aire fuera
y la leña al arder gime y crepita.

Se abre sola una puerta ó la abre el viento;
el rozar de sus goznes un lamento
semeja en la quietud de la alborada

y una vieja aldeana, que despierta
al medroso sonido de la puerta,
dice con aflicción:—«¡No somos nada!»

*
* *

Y así transcurre lento el velatorio;
casi todo el concurso está dormido,
no parece el hogar hogar mortuorio;
es ya tarde y el cuerpo está rendido.

Un gato junto al fuego el lomo arquea,
reza allá dentro alguien el rosario;
un viejo catarroso carraspea;
se oye un lloro doliente y funerario.

Como un ojo sangriento de felino
un ascua en la ceniza fosforece;
torna á domarse el gato; en el vecino

corral cantan los gallos; languidece
la llama del velón; lento, argentino,
vibra un son de campanas: amanece.

Sino que cuando, mesándose sus cabellos largos y abundantísimos, satisfecho de su trabajo, iba á salir de su habitación, entró su madre, con su sonrisa dulce y los brazos abiertos. Era así como la santa doña Serafina se acercaba

siempre á sus hijos. Le abrazó, le besó ruidosamente, y le alargaba una carta que había traído en aquel instante el cojo cartero del lugar.

Cogióla el poeta, y le extrañó. ¡ Caramba, de Sandofim !, el sello. Rasgó el sobre, y miró la firma. «Tu tía, que os quiere como hijos : *Consolación.*»

—¡ Agua, madre, mira, cucha, la tía Consolación—exclamó el poeta después de largo silencio, mientras leyó la misiva—. La tía Consolación que quiere que me marche á Sandofim una temporada... Escucha.

Le leyó la carta. La tía Consolación, la madre de su «novia ideal, Isabel», le llamaba, en efecto, «para que pasara en Sandofim la feria y la vendimia»... Además le mandaba cinco duros para el viaje...

Hubo una alegría entre los tres hermanos, turbada por el pesar de la santa madre. «Ella no dejaríale que se marchara.» Pero la convencieron sus hijos, venciendo con facilidad su resistencia. «En Sandofim, mamá—argüía Cecilia—, cuidarán muy bien á Juanito. A más de ello... ¡ no está demás que haga un viaje el nene, para mudar de aires y distraerse, ¿eh, Juanito?...»

Se comenzaron alegremente los preparativos del viaje. ¡ Aquél, por fortuna, era un viaje de placer, no impuesto por la Fatalidad que les perseguía desde que murió su llorado padre !... ¡ Juan iba á casa sus abuelos, á casa de hermanos de su padre... su propia casa, pues...

A los dos días, uno de los desvencijados tartanos del lugarejo, se llevaba al poeta por el camino de La Roda, entre pinares. Con él, hasta la estación, iban su madre, su Cecilia, la Paca, aquella rubia de cara pecosa que le había hartado de su carne... y Remigia, la hija del estanquero... su última *ilusión* por las muchachas del lugar... Bruno, guiaba, cantando...

Mas... ¡ oh !, cómo ante el recuerdo de la excelsa, de Isabel, habíanse derrumbado dentro de su pecho todas las ilusiones pasajeras que hiciéronle experimentar estas brutas y fáciles chiquillas del poblacho !... ¡ Isabel !... Su nombre, muy quedo, saltaba de sus labios, volando por encima de los árboles... En el cristal purísimo del cielo veía la imagen de ella... Una sensación dulcísima de felicidad, de premio á sus dolores entrábase en el alma... Y apartaba de Isabel su pensamiento, por no destruir el encanto que tendría el primer beso de sus ojos...

Llegaron...

Al rato, el tren..., que conducía al poeta hacia sus amadas tierras de sol, de luz, de palmas y de naranjales...

... ...

Apareció el pueblo—Sandofim—entre la obscuridad, como un gran charco de luces... Noroña lo miraba desde la ventanilla de su departamento, con una congoja de llanto en el alma... ¡ Aquí vivía *ella* ! ¡ Aquí estaba *ella* !... ¡ Cuántas veces su corazón sensible de poeta, maltratado por la barbarie de la urbe, habíase refugia-

do en este pueblo... Lo miraba con una estática quietud, con el prestigio de las cosas muy santas, muy amadas... «Algún día, cuando él hubiese conquistado el puesto á que tenía derecho, por su talento, entre los hombres... casaríase con Isabel...»—Con la amada cerca sentíase fuerte y sereno—como un peregrino junto á la tierra de promisión...

Volvióse. Echó una ojeada última á su equipaje. Su maleta, su atamantas, estaban en el suelo del vagón. Desde que, hacía tres horas, transbordaron en La Encima á este lento tren de vía estrecha—*chicharra*—como decíale el vulgo por aquí, había dispuesto su equipaje...

Pero, cruzó, de pronto el foco..., comenzaron á aparecer también faroles sueltos de las vías..., y el convoy disminuyó la velocidad. Llegaban. Desde la ventanilla pudo el poeta distinguir la estación, con sus andenes iluminados por lámparas eléctricas... y un numeroso grupo de personas que esperaba «el tren de Madrid»...

Paró. En el mismo instante, de entre los grupos que llenaban el andén, salieron voces.

—¡ Juanito...

—¡ Juanito... primooo...

Había señoras elegantes. Había fastuosas familias que se agrupaban junto á los departamentos de primera. Noroña recordaba que Sandofim era una ciudad riquísima, por sus enormes cosechas de naranjas...

Abrazos, besos, afectuosas palmadas en la espalda. «¡ Qué tal el viaje, Juanito !»... Los

primos, á los que con dificultad iba reconociendo, hallábalos convertidos en verdaderos hombres... Se acercó el padre de Isabel, «el tío Pablo», abrazándole igualmente...

—¡Anda, Juanito, vamos, á la tartana—invitó el tío cogiéndolo del brazo—. ¿Y tu mamá... y las nenas?...

Al otro lado de la estación, un paseo fastuoso estaba iluminado por altos focos de luz amarilla... Se veía ya la explanada, llena de gente, que circulaba entre sus paseos enarenados... Más focos brillaban entre el ramaje de los eucaliptos y los sauces de la bella glorieta...

Pasaban la plaza de toros... dos ó tres fábricas, después..., y entraron en el pueblo. Una calle ancha, de amplias aceras, y cuyos edificios, invariablemente de dos pisos, tenían de par en par abiertos los pesados portones para que se vieran los porches lujosos, adornados de macetas y de plantas... En sillitas bajas, á las puertas, en mangas de camisa, grupos de gente respiraban el fresco de la noche...

—¡Qué, ¿sigue Sandofim con tanto lujo como antes?—preguntó el poeta con tenue ironía que no comprendieron sus parientes.

—¡Uf—contestáronle á un tiempo el tío y dos ó tres primos—; horriblemente: esto se ha puesto insoportable... ¡Ya verás mañana, en la Glorieta...

Torcieron una calle... y, á la mortecina luz de un farol distinguió el poeta un gran grupo de gente. Era la casa de su tía Julia, otra herma-

na de su padre, la mayor, viuda con un hijo ya casado... Allí iba á hospedarse Noroña, por acuerdo de toda la familia...

Llegaron...

Bajó..., y los abrazos y los besos se confundían con el llanto de no pocas mujeres... Entre los sollozos oíase nombrar al padre de Juanito, «que murió tan joven dejando desamparada á su familia de chiquitines...»

Al fin... ¡oh, sí, ¡¡ELLA!!, más alta, más gruesa, con una majestad poderosa en sus líneas valientes de mujer... Se estrecharon la mano con una emoción enorme..., y ella, la buena, la dulce, huía á esconder su llanto por ocultos rincones de la vieja casa de su abuelo...

... ...

Al día siguiente, á las ocho, le despertó un estrépito formidable de campanas. «¡Caramba, caramba, concho, qué manera de sonar!...» ¿Sería que en este pueblo era hoy fiesta?... ¡Martes—recordó—. Pero la mujer de su primo Julio, Adela, que acudía con el desayuno al cerciorarse de que estaba despierto, explicóle. «¡Nada de fiesta. Misa. Toques de misa. En la cercana parroquia de San Pedro, había misas desde las cuatro hasta las diez, todos los días. ¡Ah; y esto no era nada: el domingo, ya vería el domingo...»

Se bañó, se vistió el traje nuevo, y marchóse con el primo Pablo «á casa de ella»... ¡Qué emoción la de los dos! Isabel estaba con sus otras tres hermanas, en la sala del piano. Car-

men, que la seguía en edad, tocaba un vals de moda, y las dos menores, Flora y Angeles, cantaban. La tía Consolación, permanecía en una mecedora, algo lejos del piano, entre dos balcones entreabiertos... Grandes palmeras adornaban la estancia.

Cuando entró el poeta con el primo Pablo, las muchachas dejaron de cantar. Su tía medio se incorporó, llamándole. «¡Anda, ven acá, hijo mío; cuéntanos!» Fué Noroña; la dió un beso.

—¿Y los primos?

—¡Por ahí! Nunca andan en casa. Jorge, ya sabes, repasando el grado, en clase, para presentarse en Septiembre...

Le obligaron á que aceptara una mecedora y se sentaron sus primos en torno de él. Tía Consolación hacíale preguntas. «¿Y tu madre?... ¿Cómo lo pasáis en Montemor!... ¿Estáis bien, hijos míos?!...» Las primas, especialmente Carmen, preguntaban por Amelia. «¡Conque casada?...» Se habían criado juntas, en casa de los abuelos y recordaban frases y pequeños sucesos de su infancia transcurrida en común...

—¿Y en Madrid, querido, cómo os va?... ¿Sigue allí tu Pepico?... ¿Es que escribe también él, ó que le escribes tú...

—¡No, no, él escribe. Está escribiendo novelas. Aunque está allí colocado, en una casa de comercio. ¡Pero sí, escribe...

Isabel no hablaba apenas. Con sus ojos grandes y profundos envolvía al poeta en un manto de luz y de ternura. Juan había sido para ella,

desde niña, la encarnación de todo lo bueno y todo lo noble á que puede aspirar una mujer en su esposo... Sus abuelos, sus padres, sus primos, toda la dilatada parentela de Sandofim, el pueblo entero, habían profetizado para aquel niño enclenque y de imaginación vivísima, un porvenir glorioso. Ya, en las clases de su primo el sacerdote, había asombrado á profesores y discípulos, con su extraordinario talento. A los doce años, escribía poesías y artículos que publicaban los periódicos de Saucedos y de Sandofim... Y, más tarde, á la muerte de su padre, cuando los periódicos de Madrid insertaron algunas de sus poesías, todos sus parientes creyeron que empezaba para Juan la era de gloria que ellos le habían vaticinado...

Preguntáronle por sus versos, y le obligaron á decir algunos. Todas le escuchaban con un silencio religioso. Veían en él algo de aquella Fama, de aquella Gloria casi novelesca que envolvía á los nombres de los grandes literatos que todo el mundo reverenciaba... «La aplaudida comedia de D. Jacinto Benavente..., la aplaudida zarzuela de los Sres. Alvarez-Quintero...», recordaban de los programas de la feria... Unían el nombre de su primo á aquellos de existencia fantástica que figuraban en las grandes revistas de la corte...

Transcurrió la mañana en gentil conversación. Cerca de la una («quita, hombre, marcharte, no faltaba más, comerás con nosotros», protestó la tía Consolación— ; ¡ ya se figurará el

primo Julio), Carmen tocó el piano y Flora y Angeles cantaron...

Asustó al poeta el familión que convocaba á la mesa la comida. ¡Ocho hijos—la tía Consolación y el tío Pablo! Le asediaban á preguntas de Madrid, de sus versos, de sus proyectos... Los pequeños, Andrés y Felipe, le preguntaban por «la feria de Madrid» y por el circo, contándole, á grito pelado, las gracias de unos clonws que trabajaban en la plaza de toros...

Por la tarde, en la nueva tartana que el tío Pablo usaba para sus excursiones de deslinde (era ingeniero), fueron primo Pablo, Jorge, Juan y las dos primas mayores á La Monja, una posesión de los tíos, donde habían instalado una noria de viento... No llegó para el poeta el instante deseado de hablar á solas con Isabel... Sólo sus ojos, en miradas fugacísimas, íbanse cambiando alma...

Tornaron cuando faltaba la luz, con grandes manojos de flores.

Por la noche, á la Glorieta. Un desfile de presuntuosa capital de provincia, á pesar de que Sandofim no era sino un pueblo mediano...—Aquella noche, el poeta soñó que Isabel, con las manos llenas de amapolas y las mejillas encendidas—venía á besarle envuelta en la gasa blanca de una nube...

En los siguientes días, Juan, siempre casa de la tía Consolación junto á Isabel, pensaba que su vida anterior, hasta aquí, no fué sino una monótona é insulsa sucesión de horas, sin

rumbo, sin objeto... Llevaba á Isabel en el cerebro y en el corazón. Estaba lleno de ella..., de sus ojos, de sus sonrisas, del eco de su voz, de la gracia de su exuberante juventud... Había comprendido desde que llegó á Sandofim esta vez que era ELLA el verdadero fin de toda su existencia, y que fuera de ELLA, en la vida del poeta soñador, todo tenía que ser forzosamente secundario y sin importancia ninguna.

Las otras primas, los primos Pablo y Jorge también, acabaron por notar, á los dos días, la irresistible atracción de ellos—siempre juntos. «¡Estos están enamoraos!»—decía Flora con gracia inocente—. «Me parece, chicos, que estáis jugando con fuego...»

Sin embargo, en los seis ú ocho días siguientes, y como sus hermanas notaran el atavío amoroso de Isabel (que permanecía, contra su costumbre, dos horas en el tocador cada mañana); como notaran, asimismo, la impaciencia de Isabel cuando Juan, á las once, aún no había venido (almorzaba allí casi siempre...); cuando la misma tía Consolación, en la mesa, pudo observar alguna vez cómo *ella* escuchaba á Juan con atención religiosa... casi mística..., sin poder sostenerle la mirada..., se cortaron las bromas con los dos. Les dejaban buscarse, aislarse en la sala grande del piano junto á uno de los enormes miradores de macetas..., ó pasear delante de ellas en la Glorieta, por las noches... «¡¿Pero, es verdad que estos chiquillos se quieren?», preguntaba llena de asombro á

Carmen, y á Flora y hasta Angeles la tía Consolación. «¡ Anda, y tanto ; ó si no, observe usted un momento cuando se hablan ó se miran...»

Dos días más, en que su madre, con cierta emoción amorosa, observó á Isabel... y..., confirmada la afirmación de las muchachas. Estaba aquélla en el tocador, ataviándose mucho más que de ordinario desde antiguo, y entraban sus hermanas. «¡ Qué ¿te arreglas?...» «¡ Sí, ¿por qué?...» «¡ No ; por nada...» Las otras se salían sonriendo furtivamente entre sí, después de coger alguna prenda caída sobre las sillas...

Ayer, sobre todo, su madre había casi llorado de emoción, al ver plenamente confirmados sus... (¡ no se atrevía á llamarles *temores*..., ella que adoraba y admiraba tanto á Juan). Estaban Carmen, Flora y Angeles con ella en la sala del piano. Pablo y Jorge, en la era de La Monja ; el tío, de deslindes y mediciones—por los campos... Los dos pequeños en la escuela. De pronto entró Isabel..., radiante, hermosísima, con una belleza nueva que no habían conocido hasta entonces sus hermanas..., hasta que llegó ahora á Sandofim Juanito... Le chocó á ella ó el rostro casi sonriente de las otras, ó el extraño grupo que formaban alrededor de su madre, en un rincón lleno de macetas...

—¡ Qué... ¿no tocáis?—dijo por desviar algo la curiosidad de su persona.

—¡ No—respondióle Carmen con cierta sonrisa picaresca— ; no tenemos gana...

—¡ Vamos á esperarnos á que venga Juanito— añadió en un tono francamente malicioso y sonriendo también Angeles...

Y como, al decir esto, las tres muchachas rompieron en una misma y cristalina carcajada, al tiempo que su madre bajaba la cabeza—ella, Isabel, encarnadísima y azaradísima, sólo pudo preguntar, como en tono de extrañeza.

—¿Qué!!

Hubo una pausa. Las otras reían, mirándola fijamente. Ella insistió, al tiempo que su rostro tomaba un tono aún más bermejo.

—¡¡Pero qué?!!

—¡¡Pero... ¡nada, mujer, que estás mochales—le contestó la menor de sus hermanas, levantándose é invitando al piano á las demás, que no cesaban en sus risas...

Ella, nerviosa, no pudo contestar más que un «¡¡Estúpida, ¡oh, qué estúpidas!!», lleno de despecho por que hubieran descubierto sus hermanas «aquello» antes de que hubiera nada entre los dos..., y seguidamente dió unas inmensas llaves á su madre. «¡Toma, mamá, mira, trajeron los cuatro carros de pimientos, que hemos puesto en la cámara grande...»

No pasó más. Luego llegó Juanito, á las doce, y las hermanas y la madre de Isabel se asombraron de ver que ella se pasó charla que te charla con el primo toda la mañana..., toda la tarde, luego, en un mirador..., y por la noche, en la Glorieta, hasta las doce—en que se apagaban los focos y marchábase la música... Isa-

bel había perdido el gran temor que antes le inspiraban su madre, su padre, sus hermanos... Con una inconsciencia que delataba á la mujer enamorada, pasábase las mañanas al balcón, preguntando sin cesar por el primo...

Y hoy, esta mañana, Carmen, Flora y Angeles, la miraban desde el piano, espiar por el mirador de la esquina «¡Anda, mujer, vuelve la hoja... Otra vez: veréis... ¡Tú, Angeles, fíjate más», y se guiñaban los ojos significativamente...

Comprendieron que venía Juan por la movilidad y excitación de «ella». Se arreglaba los pliegues de la falda, los collares de oro de su garganta bellísima. —«¡Ya viene Juan!»— dijo volviéndose, y procurando dar á su voz un tono indiferente... Su madre se bañaba... Su padre estaba hoy, como siempre, por los campos...

—¡Hola, nenas, buenos días...

Las otras suspendieron un momento el piano. Juan é Isabel, á los dos minutos, charlaban en el mirador...

El poeta hablábala de Madrid, de sus versos, de su vida... En los doce ó quince días que llevaba en Sandofim la había ido contando sus primeras ilusiones en la corte, sus trabajos, luego, su desilusión al ver que triunfaban los necios con dinero, los imbéciles..., que se abrían las puertas de los grandes diarios y de las revistas más prestigiosas, para gentes ineptas, para hombres de una estupidez increíble, mien-

tras los verdaderos artistas, los poetas delicados y los pensadores permanecían en la obscuridad..., solos, sin apoyo ni ayuda de nadie... Y al decir esto el poeta, le ponía á su prima el propio ejemplo de su lucha: en Madrid, sus versos del alma, no llamaban la atención de nadie, no eran apreciados en las Redacciones, ni en los círculos..., que, en cambio, llenaban de gloria y de prestigio á imbéciles y simples porque tenían automóvil... Muchos de los prestigios literarios que circulaban por provincias con la aureola de la Fama y del Talento, eran falsos, mentidos, levantados en Madrid á fuerza de dinero... En cambio, Juan citábale á Isabel nombres de muchachos casi desconocidos, que merecían ocupar altos sitiales en la Literatura... y que en Madrid se morían de hambre... El hombre noble, bueno, de una inteligencia superior, llegaba á triunfar, pero á la larga, después de un verdadero calvario de hambre, de humillaciones y de persecuciones de los ineptos... El talento, para abrirse paso, tenía que derribar una muralla enorme de gentes imbéciles y simples... Un muchacho desconocido no podía mandar á los periódicos, á las revistas, una poesía, un artículo bien hechos, porque se lo rechazaban...

Así, esta amistad purísima de los dos, esta compenetración de sus almas y sus espíritus había llegado á ser tan grande, que Juan, tan orgulloso y altivo, llegó á contar á Isabel su casi

fracaso de Madrid, su terror á un porvenir incierto, su ligera fe en un triunfo que veía remoto... Ella, sin embargo, infundíale esperanzas. «¡ Oh, no, Juan ; tú vales, tú eres un sabio, tú llegarás muy lejos.» Los ojos, con su lenguaje profundo y sincero, infundíanse mutuamente fe y apoyo. Noroña, hoy, como desde hacía tres días, hablaba á Isabel de su falta de un afecto inmenso que le ayudara á luchar.

—¡ Y, sin embargo, Isabel, yo he creído siempre—ya ves tú, yo que tengo fama de ser poco enamorado—que es el amor lo que infunde á un hombre el soplo de la Gloria, de la Fama, de la Inmortalidad... Aunque no te lo creas, en Madrid, en Montemor, cuando he querido hacer un buen verso, me acordaba de ti siempre... ¡ No, no te rías ! Es... no sé qué culto que desde muchacho me inspiras tú... ¿Te acuerdas ! Te lo he contado. Cuando vine por primera vez á Sandofim, desde Saucedos, y te vi en casa del abuelo Juan, experimenté la más grande emoción de mi vida. Ibas con el pelo suelto, toda llena de lazos... Desde entonces, Isabel, tu recuerdo ha ido conmigo á todas partes... En Madrid, en medio de mi lucha, te he recordado siempre como lo único bello y bueno y amable de mi existencia...

—¡ Ooh...

—¡ Sí, de verdad. No sé si será porque soy algo romántico ; pero es lo cierto que tú has sido siempre mi musa. De chiquillo, te acuerdas,

abajo, en el comedor, yo hacía versos mirándote...

Sonaba el piano. Tenían esta mañana para Isabel una dulzura inefable las palabras de su primo. Era como si una lluvia benéfica fuese cayendo muy mansamente sobre una tierra abrasada... Los ojos de Juan, fijos en los suyos, íbanla diciendo toda la grandeza y la pureza de aquel amor tan antiguo...

—... todos están inspirados en ti, inspirados por tus ojos, Isabel, que yo tanto quiero... Porque, y tú lo sabes, yo te quiero desde niño, porque tú fuiste para mí como una aparición de ángel blanco que me besaba la frente por las noches... Yo te quiero, como tú me quieres... Nos queremos desde que nos vimos... y hemos hecho mal en no confesarlo alguno de los dos antes... Nos lo decían nuestros ojos, que lloraban de amor al verse... Nos lo están diciendo ahora, desde que estoy en Sandofim... Y yo he venido, sábelo, por ti, Isabel... á decirte esto, que nos queremos, que nos queremos desde antiguo y no lo podemos callar más...

La lágrima que temblaba en los ojos de ella, cayó, al fin, sobre la nube blanca de su seno. Huyó... á llorar. El poeta quedóse impregnado de dulzura, de la belleza de ella, de la nobleza de ella... Demás habíanle dicho aquellos ojos negros y profundos el amor divino que los abrasaba...

Por la tarde, en la pequeña habitación de la costura, lloraron juntos... y Juan iba depositan-

do sobre el hombro de la amada rosarios de besos y de lágrimas...

... ...

Una vida nueva, blanca, fuerte, empezó desde aquel día para Juan. Su ambición, sus anhelos, sus esperanzas, tomaron un sereno cauce. Veía su porvenir de un modo claro y tranquilo. Con Isabel, con el amor altísimo de ella, él arrostraría todos los peligros y vencería todos los obstáculos.

Una paz, una dulzura..., una sensación de felicidad tan grandes que, como decía el poeta, «le dolían» de puro intensas. Las mañanas, las horas, la existencia, en fin, no eran ya para él más que una dulcísima sucesión del Tiempo envuelto en el Amor. Todo blanco. Todo bueno y noble. Amaba las cosas como jamás las había amado. Miraba á los demás hombres con conmiseración, aun á los ricos, aun á los más poderosos...—seres infelices que no poseían el bien inefable y altísimo de un Amor inmenso como el suyo... Dormía como un niño, y en sus sueños, la imagen de la Excelsa, de la Altísima, de la Pura y Buena, pasaba envuelta en nubes blancas y rosadas sobre su lecho...

Los días, las noches, hasta las doce, eran una perpetua fiesta para su espíritu antes lacerado. ¡Siempre con ELLA! ¡Siempre junto á ELLA! Sus hermanas, cansadas de vigilarlos, se iban por los balcones, por los miradores..., seguras de que nada se les importaba á «los novios» su presencia. Unas charlas ahora, llenas

de promesas y recuerdos. Los dos se habían querido siempre, siempre, desde que se vieron. Isabel, vencida por el amor su cortedad, le hablaba á Juan de que «le esperaba», de que sabía que «tarde ó temprano habrían de ser el uno para el otro»...

—¡ Oh, sí, Juan ; te quería con toda mi alma, y tú no te puedes figurar lo que yo he sufrido por no poder decírtelo..., lo que yo he llorado sobre tus versos, sabiendo que muchos eran para mí...

—¡ Todos !

—¡ Bueno ! Mira, cuando publicaba alguno el periódico de aquí, ó los de Murcia ó Albacete, yo los leía, los guardaba, los llevaba conmigo muchos días, meses en ocasiones, como si llevase algo tuyo. Ya los viste, los tengo todos... Por eso, cuando mi madre empezó á decir que quería que vinieses esta feria, no te puedes figurar mi emoción. Lloraba, me escondía. No sé cómo mis nenas no lo supieron antes...

—¡ Oh, Isabel ! ¡ Qué hermoso premio á mis dolores y amarguras, tú ! Cuando yo andaba por Madrid, casi errante, solo..., tú siempre me acompañabas. Yo también tenía esa certeza. No sabía cómo iba á venir y decírtelo, pero estaba seguro de que tenía que suceder. Para ti mis versos, para ti mis ilusiones, mi ambición..., todo lo dirigía yo á ti...

Aquí, en la Glorieta, caían las sillas de ellos y de las hermanas y amigas de Isabel en la penumbra de unos sauces. La luz intensa y blan-

ca de los focos trazaba sombras festoneadas sobre la arena de los paseos. De vez en vez, entre la turba de gentes campesinas, llenas de refajos y zarcillos, cruzaba un grupo de muchachas de Sandofim—sueltas las trenzas, al aire los brazos, sonriendo entre polluelos que acababan de regresar del Instituto con el segundo año aprobado... Por las sillas, gentes graves, en corros: el teniente de la Guardia civil con su esposa, el bruto alcalde, «Tadeo» («¡¡Otros más burros que tú lo han sío!!— le contaron á Noroña que le contestó un concejal á Tadeo el riquísimo cuando fueron á ofrecerle la vara y la rechazó sonriendo y alegando su «farta de letras pa ser arcarde»), el juez, el registrador, con sus familias... los fuertes propietarios... Ellos mirábanse las almas en los ojos... cambiábanse reliquias... Sus espíritus estaban lejísimos de esta ridícula y pretenciosa feria provinciana, de esta horrenda banda municipal, compuesta de todos los zapateros y tenderos de Sandofim, que descargaban sin piedad sus pimporrazos desde una especie de altísimo patíbulo..., del insulso aburrimiento con que las muchachas, cogidas del brazo, iban dando vuelta á los paseos...

Y las muchachas, solas.

Los muchachos, en grupos por las sillas, reían socarrona y bárbaramente de las modas extravagantes de las pollitas casaderas. Isabel le había explicado á Noroña (aunque ya éste conocía de antiguo el espíritu avaro de todos los habitantes del pueblo) que en Sandofim no se hacía una

boda siquiera por amor. Aun así, eran rarísimas. Los muchachos de carrera buscaban en los cercanos pueblos hijas de ricachos. Los que estudiaban, permanecían eternamente célibes, con una querida en casa y otras tres ó cuatro por el pueblo y los cortijos.

—¡ Un asco, sabes?—decíale Isabel á Juan— ; si les preguntas á los muchachos, ¡ vamos, lo que es natural, lo que se pregunta á un joven !, «¡ y qué, ¿tienes novia?», «¿te casas?», te contestan : «¡ Yo, quia ! ¡ Por aquí no hay dos perras, tol mundostá ruinao...» ; porque no, no conciben que se pueda querer á una mujer, á una muchacha, ¡ ya ves, tanta muchacha guapa como hay en Sandofim !, sino por su dinero... ¡ Qué asco !...

—¡ Oh, sí, qué asco !...

El tenía entre sus manos, amorosa y castamente, una mano de ella. La apretó. La estrechó, comunicándola el alto y noble culto de su afecto puro y grande, enorme, de su amor como divino. ¡ Oh, ellos !...

—Y en cambio, nosotros, Isabel, alma de mi vida, que nos amamos por encima de egoísmos y cosas bajas de la tierra, y olvidamos, mirándonos, que hay en el mundo castas y jerarquías... sin admitir más que la noble y hermosa distinción de «seres que quieren» y «seres que no quieren»..., nosotros que...

VI

Los campesinos, las muchachas también, por entre los sarmientos, suspendían un instante la tarea para gritarle bromas. «¡ Qué, señorito, ¿se cansa?»... Sus primos, Pablo sobre todo, venían de rato en rato, á ofrecerle un racimo color de ámbar... Isabel, puesta como sus hermanas y algunas íntimas amigas de gran sombrero de pavera y alpargatas, vendimiaba con lentitud las cepas cercanas á Juan. El, se reía.

—¡ Qué piensas ! ?—oyó, de pronto la dulcísima voz de ella, por entre los pámpanos.

Le miraba fijamente, y fuera inútil que él dijese, en excusa, que «pensaba el verso que escribía»... Sus ojos, fijos en el cercano pinar de Santa Ana, tenían una expresión de amargura melancólica...

—¡ Oh, alma... ¿qué voy á pensar... En ti ! En lo que te vengo diciendo estos días ; en que me voy, sabe Dios para cuánto tiempo..., en que volveré tarde ó temprano si tú guardas mi cariño y mi recuerdo... ¿No te sientas?

—¡ No, Juan, nos ven... Pero, ¿por qué me dices eso?... ¡ Tú me crees capaz de olvidarte, á ti, que eres ya mi luz, mi alma, lo más her-

moso de mi vida... ¡¡Me das pena, mucha pena..., como si tú dudaras de mi cariño...

—¡No, Isabel... pero... ¡quién sabe! ¡No me voy para un año, ni para dos, ni para tres..., sino para diez, para quince, tal vez para veinte ó treinta... ¡Tendrás tú fuerza y amor para esperarme...

Lloraba ella, y se agachó por esconder sus lágrimas entre los pámpanos y los racimos. El, con ternura, dióla un beso... otro después... otro... Seguía sollozando allí, quedamente, con aquel llanto que acudía tan presto á sus pupilas medio hundidas y sin brillo... Cogió una mano de Juan y la besó á su vez.

—¡Oh, Juan, no me digas eso... ¡Ya tengo bastante amargura con perderte ahora, con separarme de ti... Tú eres mi vida entera, mi ilusión, mi fe, mi única esperanza... ¡¡Comprendes que, después de haberte querido, pudiera querer á ningún palurdo de Sandofim ni de ningún pueblo?... ¡Oh, Juan!...

La llamaban y se fué. El quedóse con la impresión de sus besos en los labios, y de su amor purísimo en el alma. ¡Le quería! ¡Le adoraba! Jamás supuso que pudiera llegar á establecerse entre dos espíritus una compenetración tan grande. Dos meses..., un poco más, juntos, novios, y ni un secreto, ni una duda, ni un pensamiento del uno oculto para el otro... Desde lejos, á veces, se sonreían..., y se comprendían. Su charla era una comunión purísima. «Nosotros, Isabel—le había dicho el poeta al día si-

guiente de ser novios—, somos dos pájaros que se buscaban y que se han encontrado bajo las ramas de un mismo árbol»... Ella le comprendía, le adivinaba de tal forma, que, á menudo, Noroña extrañábase de oirla decir. «¿Por qué pensabas antes tal cosa?»... En la mesa, delante de sus mismos padres, si él buscaba algo con los ojos, Isabel, con cariñosa solicitud, se levantaba á buscarlo... Reñía á las criadas si no servían bien y pronto al adorado... Y sus ojos y su espíritu seguían á Juan por los miradores, por el piano, por el huerto..., por donde quiera que él iba...

—¡Mira, alma—habíala dicho Juan—; te quiero tanto, que, ¡¡ya ves si eres hermosa, ya ves si sería mi mayor placer, la mayor hermosura de mi vida, tenerte mía!..., pues bien, aunque te me ofrecieras, yo no te tomaría ahora, para no amargarte con mi pobre posición unos años la existencia...»

Ella le besó las manos. «¡Tú, Juan mío, eres mi Dios! ¡Si tú quisieras mi muerte, me mataría; si quisieras mi carne, mi cuerpo, te lo daría para testimoniarte que te adoro... Una palabra tuya, me enloquece, me emborracha, me llena de dolor ó de felicidad... ¡Tú eres mi fin...»

Un vigor, una fuerza nueva, una vida nueva, había ido despertando Isabel, con su amor altísimo, en el alma delicada de Noroña. Escribió más versos en aquellos dos meses y pico, que desde hacía dos ó tres años. Su amor le hacía valiente, audaz. Por las noches, al separarse de

Isabel, lleno de los besos que ella le iba dando por la frente, por las mejillas, por las manos, y que él devolvía de un modo purísimo, sujetando sus instintos por no manchar á la Excelsa con la duda siquiera de bajas intenciones, pensaba en su alcoba, largamente, en la necesidad de crearse con rapidez un porvenir... ¡para ella! ¡Oh, sí, una posición, para ella, para poder tenerla eternamente á su lado, rodeada de comodidades y de amor... Entonces empezó Juan á pensar en volverse á Madrid de nuevo... Nada de Montemor, donde la vida transcurría dulce y sencilla entre pinares, pero donde tampoco se obtenía un premio ni un triunfo positivos: Madrid. Madrid, con sus días grises, su soledad, su miseria, su lucha sin cuartel, su desamparo, sus persecuciones..., pero donde también se triunfaba á fuerza de constancia y trabajo. Iría á Madrid. Aceptaba los horrores que ya conocía de la corte, en cambio á que eran el camino para llegar á unirse á Isabel para siempre. El amor, había despertado su ambición. ¡Ser muy rico, muy considerado, muy popular..., para llegar algún día á tener derecho á decirle á ella: —«¡Mira, ven á mí; yo he conquistado, para defender tu amor y mi amor altísimos, una posición humilde, pero alegre, una fama, un prestigio...»

Se lo dijo á ella, y lloraron juntos..., «por tantas horas de ausencia y de lágrimas como habrían de arrostrar...» Esto no obstante, Isabel comprendía la necesidad de aquella separación.

Y se pasaban desde entonces cambiándose reliquias, conviniendo la mejor manera de escribirse..., haciendo combinaciones sobre futuros viajes que Juan podría inventar para venir á Sandofim todos los veranos...

Su amor convertíaseles en su martirio. Un martirio dulce, aceptado por cada cual con un heroísmo melancólico. Lloraban mucho, juntos, escondiéndose por los rincones y los paseíllos del huerto de la casa de ella... Al principio, Noroña quiso marcharse el 18 de Septiembre; pero hubo de desistir ante el dolor de Isabel y ante su propia pena... Además, la tía Consolación, llena de dulzura, se opuso terminantemente á que se fuera antes de que terminase la vendimia...

¡La vendimia!...

Ya habían caído, uno por uno, los racimos de casi todas las cepas de tío Pablo. Estas en que estaban hoy las cuadrillas de jornaleros y muchachas, representaban la última esperanza de ellos dos..., la separación sin dilaciones ya posibles...

Pasaban..., seguían pasando las mujeres con los corvos, hasta el carro, hasta el camino... Isabel, acercábase á Juan con el menor pretexto, y hablaban, hablaban, sin término..., cambiábanse el espíritu en miradas hondas y profundas...

Obscureció..., y partieron todos hacia el pueblo. Ellos dos delante, casi cogidos del brazo, con la angustia de los últimos días juntos, en el

alma. Ya había fijado la partida Noroña, definitivamente, para el 27 de aquel mes de Octubre. Hoy, 24. ¡ Tres días, pues, tres días sólo en que versen y en que hablarse...

Aquella noche, á las dos, aún estaba Juan con ella, por la salita «de abajo» de su casa, de vuelta de la Glorieta, ya desanimada y sin música. Al siguiente día, él, á quien costaba un trabajo enorme levantarse algo temprano, á las seis ya estaba charlando con ella, por el postigo de su casa... Los dos querían alargar los instantes que les restaban de estar juntos... Los hermanos de Isabel, las amigas, las mismas criadas, notaban la huella del llanto en la cara de los dos... No comían. Se sentaban en la mesa con todos, como siempre, pero apenas podían probar un poco de caldo, de sopa..., y, en cambio, sus miradas no osaban apartarse un solo instante... Isabel, á menudo, tenía que levantarse de la mesa... ¡ ¡ á llorar..., á llorar siempre !...

Los otros, es claro, habían notado esta pena de los dos, y la respetaban. Tía Consolación, muda y conteniendo las lágrimas, rumiaba también su pena, por ellos...

Pero llegó la víspera de la partida..., comenzó Juan á hacer brevísimas visitas á sus incontables parientes y amigos de Sandofim..., comenzó la prima Adela, y las hermanas y la madre de Isabel á preparar el equipaje del viajero..., ¡ y el viaje, al fin, se les imponía á los dos... Hoy, la víspera, cuando llegó Juanito á

casa de ella, estaba allí lo mejorcito del pueblo—á despedirle...

—¡Vaya, hombre, ¿conque te vas á Madrí?—preguntóle el bruto alcalde, Tadeo, desplomado sobre una mecedora—; ¡¡güeno, güeno! Pos mira que no te damos un susto tu primo Julio y yo ú Matías, el *Zarandeao*, er menor día que te lo pienses, porque me paece que vamos á tener que dir por allá...

La congoja de Juan era hoy tan grande, que apenas contestaba con una sonrisa nerviosa. Por los pasillos, por las rincones, sacaba los pañuelos de ella, los retratos, las medallas, las flores marchitas, y llenábalos de lágrimas y besos... Isabel parecía el fantasma de sí misma..., llena de ojeras, pálida, sin haber querido ni menio peinarse esta mañana, para testimoniar al primo lo poco que consideraba su hermosura sin él... Los primos, las primas, las amigas, los lejanos parientes, llenaban la casa toda, entrando y saliendo por todas partes...

—¡Oh, no, Juan mío, alma de mi vida—decíale ella ahora, aquí, en el cuarto de la costura, trémulas, entre las de él, sus manos frías—; yo no voy á la estación..., no puedo... Despidámonos aquí, ahora, por si no tenemos ocasión de vernos más...

El llanto brotó de sus ojos á ramales. Abrazados castamente, apoyando la cabeza en el pecho del otro, llenáronse de lágrimas. El fué besando uno á uno los dedos de aquellas manos finas, blancas como azucenas..., los rizos ne-

gros de su pelo, sus hombros que olían «á ella», á su carne joven, á la flor de su juventud... Después levantó su rostro, hasta apoyarlo en su brazo izquierdo..., y fué poniendo una corona de besos en las mejillas de ella, en su frente, en el cuello..., en toda aquella carne de la gloria tan amada, tan adorada por él... en sus ojos, ¡oh, sí, en sus ojos, muchos, muchos besos, en aquellos ojos tan dulces y profundos y acariciadores que serían en adelante su faro de Ideal, su luz en medio de las tinieblas de su vida... Bebía sus lágrimas... Obligábala á cerrar sus ojos negros con besos llenos de furia, de avidez... Sentía en sus labios la caricia de las pestañas de ella, de los párpados, la humedad caliente de sus lágrimas... Y, al fin, las bocas de los dos se unieron en un beso santo, grande, ávido de cambiar y fundir sus vidas..., que duraba, que duraba...

Fué ella la que rechazó el néctar de los cielos, dejándose caer, rota de llanto, sobre una inmensa butaca. Allí, le llamó.

—¡Ven, Juan mío!

Fué él. Y ella, con ternura de paloma, le cogió una de sus manos, le sentó sobre sus rodillas, le empujó sobre sus pechos poderosos—castamente.

—¡Oh, mi Juan, dime que me querrás siempre, que no me olvidarás nunca, que suceda lo que suceda te acordarás toda tu vida de esta mujer que te idolatra..., que es tu esclava, que es tu criada... ¡Dime, mi Juan, mi alma, mi fe, que no harás caso de las otras mujeres, ni

querrás á nadie, ni te olvidarás nunca de mí!... ¡Que algún día has de volver á este pueblo para que no nos separemos nunca...

—¡Oh, Isabel, te lo juro... ¡Siempre, siempre, mi alma ha de estar recordando esos ojos tuyos, que son el verdadero faro de mi vida... ¡Mientras viva, te he de querer, porque esto no es un capricho, ni una ilusión pasajera, porque tú sabes que yo te quiero desde que nos conocimos, y nunca...

Ciego de amor, unió nuevamente su boca á la de ella. Fué un beso mortal. Fué un abrazo enorme de dos vidas. El, inconscientemente, iba estrechando aquel busto duro y firme, que se le entregaba amoroso..., aquella cabeza que del frío glacial había pasado á un calor calenturiento, aquellos pies que ya se enredaban en los suyos... Palabras de amor y de pasión salían de los labios del poeta...

Pero..., de pronto...

¡Ooooh!...

Tuvieron que dar un salto y llegaron al balcón tambaleándose. Se había abierto la puerta de la habitación contigua, y ellos tuvieron que hacer un esfuerzo para aparecer tranquilos. Estaban los dos encarnadísimos. Una criada.

—¡Señorita, que vaya usté, que la llama su mamá...

No comieron tampoco. No osaron separarse ni un instante, cambiándose besos y más reliquias sin cesar...

Al día siguiente, ¡el último!, con estrellas ya

hablaban ellos dos, por la puerta del huerto. El tren se iba á las diez. Una congoja de muerte les apretaba la garganta. Por los rincones del comedor, por los muebles del pasillo, vió Juan, al entrar en casa de ella, á las siete, su maleta, su atamantas, las cuatro ó cinco cestas que Isabel le había llenado de frioleras y jamón y fruta...

Aún lloraron juntos... Pero ella, impotente para resistir la despedida, dejó que Juan besara mil veces sus inertes labios, casi fríos, y huyó á esconder su dolor y su llanto echada sobre su lecho...

Comenzaron á llegar primos, amigos, amigas de Isabel y de tío Pablo... El alcalde se opuso á que Juanito fuera á pie hasta la estación, como quiso el poeta para aprovechar el hermoso sol que lucía en un cielo purísimo...

—¡ Anda, quitallá, Juanito, nostharía mal der tóo, que tú te jueras á pata á la estación !...

Los hombres, en el porche, consultaban el reloj. Llegaron las tartanas, la galera del alcalde.

—¡ Vaya, querido, buen viaje y escríbenos...

—¡ Adiós, Juanito...

—¡ Adiós, primo...

—¡ Muchos besos á tu mamá y á las nenas...

Con él, en la misma galera de Tadeo, subieron su primo Julio, Tadeo, su tío Pablo y sus primos Pablo y Jorge...

Juan, conteniendo su congoja, miraba aquellos balcones, aquellos miradores de la casa de

ELLA!, donde se dejaba lo mejor de su vida..., sus horas más felices, su corazón y su espíritu ardiendo en una llama de amor..., ¡los ojos y la sonrisa de la idolatrada, que ahora ya buscaría por sabe Dios cuántos años, la caricia de las palabras y los ojos y los labios de él...

TERCERA PARTE

I

—¡La churreraaa!... ¡Que los llevo con porra y sin porraaaaaa!!...

Ya eran las siete. Pepe, por la fuerza de la costumbre, se incorporó, y llamaba á su hermano.

—¡Anda, Juan, Juanito, hombre, que va á ser tarde.

No respondía.

—Pero Juan, hombre. ¡Anda! ¡Si no, luego, el calor no nos va á dejar vivir...

El se vestía. Por el pasillo, por los enormes corredores volados de esta babel, circulaban ya los obreros y gritaban los chiquillos. Calle de Zurita. En cada piso un volado corredor daba vuelta á un patio enorme, profundo y cenagoso, donde constantemente se pudrían cogollos de col y papeles entre el agua atascada del grifo común para los ciento noventa vecinos... Los chiquillos, como los perros de Constantinopla, se odiaban mutuamente de piso á piso... Unas puertecillas bajas, ennegrecidas por el humo de los hogares, desembocaban en el corredor: eran las viviendas.

Viviendas míseras, sin apenas luz, ni otra ven-

tilación que la puerta que se asomaba al pasillo. Los obreros, las gentes bohemias que habitaban en la babel, pagaban dos duros, ocho y hasta siete y cinco pesetas mensuales...

—¡ No te vistes?...

—¡ Sí ; dame los calcetines.

Tiró Pepe de un cordón, y abrióse una diminuta ventanilla casi en el techo, y que se asomaba á un solar que era almacén de maderas. La habitación apareció revuelta y sucia. Huían los chinches—á manadas, en interminables cordones, á los que el poeta, con su resignación estoica, llamaba «compañías de dragones»... Las dos camas soportaban en sus barrotes de hierro, la ropa vieja y remendada de los dos hermanos.

—¡ Bueno, oye, di, Pepe, ¿qué habéis puesto de merienda?...

—¡ Pues na ; dos largos, queso manchego, longaniza y aceitunas. El vino lo compraremos al paso, en Atocha ó en las Rondas...

Se peinaron ante un pequeño espejo roto. Una jofainita, en la que apenas cabía un cuartillo de agua, hubo de bastarles para lavarsen ligeramente las manos. Juan, hacía chistes con melancolía.

—¡ La *toilette*, oh, monsieur... ¡ ¡ Qué lujuria tenemos, Pepe, qué lujuria...

Pepe cogió de una habitacioncilla contigua el paquete de la merienda. Se pusieron los sombreros de paja del año pasado, y, Juan un cuello limpio que compró la noche anterior, al cobrar su hermano. El poeta se despedía.

—¡Adiós, chinches...

Ganaron el pasillo. Pepe, sonriendo, entregó la llave de su casa á la señá Cirila, la mujer del albañil que les arreglaba las camas.

—¡Ea, buenos días, tome, la llave de la mansión...

—¡Sí, la llave del «Palacio de cristal»—dijo el poeta, comenzando á saltar, de tres en tres, los escalones.

Era en Mayo. La mañana, de un azul y un sol radiantes, iba lanzando gentes á las calles. En la puerta del inmenso caserón, un grupo enorme de mozuelos endomingados, corría persiguiéndose.

Salieron á Argumosa. Las acacias de la acera, florecidas, derramaban á su alrededor el regalo de sus flores.

—¡Qué, ¿vamos al Retiro?...

—¡No, á la vía—contestó Juan—; es más bonito, y, además, no hay canalla...

—Tienes razón.

En Atocha compraron el vino. Domingo hoy, los tranvías cruzaban atestados hacia las afueras. En el malecón, una fila interminable de obreros endomingados, miraba la descarga de los vagones... Subían los coches y automóviles de los hoteles, repletos de *Isidros*...

Era éste el paseo favorito de los dos hermanos soñadores. Méndez-Alvaro abajo, en un instante se encontraban como fuera de Madrid..., como lejos de aquel ambiente viciado y sucio de la urbe. Juan se desataba en denuestos y maldi-

ciones contra la «ciudad de mármol», aquella que hacía abortar los mejores propósitos y secaba los más grandes talentos. Ya seis años desde que volvió á la corte, desde Sandofim, con el propósito de vivir indiferente al medio de miseria y privaciones que le aguardaba..., seguro de no estar atento más que á su labor, á producir libros y más libros, de versos, novelas, como su hermano..., y nadie se fijaba en él, en ellos... Vivían con tanta ó más miseria como ocho años antes, cuando habitaban en la calle de la Fe con su hermana Amelia... Pepe, rodando de oficina en oficina, seguía ganando diez duros al mes... El, á temporadas, cuando había trabajo, ganaba dos pesetas en la misma oficina de su hermano. Pero eran pocas veces. De ordinario, habíanse de reducir al mísero sueldo del menor... En LA VOZ DE MADRID, adonde acudía el poeta por las noches, alababan mucho sus versos..., y no se los pagaban, cuando, de tarde en tarde, le publicaban uno...

La desilusión y la falta de fe, habían ido poco á poco matando los entusiasmos del poeta. Ahora le disgustaba su... profesión. A menudo, hablando con Pepe, lamentábase de que no tuvieran ellos unas pocas fincas en Montemor para poder vivir allí..., y mandar al cuerno periódicos y revistas y señores graves que le llamaban á uno «amigo» y «querido» á boca llena, y no le ayudaban á subir...

Del Madrid que venía con él en el corazón al regresar de junto á la Excelsa—sólo le restaba

ahora un Madrid mísero, frío, cruel, donde, como en las charcas cenagosas, únicamente florecían plantas del mal... Aquí, era inútil perseguir un fin alto, un ideal noble y bueno y grande, por el camino del trabajo, de la virtud, del heroísmo ó el sacrificio: inútil. Bien inútil. ¡En cambio, se veía por doquier el vicio y la maldad triunfantes, la imbecilidad llena de prestigio y la barbarie aclamada y endiosada por el pueblo... ¡¡Un ansia brutal de huir de esta ciénaga hedionda, hacia las pinares de Montemor, hacia las riberas del río, había ido ganando el espíritu manso y sencillo de los dos poetas...

¡Con qué entusiasmo, con qué noble estímulo, al regresar de Sandofim Juan hacía seis años, había emprendido la tarea de hacer versos!... ¡Versos, muchos versos!... Las noches—sus horas favoritas de trabajo—(libre de los ruidos de aquellas casas de obreros donde siempre habían vivido), pasábalas vertiendo á las cuartillas, á la luz de una vela ó un quinqué, delicadezas y observaciones de su alma... Hizo un libro..., dos, tres, cinco... hasta siete, de versos. Luego, tres novelas. Su hermano escribía también, novelas solamente, y ya tenía de ellas, en un cajón bajo la cama, los borradores de nueve... Pasaron dos años... tres años. La miseria, el ambiente triste en que los dos vivían, solos, sin amigos, sin el más pequeño goce en medio de la ciudad llena de fausto... ; las hambres al final de los meses, cuando se terminaba el escaso dinero de Pepe..., fueron poco á poco matando

sus entusiasmos. Los editores, cuando les ofrecía una obra, se la devolvían, llenándole de elogios, y aconsejándole «que trabajara unos años más...» No editaban más que á gente de fama hecha, sobre seguro..., á escritores ó poetas que ya habían pasado su juventud llena de miserias, y ahora ganaban miles y miles de duros con cada libro... pero cuya fama se la debían á haberse editado por sí mismos las primeras de sus obras... Pepe y él, al final de los meses, tenían que dedicarse á «cazar amigos», para pedirles un duro, dos pesetas y cenar unas judías en las tabernas de los barrios bajos... El Tiempo, con su sabia experiencia, fué enseñando á los dos soñadores el verdadero fin de la vida... —«¡ Oh, Pepe—habíale dicho en muchas ocasiones á su hermano el poeta— ; qué lástima que nosotros no fuéramos uno de esos muchachos del pueblo, á quienes mandan sus padres á estudiar aquí á Madrid..., siempre con el bolsillo repleto de duros, limpios y elegantes, la casa pagada y la mesa puesta... ¡ Verías cómo entonces nuestros libros salían á luz, y todos los canallas que hoy nos pisotean y nos desprecian nos adulaban... «¿ Cuánto ganas ?»—es lo primero que se te dice en el mundo, en todas partes... ¡ Oh, qué asco ! Aunque seas el más bueno de los hombres, el más sabio, el más alto, se te pisotea, se te arrastra... ¡ En cambio, que te miren un duro en la mano : ¡ ¡ oh, el señor !, «ese es mu señor, mu señor..., no es gente de esa de la calle, desarrapaos...»

Pepe sentía por su hermano una admiración sin límites, viendo en él al hombre grande crucificado por un ambiente de miseria. Le dolían las escaseces, más que por él mismo, por su Juan, y lo alentaba con su ejemplo á que siguiera escribiendo libros y más libros. —«¡Tú vales, Juan, tú trabaja; si no es hoy, será mañana, pero llegarás...» Y, para estimularlo, citaba de memoria alguno de los mejores versos de su hermano mayor. Pero el poeta, desde tres años atrás, apenas cogía la pluma. La ciudad, el ambiente de indiferencia y de olvido, la miseria de los dos, los desengaños, las humillaciones, habían ido enterrando sus grandes deseos de triunfo... Ahora ya, cuando hablaba con su hermano, ponía su ideal en «una conciencia tranquila, junto á un hogar lleno de lumbre». Era un escéptico. —«¡Desengáñate, José: yo ya no tengo otra aspiración que vivir en el pueblo, con cuatro terrones, mis libros favoritos, en una buena casa, rodeado de todos vosotros, que sois los que me queréis, el plato lleno y la copa llena. Lo demás, como dijo el filósofo, «es nada»... ¡Dinero, dinero! ¿Cuándo hemos sido nosotros felices un instante? Cuándo tú ó yo hemos cobrado unos duros, y hemos podido satisfacer nuestros gustos ó nuestras necesidades, y hemos comprado un sombrero ó un traje nuevo, y hemos asistido á un concierto de buena música, ó hemos realizado un viaje de recreo... ¡Cuándo, no, ¿qué hemos tenido?... ¡Disgustos, miserias,

humillaciones, lágrimas, amarguras, ¡nada más!...»

Lo que colmó el vaso, lo que desengañó en absoluto al poeta, haciendo de él un verdadero apóstol del pesimismo más formidable, fué un suceso ocurrido hacía cuatro años, á los dos de estar en Madrid nuevamente. En Sandofim, cuyo periódico EL HERALDO le enviaban, hubo, por rarísima excepción, una boda de rumbo. La hija de un ricacho de allí, se casó con el hijo de un ricacho de Yecla. Los padres de ella tiraron la casa por la ventana. La fiesta, celebrada en el teatro de Sandofim, tuvo todos los caracteres de la cursilería : versos horribles dedicados á la novia por un hortera-vate ; las muchachas, con flores en la cabeza y trajes de corte ; cuatro bandas de los pueblos vecinos—y, en fin, hasta discursos del alcalde—(el Tadeo aquel), el juez, Julio, el primo de los Noroña y el director de EL HERALDO. Los dos hermanos, á los pocos días leyeron en el periodiquillo del pueblo la cursilería de la fiesta... Pero..., ¡nada, bien!

Sólo que, al mes siguiente, uno de los amigos de Juan, Cosme, de Sandofim, vino á la corte para asuntos de su padre. Hijo de otro ricacho del pueblo, se encontró á Juan y lo convidó á comer. Hablaron. Cosme hizo reir extraordinariamente al poeta relatándole detalles de la boda célebre. «La hija de Tadeo, la mayor, le pisó *el rabo* á una hermana del novio, y le rompió el traje por la espalda...» «Ramón, el de la viuda, estuvo bebiendo champán («¡ya ves

tú, champán, con lo caro que resurta») toda la tarde, ¡el colmo!, en su sombrero...» Al fin, tras relatar no pocas gracias de los pueblerinos, de mal gusto, le espetó. «¡Pues anda, que tu prima Isabel, bien que aprovechó la fiesta con Jacinto, el de Cieza...» Y como el poeta se extrañara, Cosme le contó que Isabel, «su ideal, su vida, su esperanza», habíase pasado toda la tarde de la boda charla que te charla con Jacinto, un hijo de otro ricacho de Cieza, y que casi habían quedado novios...

Noroña explicóse entonces la razón por la que ella tardaba tanto en contestar á sus cartas..., y, sin querer saber más, la escribió una larguísima, llena de ironía, «deseándole muchas prosperidades y suertes con aquel muchacho *tan rico*. —«¡Haces bien, Isabel; yo no hubiera podido ofrecerte nunca más que una quimérica posición el día mañana...»—. Y ya no quiso Juan, en su altivez, en su enorme amor herido de muerte, contestar jamás á la carta, á las cartas en que ella, con frases salidas del alma, se sinceró ante su novio. ¡El amor de Juan había muerto!...

Desde entonces, el poeta, había caído en un pesimismo desolador. Hizo algunos versos aún; pero al año siguiente dejó definitivamente de escribir. Todo le parecía despreciable. Todo lo veía manchado, indigno. ¡En su vida no restaba nada que no lo hubiera pisoteado el mundo!... ¡Un asco, una indiferencia invencibles, se aposentaron en su corazón...

Cruzó un convoy, rapidísimo, por el alto terraplén. Los Noroña lo miraban con envidia. Como casi todos los domingos en que les cogía con algún dinero, éste lo pasarían aquí junto al terraplén de la línea férrea. La soledad les encantaba. Madrid, permanecía empequeñecido por la distancia, envuelto en humo y neblina, sin hacer llegar hasta ellos más que un sordo rumor de su vida de engaño y miseria... Juan, en muchas ocasiones, hablaba á su Pepe de LA CIUDAD DE LAS SIERRAS, de Eça de Queiroz..., de JARRAPELLEJOS, de Trigo. ¡La ciudad! ¡Fermentación de todos los males, nido de mentiras y traiciones, lugar maldito, de vicio y de miseria!... Ellos se salían al campo, por aquí, por la vía, porque representa algo, esta huída de los trenes hacia el horizonte cándido, la huída que ellos intentaban hacer de un modo definitivo y para siempre de la urbe maldita...

Llegaron cerca del depósito de máquinas, y se sentaron á la sombra de tres ó cuatro acacias florecidas. En el terraplén habían reventado los lirios... La primavera había hecho estallar por entre los sembrados raquíticos, miles de amapolas y flores silvestres...

... ...

Tres meses después, en Agosto, los Noroña recibieron una carta de Sandofim. Del primo Julio. Abogado y secretario del Ayuntamiento, les decía que llegaba con el alcalde, Tadeo, á resolver asuntos del pueblo.

Aquella noche, cenando los dos hermanos en la taberna, el poeta le leyó la carta á su Pepe.

—¡Pues mira, lo siento, pero no puedo bajar á la estación! Mañana es 15, y tenemos que cerrar algunas cuentas... Irás tú...

—¡Sí, bueno, yo iré. Ya comprenderá el primo Julio que tú no puedes dejar tu obligación.

A la mañana siguiente, á punto de las siete, estaba Juan en los andenes del Mediodía. No se acostó aquella noche. Cuando su hermano retiróse á su casa, desde el Prado, donde estuvieron disfrutando la caricia de un vientecillo fresco, hasta las doce, él se marchó á la Redacción de LA VOZ. No le pagaban, pero al menos allí tenía cuartillas, luz, algún desocupado despacho tranquilo y limpio... A más de ello, á cosa de las dos ó las tres, alguno de aquellos redactores fastuosos millonarios que escribían imbecilidades y pasaban las noches de juerga, convidaba á boquerones, á café, á bocadillos de jamón regados con rioja...

Se hizo atrás. Un tren de vagones colosales había enfilado una vía. Entró bajo la inmensa techumbre de cristales... y, al momento, estuvieron los andenes llenos de una multitud de viajeros bien vestidos, que porteaban maletines y atamantas y cabás lujosos... Era un exprés... Noroña pensó con melancolía en lo dulce y amable que era para estos hombres mimados por la fortuna, la existencia... Al otro lado de la estación, los automóviles de los hoteles, los conducirían á habitaciones de la gloria... Cambia-

ríanse de traje... visitarían en coche la ciudad, entrarían en los comercios y disfrutarían lo que se les antojare... Sobre su mesa de platos suculentos, entre el rebrillar de las botellas de vinos aromáticos y espumeantes, unas cuantas flores caerían con languidez sobre el mantel limpísimo...

Se había quedado casi desierta esta parte de los andenes. En cambio, al otro extremo, un grupo de gente, anunciaba la próxima llegada de otro tren. El, aburrido y muerto de sueño, se sentaba en los bancos de madera..., volvía á pasearse al rato sin dejar de consultar los numerosos relojes de la *gare*. Un sol bárbaro caía sobre los andenes de fuera y la boca de la inmensa techumbre de cristales...

Otros dos correos aún (el de Extremadura y el de Barcelona)..., y *el suyo* que llegaba. «¡ Sí, señor, el de Cartagena !», contestóle á Juan un empleado. Y era interminable la fila de vagones. Traía dos máquinas colosales, materialmente cubiertas del polvo de las carreteras... Por las ventanillas asomaban los segadores, las gentes de pueblo, con sacos, con banastas...

El poeta miraba á las ventanillas... Vendrían ellos en segunda, seguramente... Y, de pronto...

—¡ Eh, eh, Juanito...—le llamaron. Reconoció á su primo Julio, por entre el polvo y el carbón, á Tadeo («¡ caramba, más gordo»)...

Paró el tren y se abrazaron. Para salir de la estación hubo que sostener casi una batalla con los sacos y herramientas de los segadores...

—¡Hola, hombre, Juanito, ya nos tiés aquí—decíale saliendo de los andenes el alcalde. Julio, que iba algo delante de ellos, se volvió para recomendarle á Tadeo.

—¡Llevas el billete en la mano?... Mira que nos lo exigen ahora...

—¿Hay esta tarde corría?—preguntó al poeta el animal.

—No, señor.

—Tratos sí c'habrá...

—¡Sí, señor, sí que hay teatros...

Pero tuvo que acudir Julio, casi corriendo, para que el *auto* del hotel Inglés no matara al alcalde, que estaba junto á la acera.

—¡Pero, hombre, ¿no ves que te va á matar?...

—¡Que me va á matar, Julio, aquí el amigo...

Le sonrió al chauffeur.

—¡Bueno, mira, Juan, qué te parece! Queremos ir á LA PROVINCIA, una casa de huéspedes que tiene aquí Celedonio, el muchacho de la Bartola... ¿tú no lo conoces?... Bueno, pues sí, ¡un muchacho muy bueno, muy buena persona, pero mala cabeza!, en fin; es en la calle del Conde de Romanones, 12. ¿Qué coche tomamos?!...

Hubo que sostener una batalla con los cocheros. Al fin, un simón los subió rampa arriba.

Julio le daba detalles del viaje al poeta, le preguntaba por su hermano, por su familia.

—¡ Qué, hijo, ¿no vais este verano á Montemor con vuestra madre?

—¡ No, señor. El año pasado perdimos tres ó cuatro meses de trabajar por estar allí...

El alcalde iba silencioso, sacando la cabezota enorme por ambos lados del simón para mirar las casas...

—¡ Pos y esto las mujeres tan compuestas !... ¿Es c'hoy es fiesta aquí?...

—No, señor...

—¡ No, hombre, Tadeo, por Dios... ¡ Que van á sus asuntos arregladas, limpias...

Los coches y automóviles, sobre todo, chocábanle por su número.

—¡ Cucha, pero cucha, Julio, qué jaleo de coches y tomóviles... ¿Güeno y toasta gente aonde va, Juanito?...

—¡ Pchs, á sus casas, á los hoteles...

Al pasar por Neptuno la enormidad del Palace-Hotel, le colmó el asombro, haciéndole abrir medio palmo de boca.

—¡ Várgame Dios, Julio, qué fonda... ¡ Claro, pa condeses y duqueses... ¿Y esto qués?

—Esto—respondió Julio entornando un ojo para que lo viera Juan—es Neptuno, el Dios Neptuno, un *rey* de la antigüedad... ¡ una cosa que á ti no te importa...

Rió Tadeo, murmurando un «güeno!» que hizo á su vez sonreir á Noroña y á su primo. Julio, después, dando afectuosas palmadas en los muslos enormes de Tadeo, le iba enseñando los edificios y las cosas notables, de las que aún

tenía vago recuerdo de sus lejanos tiempos de estudiante...

—¡Mira, Tadeo, el palacio de la Squilache que esté en gloria... ¿Y esto qué es, Juanito?...

—Una casa, una casa de alquiler...

Les chocaba—á Julio mismo que hacía más de quince años que no había estado Madrid.

—Mira, Tadeo, las Cortes, el Congreso... ¡Ya hace, ya hace tiempo que yo no he estado en Madrid; pues mira, Juanito, desde que tu pobre padre fué á Saucedos...

Embocaron, por Cruz, á Carretas, y, en seguida, á Conde de Romanones. El alcalde tuvo un nuevo asombro con el ascensor. «¡Coña, Julio, si tuviamos uno destos pa subir á la cresta del *Picuelo*, por mis fiñas»... Una linda criadita les condujo á alcobas confortables que tenían balcones á la calle. El alcalde, inmediatamente se salió al de la suya, para mirar al barullo aquel que tanto le chocaba.

—¡Pero hijo, Juanito, recontra, tanta gente, ¿están asín siempre las calles?... ¡Várgame Dios!...

Julio dijo á Juan que iban á dormir un poco. El poeta se marchó entonces.

A las cinco, según habían convenido, volvió para acompañarlos. Su primo estaba acabándose de vestir. Tadeo, que parecía aún más grande y voluminoso enfundado en un traje negro que acababa de estrenar, habíase puesto otra vez al balcón. Julio, sonriendo con su primo, le explicaba.

—¡ Es un buen hombre, un infeliz ! Riquísimo, ya sabes. Nada más que en naranjas, coge todos los años ochenta ó noventa mil duros. Tiene además trigo, y aceite, y esparto, y el delirio... ¡ Ahora, que ¡ simple ! Allí lo tenemos de alcalde porque, excuso decirte, los cuatro que tenemos carrera, dirigimos... Si no él... ¡ ya ves tú !...

—¿ Y qué os trae á vosotros por aquí, primo?

Se acercó Julio hasta él, poniéndose el chaleco de su traje nuevo, y díjole en voz baja, con una sonrisa.

—¡ Pues, nada ! Que en el pueblo no hay trabajo, que hay una crisis tan grande, tantos braceros parados..., y, en fin, á ver si nos conceden algunas obras públicas. ¡ Ya ves tú, á remediar el hambre, y se ha traído el alcalde en el bolsillo las únicas dos mil pesetas que había en la caja...—Bajó la voz, y añadió : —¡ Na ; á resolver unos asuntos de Tadeo, que se ha empeñao en que venga yo con él...

Hubo una pausa. El primo poníase la chaqueta ante el espejo de luna del armario. Noroña, asombrado, preguntó.

—Pero, bueno... oye, primo, ¿no es ó era riquísimo el Ayuntamiento de Sandofim?...

—¡ Lo es, hijo mío, lo es, lo sigue siendo ! Lo que pasa es que los alcaldes éstos y la gente que maneja allí el cotarro, todo se lo comen. Mira, nada más que del esparto de los montes que son del Ayuntamiento, ¡ pero del Ayunta-

miento!, se cogen todos los años cerca del millón de pesetas...

Se quedó mirándolo, arreglándose la cruz del pantalón. Noroña asentía con la cabeza.

—¡¡Y ese dinero, primo...

—¡Ese dinero, querido mío, se lo comen! Mira, allí tienes á Ramón, el de la plaza, que fué alcalde un año y salió rico; á Tomás, el médico, que lo fué también y también se hizo rico; á Rodolfo, el de la viuda, bueno, tú á ese no lo conocerás porque hace algunos años no vive en el pueblo..., á este... animal, ya ves tú, Tadeo, que está comprando cada año tres ó cuatro fincas de las mejores del término y no deja ni siquiera en la caja para pagar á los alguaciles ni á los guindillas... ¡Anda, vámonos!... ¡Y tu Pepe?...

Cogió el sombrero de la percha, y el bastón.

—Mi Pepe, luego á la noche vendrá, cuando salga de la oficina.

Desde el corredor, en la puerta de la alcoba del alcalde, Julio le llamaba.

—¡Tadeo!... ¡Tadeo... ¡Pero Tadeo...

Sólo que no oía con aquel barullo de los coches y los vendedores ambulantes, y el primo, rabioso, tuvo que ir y tirar de las vidrieras.

—¡Pero hombre, Tadeo, contra, ¿no ves que te estamos esperando?... ¡No oyes que te llamamos! ¡En qué piensas, hombre... ¡Anda, vámonos...

El elefante, sonriendo pacíficamente ante los

reproches de Julio, se volvió y tomó el sombrero, siguiéndoles por el corredor.

—¡ Pos na, ¡ hola, Juanito !, que estaba pensando, no te creas, en la cebá que hará farta pa alimentar á tanta bestia...

El poeta y su primo estallaron.

—¡ Recontra, ¿dices? ¿Pero es verdad que estabas pensando eso, Tadeo ! !...

El otro lo confimó.

—¡ Coña, verdad, tanto cabayo, y los carros c'han pasao lo menos veinte con cuatro ú cinco mulas...

Noroña y Julio reían. Bajando la escalera, Julio explicaba á Juan, con indulgencia, que «el pobre Tadeo, ¡ claro !, como era agricultor y tenía veinte ó treinta pares de mulas, no veía más que las mulas...»

Salieron y el alcalde quedábase detrás, «riendo las gracias de los vendedores ambulantes» ó pasmado ante el lujo de los escaparates. Fueron por Carretas, hasta la Puerta del Sol, que hipnotizó á Tadeo, sin que hubiera fuerza humana ni divina capaz de arrancarle de allí. Al fin, Julio y Noroña, que iban delante, pudieron arrastrarlo por la calle de Alcalá, no sin sostener un verdadero combate para pasarlo de una á otra acera.

—¡ Oye, bueno, Tadeo, caramba, no te quedes atrás, no te pierdas ! Vente con nosotros...

Pero el gordísimo alcalde, sonreía beatíficamente y seguía mirando á las mujeres. De vez en vez, cuando cruzaba una muy bella, acercá-

base á Juan y decíale con cierto tono misterioso y complicados guiños de malicia.

—¡Eh, Juanito, ¡qué mujer!, del arte...

Todas las mujeres guapas que veía le parecían «del arte», nombre con que se designaban en Murcia las mujeres de vida alegre. A momentos, al volver la cabeza, Juan y Julio lo encontraban parado, fijos los ojos en alguna opulenta matrona haciendo con la cabeza pesados movimientos, y sonriendo.

—¡Qué, D. Tadeo, ¿le gustan á usted?...

—¡De primera!...

Al llegar á la terraza del Casino se desplomó sobre una butaca de mimbre, alegando «que estaba reventao y no podía dar un paso más», y tuvo el poeta, azaradísimo, que llegar á indicarle que aquello no era para el público, sino para los socios solamente. Lo levantaron á duras penas, señalándole las mesas de Fornos, á dos pasos.

Pero frente al Ideal Room, Julio que caminaba unos pasos delante, sonriendo con Juan la simplicidad del pobre hombre, oyó que le llamaba.

—¡Julio, Julio, er de la viuda, mira, hombre, que va ahí Bartolo, er de la viuda! ¡Eh, Bartolo, Bartolo, hombre!...

Corrió unos pasos, y... Julio y Juan, frunciendo el ceño, veían que el alcalde, quieras que no, sujetaba á un transeunte de una hombrera.

—¡Pero hombre, Bartolo, ¿no me conoces?

Tadeo, el arcarde... ¡Pero hombre, dónde vas, no m'habías conocío...

El otro, un joven bajito, enlutado, miraba al salvaje con extrañeza.

—¡Calla..., pero, si creo que m'hequivocao... Usté ¿nes de Sandofim...

Julio y Juan tuvieron que pedirle al desconocido mil excusas...

—¡Pero hombre, Tadeo, ¿quieres hacer el favor de no hacer salvajadas... ¡Ya ves tú. Bartolo, que vive en Barcelona... ¡Vamos, anda hombre...

El alcalde, incapaz de incomodarse por nada de este mundo, sonreía chupando su inmensa tagarnina.

—¡Pos hombre, Julio, cualesquiera q'hubiá dicho quera ese er muchacho de la viuda!...

En Fornos se sentaron. Juan y Julio quisieron cerveza y patatas. Tadeo, dando una fortísima palmada en el cristal del velador, pidió á gritos.

—¡A mí un helao! ¡Horchata...

Julio, sonriendo con Juan la eterna simpleza del alcalde, reprendíale como á un camarada.

—¡Pero hombre, Tadeo, ¿por qué no vienes al lado nuestro, sin quedarte atrás como si fueras atontado?... ¡Qué célebre! Además, mira cómo vas de caspa y de pavesas del cigarro. ¿Y el cepillo? ¿No te eché yo mismo en tu casa un cepillo?...

—¡Er cepillo... ¡Esos son tonterías...

Aquella noche, tras la visita de Pepe á la casa

de huéspedes donde se hospedaban Julio y el alcalde, éstos dos y Juan (después de cenar los cuatro juntos), fuéronse á un café y más tarde á la Zarzuela. Pepe tenía que madrugar. El poeta todavía tuvo que acompañarlos, á las once, á la última de Apolo...

En los días siguientes se repitieron los mismos paseos y visitas por las calles de Madrid, á los Museos, á Palacio Real... al Retiro. El poeta les acompañaba. Por las noches iban á dos ó tres teatros, convidando á cuantos paisanos acudían al café de Lisboa, donde había establecido Julio la tertulia... Tadeo seguíales á todas partes, siempre detrás, sin osar discutir las decisiones de los otros. Aunque doblaba casi la edad de Julio (ya que tenía cerca de setenta años), dejábase conducir...

En lo que tuvo el poeta que hacer una pequeña rectificación fué en «la mundanería» de su primo Julio, á quien consideró al principio como un muchacho poco menos que de Madrid. No era la simpleza ni la estupidez de Tadeo, ni mucho menos; pero con sus cuarenta y dos ó cuarenta y tres años, habíase transformado algo, impregnándose del ambiente del pueblo. Así, por ejemplo, en una tienda donde entraron los tres á que Julio se comprara unos pañuelos de bolsillo, el primo se puso á darle explicaciones al hortera.

—¡Bueno, mire, unos pañuelos de hilo para mí, ¡sí, de hilo, no me gusta nada más que el hilo!, porque, ¿sabe usted? ¡yo no sé como, preparados que los tenía mi mujer ya, junto á

la maleta, y ¡¡nada, inexplicable!!, que se nos olvidó ponerlos... ¡Yo padezco también mucho de constipados, y, ¡claro!, necesito uno por día...

El hortera, serio, aguantaba la explicación cortésmente. Juan, nerviosísimo, detrás de Julio, deseaba que se lo tragase la tierra... Y el alcalde, sonriendo á unas señoras guapísimas que un poco más allá compraban gasas, hacía de vez en vez un gesto significativo al poeta, diciendo á media voz.

—¡Eh, Juanito?... ¡¡Del arte!...

Quince días permanecieron en Madrid. Noroña hubo de acompañarlos á tres ó cuatro teatros cada noche, á la plaza de toros en las doce tardes que hubo corrida, á las excursiones por los alrededores. La víspera de la marcha, Julio, le dijo al poeta.

—¡Mañana nos vamos, Juanito! ¡Yo estoy asustado. ¿Sabes el dinero que le queda al alcalde de las dos mil pesetas que trajimos?... ¡Cuatrocientas pesetas..., no llegan, setenta y tantos duros... ¡Un escándalo... ¡En cambio, el ministro, al que, al fin hemos podido ver, el martes, nos dijo, ¡fíjate!, para salir del paso, «¡que tomaba buena nota de nuestras pretensiones!...» ¡¡Un horror!

II

Con las lluvias del otoño comenzó á sentir Juan los primeros fríos. Por la tarde, á la caída del rápido y tristón crepúsculo de Octubre, sentíase el poeta como destemplado, como si un oculto mal circulase por sus venas, algo calenturiento... Su viejo gabancete que había permanecido durante los meses del estío colgado en la percha de su alcoba, envuelto entre papeles, cubrió su cuerpo delgadísimo desde que aparecieron en el cielo las primeras nubes precursoras del frío.

Su hermano, al volver de la oficina, por las tardes, encontrábaselo tendido sobre la cama, envuelto en cuantas mantas y ropas viejas había en la habitación miserable.

—¡ Y esto, Juanito, ¿como ayer?... ¿Tienes frío, querido !...

—¡ Sí... ¡ Yo no sé lo que tengo... No es nada bueno... ¡ Ya verás...

Pepe se alarmaba cada tarde, viendo cómo su hermano empalidecía y enflaquecía. En la taberna de Argumosa, donde ellos acostumbraban á mal comer desde antiguo, el estómago estropeado del poeta no resistía más que un poco de

caldo ó leche. Además quejábase de un exagerado peso en el pecho.

Un jueves, Pepe dejó de asistir á la oficina para acompañar á su hermano á una consulta de enfermos gratuita. El propio Juan, tan poco aprensivo, lo indicó como indispensable, al ver de qué alarmante manera aumentaban sus fiebres vespertinas.

—¡Esto acabará mal, Joseíco—decíale á su hermano al regresar de la oficina—; yo estoy tísico, Pepe... yo me voy á morir...

El hermano del poeta protestaba. —«¡Por Dios, Juanito! ¡Aquello era una leve indisposición, causada, sin duda, por el mal cuido y el ambiente en que vivían... ¡Debió de haberse ido al pueblo, este verano también, como los otros, aunque hubiese tenido que pedir él un mes de adelanto en la oficina...»

Fueron... y el hermano del poeta, con más terror y miedo que el enfermo, vió reconocer el cuerpo arruinado de su Juan. El doctor, gravemente iba haciendo preguntas á Noroña sobre la marcha de su mal.

—¿Tiene fiebre?

—Sí, señor.

—¿Por la tarde?

—¡Sí, señor!

—¡Bueno, bueno,, bueno, bueno... ¿Y la alimentación?, ¿come de todo?, ¿le permite el estómago...

—¡No, señor, todo me hace daño!

—Muy bien.

Entonces le auscultó el pecho y la espalda, le pulsó, le hizo hacer espiraciones violentas, cerciorándose de que respiraba bien.

—¿Se hace daño?

—¡Un poco, sí señor...

Pepe, disimulando su angustia bajo una expresión de curiosidad, sonreía dulcemente al doctor. Este, indicando al enfermo que podía empezar á vestirse, retiróse á una mesita de mármol, donde empezó á extender recetas. Después, sonriendo, se acercó á los dos hermanos.

—¡Bueno, mire, tengan, compren esto! De una medicina blanca que les darán toma dos cucharadas al día, por la mañana y por la tarde. Las píldoras...

Después les preguntó dónde vivían, y al saber que en su habitación no entraba ni aire ni sol, recomendóles que, sin pérdida de momento, se mudasen.

—¡Miren, no, ó mejor, si tienen ocasión de que el enfermo se marche á un campo, á un campo donde haya pinos, á la sierra... ¡mejor! ¡Tiene usted debilidad general, aunque más intensa en el pecho!

Les sonrió y les tendió la mano en despedida. Pero al salir, Pepe que marchaba detrás del poeta, pálido pero con un rostro de alegría por las palabras del doctor, vió cómo éste hacíale un gesto significativo para que volviese. Vaciló unos instantes. Pero al fin, unos pasos más allá, le dijo á Juan.

Hombre, ¡espera, Juan, se me ha olvidado...

Empujó la puerta y entró de nuevo en la clínica, solo. El doctor, junto á una mesa de operaciones, quemaba con alcohol unas herramientas de níquel. Al verlo, dirigióse hacia él.

—¡Bueno, mire, usted es hermano del enfermo? ¡Bien! Pues mire, ¡no tengo esperanzas ningunas de que se salve; es más, francamente: no tiene remedio. ¡Es tisis, pero casi en el tercer grado! El pulmón izquierdo no lo tiene ya...

Pepe se tambaleó, como un hombre que ha recibido un mazazo en pleno cráneo... Más pálido que un muerto, con los labios temblequeantes al escuchar la como sentencia de muerte de su Juan, ¡de su hermano del alma!..., no pudo hablar en largo rato. El doctor, con la bárbara autoridad de su ciencia implacable, siguió dándole cruelísimos detalles.

—¡Pues bien, sí, mire! ¡Es un muerto que anda! ¡Va á sufrir mucho, mucho... si tarda en morirse dos ó tres meses... De modo que... ¡cuanto antes, mejor!...

Hizo un gesto de pena y le tendió la mano á Noroña. Otros enfermos pálidos, heridos del mismo mal que su hermano, esperaban turno junto á la puerta de la estancia.

Pepe, para salir, tuvo que agarrarse á las paredes. Las lágrimas se agolpaban á sus ojos—unas lágrimas quemantes, abundantísimas, como él no las había conocido ni en sus días de hambre y de orfandad... en sus mayores miserias... Sin embargo, se repuso con un esfuerzo

formidable, porque Juan, seguramente, iba á estudiarle con detenimiento el rostro...

Le vió... al otro extremo del pasillo, blanco, débil, enfundado en su gabán de poeta pobre..., y aún tuvo Pepe fuerzas para sonreir. No obstante, debía de estar él tan pálido, que Juan, con un gesto de temor y casi espanto, preguntóle.

—¡Oh, nene, ¿qué te ha dicho el doctor?... ¿Qué es lo que tengo?... ¡Qué palidez... ¡Si pareces un muerto...

El hermano menor, tuvo una idea salvadora.

—¡Oh, no, querido... ¡¡Calla, horrible, ahí dentro, un pobre enfermo al que están haciendo una operación... ¡Me ha repugnado, y creí me iba á caer al suelo... ¡He entrado por esto...

Mostró una de las recetas, y Juan, con la credulidad del tísico, salió delante de él, hasta andando con presteza. Iba contentísimo. Pepe, á su lado, mostraba también una alegría ruidosa..., mordiéndose los labios para no estallar en sollozos...

Al día siguiente, Pepe pidió y obtuvo en su oficina dos mensualidades adelantadas, y el permiso para ausentarse de la corte quince días. En una carta advirtió á su madre, «que habían pensado que Juan se marchase á Montemor por una temporada, á reponerse, pues no se encontraba bien del todo». Compró las medicinas para su hermano y le puso al régimen recomendado por el doctor: purés de legumbres y caldo de huesos con un poco de vino rancio.

Las tres noches que aún estuvieron en Madrid, las pasó Pepe, hasta las once, llorando en los paseos, «¡ por aquel hermano suyo del alma, sacrificado por la barbarie del mundo miserable...» José estaba plenamente convencido de que su Juan había adquirido la tisis á fuerza de mal cuido, de vivir en aquellos cubiles infectos por los que se arrastraba su miseria desde hacía ocho ó diez años..., empujado por los desengaños y la falta de apoyo de los hombres...

... ...

Por el balcón, que nunca se cerraba, entraba el sol todo el día. Se veían las Rondas. Se veían las afueras de Madrid, con sus árboles raquíticos y sus tristes paseos, con sus fábricas que humeaban... Juan tendido en la meridiana, al sol eternamente, mirábalo todo con una melancolía infinita. Era un muerto. Era una cosa. Impotente para dar dos pasos ya sin apoyarse en su hermano Pepe, en su Nievecicas ó en su madre, lloraba muy á menudo por aquella su juventud estéril é infecunda. ¡ El, llena la frente de tanto ensueño y esperanza !...

En Montemor, donde se trasladaron los dos hermanos en el pasado Octubre, había mejorado, al principio, no poco. Vivió en los pinares de su madre, eternamente tendido en una hamaca que se ataba á dos troncos robustísimos... Pero, á los tres meses, las fiebres aumentaron de una manera aterradora ; los vómitos no permitían al pobre enfermo ni siquiera la alimenta-

ción láctea..., y Juan, con la volubilidad del enfermo incurable, comenzó á pedir que lo trasladasen de nuevo á Madrid. ¡Oh, sí, á Madrid, á que lo viera Montenegro, Manzano, todos aquellos grandes doctores que curaban á los enfermos incurables...

Su madre, la dulce doña Serafina, estuvo pronta, con su hijo Pepe y Nievecicas, á cumplir la voluntad absoluta del poeta. La pobre madre sabía, aunque no en toda su bárbara extensión, la importancia del mal de su hijo... Hasta las navidades del pasado año estuvo vendiendo en Montemor sus míseros terrones, para que no le faltara á su Juan ninguna de aquellas caras medicinas que representaban su salud... La viuda era la mujer fuerte, que consolaba á su José escondido á llorar por los corrales de adobes, y mostraba una alegría ruidosa y sana junto á su hijo enfermo..., asegurando á los dos, con palabras de blanco optimismo, la llegada de un día de triunfo, de fama y bienestar para la familia... Nievecicas, la menor de las hermanas, convertida en una mujer de diez y nueve años y aleccionada por la triste situación de ellos, era, asimismo, un alma fuerte y melancólica á la vez que sostenía el optimismo en sus hermanos. Cecilia, casada desde dos años atrás con un labrador y semi-señorito de La Roda, había contribuído con lo que pudo para ayudar á su pobre madre al traslado del enfermo hasta la corte...

Pero la mejoría, la ansiada mejoría, no se pre-

sentó con la visita de los doctores célebres. Sus cuentas, aunque moderadas en gracia á la posición de doña Serafina, lleváronse casi todos aquellos escasos billetes que la pobre viuda recibiera por los terrones de Montemor, su único patrimonio... A instancia de los médicos, los Noroña se instalaron en una pequeña casita de la Ronda de Valencia, de un solo piso, y por el cual pagaban nueve duros mensuales. Era una casita antigua, que caía casi enfrente de la calle Fray Luis de León, y en cuyas no feas habitaciones entraba el sol todo el día, á raudales, por sus amplios balcones... La dulce doña Serafina, adivinando el mal de su hijo, no se apartaba de su lado ni un instante. Nievecicas, la ayudaba.

Ahora, en estos días de principios de Abril en que estallaron los dos lilaes de un almacén de maderas que había enfrente de su casa, Juan por indicación del médico de una Sociedad á la que estaban adheridos, bajábase desde las diez de la mañana al sol. Eran solares lo que había, con tal cual rara casa. Las acacias y los olmos de los paseos habían florecido con una vida nueva... La misma doña Serafina, Nievecicas ó José trasladaban la meridiana á la calle de Fray Luis de León... Y el pobre poeta permanecía allí horas enteras, mirando al cielo, casi siempre acompañado de su madre ó su hermana y de Pepe, al regresar de la oficina..., mirando con melancolía á las gentes que circulaban, sanas y llenas de fuerza y de vigor...

Eran emociones muy opuestas las que reci-

bía el poeta, ahora, en su forzada inmovilidad y casi siempre abrasado por la calentura. A momentos pensaba que iba á morir, á caer en aquella noche misteriosa de la nada, donde se acaban para siempre los sueños y las realidades, lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño..., donde todo se confunde en la misma retorta de la Tierra, naciendo y renovándose sin cesar... Miraba entonces las cosas y los hombres con una piedad infinita... ¡tristes cosas y tristes seres que caminaban, sin sentirlo, olvidándose de ello, hacia un fin más ó menos lejano, pero siempre cierto... Los brotes nuevos de los árboles, tan bellos, tan inocentes, tan cándidos, que engalanaban la tierra todas las primaveras..., hablábanle de los soñolientos crepúsculos de otoño y de invierno, en que, estas mismas hojas, yacerían secas y podridas nutriendo con su materia el tronco del árbol de que acababan de desprenderse... ¡Todo era fugaz y pasajero en esta vida que los hombres defendíamos con tanto tesón, con tanto dolor y tanta pesadumbre, considerándola de un valor incalculable! ¡Todo! ¡Unos años... unas cuantas alegrías fugacísimas..., el dulce engaño de un amor, quizá, que nos hacía creer en una vida eterna..., y he aquí la existencia!! ¡Luego, un pedazo de la materia miserable que nos formaba, se descomponía..., un poco de dolor que cada cual pensaba que haría estremecer al Universo... ¡y he aquí un ser que rodaba á la inmensidad de la Nada, á la retorta de la Tierra, para transformarse,

quizá, en la próxima primavera, en unas pocas flores que brotarían al borde de su tumba...

La vida humana era, pues, ante el Universo, ante la Naturaleza, lo mismo que una de aquellas hojas que, en el otoño, desprendíanse de los árboles silenciosamente, quietamente...

Pero otras veces, en sus momentos de alta calentura, sus emociones eran muy distintas y marchaban por un cauce de protesta y de rabia contra la Naturaleza y los hombres. ¡ No, no era justo, ni ante el Universo ni ante la justicia de los hombres que muriera él, un hombre lleno de juventud y de vida, que no había cumplido su misión !... Mirábase entonces como el más desgraciado de los mortales, cayendo víctima de su propia grandeza... «¡ Oh, sí ; él moría porque cometió el gran delito de soñar, de ser bueno, de sentir la belleza y la justicia y el ansia de bien y de paz para todos ! ¡ El había sido un poeta, un soñador... algo que entre la manada de lobos carniceros que constituían la humanidad, no tenía valor alguno... ¡ Entre los hombres, á lo que veía por su dolorosísima experiencia, era preciso ser abogado, médico, labrador, negociante, algo que no se saliera de la rutina y la vulgaridad de los otros hombres... ¡ para tener derecho á vivir entre ellos y conquistar una posición !... ¡ Los poetas, los pensadores, los filósofos, los hombres de ciencia, los sabios y los santos, los grandes..., ¡ todos aquellos que eran los verdaderos amigos de los hombres !, pasaban por el mundo como algo ajeno á él, despreciados y ol-

vidados, cuando no apedreados y perseguidos por sus semejantes... ¡En la vida era necesario conquistar á coces y mordiscos, sin escrúpulos de conciencia, una posición... ¡Robar, matar! ¡Los buenos, los altos, los exquisitos, marchaban eternamente solos, recogiendo desengaños y miserias, sin disfrutar los bienes que poseían los otros hombres!...»

Le causaba una melancolía y una pena profundas ver que «todo el mundo vivía y reía!... ¡El tendero, el panadero, el vinatero, el casero, el cochero y el obrero, vivían felices, cada uno á su modo, sin pensar más allá de su interés egoísta, ni sentir más que sus propios dolores... ¡insensibles á la belleza y la grandeza moral que á él le habían amargado la vida!...»

Muchas tardes había visto llegar, en un lindo automóvil torpedo al dueño de la fábrica aquella de maderas que caía frente á su casa. Era gordo, enorme, con una faz de bruto insultante, donde casi brotaba una sangre negruzca de congestión... Llegaba feliz, satisfecho, recibido gorra en mano por el director y el jefe de las oficinas, que le entregaban á menudo enormes fajos de billetes... ¡Era un hombre! ¡Era un bruto, un salvaje como aquel Tadeo animal de Sandofin que recogía, cada año, noventa mil duros de naranjas... ¡Pero era un hombre! ¡Un hombre como había que serlo para llevar una existencia llena de comodidades y alegrías, de satisfacciones y de triunfos: atenerse á los negocios, á la tienda, á la fábrica, al bufete, al al-

macén, al oficio propio!... ¡Nunca, aquellos hombres que constituían el mayor número, habíanse preocupado, como él, de la desigualdad social, del dolor y la miseria de los desposeídos, de la injusticia escrita en los Códigos de todos los países..., ni un ansia de bien y de felicidad para sus semejantes habíase albergado en sus pechos de gorilas de las cavernas... ¡Nunca, los otros hombres, la mayoría de los hombres, habían llorado, como él, ante el cuadro horripilante de una familia sin vestidos, sin hogar, de un semejante famélico y descalzo, implorando una limosna..., ¡¡ni en sus almas egoístas y rastreras se había albergado, ante la belleza de los campos ó la sencillez de las flores ó la majestad de los crepúsculos ó los colores del cielo, delicadísimas sensaciones de belleza, de dulzura y de éxtasis!... ¡Nada les decía el murmullo del viento entre los árboles, ni la dulce canción de las aguas del río, ni la florecilla silvestre que estallaba entre la seca argamasa del muro viejo!... ¡No se deslizaban las lágrimas por sus mejillas á la vista de los brotes nuevos en cada primavera, ni les hablaba con un lenguaje mudo y elocuente la soledad del valle ó el paisaje nevado, ó la simple y amable vida de las bestias!... ¡En cambio, dedicábanse á elevar y endiosar á semejantes que los degradaban, á emperadores despóticos que los lanzaban á la guerra, á seres malvados que iban elaborando, en cada país, leyes injustas y repletas de arbitrariedades... «¡Oh, ser poeta, ser soñador, ser grande... ¡¡en

medio de los hombres!!, ¡¡qué delito, qué crimen!!... ¡Salirse de la vulgaridad, salirse de la rutina, ser bueno, preocuparse de la suerte y de la dicha de los otros hombres, ¡qué atentado!... Se repasaba la Historia y se sentía deseo de morir, al ver cómo los pueblos endiosaban á sus verdugos eternamente, admiraban é inmortalizaban á los que los perseguían, á sus enemigos, á sus déspotas..., al tiempo que crucificaban á un Jesús, que apedreaban á los filósofos y escarnecían á los poetas, á los sabios y á los buenos... ¡á sus únicos verdaderos amigos!...»

... ...

Se había agravado de tal forma el pobre poeta, en siete días más, que José, hoy, al volver de la oficina, con una horrible congoja de llanto, se decidió, de acuerdo con su madre y con su hermana, á telegrafiar á Amelia y á Cecilia. Juan respiraba con una dificultad enorme, y sólo con el auxilio de ventosas. Su madre, su Nieves, no se apartaban ni un momento de su lado. Pepe, á pretexto de que, por ser cumpleaños de un jefe, les habían dispensado el trabajo de la tarde, no se marchó tampoco. El pobre enfermo, con el espanto de la muerte en los ojos, la faz terrosa y hundida, tenía las manos en el pecho, de donde se le escapaba por momentos la existencia... Su madre, sus dos hermanos, prodigábanle frases de consuelo y de cariño, besándole sin cesar...

Desde cinco días antes habíale sido imposible levantarse del lecho de dolor. La cama se había

trasladado, por consejo del médico, á esta habitación de dos balcones, por donde entraba el sol todo el día...

Pasó la noche con una eterna angustia de Juan y de su madre y sus hermanos..., que lloraban por los rincones... Pepe sentía aumentarse, por momentos, el cariño y el culto por su Juan, ¡ por su hermano del alma !... ¡ Nadie, nadie, entre su dilatadísima familia, donde se contaban no pocos tíos lejanos ricos, les había tendido, á él, á ellos dos, una mano de piedad, de ayuda !... ¡ El pobre poeta sucumbía antes, incapaz de resistir, con aquella alma delicada, tanta miseria, tanto desengaño, tanta desilusión...

Lo único que había endulzado los lentos y dolorosos meses de su enfermedad, fué la aceptación de no pocas poesías suyas en BLANCO Y NEGRO, en MUNDO GRAFICO y LA ESFERA, en el HERALDO, en algunas revistas también, americanas..., y cuyas poesías le pagaban á cinco y seis y hasta á diez duros. Fué aquello para el pobre poeta el último sarcasmo. ¡ La fama, una pequeña, fama, una pequeña gloria, y una pequeñísima retribución á su trabajo de tantos años... ¡ todo aquello que había constituído el único ideal de toda su existencia, le llegaban cuando encontrábase ya casi en la tumba !... ¡ Estrechó contra su pecho las revistas que insertaban sus composiciones, sus versos, aquello que, en el umbral de la Muerte,

aparecíasele al pobre soñador como la única verdad de su vida...

El mártir, el santo, el poeta, murió á las once de la mañana del día siguiente, rodeado de su madre, que sostenía su cabeza, de su Pepe, que besaba y llenaba de lágrimas sus manos delgadísimas, de su Nieves, arrodillada y llorando á los pies del lecho revuelto... Con los Noroña se encontraban, desde tres ó cuatro días atrás, no pocas primas y parientes de la viuda, gentes de Montemor, que encontrábanse en Madrid colocados, y lloraron también sinceramente al «pobre Juanito»...

Cecilia llegó á las tres de la tarde, reproduciendo, abrazada al cadáver de su hermano, los gritos y los lloros desgarradores...

El marido de Amelia telegrafió diciendo que le era imposible venir, y que «la nena no podía saber la triste noticia hasta algunos días después, pues se encontraba en la cama, todavía enferma del último parto»...

III

Al aparecer en el palco de la presidencia Mercedes, estalló una ovación delirante. En medio del anillo la gente agitaba sus pañuelos, sus sombreros, y todo el circo, puesto en pie, batía palmas frenéticamente á «la simpática morena».

No otro el título. «La simpática morena» la habían denominado dos meses atrás los revisteros, al dar cuenta de la boda de Escolar, y por «la simpática morena» la conocía toda España. Guapa, en verdad. Guapísima. Una de aquellas mujeres andaluzas (de Granada), de blanca tez y cabellos y ojos negros como el ébano. Su mirada, profunda y acariciadora, hacía evocar la mirada de terciopelo de las mujeres de Siria...

Era ella, «la simpática morena», casi la mayor atracción de la corrida de esta tarde. Se inauguraba la temporada—«¡ *eche usté* !»—, con Miuras y «los cuatro ases» : *Gallo*, *Gallito*, Escolar y Belmonte. El tercero se presentaba en Madrid, esta tarde, por primera vez después de su rumbosísima boda, que había levantado en entusiasmo á toda la nación. Y el público vino á la plaza deseoso de aplaudir á su ídolo más que en sus *tardes* memorables...

La miraban desde abajo, á «ella», y llovían los comentarios y las flores. —«¡Qué mujer, chicos! ¡La daba el Hotel-Palace...»—. Otros, en el centro de algún corro por el que circulaban los gemelos de un amigo, daban detalles de su boda. —«¡Una *gachí* con mucho aquél, que estaba en Granada en vísperas de boda con un arrogante y joven abogado, pero pobre. Ella, lo era también, con aquella interminable serie de hermanos que se comían al pobre padre—modesto empleado en Hacienda—por los codos. Y en las últimas corridas del otoño pasado, Escolar, que toreaba en Granada, que la vió..., que le gustó mucho..., que la brindó un toro y «la pidió relaciones»..., y... ¡la niña de mi alma—¡¡*desprendimiento*!!—, que mandó al abogadillo á freir espárragos y se hizo novia de Rafael. Pero el antiguo novio, enamoradísimo de ella, al cerciorarse de que «la simpática morena» no le quería, se suicidó...»

Aquel suicidio había envuelto la boda de Escolar en nubes de romanticismo. Circularon por toda España postales con el retrato del antiguo novio de Mercedes—lanzadas por los belmontistas... Y algunos críticos partidarios del «fenómeno» de Triana intentaron explotar el recuerdo del abogado suicida en los días de la ruidosa boda de Rafael.

Sin embargo, España entera había aplaudido á aquella muchacha tan «reladronamente guapa» que en adelante iba á compartir los aplausos y la admiración y la popularidad con el «úni-

co héroe de nuestra Patria»... Miles y miles de aficionados, centenares y centenares de trenes de toda España acudieron á la ciudad de la Alhambra para presenciar el enlace de Rafael. Fueron padrinos, un ex ministro, íntimo y entusiasta incondicional del espada, y Alburquerque. De Madrid acudió lo más florido de la aristocracia, de la política, de las letras y del comercio... ¡ Toda España, á los pocos días, había adquirido las postales que, por millones, se lanzaron al mercado, representando á los nuevos esposos cogidos amorosamente del brazo! «La simpática morena» recibió, en su viaje de novios por la Península, más homenajes y presentes que una emperatriz... La Prensa de la localidad echaba las campanas al vuelo, cuando los «novios», «los simpáticos novios», se dignaban descender en su estación para pasar en el pueblo algunas horas... Dibujantes y caricaturistas de ocasión publicaron miles de modelos de postales, en las que aparecía Rafael con tiara, con mitra, con corona ó con cetro, y al pie de las que aparecían las inscripciones : «¡ San Rafael Escolar, Patrón de España !»... «¡ El Divino Escolar en su trono !», y otras parecidas...

Sino que se vieron los alguacilillos por encima del mar de cabezas humanas que invadían el patio de caballos... circuló también la noticia de que habían llegado tres cuadrillas..., y el redondel se despejaba... Seguían las ovaciones delirantes á «la simpática morena», á Escolar, todavía invisible... De algunos tendidos, de vez

en vez los entusiastas arrojaban flores en dirección á la presidencia, y soltaban palomas mensajeras, que llevaban al cuello, en una linda cinta encarnada, el nombre de Rafael y Mercedes...

El entierro, después de atravesar la Glorieta de Atocha, el Paseo del Prado y las calles de la Lealtad y Alfonso XII, desembocó á la plaza de la Independencia. El barullo aquí, de gentes y tranvías y automóviles era tan grande, que el cochero fúnebre se vió precisado á detenerse unos momentos. Omnibus enormes con la *vaca* atestada de gentes que iban gritando, palmoteando y ofreciendo vino en *botas* gigantescas, subían como exhalaciones la pendiente de la calle de Alcalá... Lentos coches de punto, en cuyos respaldos las manolas habían colgado sus primorosos mantones de Manila..., automóviles de mil formas y colores llamativos, faetones, victorias, landós..., filas interminables de tranvías que arrastraban ya las jardineras de verano, miles y miles de viandantes... ¡la Patria entera!, acudía á la plaza de toros... De vez en vez, más veloz, cruzaba un *auto* oficial, y se oía comentar entre la gente que miraba «el desfile»: —«¡Mira, Romanones!»... «¡Mira, Dato!... ¡Sánchez Guerra! ¡Ande la gobernación!... Mira la Infanta»...

Pepe, recostado en el fondo del cerrado si-

món, iba llorando con el alma. El sol aquel, los brotes nuevos del Retiro, le parecían un insulto á su pena inmensísima. Miraba ahora, parado, el coche fúnebre que conducía á la inmensidad los restos de su pobre poeta, ¡ de su Juan, de su hermano del alma !... y una congoja profunda, un dolor intensísimo de su corazón y de su pecho y de su cerebro, le ahogaba... ¡ Allí iba *él*, su compañero de miserias y de ensueños, su maestro, su más que hermano, el hombre superior crucificado por la barbarie de los hombres !... ¡ Allí iba, á rodar á un agujero anónimo de la inmensa Necrópolis de la ciudad infame..., conducido á su última morada con la miseria y la humiddad que en su vida le había acompañado... Los caballos eran viejos, famélicos, llenos de heridas. El coche, antiguo, con la negra pintura caída por mil partes, las ruedas cubiertas de polvo y la cruz que remataba su techo, algo inclinada hacia la izquierda...

¡ Eran nimios, eran superficiales estos detalles del sepelio del pobre soñador... ¡ ¡ pero tenían una tristísima importancia para el menor de los Noroña... ! ¡ Su Juan, tan grande, tan excelso, tan superior, había pasado por la tierra sufriendo miseria y privaciones, roto, sucio, melancólico y sin apoyo ni ayuda de nadie !... ¡ Su entierro era el último sarcasmo de aquella existencia de humildad... ¡ con los caballos viejos y cansinos, el coche sucio y el cochero llena de manchas y remiendos su librea...

—¡ Oye, mira,, Pepe, ¿no sabes?... ¡ Fíjate

qué entusiasmo!, ¡toros! ¡Hoy se inaugura la temporada en Madrid...—oyó de pronto que le decía este lejano pariente de su madre, portero en la corte y que le acompañaba en el coche.

—¡Ah, ¿sí!... ¡No sabía nada...

—¡Sí, hombre; torea Escolar, y Belmonte, y los dos *Gallos*... ¡La gran corrida!...

—¡Ah...

Siguió el entierro, sorteando los vehículos veloces que iban hacia la plaza... José llevaba ahora la cabeza baja, con el recuerdo de su hermano en el corazón, dejando caer, lentamente, las lágrimas sobre su pañuelo... Su lejano primo, el joven aquel que le acompañaba, oprimíale de vez en vez una de sus manos, y dábale cariñosas palmadas en los muslos y los hombros, consolándole... Su filosofía sencilla obligaba á José á aceptar algo la fatalidad.

—¡Vamos, Pepe, hombre, mira, ten fuerza! ¡No llores más, después de la noche que has pasado, y la mañana! ¡Acuérdate de tu madre y tu hermanica, que tienen necesidad de ti! ¡Ya, lo mismo que sufras más ó menos, el pobre Juanito no ha de resucitar! ¡Es la ley nuestra! ¡Mira, pobres ó ricos, guapos ó feos, tóos tenemos que pasar por el aro! ¿No te paece!...

Siguiendo á este simón en que iban Pepe y su primo, venían otros cuatro, con amigos, y, cerrando la triste comitiva, dos jardineras con los parientes y paisanos de Montemor. Los primeros volviéronse desde Manuel Becerra. Las jardineras siguieron hasta el cementerio...

Ya en él, tras el breve responso, siguió el coche fúnebre por una avenida en cuesta. Pepe y sus parientes marchaban detrás. Por entre las tumbas Abril había hecho reventar no pocas flores silvestres...

Junto á un hoyo detúvose el carruaje. Los empleados de largas blusas bajaron el ataúd. Pepe lo miraba con una fijeza estática, insensata, considerando que con él, iban á enterrar para siempre su corazón y el más alto culto de su vida! ¡Su Juan, su hermano del alma, su maestro y su compañero, iba á desaparecer para siempre entre el montón anónimo de muertos de la urbe...

Un empleado solicitó la llave del ataúd. Lo abrieron... ¡y una congoja horrible de llanto salió del pecho de José! ¡*Lo vió*!... ¡¡y se ahogaba de la pena!... ¡Estaba aún sin descomponer, pálido, con su hermosa faz de soñador como dormida... Sin obedecer á los empleados y parientes, que le decían era peligroso, se arrodilló y cubrió su rostro frío de besos y de lágrimas...

—¡Adiós, adiós, mi Juan... ¡¡hermano mío, querido mío!!... ¡¡Qué solo y qué amargo me dejas en la tierra...

Hubo que arrancarlo materialmente de allí, casi desvanecido de dolor..., y querían llevárselo. Pero se obstinó en permanecer hasta el último momento. Un empleado roció con cal las piernas y el pecho inerte del cadáver.

—¡¿Para qué, para qué eso?...

—Para que se descomponga pronto...

Cerraron el ataúd y pasaron unas cuerdas por las asas... Pepe, medio desvanecido otra vez, oyó el sordo ruido de la tierra en la madera... Lo sacaron de allí, sosteniéndolo piadosamente, dos ó tres de aquellos humildes paisanos y parientes de su madre...

... ...

Obreros casi todos, y, á causa de no ser fiesta ni domingo, sino Viernes de Dolores, trabajaban, y se le fueron despidiendo por las Ventas, por Ronda, por la Alegría... Pedro, el portero aquel le acompañaba aún, pero José le obligó á que se apeara en la esquina de Torrijos, mostrándose tranquilo. El barullo de la plaza, el eco de las aclamaciones, les perseguía desde que repasaron el arroyo Abroñigal...

Pero... salían...

Salían, porque comenzaban á removerse los carruajes que inundaban Goya, Torrijos, Hermosilla, Alcántara y los alrededores de la plaza... Un clamoreo ensordecedor subía hasta el cielo de la tarde serena...

Comenzaron á cruzar, velocísimos, los primeros automóviles que venían del circo... los primeros tranvías... Pepe, entre la congoja enorme de llanto á que había dado rienda suelta desde que se quedó solo en el coche, veía cruzar los carruajes que venían de la plaza..., las gentes de las aceras... Un aplauso atronador, cerrado, que parecía el rumor de truenos espantosos, recordóle la tarde en que, «¡¡con su

Juan ! !», «¡ con su Juan del alma !», había visto el endiosamiento de Rafael llevado en hombros por todo el pueblo de Madrid, que le aclamaba...

Y era lo mismo, hoy, al parecer, porque, al cruzar el simón la Avenida de la Plaza, una avalancha imponente de público, que gritaba, que aplaudía frenéticamente, le cerró el paso. Pepe pudo distinguir, á poco, á un torero llevado en hombros... «¡ Viva Escolarrrr !... ¡ ¡ Viva el Divino Escolarrr ! !...» ¡ Rafael, el antiguo ayudante de herrero !... Luego, cuando hubo pasado un río imponente de miles y miles de gentes que gritaban, ¡ otro torero llevado igualmente en hombros ! «¡ Viva Belmonteeee !...» Y, luego, otros dos, casi juntos. «¡ Vivan los *Gallosss* !... ¡ ¡ Viva Joselito *Maravillaaa*... ¡ ¡ Viva el Papaaa ! !...»

Cruzaba, seguía cruzando detrás, en imponente manifestación, el río humano..., gentes de todas clases y condiciones, revueltas en santa y sagrada unión para glorificar á los matadores de toros : obreros, campesinos, estudiantes, gentes bien vestidas que ejercían una carrera, que tenían grandes comercios, y eran asimismo abonados en todas las temporadas, aristóratas que disputábanse el honor de conducir hasta los grandes hoteles, en sus *autos*, á los matadores después de la corrida..., ¡ ¡ hasta mujeres, que arrojaban por encima de la multitud, en dirección al ídolo, los claveles y las flores que adornaban su pecho... ¡ ¡ la Patria entera, ebria de

entusiasmo, borracha de sangre, enloquecida por el suplicio de los toros y los caballos, ahíta de mondongos y mierda!!... ¡Era España esto que huía golpeándose hacia la Puerta del Sol, por acercarse á los matadores famosos... ¡Al llegar á sus domicilios, los asaltarían, penetrarían en las habitaciones íntimas de los diestros, y, á coces y mordiscos, si no á puñaladas, disputaríanse las medias y las zapatillas y la faja y los jirones de su camisa, para guardarlos luego, como si fuesen sagradas reliquias!... ¡Mañana, los grandes diarios que circulaban por toda la nación, llevarían hasta los últimos rincones de la Patria en gruesas columnas de sus primeras planas, el loco entusiasmo del pueblo madrileño!!, ¡y se organizarían homenajes á los matadores famosos, y se les levantarían más estatuas, y se les obsequiaría y colmaría de regalos y de felicidad y de oro y de triunfo...

¡Pobre España!

Miraba el inacabable desfile aquel de gentes insensatas, y sus lágrimas abundantísimas eran ahora también, en parte, por la locura de aquel pueblo loco, borracho de entusiasmo, que salía del circo taurino... «Que se le dijera á este pueblo apático que desde hacía ocho ó diez años estaba sosteniendo una guerra de conquista en Marruecos que se llevaba millones y millones de su presupuesto y lo mejor de su juventud...; que se le dijera que sus empresas más prósperas y sus industrias más ricas estaban en manos de los extranjeros...; que se le dijera que su rege-

neración, su prosperidad y su bienestar dependían de que tomase en sus manos los libros modernos, y estudiase la vida de hoy de las grandes naciones..., y se le vería encogerse indiferentemente de hombros, murmurando con aire superior : «¡¿Y á mí qué me importa?...» Pero que no se dijera á este pueblo que Belmonte *entraba* mejor que Escolar, ó viceversa..., porque entonces, la nación entera se levantaría como un solo hombre, se iniciarían interminables discusiones de Prensa, habría duelos y hasta motines... y desde las ciudades populosas llegaría hasta nuestros campos sedientos ó arrastrados por las avenidas de las ramblas, el eco de la «sagrada indignación» de *los dos partidos taurinos*... ¡¡Oh, santa simplícitas!!...»

Seguía, seguía siempre—interminable—, el río humano de entusiastas, aclamando á los toreros... Pepe pensaba en su pobre hermano, caído sin que nadie se fijase en su grandeza, solo, abandonado por todos..., por aquellos hombres que endiosaban y endiosarían eternamente al que los degradaba, al que los embrutecía, al que llevábalos hacia el mal y la ignorancia y la miseria..., ¡¡mientras crucificaba á los grandes, á los santos, á los sabios y á los pensadores, los únicos que verdaderamente le amaban y combatían por su felicidad y por su bienestar!... ¡¡Qué sarcasmo!

El cochero, impaciente, se volvió.

—¿Quié usté que tomemos por una caye d'éstas?

—¡Bueno!

Volvieron un poco y ganaron Ayala.

Por encima de las altas casas llegaba el estrépito de los aplausos y las aclamaciones...

Pepe, con una angustia infinita, sentía, sobre sus manos, la quemadura de las lágrimas....

Madrid, Mayo-Junio 1915.

BIBLIOTECA MUSEO

SOCIEDAD ANONIMA EDITORIAL

Lope de Vega, 55 al 61, Madrid

NOVELA.--POESIA.--TEATRO

FILOSOFIA.-SOCIOLOGIA.-CRITICA

La **BIBLIOTECA MUSEO** tiene en preparación, para publicarlas en breve, obras originales é inéditas de **Alvarez-Quintero, Luis Araquistain, Manuel Bueno, Cristóbal de Castro, José Francés, Juan Guardiola, Antonio Guardiola, Waldo A. Insúa, Pedro Jara Carrillo, Eugenio Noel, Condesa de Pardo Bazán, Diego San José, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois y Antonio Zozaya.** Además está en negociaciones con otros prestigiosos novelistas, poetas, autores dramáticos, cronistas, etc., etc., para adquirir obras originales é inéditas de los mismos.

3,50 PESETAS

IMP. A. MARZO

B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B
B B B B B B B B

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063958885